



111

DAN
PS
12 bis
1



LA PRINCESA DE LOS URSINOS

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

PLAN COMPLETO DE LA OBRA

PUBLICADOS

- 1.—**El testamento de Carlos II** (2.^a edición).
- 2.—**La Saboyana** (2.^a edición).
- 3.—**Austrias y Borbones** (2.^a edición).
- 4.—**El primer Carlos III.**
- 5.—**Almansa.**
- 6.—**La Princesa de los Ursinos** (2.^a edición).
- 7.—**El Archiduque en Madrid.**
- 8.—**El Congreso de Utrecht.**

EN PREPARACIÓN

- 9.—**El triunfo de las lises.**
- 10.—**Aún hay Pirineos.**

94-DAN

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

12271

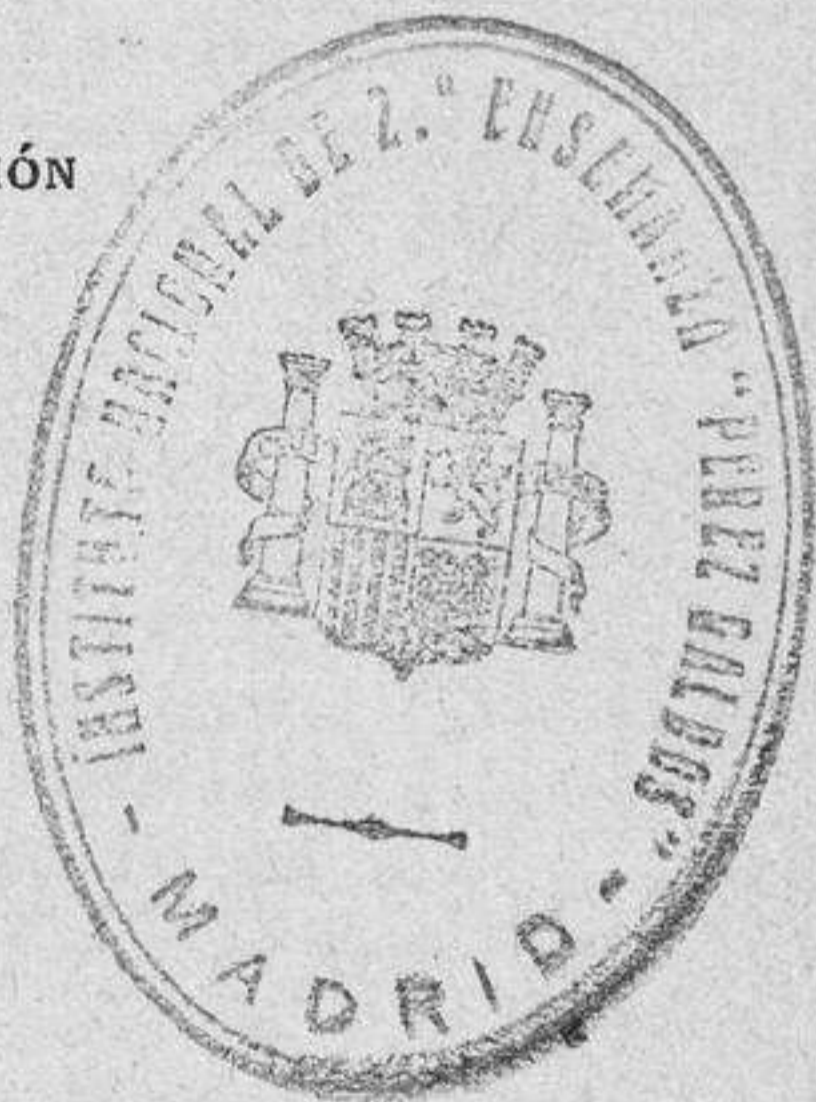
F.A. 205

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

POR

ALFONSO DANVILA

SEGUNDA EDICIÓN



ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO

MADRID
Ríos Rosas, 24

BARCELONA
Cortes, 579

1930

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, Madrid, 1930
Published in Spain

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24. — MADRID



LA PRINCESA DE LOS URSINOS

PRIMERA PARTE

I

La capilla del Alcázar de Madrid rebosaba gente y profana animación la tarde del 8 de Diciembre de 1707, festividad de la Purísima Virgen, elegida adrede por Sus Majestades Don Felipe V y Doña María Luisa Gabriela de Saboya para celebrar en ella el solemne bautizo de su primogénito, el Serenísimo Príncipe de Asturias, Don Luis, heredero de la Corona, nacido dichosamente el 25 de Agosto anterior.

Retrasada la ceremonia más de lo usual en tales casos, a consecuencia del sitio de Lérida, que obligaba a permanecer fuera de la Corte al Generalísimo Duque de Orleans, nombrado por Luis XIV para representar a Su Majestad cristianísima como padrino en el acto, la rendición de aquella plaza fuerte, tras largo y penoso asedio, constituía un motivo más de satisfacción para los entusiastas borbónicos, y sobre todo para la grey palaciega, naturalmente gloriosa y ávida de fiestas después de tanto duelo como los soportados antes de la batalla de Almansa.

El templo, que constituía uno de los orgullos de la vieja residencia de los Austrias, formaba una cruz latina, bastante amplia, coronada por gallarda cúpula enriquecida por el exuberante pincel de Luca Giordano con alegorías de toda especie, e iluminada por anchos ventanales, convertidos aquel día en otras tantas tribunas improvisadas merced a la industria de los carpinteros de Palacio.

Restaurado el interior de la iglesia en tiempos de Carlos II, y embellecido con todos los recursos y extravagancias del arte barroco, en competencia con las delirantes cargazonas de la capilla de San Isidro, en la parroquia de San Andrés, o las suntuosidades del altar de la Sagrada Forma, en El Escorial, aparecían cubiertos sus muros aquel día por la colección de tapices llamada del Apocalipsis, que, de trecho en trecho, dejaban admirar las áureas vegetaciones enroscadas sobre columnas salomónicas y las combinaciones multiformes de espejos, alternados con pinturas y adornos que policromaban las bóvedas,

Al fondo destacaba el suntuoso Retablo Mayor, algo distante del Tabernáculo, y fabricado de jaspes y bronces, bajo los cuales, y por dos puertas laterales, penetrábase en el famoso Relicario, lugar de leyendas, donde, amén del célebre *Lignum Crucis*, tres espinas de la corona de Cristo, un clavo, un pedazo del manto de la Virgen y muchas reliquias más, encerradas en maravillosos cofres, se veneraba la prodigiosa Flor de Lis, que, según tradición, era una de las tres que bajaron del cielo, fabricada de metal no conocido por la ciencia, y que Francisco I entregara en canje al Emperador Carlos V, año de 1530.

A la izquierda del altar lucían dos sillones con almohadas por delante, reservados para el oficiante

y el reverendísimo e ilustrísimo Nuncio de Su Santidad, Monseñor Félix Zondadari, arzobispo de Damasco; viéndose, además, algunas sillas raras, taburetes y bancos, repartidos estratégicamente, que habían de ocupar los Obispos auxiliares, Dignatarios eclesiásticos, Ministros y pajes de Su Eminencia el Cardenal Primado.

Frente por frente de aquellos tronos, o sea del lado del Evangelio, donde solía ponerse la cortina para Su Majestad en las capillas públicas, contemplábase una especie de estrado revestido de sedas blancas, cuyas recogidas colgaduras dejaban al descubierto varios almohadones, destinados a vestir o desnudar al neófito Príncipe según las exigencias del ritual.

En el crucero se alzaba, enorme y cuadrado, un tarimón con varios escalones, de cuyos cuatro ángulos arrancaban sendas columnas de plata cuajadas de labores, que sostenían amplio palio de terciopelo recamado de oro; y, bajo aquel palio, descansaba la histórica pila de Santo Domingo de Guzmán (conservada piadosamente en el convento madrileño del mismo nombre), que, por tradición, servía para cristianar a las personas reales.

Alineábanse inmediatos, vacíos unos, repletos ya de personajes casi todos, los bancos y asientos destinados a los Grandes de España, Capitanes de la Guardia, alto personal palatino, religiosos de las órdenes, Presidentes y Ministros de los Consejos, observándose entre éstos la ausencia del de Aragón, recientemente disuelto a raíz del sonado Decreto de 29 de Junio de 1707 suprimiendo los fueros de dicho reino y del de Valencia, después de la victoria del Duque de Berwick en los campos de Almansa.

Las señoras Grandes, con sus nueras e hijas primogénitas, así como cantidad de damas de título o

distinción, ocupaban tribunas, salvo la reservada para la música, donde asistía de incógnito al acto, por no tener puesto oficial en él, Su Excelencia Monsieur Amelot, Marqués de Gournay, Embajador de Francia, que tan preponderante papel desempeñaba en el gobierno de la monarquía española.

Por lo que tocaba a los desafortunados, o los que no habían podido encontrar otra colocación más cómoda, contentábanse con permanecer en pie, invadiendo cuantos espacios quedaban libres entre bancos y paredes, asomando por las puertas y apretujándose junto a la entrada principal, sin respetar más espacio que el correspondiente a la regia tribuna, en los pies del templo, separada de éste por dorado cancel con cristales y espejos que dejaban ver, caídas al centro, unas cortinas de damasco, tras las cuales habían de presenciar la ceremonia, de incógnito, Sus Majestades el Rey y la Reina, acompañados de todas sus respectivas Casas.

Más atrevidos, o disfrutando de superior valimiento con el Duque de Medinasidonia, Mayordomo mayor, algunos servidores de alta categoría, varios franceses de rango y un grupo de señoras habían preferido exponerse a los peligros de una ascensión dificultosa hasta lograr instalarse en las ventanas de la cúpula o repartirse por la estrecha galería enverjada que la circundaba, y allí se encontraban, muy a gusto, refitoleando cuanto sucedía, sin cuidarse poco ni mucho de bajar la voz ni de discutir a sus anchas.

Ocupando precisamente uno de aquellos empinados observatorios, y hasta sentada en silla, como pudiera estarlo cualquier Grande, tronaba a sus anchas la insigne Doña Matutina Fernández de Solís, tía y ex tutora de Casilda, convertida por arte y gracia de la diosa casualidad en Azafata

mayor de la Reina, y rodeada en tan solemne ocasión, como en Corte, de algunos de sus amigos más íntimos.

El aspecto remozado de la famosa viuda, la seguridad de sus modos, el lujo de sus vestidos y todo el exterior, en fin, proclamaban bien a las claras un cambio radical en la fortuna de aquella mujer, tan humillada y castigada por la miseria en los últimos años de *el Hechizado*.

Así era, y el milagro debíase, en primer término, a los dineros entregados por la generosidad de Don Jaime Centelles como rescate de su sobrina Casilda, dineros que permitieron meses después a la Solís comprar un puesto de Camarista a cierta partidaria del Archiduque, satisfaciendo así su eterno anhelo de volver a ingresar otra vez en la *Casa Grande*.

Pero el verdadero factor del encumbramiento de Doña Matutina procedía de otra circunstancia que nunca pudo nadie prever, ni siquiera la interesada, debiéndose tal milagro a su semejanza física con la Princesa de los Ursinos, árbitra de los destinos de España desde Agosto de 1705.

Efectivamente, no obstante la diferencia de edad que separaba a una de otra, la estatura, el empaque, una madurez de formas alarmante, el cabello obscuro, la nariz aguileña, los ojos azules y hasta el timbre de voz, que variaba según la persona a quien se dirigía, recordaban en la Solís a la ilustre Ana María de la Trémoille.

Aquel parecido, un tanto vago a los comienzos, y que la Princesa fué la primera en sorprender, al recibir el saludo de la nueva servidumbre, cuando, recién llegada de Francia, la Excelentísima Señora Doña María Alberta de Castro y Portugal, Duquesa viuda de Béjar, puso de nuevo en sus manos el cargo de Camarera Mayor de Palacio, lejos de mo-

lestar a tan gran dama como era la de los Ursinos, despertó su interés hacia la Solís, moviéndole a conversar con ésta y dejándose ganar a poco por los innegables talentos palaciegos de la discípula de los Valenzuela y los Urraca.

El accidentado viaje de la Reina María Luisa a Burgos, en Junio de 1706, ante la inminencia de la ocupación de Madrid por los Aliados, y los incidentes que hicieron memorable aquella verdadera fuga, señalaron el comienzo de la elevación de Doña Matutina y de su privanza con Ana de la Trémoille, tan escéptica siempre sobre la lealtad y las capacidades de los españoles que la rodeaban.

Contrastando con la franca deserción de muchas, la traidora pereza de otras y el abatimiento de todas las criadas que seguían a la Saboyana, Doña Matutina fué entonces la única camarista que supo colocarse a la altura de las circunstancias, poniendo de manifiesto los excepcionales recursos de que su espíritu estaba dotado.

Desde el peinado de María Luisa y de la Princesa, que corrió por sus manos, hasta la limpieza de la Real Cámara en la Casa del Cordón, y la extirpación de parásitos que poblaban los aposentos del palacio de los Condestables, nada escapó a la vigilancia y al cuidado de la Solís, y por ello, al regresar a Madrid y despedir la Camarera Mayor, por desleales o sospechosas, a trescientas damas y criadas del Alcázar, Doña Matutina vió recompensados sus servicios con el nombramiento de Azafata Mayor, puesto codiciadísimo y que sólo desempeñaran hasta entonces personas de título o gran influencia.

El convencimiento de su triunfo contra la fatalidad, y la simpatía que siguió disfrutando en la Real Cámara, así como la consideración de que

pronto comenzó a ser objeto por parte del Marqués de Valouse, el guarda joyas Vazet, los esposos Orry, el Caballerizo d'Aubigny y otros servidores muy allegados a Sus Majestades, acabaron de identificar a la viuda de Solís con las ideas y métodos de su ilustre protectora, llegando en su entusiasmo a extremar la copia de ésta, formulando las mismas frases, expresándose a menudo en plural cuando hablaba de política, reproduciendo insensiblemente gestos y maneras de Su Excelencia, vistiéndose como ella, gracias a los trajes con que de continuo era obsequiada, y hasta imitando con arte el peculiar acento y algunos de los giros franceses que la Princesa solía emplear en su correspondencia.

Nada más justificado, por consiguiente, que la convicción y verbosidad con que se expresaba Doña Matutina la tarde del bautizo del Príncipe de Asturias, a cuya augusta persona miraba como algo propio, dados los desvelos que le proporcionara desde los primeros anuncios de su tierna vida hasta el dichoso momento en que el ilustre *accoucheur*, Monsieur Clément, y la comadre madame de La Salle, venidos expresamente de París por orden de Luis XIV para asistir al alumbramiento de la Reina, anunciaron la llegada al mundo del primogénito de Felipe V.

Figuraban entre las personas que circundaban a la Azafata varios de sus antiguos conocidos, y, muy en primer término, la cultísima y aun aceptable viuda Doña Mayor de Flon, su amiga predilecta, hecha un Aranjuez de perfumes el cuerpo, un cretense laberinto de adornos el vestido y un disciplinado vergel el tocado, fastuoso y refulgente, gracias a los postizos y alhajas falsas. Del otro lado de la Solís, protegida entre padre y esposo, para evitar contratiempos, ostentaba con impudor admi-

rable su avanzado estado de buena esperanza Violantita Flon, uno de los tres pimpollos farmacéuticos de Don Primitivo, casada desde hacía dos años con el señor Luis Ricone, boticario de Su Majestad y hombre de avanzada edad, aunque lleno de posibilidades económicas y varoniles arrestos.

Don Juan Lozano, Secretario particular de Felipe V en aquel año y hechura del famoso *Don Luis*, que continuaba disfrutando la confianza de la Camarera Mayor, era otro de los que permanecían en pie detrás de Doña Matutina, inclinándose de vez en cuando hasta ella para susurrar algo en su oído, con el tono discreto y sordo peculiar a los depositarios de intimidades reales.

Completaban el reducido grupo Fray Francisco Blando, que por entonces desempeñaba funciones de Capellán y Limosnero en casa del excelentísimo señor Conde de Ecija, y el aventurero prófugo de la Inquisición de Barcelona, Don Anselmo del Castillo, radicado desde hacía poco en la Corte de las Españas, tras hartos lances y travesuras que más de una vez estuvieron a pique de costarle la vida, ya que no la honra, bastante averiada desde la tierna infancia del astrólogo.

La presencia del nebuloso Anselmo en tan selecto círculo no respondía ciertamente a invitación de Doña Matutina, cada día más difícil y severa en la elección de conocimientos, como toda persona que en sus mocedades los ha extendido demasiado, sino a los empeños del Señor Ricone, esposo de Violantita, influído y seducido por los arrumacos de Doña Mayor, a quien las prendas y habilidades del andaluz traían bastante desazonada desde el punto y hora en que, para su mal, le conoció en la trastienda de cierto bordador llamado Chipito, con quien la Flon acostumbraba a consultar

el adorno de sus galas y algunos secretos de tocador, inaccesibles al resto de los mortales.

Lamentando interiormente la debilidad de su amiga, para quien sólo peligros barruntaba en semejante trato, y resuelta a esquivar intimidaciones con aquel atractivo picarón, cuyo pasado había leído en el presente, reflejando inmediatamente ambos hacia el porvenir, afectaba la Solís no dirigirse a Castillo casi nunca, eliminándole de la conversación, que a cada minuto tornábase más ruidosa y animada, versando sobre el cambio verificado en España a raíz de la batalla de Almansa, y la superioridad que disfrutaban los Borbones, gracias a los sabios consejos y a la intervención directa en el gobierno de la Camarera Mayor de S. M. la Reina.

—Su Merced, Señor Lozano—murmuraba la Azafata, reproduciendo una de las posturas habituales de la Princesa—, no puede figurarse lo que para *nosotras* representa esta solemnidad, en que la gente de fuera sólo ve lujo y grandeza. ¡Hay que saber lo que *hemos* sufrido y las inquietudes que nos ha inspirado la preciosa salud de Su Majestad, Dios nos la guarde. De Su Excelencia no le digo nada, porque de sobra la conoce, y sabe cómo adora a sus Señores. Ella se ha ocupado hasta de arreglar las habitaciones destinadas a Su Alteza y hacer venir de Francia los damascos que tapizan sus muros. Pues ¿y las nodrizas? ¡El trabajo que *nos* han dado para limpiarlas, vestirlas a lo cortesano y acostumbrarlas a los usos de Palacio! De todas partes han venido, porque, aunque muchos de los criados antiguos pretendían que la leche fuera de persona noble, como cosa que se transmite por la sangre, lo que a *nosotras* nos interesaba era que la calidad resultase buena y todas las demás se

asemejaban a las tres primeras llegadas de Avila, y de que Su Excelencia escribía al Duque de Grammont: «*ce sont des labradoras muy honradas con las dientes muy blancas, los ojos muy vivos y los pechos muy negros*».

—¡Ave María!—remilgó Doña Mayor—. ¡Y en qué detalles tan vulgares y efímeros de nuestra arquitectura mortal vino a fijarse la Excelentísima Camarera!

—¿Vulgares, decís?—prosiguió enardecida la Solís—. ¡Pues si supierais hasta dónde llega la abnegación de esa Providencia que nos envió Francia en buen hora para sacarnos de todos los apuros! A las tales nodrizas y a otras nueve más que vinieron de Vizcaya, a punto de salir de cuidado, unas, o con los hijos en brazos, otras, las presentó Su Excelencia a la Reina en una galería del Buen Retiro, donde Su Majestad, con esa llaneza que la hace popular, fué saludándolas por turno. Lo malo fué que, al verse aquellas infelices tan honradas, cayeron todas de rodillas, los críos empezaron a llorar a gritos, algunas se indispusieron de emoción, otras comenzaron a manifestar su alegría con mil expresiones que partían el alma, y... la escena hubiera terminado sabe Dios cuándo a no aparecer yo para anunciar que la cena estaba servida. Su Excelencia, entonces, declaró el deseo de presenciarla, y allá nos fuimos todas hasta la cámara donde se había dispuesto la colación. La Señora Camarera se sentó en una silla a la cabecera de la mesa, y las amas encima de la alfombra, a estilo de su país, en dos hileras. La Señora Princesa probó de varios platos, para juzgar el grado del condimento, y acabó comiendo de todo y bebiendo a la salud de la Real Familia y del futuro Príncipe, declarando a los postres que nunca compartió banquete más agradable.

—¡Jesús! ¡Doña Matutina!—farfulló la Flon, muy agitada—. No siga contando esas incidencias tan emotivas, que acabará por venirme un accidente. ¡Ay! ¡Ya siento que se aproxima el insulto! Por favor, Señor Castillo, tíreme del dedo, a ver si se calman las palpitaciones de mi víscera cardíaca. ¿Tiene ahí la piedra beozar de que me habló anoche?

—¿Y por qué no la uña de la gran bestia, que suele ser más eficiente, señora cuñada?—murmuró irónico Don Primitivo, mientras Anselmo inclinábase solícito, murmurando consuelos en la oreja de la melindrosa.

Violantita, que había seguido con marcado interés los cuentos de la Solís, preguntó algo medrosica:

—Diga, Doña Matutina, ¿fué muy laborioso el parto de Su Majestad?

—Cinco cuartos de hora los dolores grandes, hijita, y soportados con un coraje y una paciencia admirables. Monsieur Clément estaba impresionado, y Madama La Salle asegura que, entre cien mujeres, será difícil encontrar una capaz de salir del paso como nuestra Señora, cuya constitución permite esperar el consuelo de bautizar un Infante por año.

—¡Dichosa ella si lo consigue!—musitó la joven Ricone, mirando interrogante al esposo, que sonrió confianzudo.

—¡Y tan dichosa!—expuso el Secretario Lozano—, porque, a durar más el trance, no sabemos lo que hubiera sucedido a nuestra heroica Soberana, ya que, para precaver malicias austriacas y posibles calumnias, Su Majestad el Rey había dispuesto una cosa nueva en España: la de que, apenas comenzara la Señora a sentir los primeros síntomas de alumbramiento, fueran convocados y se encontraran presentes en la Cámara, para garantizar lo

ocurrido, el Mayordomo Mayor, Duque de Medinaceli, el Conde de Benavente, el de Santisteban, el Marqués de Castel Rodrigo, todos los Consejeros de Estado con sus Presidentes, el Cardenal Portocarrero, los dos Secretarios del despacho, el Nuncio y el Embajador de Francia.

La grávida Violantita balbuceó avergonzada:

—¿Y delante de tanto hombre tuvo Su Majestad que...?

Pero aquella pregunta quedó sin respuesta, por que, viniendo de la sacristía, que caía a la derecha del crucero, precisamente debajo de donde se encontraba Doña Matutina con sus amigos, apareció procesional la comitiva del Ceremoniante, que era nada menos que Su Eminencia el Cardenal Primado de España y Arzobispo de Toledo, Don Luis Portocarrero Bocanegra, a cuya costa corrían todos los gastos del bautizo.

Acompañaban al antiguo Gobernador del Reino, siempre imponente y señorial, dos Obispos que habían de auxiliarle en sus sagradas funciones, amén de numerosos Vicarios, Canónigos, Sacristanes y Acólitos que debían intervenir en el acto.

La atención pública, repartida hasta entonces, concentróse en el Cardenal, que ostentaba sobre los hombros la banda azul del Espíritu Santo, y que, llegado frente al Altar Mayor, postróse de hinojos ante el Sagrario de lapislázuli, abierto a poco para mostrar a los fieles el Santísimo Sacramento, dentro de la Custodia de Palacio, compuesta, según fama, de 9.000 diamantes, 6.000 esmeraldas, muchas piedras finas y 29 libras de oro.

Hincada la concurrencia de rodillas, comenzó a elevarse por los aires el humo del incienso hasta velar las pinturas del Retablo, donde se imaginaba la creación del mundo; resonaron vibrantes los

acordes de los órganos; meciéronse lentas las llamas sobre los incontables cirios que permitían admirar la platería del Alcázar, y, ante la devoción y el silencio general, principiaron las purificaciones meticulosas del agua y los óleos, haciendo trocar vestiduras a los ungidos del Señor, y terminando por cubrir éstos la pila de Santo Domingo de Guzmán con preciosa tela blanca, hecho lo cual ocuparon asientos Cardenal y séquito, junto al Nuncio, que hacía rato se encontraba ya en su solio.

Don Primitivo, que no perdía detalle, observó, confidencial:

—¡Qué bien se conserva Portocarrero, a pesar de los años y los disgustos!

—Sin embargo—dijo Ricone—, esa obesidad que le ha invadido y la color terrosa del rostro, no presagian nada bueno.

—¿Es cierto—inquirió, tímido, Anselmo—que Su Eminencia paga todo lo de hoy y va a ofrecer regalos tan magníficos a sus Majestades y a la Corte?

—Certísimo—aseguró Lozano—. ¡Como que en Palacio no se recuerda una generosidad igual! ¡Más de cien mil escudos le cuesta la fiesta! Y digo más, porque en el deseo de honrar al Primado y desvanecer los rumores de su desgracia, nuestro Augusto Soberano se ha servido disponer que las Guardias Españolas y Walonas le presenten armas al entrar y salir del Alcázar, distinción sin precedentes que ha conmovido al Señor Cardenal hasta el punto de mandar gratificar a cada escuadrón con cien doblones.

—¡Prodigalidad anacrónica y digna de un sátrapa!—proclamó entusiasta Doña Mayor.

—Bien puede hacer eso Su Eminencia, sin sentirlo apenas—rezongó impaciente la Solís—porque la mitra de Toledo le constituye el hombre

más rico de España; y por lo que toca a demostraciones de adhesión a la dinastía, todas serán pocas para hacer olvidar su incalificable conducta cuando la arquidiócesis cayó en manos de los austriacos.

—Pero ¿no le indultó Su Majestad de aquel pecadillo?

—¿Y qué *íbamos* a hacer con el hombre que le había traído a España?

Ahora que una cosa son las exterioridades y otra lo que *pensamos* por dentro. Y la mejor prueba de que no cabe sinceridad en Su Eminencia es su oposición al proyecto de Mr. de Orry para que las iglesias contribuyan a la guerra con parte de su plata labrada, y, sobre todo, lo bien que se lleva con el Nuncio, que es otro lagartón de tomo y lomo, con respeto sea dicho a su altísima investidura.

—*El Señor*—terció melifluo Lozano—es demasiado indulgente con los ingratos, como lo prueba el perdón concedido después del nacimiento de Su Alteza Real a todos los Grandes y personajes detenidos por las pasadas deserciones, con excepción del Señor Duque del Infantado, a quien, por motivos especiales, ha hecho retirar a una de sus tierras.

—¡Su Majestad es un ángel!—afirmó convencida Doña Mayor, que gustaba de aplicar aquella cualidad a la mayoría de los hombres.

—¿Y qué impresión le produce verse con un hijito tan lindo?—inquirió Violantita—Su Merced, Doña Matutina, debe saber muchos detalles de esto.

Vaciló un punto la Azafata, temerosa de pasar por indiscreta; mas, lisonjeada por la pregunta, dignóse responder al fin:

—Su Majestad, antes del nacimiento de Su Alteza, ya le llamaba en la intimidad *mon fils* con

una petulancia encantadora. Después, no hay día que no se lo *enseñemos* varias veces; y por lo que toca a *la Señora*, con ese genio tan alegre que tiene y con lo cariñosa que es, puede decirse que no se aparta de la cuna de su *Luisillo*, como lo nombra siempre que habla en familia. Bien es verdad que el Príncipe, según dice su ilustre Aya, *est fort comme un turc, fait au tour et le visage du monde le plus aimable*.

—¡Bendito sea Dios!—declaró Fray Blando, que no había entendido una sola palabra de lo anterior.

—Pues ¿y lo que le quiere el pueblo?—continuó refiriendo Doña Matutina—. Cada vez que se lo *mostramos* unos minutos desde algún balcón, en brazos de la Señora Camarera, empiezan las bendiciones y los vivas a Felipe V y a la Saboyana, como aún sigue llamando la plebe de Madrid a Su Majestad la Reina.

—Bien hacen en adorarle—corroboró el capellán—, pues su existencia equivale a la seguridad de que nadie podrá ya desconocer los derechos de los Borbones a reinar en España, y por eso los aliados procuran apresurar cuanto pueden el matrimonio del Archiduque con la Princesa de Brunswick.

—Además—expuso Ricone—, que no parece sino que al venir al mundo nuestro Don Luis haya hecho cesar las desdichas de sus Augustos Padres, porque primero fué la batalla de Almansa, después la reconquista de Valencia y Aragón, y por último la conquista de Lérida, que acaba de consagrar la fama de Su Alteza el Duque de Orleáns.

—¡Lástima que la pérdida del Milanesado y Nápoles haya venido a enturbiar tantas victorias!—atrevióse a insinuar Don Primitivo.

Pero antes que el rechoncho Flon insistiera en

este punto, atajóle Doña Matutina, exclamando con autoridad:

—¡Quién se preocupa ahora de provincias abiertas ni de vasallos extranjeros! ¡Dejad que prueben unos meses el yugo de Austria, y ya veréis cuán presto tornan los ojos a nuestro benigno Monarca! El Cardenal Portocarrero, que los conoce bien, solía decir esta frase: «Nunca confesaré ser los reinos de Italia más que una especie de adorno de la Corona de España, que los conquistó y adquirió con gran dispendio y corta o ninguna utilidad.» Y es cierto, porque todas esas tierras, a quienes únicamente han servido fué a los Virreyes que se enviaron de acá para que rehiciesen sus fortunas.

—Diga, Doña Matutina—interrumpió la viuda de Flon, a quien la política interesaba poco—el eclesiástico que habla ahora con Su Eminencia, detrás del sillón, ¿no es el canónigo Don Juan Antonio Urraca, vuestro antiguo amigo?

Aquel nombre, que tantos y tan desagradables recuerdos evocaba en la próspera Solís, interrumpió el hilo de su discurso, haciéndola registrar con afectada indiferencia el presbiterio, valiéndose del lente de oro que sostenía en las manos, a imitación de la Princesa de los Ursinos.

—Sí—manifestó al cabo—; es el mismo, que, ni aun aquí, puede dejar tranquilo a su dócil Señor. ¡Lástima que Portocarrero se haya entregado siempre como un títere a ese hombre tan violento, y a cuyo funesto influjo se deben los mayores desaciertos cometidos en la vida por Su Eminencia!

—¡Cómo le ha blanqueado el cabello!

—¡Los tiempos cambian, amiga!

—Siempre que pienso en aquéllos—exclamó de pronto Violantita—se me representa la imagen de vuestra sobrina Casilda, a quien tanto quise.

—¿Sabéis algo de ella? Porque desde que la picona se casó con Don Miguel de Villarrasa, ni mis hermanas ni yo hemos recibido cartas suyas.

Doña Matutina fingió unos momentos de distracción para coordinar mejor sus mentiras, respondiendo después con aparente naturalidad:

—Claro que he tenido noticias, mujer. Aunque los azares de la guerra no consientan muchas comunicaciones, Casilda recuerda siempre los sacrificios de su tía para educarla. En Valencia debe estar ahora con su marido...

—¿Y no ha tenido familia?

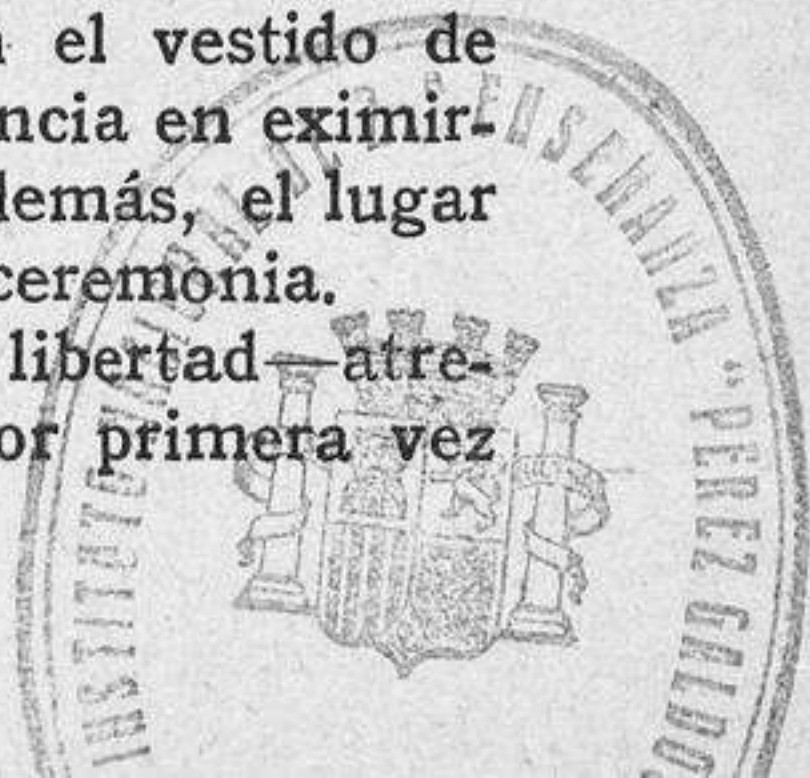
—Por ahora no—agregó, ya impaciente, la Solís—; Dios le ha negado esa gracia... Pero, ¡quién sabe!... Don Miguel de Villarrasa es aún joven...: poco más o menos, de la edad de tu marido..., y acaso el día menos pensado le suceda lo que a ti...

El Señor Ricone contoneóse ufano, y dirigió satisfecho la vista a la pronunciada curva sobre que descansaban las manos de Violante.

Antes de que ésta pudiera preguntar más detalles, cuatro señoras de honor, soberbiamente trajeadas, a las que seguían varias dueñas, el ama primera de Su Alteza, Doña Bárbara de Flores, natural de Tembleque, y la comadre Madame de La Salle, atravesaron la capilla y fueron a ocultarse en las cortinas del estrado próximo al altar.

—¡Ahí debiera estar yo también!—confió nostálgica la Solís a Doña Mayor—; pero esta dichosa fuente que traigo en la pierna derecha no me hubiera dejado caminar a gusto con el vestido de Corte. Por eso consintió Su Excelencia en eximirme del servicio, concediéndome, además, el lugar que disfrutamos para presenciar la ceremonia.

—Si su merced me disculpara la libertad—atrevióse a decir Anselmo, hablando por primera vez



a la imponente Azafata—yo conozco una receta infalible que le...

Pero, furiosa Doña Matutina al sentir publicado su secreto más íntimo, encaróse con el indiscreto Castillo, y ya se preparaba a fulminarle con alguna frase ursinesca de su repertorio, cuando cierta oscilación de los damascos que ocultaban la tribuna regia dió a entender que Felipe V y su augusta esposa, acompañados de los dignatarios de Palacio, acababan de tomar asiento en el interior, y que la iniciación de la ceremonia era, por lo tanto, inminente.

El aumento progresivo de las aclamaciones y los rumores que desde fuera llegaban, confirmaron al punto la proximidad del cortejo; los asistentes, emocionados y nerviosos, pusieronse en pie, como movidos por un resorte; abriéronse de par en par las puertas que comunicaban con la galería exterior; resonaron más cerca los clarines de la Guardia, y, a los pocos minutos, pausado, majestuoso, solemne, comenzó ante los ojos de la selecta concurrencia el desfile de la comitiva que acompañaba al descendiente de San Fernando y San Luis, en su primera entrada a la casa del Señor de todos los Reyes.

Doña Mayor, a quien Anselmo sostenía casi en vilo para que pudiera ver mejor, juzgó llegada la hora de su tránsito al contemplar tanta magnificencia, y, en una deliciosa congoja, no sabiendo cómo manifestar la emoción que embargaba todo su ser, susurró junto al picarón, cuyo calor sentía cerca:

—¡Ay, Señor Castillo, y qué bueno es esto! ¡Razón tiene el proverbio que dice: «Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia, mar y Casa Real»!

II

Abrían la marcha el Conde de Aguilar, Capitán de la guardia española; el Duque de Populi, de la italiana, y el Príncipe de T'Serclaes Tilly, de la flamenca, a quienes seguían sendos batallones de sus respectivos cuerpos, encabezados por Tenientes y Oficiales con uniformes de gran gala.

Caminaban después, muy tiesos y solemnes, cuatro maceros reales, vestidos de negro; dos alcaldes de Casa y Corte, llevando en medio al Corregidor de Madrid, Conde de la Jarosa, tras quienes figuraban los Gentilshombres de casa y boca, y los Mayordomos de semana con sus bastones.

Dejando un espacio libre, cubiertos y separados en dos largas filas que resumían los siglos más gloriosos de nuestra historia, venían en seguida los Grandes de España, lujosamente ataviados, y, tan celosos de su dignidad, que sólo se sacaban los sombreros al trasponer las puertas de la capilla.

Interesados aquel día en exteriorizar su adhesión a la dinastía, concurrían en gran número, y Doña Matutina, que conocía a todos y poseía inapreciables informes sobre la capacidad e inclinaciones de cada uno, iba repitiendo sus ilustres títulos a medida que avanzaban, subrayándolos con una mueca reveladora del grado de confianza o estimación que su poseedor inspiraba a la Princesa de los Ursinos.

Medinaceli, Osuna, Arcos, Lemos, Gandía, Sessa, Alcañices, Béjar, el Condestable Aytona, Santa Cruz, Frigiliana, Ecija, Peñaranda, Mancera, Havré, Altamira, Priego, Palma del Río, San Esteban de Gormaz, Montellano, Astorga, Robecq, Liria y Xérica...

Los nombres no terminaban, y las cejas de la Azafata frunciáanse amenazadoras al repetir algunos como los de Lemos, Ecija, Frigiliana, Palma del Río o Montellano, dilatándose tranquilas cuando pronunciaba los de San Esteban de Gormaz, Sessa, Gandía y, especialmente, el de Liria y Xérica, Ducado este último recientemente concedido por Felipe V al ilustre Mariscal de Berwick, como premio a sus servicios en defensa de la Corona.

Tras aquellas filas nutridas e imponentes, iban por separado los Grandes a quienes Su Majestad había designado para llevar sobre bandejas de oro los atributos de la ceremonia, realizando toda clase de esfuerzos con objeto de avanzar gallardamente, y distinguiéndose entre ellos Don Pedro Manuel Colón y Portugal, Duque de Veraguas, portador del enorme mazapán, florido y adornado con toda clase de emblemas al salir de la Cámara Real, pero desnudo y casi deshecho al llegar a la Capilla, por el afán de las damas presentes en las galerías de verlo y probarlo, y la diversión de Su Excelencia en mostrarlo y cederlo a cada paso.

Cuatro reyes de armas, luciendo sus heráldicas cotas, marchaban detrás de los Grandes, precediendo a Su Alteza Real, el Duque de Orleans, padrino, por delegación de Luis XIV, que venía a continuación, detrás de M. Defitte, Teniente de los Cien Suizos, entre el Abate Tressan, su primer limosnero, y el Conde de Chatillon, su primer gentilhombre de Cámara, a quienes seguía inmediatamente el Marqués d'Estampes, Capitán de guardias del Generalísimo.

Vestía el Príncipe aquella tarde de terciopelo gris ceniza, galoneado de oro *en plein*, ostentando pedrerías de gran precio colocadas con gusto en casaca y sombrero, y adornándose con lazos y cintas rojas.

El rostro del Generalísimo, ovalado por monumental peluca de bucles oscuros que desbordaban sobre los hombros, sonreía ufano al apreciar la simpatía que su presencia inspiraba, y los Generales y Nobles franceses que le seguían aparentaban la misma satisfacción, formando notable contraste sus maneras sueltas y alegres con la tiesura y gravedad de los señores españoles que figuraban en la comitiva.

Seis reposteros de camas traían a corta distancia la suntuosa silla de manos, cubierta de espejos y labores de plata por fuera, tapizada por dentro de tisú, donde la Camarera Mayor de Palacio, Aya de Su Alteza Real y Madrina, en representación de la Duquesa de Borgoña, sostenía sobre la falda al tierno Príncipe de Asturias, envuelto en una nube de encajes y brocados que apenas si permitían descubrir el rostro del augusto niño.

Terminaba el cortejo con la Teniente Aya del regio vástago, el Ama segunda, las dos acunadoras y las Camaristas del Príncipe, guardando cada cual su rango, antes de los Gentileshombres y Damas de la Camarera Mayor y de las Señoras de Honor de Su Majestad la Reina, mujeres todas ya maduras muy ataviadas y prendidas, pero que no aumentaban en nada la belleza del espectáculo, haciendo recordar tristemente el desfile de las suprimidas Damas de Palacio, solteras y jóvenes, que ante constituían la gala principal de aquellas fiestas.

Guardias, Alabarderos y criados menores cerraban el coruscante séquito, que, llegado a su destino, detúvose junto a la entrada para que los Reposteros depositaran en el suelo la silla de manos. Abrió la puerta un Mayordomo de semana. Adelantóse una Señora de Honor a fin de recibir al

Príncipe, y, con un perfecto dominio del mundo y de la Corte, lenta, ceremoniosa, en medio de la expectación general, descendió hasta el mármol Ana María de la Trémoille, Princesa de los Ursinos, arrancando un murmullo de admiración a la concurrencia por la riqueza de su aderezo y las novedades de su atavío, recién llegado de París y confeccionado con una de aquellas preciosas telas labradas y recargadas de multicolores adornos que siempre constituyeron la debilidad de la ilustre Camarera Mayor de María Luisa de Saboya.

Mientras el Arzobispo de Toledo, seguido de Obispos y Capellanes con hachas encendidas, salía al encuentro del regio catecúmeno, que ya descansaba otra vez en brazos de la Madrina, y Su Eminencia preguntaba a ésta los nombres con que había de llamarse su ahijado, dando principio a los exorcismos de rúbrica, y subiendo hasta el tarimón seguido de Padrinos y clerecía, Doña Mayor, admiradora incansable de la arrogancia varonil, principió a ponderar con frases del más puro culteranismo las partes y gracias que distinguían al Duque de Orleáns y constituían de él una especie de dios pagano, colocándole por encima de sus congéneres.

¡Qué talle, donde se cimbreaban los juncos! ¡Qué ojos, donde se asomaban todas las musas! ¡Qué prestigio en el ejército! ¡Qué valor y qué talentos los demostrados por Su Alteza en la última campaña! Pues ¿y la distinción de sus gestos? ¿Y la llaneza de su trato? ¿Y las habilidades en pintura, poesía y hasta en música?...

Doña Matutina, que escuchaba nerviosa aquella letanía, concluyó por hacer callar a la Flon, manifestando agriamente:

—¡Todas esas cualidades que tanto admiran al

vulgo, son comunes en la mayoría de los Príncipes; y si éstos no las ponen de relieve, será por juzgarlo innecesario! ¡Cuando se pelea o se trabaja en servicio de alguien, conviene guardar siempre el rango que a cada cual corresponde, sin señalarse por alardes innecesarios y contraproducentes!

Los Prelados, en tanto, habían subido al altar, cambiando sus vestiduras moradas por otras blancas, mientras las Señoras de Honor, que permanecían dentro del estrado, mudaban también de ropas al Príncipe, cuyas ruidosas protestas se hicieron oír distintamente a través de las cortinas, sin bastar a cubrirlas la música de los villancicos entonados por la Real Capilla.

Al cabo tornó la Camarera Mayor a hacerse cargo del Infante, y, acompañada del Padrino, aproximóse a la pila bautismal, donde ya esperaban Cardenal y acólitos.

El momento culminante de la ceremonia había llegado; la voz del autor del *Testamento de Carlos II*, fuerte y sonora a pesar de los años, elevóse sobre el silencio general para imponer al primer vástago español de los Borbones el Sacramento que le daba ingreso en el concierto de los fieles; la curiosidad de la Corte alcanzó su grado máximo, moviendo a damas y caballeros a estirar cuellos y empinarse sobre la punta de los pies para vislumbrar cuanto en las gradas sucedía; hasta las cortinas de damasco de la tribuna regia entreabriéronse, dejando contemplar al público el semblante de la Majestad Católica de Doña María Luisa, reflejando la más sincera de las emociones, y el de Felipe V, siempre joven, y aquella tarde, por rara circunstancia, expresivo.

En el mismo instante, mientras el mundo palatino abstraíase admirado ante la solemnidad del

rito, Anselmo del Castillo, encarnación de la picaresca española, que nada respeta y a todo se atreve, preguntó muy quedo a la viuda de Flon:

—Diga, Doña Mayor: aquella señora que está enfrente de nosotros, en la segunda tribuna, vestida de morado con labores de plata, ¿no es la Marquesa de Teruel, que hace poco volvió de Francia?

La boticaria dirigió su vista hacia donde indicaba el buscón, y confirmó al punto:

—En efecto. Es ella, que aun viste de medio luto por el fallecimiento del caballero de Vaureal, su único hermano. ¡Nunca la vi tan hermosa ni tan bien compuesta!

—¿Qué habrá venido a buscar en España?—preguntó inocente Violantita—. ¿No dicen que sigue separada de su marido y que éste piensa permanecer varios años aún en el Virreinato de América?

—Pues, según la propia Crevecœur, por eso mismo—, alargóse a responder Doña Matutina—. Madama Adelaida pretende que su esposo no la sostiene en París con el decoro que tan ilustre nombre exige, y quiere que Sus Majestades intervengan cerca del avaro Teruel para aumentar sus pensiones. Pero con una pájara como ésa, ¡cualquiera sabe lo que buscará en estas tierras! ¡Aunque seguramente nunca será nada santo ni fácil!

—Su Excelencia la Camarera Mayor y la Marquesa de Teruel continúan siempre amigas, ¿verdad?—interrogó Don Primitivo cándidamente.

—Ahora no sé—contestó vaga la Solís—; ¡las mujeres cambiamos tanto con los años!... Hubo un tiempo, sí, antes de mi regreso al Alcázar, en que eran íntimas y hasta se ayudaban en todo. Después, cuando la Princesa estuvo en París, creo que también se vieron; pero la Marquesa no pensaba por

entonces regresar a España, y parece que descuidó a su antigua valedora. Por eso *nos* ha sorprendido tanto el regreso de la bella, aunque dada la privanza que siempre gozaron los Vaureal en el *Palais Royal* desde tiempos de *Monsieur*, nada tendría de particular que Madama Adelaida haya querido acompañar al Duque de Orleáns para hacerle más soportable la permanencia entre *nosotras*.

—¡Lo que es como mujer, razón tienen los que dicen que puede vender atractivos en cualquier mercado!—aseguró fervoroso Anselmo, a cuyo parecer no tardaron en adherirse los demás hombres, excepto fray Francisco Blando.

Doña Mayor, encelada por aquel encarecimiento, sofocóse, diciendo:

—Cualquiera diría, señores, al escucharos, que en una asamblea como ésta no existe competidora posible con la Marquesa de Teruel. Pero tended la vista por esas tribunas y encontraréis otras damas que igualan, si no superan, a vuestra francesa.

—Ahí cerca de ella—agregó la Solís, olvidando sus prevenciones contra Anselmo y hablándole por primera vez— tenéis precisamente a una de las mayores bellezas de España, la Señora Duquesa de Frías, Doña Ana María Téllez de Girón y Benavides, a quien el último Embajador de Francia llamaba siempre la *superbe Gironne*.

—Y si buscáis ingenio—dijo Doña Mayor—, contemplad la última tribuna, junto a la puerta, y veréis a las tres damas más inteligentes de la Corte: la Duquesa de Osuna, por quien el Generalísimo parece sentir gran admiración; la Condesa de Palma del Río, por cuyos ojos sólo ve su insigne tío e Cardenal Portocarrero, y la Condesa de Lemos, que no sólo maneja la casa de su esposo, acrecentada hoy con la de Taurisano, sino la de su propio

hermano el poderoso Señor Duque del Infantado, y las de todos los Silvas y Mendozas.

—¡Ay, amiga! ¡No sigáis alabando a esas tres sierpes, que son las peores enemigas que en su vida tuvo mi Señora la Princesa!—protestó la Azafata—. Acaso sean listas; pero en lo que toca a enredadoras y charlatanas, no las hay peores. Fíjese antes el hidalgo que os acompaña en otras Excelencias que derraman señorío y pueden dar ciento y raya a todas las Terueles del mundo, como la santa Duquesa de Béjar, la Condesa de Altamira y, antes que ninguna, la Duquesa de Medinaceli y de Cardona, Doña María de las Nieves, seis veces Grande de España y espejo de virtudes.

Ya iba a aprovechar Anselmo la inesperada coyuntura que se le ofrecía para entablar conversación con la desdeñosa Doña Matutina, cuando resonaron en el templo las notas vibrantes del *Te-déum*, indicando el próximo fin del solemne acto. La Camarera Mayor, que oraba de rodillas ante el Altar Mayor, junto al Duque de Orleans, levantó con noble gesto los brazos hacia el Sagrario, ofrendando a Dios la preciosa carga que tantas esperanzas y tantos compromisos significaba para los españoles. El Cardenal Portocarrero, después de rezado el Evangelio de San Juan, bendijo al nuevo cristiano, en compañía del Nuncio, y, poniéndose todos en pie, formóse otra vez el cortejo, iniciando la retirada por el mismo orden guardado a la venida.

El tiempo había transcurrido rápido, y la claridad del día comenzaba a disminuir en aquella tarde de invierno, serena y breve como la gloria de un Rey niño. Todo era entusiasmo y augurios felices en torno de la deslumbradora silla, que se alejaba, galería adelante, rodeada del fausto y esplendor

de una corte más amante siempre de festejar grandezas que de consentir sacrificios. Y en medio de tanta gala, cegados por su propio exterior y las imágenes engañosas que reflejaban los muros del Alcázar, convertidos, gracias a las tapicerías de la Corona, en jardines encantados o victoriosos campos de batalla, ninguno de los que escoltaban al inocente y dormido Príncipe parecía recordar el pasado doloroso e instructivo, ni prevenir el futuro amenazador y misterioso, como si todos los peligros hubieran desaparecido ya para la Monarquía, y el porvenir de España se encontrara definitivamente asegurado con la frágil existencia de aquella criatura de tres meses, que reposaba en brazos de la Consejera de sus Augustos Padres.

III

El descenso de Doña Matutina y demás señoras desde la cúpula de la Capilla al piso alto del Alcázar, así como los sinsabores que tan arriesgadas acrobacias proporcionaron a las damas, exponiéndolas a resbalarse a cada paso, o enseñar algunas de sus perfecciones más ocultas, constituyeron para Anselmo un caudal de observaciones preciosas sobre la psicología femenil, a la vez que un motivo de manifestar su experiencia en tales achaques, ya interpretando los gritos de Doña Mayor, como disimulada invitación a ser ayudada por sus expertas manos, ya compartiendo las angustias que a Don Primitivo producía la idea de un posible tropezón de Violantita, ya, finalmente, coadyuvando respetuoso a desenganchar la rica sobrefalda de la Solís, que había quedado presa en un escalón, y hubiera

podido comprometer la preciosa existencia de la favorita de la Princesa de los Ursinos.

Llegados, al fin, a tierra firme y sorprendidos por el glacial crepúsculo que se avecinaba, apresuráronse damas y caballeros a refugiarse bajo techado, emprendiendo acto seguido curiosa peregrinación a través de cámaras y desvanes, guiados por Doña Matutina, conocedora expertísima de cuantos recovecos y pasos encerraba el vetusto Alcázar de los Carlos y Felipes.

Mientras caminaban, muy cuidadosos los hombres de no tropezar en alguna viga, y muy asustadas las mujeres ante la posibilidad de ser acometidas por ratas o ratones de los que infestaban Palacio, la Azafata, que parecía muy satisfecha con el resultado de la pasada ceremonia, no cesaba de hablar y añadir detalles enderezados a demostrar la importancia de su persona.

—No crean ustedes, señores, que la fiesta ha terminado aún, pues ahora estará toda la Corte en las habitaciones de Su Majestad la Reina, donde el Cardenal Primado obsequiará a la concurrencia con joyas, guantes y dulces. La verdad es que espectáculos como éste sólo pueden verse en Madrid, y hasta el Duque de Orleáns ha de haber quedado atónito con tanta pompa. El orden seguido es el mismo que se observó en el bautizo del difunto Rey Don Carlos II, que Dios goce. La Camarera Mayor ha deseado con esto probar su respeto por las etiquetas españolas, y, como ella dice tan graciosamente, *donner des paquets* a sus enemigos, que tal vez esperaban innovaciones extranjeras para suscitar otra campaña de crítica como la famosa sobre los tontillos y las colas de las damas, de que ya nadie se acuerda. Cierto que no hay cosa en que no *nos* fijemos. Por eso me repetía el otro día Su

Excelencia: *Je me trouve cent fois plus de vivacité dans les occasions où il s'agit du service de Su Majesté que je n'en ai dans les autres moments de ma vie.*

—Lo sensible es que no todo el mundo aprecia las cosas desde el mismo punto de vista que una persona de tanto talento—manifestó suntuoso el Secretario Lozano, que debía su puesto a la protección de Ana de la Trémoille.

—*Il faut se contenter del poco y bueno*—repuso donosa la Azafata—. Y su merced conoce harto este país para saber que las pasiones particulares hacen olvidar en toda ocasión el interés público. Por supuesto que, debido a ello, ningún español puede jactarse de poseer *nuestra* confianza, y a todos *les miramos* con la indiferencia que merecen. La Señora Princesa limitase a *leur faire des honnestez* que les persuaden de que adora a su nación, aunque en el fondo Su Excelencia *en soit très degoustée*.

—¡Ay, amiga!—suspiró Fray Francisco Blando—, por mucho que ustedes trabajen, no conseguirán impedir que los españoles se perjudiquen unos a otros.

—Por eso sería menester castigar ejemplarmente todas esas *tracasseries*, Fray Francisco. El mundo es malo, y *nosotros* no nos parecemos en nada al Señor Júpiter, que sabe dorar bien la píldora cuando quiere, sino que *vamos derechos* por un camino, sin considerar los obstáculos que a menudo se encuentran en su curso. Acaso pudiera resultar más político obrar de otro modo, pero *ya nos encontramos demasiado viejas* para cambiar de máximas.

—¡Mientras la suerte de las armas continúe siéndonos favorable, todos los sinsabores pueden darse por bien empleados!—expresó Don Primitivo Flon—. ¡Y si en la próxima campaña llegaran los ejércitos de las dos Coronas hasta Barcelona...!

—¡Por Dios, Don Primitivo!—interrumpió la Azafata—. No hable como el popular, ni sueñe con imposibles, cual hacen los madrileños sin reflexión. Si se pudiera *arrondir le gateau* del lado de Valencia y Aragón, o dar una leccioncita en Extremadura al *petit Roi de Portugal*, nos podríamos considerar todos por muy contentos.

—¡Su Alteza el Generalísimo es capaz de eso y mucho más!—proclamó convencida Doña Mayor.

—No sé, no sé—murmuró hermética la portavoz de Ana de la Trémoille—. En Palacio nadie duda de que Su Alteza Real pueda triunfar en cuantas cosas se proponga, *después de haberlas digerido bien*. Por de pronto, ya está convencido de que súbditos tan empecatados como los valencianos no pueden ser puestos en razón más que por la fuerza, y de que, desgraciadamente, nada lograría conseguirse por la dulzura. Pero en este asunto sucede lo que en casi todos: que son aprobados por unos y desaprobados por otros. Su Excelencia la Señora Princesa suele repetir que no conoce Príncipe que haya nacido bajo una estrella tan desdichada como el Duque de Orleáns, ni que más merezca ser dichoso. Por ello *debemos* esperar que la fortuna se canse de volverle la espalda y le reciba, finalmente, en sus brazos, ya que al fin y al cabo es mujer.

Un agudísimo grito lanzado por Doña Mayor vino a interrumpir a la Solís, haciendo acudir a todos en socorro de la boticaria, que aseguraba, en términos enrevesados, haber visto correr por las obscuras lejanías cierta cosa blanca, que debía ser fantasma o ánima del Purgatorio, aunque su prosaico cuñado pretendiera que se trataba de un gato de los muchos que merodeaban por aquellas regiones del Alcázar.

Doña Matutina, temerosa de que la sensible

Flon acabara por desvanecerse en brazos de Anselmo del Castillo, reiteró entonces a sus acompañantes la invitación que ya les insinuara antes, para descender a las habitaciones que, como Azafata, ocupaba en el piso segundo, donde Doña Mayor podría recobrase del soponcio gustando el chocolate que tenía dispuesto, procedente de la reserva especial de Sus Majestades, y acompañado de cuanta golosina enviaran al Alcázar aquel día los conventos más empingorotados de la Corte.

—Y no nos encontraremos sólo allí, pues ya esperará bastante gente—añadió orgullosa la Solís—. Por de pronto, hallaréis a vuestra amiga Mademoiselle Emilie, la Camarista favorita de Su Majestad que tanto os divierte con sus cuentos, y a otra nueva, flamenca, que aun no conocéis, porque acaba de llegar y es sobrina del General Grigni. Esta viene de París, donde la señora Camarera Mayor le ha hecho aprender los nuevos estilos de peinado con el mejor peluquero de aquella Corte, para que pueda servir a la *Señora* más a gusto que las tocadoras españolas, tan torpes siempre en esos menesteres.

—¿Seguirán cayendo los rizos en las sienes y ahuecándose los copetes con estopa?—interrogó con acento desmayado la visionaria.

—No sé, no sé—repuso misteriosa la Solís, agarrando del brazo a su amiga y conduciéndola a remolque—. Creo que se han proscrito muchas cosas, y eso complacerá en extremo a la *Señora*, que tanto sufre con el peso de adornos y joyas a causa de sus frecuentes jaquecas. ¡*La migraine!* ¡Pobrecita Reina! ¡Cómo le hace padecer de continuo! Dijérase que ese maldito achaque fuese un *appanage* de las Soberanas de España, porque la Reina Madre, María Luisa, la primera esposa de

don Carlos II, la Reina viuda y nuestra Reina de hoy, han vivido todas esclavas de sus rigores.

—¡Yo también, yo también!—confesó radiante Doña Mayor—; ¡sobre todo desde que el hado impío arrebatóme inexorable al espejo de cónyuges con quien compartí tálamo y primavera!

Los finos oídos del hambriento Anselmo recogieron al vuelo los ecos de aquel convite sardanapalesco que hacía venir el agua a su boca, moviéndole a recordar el mísero desayuno de la mañana y la orfandad subsiguiente de su estómago; mas advertido por la experiencia, que le sabía indicar cuándo debía abstenerse de concurrir a un lugar, y sobrecoigido ante los rigores de la Azafeta, que de ningún modo le había mirado al hacer la invitación, juzgó prudente no exponerse a un nuevo desaire, aprovechando la oportunidad de encontrarse junto a una escalera por donde bajaban varios militares, para despedirse del grupo palatino, con pretexto de cierta ocupación ineludible que reclamaba su presencia en otra parte.

Frunciéronse los pintados labios de Doña Mayor al escuchar aquella disculpa que la privaba de la vecindad de su doctor en gustos, aunque sin atreverse a pedirle que se quedara por temor a la Solís; contempló ésta un momento al andaluz, como si fuera a decirle algo, terminando por saludarle más atenta de lo que su anterior actitud permitía suponer; carraspearon breves cumplimientos Fray Blando, Don Primitivo y el Secretario Lozano; dirigióle Violantita una mirada corrosiva, en que se leía el temor de que aquel logrero pudiera birlarles a sus hermanas solteras y a ella la pingüe herencia de la tía viuda; y, menos cruel o más precavido, alargóse el señor Ricone hasta indicar al fugitivo por dónde podía llegar antes a la calle, caso de no querer salir

al patio principal o al de las Covachuelas, atestados seguramente de público en aquellos momentos.

Gracias a las minuciosas explicaciones del primer boticario, pudo, pues, Anselmo desenvolverse por aquel dédalo de corredores y pasadizos que constituían el cuerpo de servicio de Palacio, hasta dar con sus huesos en el exterior, no lejos de la Casa del Tesoro, edificada por Felipe III durante las postrimerías del siglo XVI.

Una vez allí, y deseando alejarse del barullo, caminó hacia el arco de la Encarnación, que comunicaba este monasterio con el Alcázar de Sus Majestades Católicas.

Los pensamientos del astrólogo al emprender la retirada por aquellas vías angostas y nada limpias, pero concurridas a la sazón por numerosos peatones y lujosas carrozas de dos y cuatro caballos o mulas, que reintegraban a sus casas a los magnates y damas asistentes al real bateo, no podían ser menos alegres y más descorazonadoras.

Su vagancia y el sinnúmero de aventuras y contingencias que le hicieron llegar a los treinta años sin oficio ni beneficio, pesábanle cual losa abrumadora de la que fuera imposible libertarse ya.

No era que se arrepintiese de lo ejecutado hasta entonces, sino que, en lugar de regodearse, como muchos de sus cofrades hacían, con el recuerdo de los engaños conseguidos o las industrias logradas, gozando con la perspectiva de otras nuevas, aquella vida que no le sacaba de apuros y ninguna traza presentaba de cambio, comenzaba a fatigarle, haciéndole suspirar por otra más sosegada y, sobre todo, menos expuesta a tropiezos como el de la Inquisición de Barcelona.

—Es muy fácil despreciar desde arriba a los que estamos abajo, como hace esa Doña Matutina, que

sabe Dios lo que habrá sido en su juventud—murmuraba Anselmo mientras iba caminando—. ¡Lo que yo quisiera es ponerla en mi lugar ahora, y veríamos dónde se quedaban los repulgos y las controversias del honor! ¡El honor! ¡Bonita palabra, inventada seguramente por los ricos o los poetas para que salga en las comedias y la gente crea dentro de algunos siglos que sólo vivíamos pensando en esas niñerías o matándonos por un quítame allá esas pajas! ¡Morir! ¡Todo antes que eso! ¿No se puede vivir bien? ¡Pues se vivirá regular! ¡Y si no, se vivirá mal! ¡Pero se vivirá, aunque a ello se opongan todas las leyes y todas las Solises del mundo!

IV

Las reflexiones de Aselmo hubiéranse prolongado, a no terminar las austeras paredes de la fundación de Doña Margarita de Austria y encontrarse junto al atrio o compás del aristocrático convento a tiempo que por su verja exterior aparecía la figura de una piadosa beata, muy enlutada y humilde, pero salida de la Santa Casa con tal mala suerte, que, resbalando y cayendo en los escalones de la puerta, vino a dar en el suelo con su mezquino cuerpo, dejando derramar por el barro que cubría la plazuela el contenido de un cucurucho de papel oculto bajo el manto.

Castillo, cuyo corazón no era malo, viendo los apuros que la infeliz pasaba para recoger del suelo lo caído, antes de que algún coche o transeúnte acabara de inutilizarlo, acercóse solícito al lugar del siniestro, pudiendo comprobar al punto que aquellos objetos, dispersos y medio embutidos en el lodo,

eran nada menos que rosquetes de los que tanta fama proporcionaban a las Agustinas Calzadas de la Encarnación, y con los que seguramente acababa de ser obsequiada su modesta visitante por alguna de las linajudas monjas allí claustradas.

—¿Quiere que le ayude, señora?—propuso servicial el andaluz.

—¡Si tiene la caridad!—murmuró temblorosa la mujer, continuando activa su tarea y sin volver el rostro—. ¡Mala suerte la mía! ¡Con lo que mis hijos se hubieran regalado gustando estos bocados del cielo!...

Aquel timbre de voz sorprendió los oídos de Anselmo, haciéndole exclamar:

—¿Es usted, Doña Copla?

La beata miró entonces a su interlocutor, mostrando un rostro consumido por el dolor y las privaciones, que reflejaba cansancio y resignación infinitos.

—¡El señor Castillo!—exclamó con vocecilla quejumbrosa—. ¡El cielo le envió en mi socorro!... Son dulces de las señoras. ¿Sabe? Me los dieron por la fiesta de hoy, para que también la celebrásemos en casa. Y ya ve..., ya ve cómo se han puesto por mi torpeza. Pero no importa; como los recobremos todos, me daré por contenta. No es más que tierra... y de ella venimos, ¿verdad?

—¿Buscaba a su hijo Pedrín, el monago?—interrogó Anselmo, disimulando su compasión.

—Por él me llegué, desde casa, y a entregar además una obra de bordado que me encargaran las señoras para la Candelaria, en la que venía trabajando desde hacía meses. Pero no lo vaya a decir en el obrador, señor Castillo, que a Don Chipito tal vez no le agradara y me costaría de cierto algún disgusto.

Doña María de Constantinopla Golfín, viuda, según general creencia, y a quien sus conocidos llamaban cariñosamente Doña Copla, para abreviar el nombre, era una de las bordadoras de fino que concurrían a la tienda de Puerta Cerrada, donde gozaba de generales simpatías, no sólo por su habilidad indiscutible en el arte del recamado, sino por la perseverancia y valentía con que afrontaba el problema de la existencia, atendiendo al sustento de su dilatada prole, sin pedigüeñar ni hacerse gravosa a nadie.

Lo que todos ignoraban en el obrador, empezando por Anselmo, era que, bajo sus raídas bayetas, disimulaba Doña Copla la verdadera personalidad de la legítima y fiel esposa del ex covachuelista Don Bruno Zorraquín, primer maestro de Jenaro de Pereda en la ciencia política, y personaje harto peligroso y convicto de austriaquismo para poder continuar viviendo en Madrid después de la retirada de los Aliados, a cuyos ejércitos se viera forzado a seguir en compañía de sus dos hijos mayores, tan carlistas o más aún que el padre.

Sola, y con otros siete retoños a quienes mantener, aquella meritoria mujer, lejos de acobardarse como tantas otras, habíase valido de la protección del Capellán cantor de las Descalzas Reales, Don Francisco Piquer, antiguo amigo de su esposo, para introducirse por casas y conventos donde se pudieran utilizar sus habilidades, y, resuelta a disimular condición y nombre, hacía más de dos años que trabajaba lejos de sus antiguos barrios de la plazuela de los Afligidos, luchando por mantener a la descendencia zorraquina, siempre hambrienta y miserable.

—Creo que ya no queda ninguno—declaró Castillo, recogiendo del suelo el último rosquete y tendiéndolo a Doña Copla para que lo guardara en el

pañuelo que acababa de extraer de las profundidades de su faltriquera.

—¿No lo quiere probar su merced?—propuso cordialmente la supuesta viuda—. Mire que apenas si le salpicó el barro.

Anselmo sintió vivísimos deseos de aceptar el ofrecimiento, contemplando el sabroso producto de las monjas de la Encarnación; mas, generoso y heroico, al recordar los numerosos candidatos que aguardaban la golosina, contentóse con responder, mintiendo descaradamente.

—Gracias, Doña Copla; pero vengo del Alcázar, donde asistí al bautizo de nuestro Serenísimo Príncipe, y allí disfruté del agasajo con que obsequiaba a sus amigos la Azafata Mayor, Doña Matutina Fernández de Solís.

El rostro envejecido de la esposa de Don Bruno contrájose al escuchar el nombre de la mujer a quien su marido y ella achacaban el origen de todas sus desgracias.

—¡Doña Matutina Fernández de Solís!—exclamó, mudando de voz y en tono sibilante—. ¿También conoce su merced a esa gran pécora, disfrazada de virtud incorruptible, sin recordar los tiempos del milagro ni los oficios infamantes que se le imponían en el palacio de Su Eminencia el Cardenal Portocarrero antes de la muerte del último Rey? Pues ande con cuidado y desconfíe de sus lagoterías el Señor Castillo, porque esa fiera sin entrañas no puede tener amigos, y acabará dándole mal pago, como siempre hizo con cuantos tuvo al lado. ¡Por dinero vendió a su sobrina, casándola con un viejo y separándola de su novio! ¡Pobrecitos niños! ¡Por dinero o por vanidad sería capaz de entregar su alma al diablo! ¡Y si no existieran en su vida otros borrones!... Pero existen, sí, y yo sé de uno que... de uno

que, por pura maldad, hundió en la desesperación a toda una familia honrada. Mire, Don Anselmo, mejor será que calle... Vámonos, y no vuelva a mentar delante de mí el apellido de esa harpía, porque, Dios me perdone, pero cuando le oigo siento impulsos de... Bueno, vamos, que mis hijos estarán ya impacientes con la tardanza..., y el Señor y la Virgen de Constantinopla me libren de malos pensamientos ahora y siempre. Amén, Jesús.

Anselmo, a quien complacía en extremo oír hablar mal de la vanidosa Azafata, y que esperaba obtener mayores datos sobre la vida pasada de su enemiga, brindóse a escoltar a Doña Copla, que tomó calle de la Encarnación arriba, sin pronunciar en gran trecho palabra, cual si tratara de vencer su inusitada cólera.

La noche se había echado encima, y comenzaban a encenderse luminarias en casas de ricos y pobres.

Deseoso de evitar a su compañera las aglomeraciones de curiosos que circulaban por aquellas rúas, ávidos de asistir a los fuegos de artificio prevenidos en diferentes lugares de la capital, o de recorrer las iluminaciones de palacios e iglesias, trató Castillo de alejarse por algunos de los callejones transversales; pero, con gran sorpresa, oyó a la bordadora que decía:

—¿Y para qué hemos de dar tanto rodeo? Mejor será bajar hasta los lavaderos de los Caños del Peral, y desde allí, por la Escalinata, llegaremos antes a la plaza Mayor.

El bullicio de Madrid era, efectivamente, tan intenso, que, a partir de las casas de Alburquerque, muy adornadas con hachones de cera, comenzaron beata y picarón a tropezar con gentes de todas clases, que corrían de un lado para otro, como si temieran

llegar tarde o privarse de algún regocijo al que estuvieran invitados.

La popularidad del Príncipe de Asturias y de la Saboyana, su augusta madre, que moviera el día del nacimiento de Don Luis a volcar los puestos de la Puerta del Sol y abandonar los humildes mercaderes todas sus pertenencias para correr a Palacio y unir sus frenéticas voces al coro de bendiciones entonado por el pueblo madrileño en honor de la Real Familia, confirmábase aquella noche por medio de mil detalles típicos y elocuentes, tales como los farolillos y colchas en los edificios humildes, las coplas y relaciones que pregonaban ciegos o lisiados, los tapices y reposteros de los caserones nobles y las complicadísimas loas y composiciones debidas a la inspiración de poetas e intelectuales de poco fuste.

Madrid entero, de ordinario lóbrego y medroso, relucía cual si aún brillara el Sol, permaneciendo en los balcones la gente que no paseaba, y propagándose el holgorio y la fiesta hasta los domicilios más humildes, como si la corte, en masa, pretendiera hacer patente su adhesión a la dinastía reinante, y su inquebrantable propósito de mantenerla en el trono contra todos los ataques y las opiniones adversas.

A la entrada de la calle del Arenal, una docena de vagos cantaba las coplas del Mambrú a grito pelado; más allá, varios niños jugaban a la rueda, hendiendo los aires con sus agudas voces, que repetían sin tregua:

Cuando Felipe Quinto
Montó a caballo,
La Reina de los cielos
Le dió la mano.

—Toma esta rosa,
Toma, Felipe Quinto,
Para tu esposa.

Pero donde la animación y las apreturas resultaban insoportables era en la Plaza Mayor, cuyo vastísimo recinto aparecía cuajado de luces, gracias a las órdenes del Señor Corregidor, ansioso de superarse en tan señalada fecha para complacer a Sus Majestades y ganar el favor de la Princesa de los Ursinos.

Refugiados bajo los soportales, Doña Copla y Anselmo avanzaban lentamente, defendiéndose contra los empellones y escuchando los chillidos de transeúntes y moscones, que, perdida toda gravedad y compostura, creían encontrarse en plenas carnestolendas y obraban en consecuencia, permitiéndose cualquier libertad con sus vecinos.

—Por aquí, Doña Copla, por aquí—repetía de vez en cuando Castillo, que parecía encontrarse en su elemento, y navegaba como el más diestro de los pilotos por aquel mar de la malicia y la ociosidad extendido ante sus ojos.

—¡Sólo Madrid es Corte! ¡Vivan los Borbones!—acabó por proclamar enardecido cuando consiguieron embocar el deseado arco y apareció a sus pies, rutilante de claridad, como inmensa galera, la calle de Toledo, empavesada de arriba abajo y rebosando público y alegría—. ¿En qué parte del mundo se encontrará este fuego, esta lealtad y esta magnificencia? ¡Dichosos los Reyes que decretaron su asiento en esta ciudad tan incomparable y privilegiada!

—¡Ay, Señor Anselmo!—murmuró la triste consorte de Don Bruno Zorraquín—. No juzgue de las cosas por el exterior, ni de los pueblos por las apariencias. ¡Quién sabe si este Madrid que tanto le admira y tan seguro parece hoy de su triunfo no acabará de parecer, y terminará por afiliarse al bando que resulte vencedor en la contienda que venimos padeciendo hace seis años!

—Eso no, Doña Copla—protestó Castillo—; que bien claro demostró la capital de España sus preferencias por Felipe V y su antipatía contra el Archiduque durante la pasada ocupación. Y eso lo sabe su merced mejor que yo, puesto que estaba presente.

—¡Estaba, sí, y más contenta por cierto que hoy!—suspiró la bordadora, recordando al ausente esposo—. Por ello hablo así; porque vi entonces cosas que no se apartarán de mi memoria mientras viva. Las historias que se escriben, Señor Anselmo, sólo acostumbran a recordar lo bueno, lo que ilustra o enaltece; pero las verdaderas, las que uno contempla con sus propios ojos, las de las inconsecuencias y errores de los hombres, esas se pierden o desfiguran en la mayoría de los casos.

—¿No es verdad entonces la inquebrantable adhesión de los madrileños a la Saboyana y al Rey?

—¿Y qué van a sentir por *el otro*, a quien no conocen, y que sólo llegó hasta ellos calumniado o deprimido por sus enemigos? Pueblos como los nuestros, sólo quieren a los que ven sufrir junto a ellos.

—¿Son mentira los ataques a los invasores y la indiferencia del público ante la proclamación de Carlos III en esa misma plaza que acabamos de atravesar?

—¡Y qué había de suceder con soldados extranjeros que se les entraban por las puertas en son de guerra y a quienes aborrecían! Hubiera venido al menos el Archiduque, como se tenía anunciado, y ya veríamos cuántos se hubieran negado a reconocerle y jurarle como heredero de sus mayores. Aun así, se han tapado muchas cosas, amigo; se han quemado muchos papeles y muchas listas

comprometedoras. La mayoría de la nobleza, que debe cuanto es a la Casa de Austria; casi todas las Covachuelas, donde se esconde el verdadero mérito; los Consejos; buena parte del Clero; las Comunidades antiguas y la gente de reflexión, estaban de parte de Carlos III y acataron sin dificultad el nuevo estado de cosas.

—Sí, pero el pueblo...

—¡El pueblo!... ¿Y dónde está ese pueblo, como decía mi marido? ¿Quién lo manda?... ¿Qué sabe él lo que grita, ni por qué grita? Si Felipe V se encontrara de nuevo en Francia, es un suponer, le veríais delirando por el Archiduque o por el heredero que éste les hubiera proporcionado. Al pueblo tampoco se le puede juzgar por cuatro salvajadas, y mejor sería para su fama callar ciertas cosas que publicarlas sin ton ni son, como hacen muchos.

—¿Os referís al patriotismo demostrado en la ocupación por las mujeres públicas? ¿No es mentira el cuento?

—¡Qué ha de ser! En cuadrillas iban por la noche las infelices hasta las tiendas del río, e introducían un desorden que llamó al último peligro a infinitos soldados, porque en los Hospitales había más de 6.000 enfermos, la mayor parte de los cuales murieron. De este mismo ardid usaba el afecto al Rey en muchas, y hasta se aderezaban con olores y afeites las más dañadas para contaminar a los que aborrecían, vistiendo traje de amor al odio; que no se leerá tan impía lealtad en historia alguna.

—¡Tiene razón, Doña Copla!—manifestó Anselmo, alejándose del motivo de la conversación y reanudando el hilo de sus propios pensamientos—. ¡Cariño!, ¡amistad!, ¡trabajo!, ¡valor! Desde muy

chico he oído esas palabras en boca de cuantos me rodeaban, pero aplicadas de tan distinto modo, que aún no sé si por ellas se llega al bien o al mal.

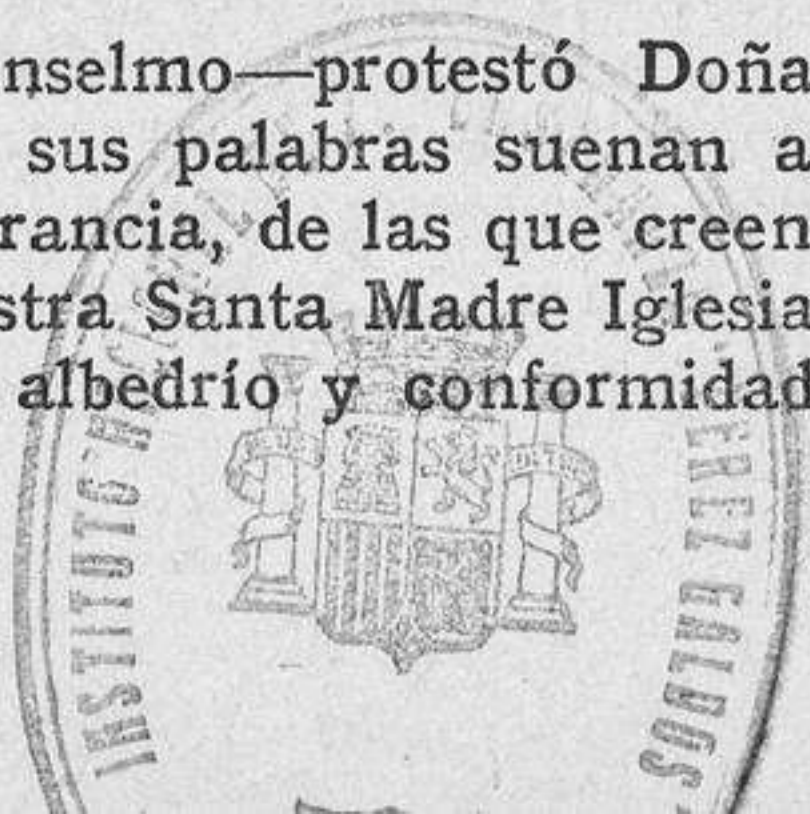
—¡Enaltecer a los vencedores es muy fácil!— continuó la Zorraquín, como si hablase para ella—. ¡Condenar a los vencidos, también! Lo que nadie ha explicado todavía es por qué se llama deber a lo que hacen unos y traición a lo que persiguen otros. ¿No desean todos la felicidad común?

—No, Doña Copla. Lo primero que desean las personas es medrar, aunque para conseguirlo tengan que perecer cuantos les rodean. Por eso, cuando una empresa fracasa, el que la dirigió se apresura a cambiar de lenguaje, renegando de los que le indujeron al error, como sucede con muchos de esos personajes cuyos balcones vemos hoy iluminados y vestidos de telas preciosas, cual si sus dueños nunca hubieran desertado las banderas de Felipe V.

—Sí—murmuró desalentada la fingida viuda—. Las únicas víctimas de las grandes causas suelen ser los humildes, los desconocidos, los que obran de buena fe, los que sacrifican todo a un ideal y aun tienen que ocultar su honradez para resguardar la vida de sus inocentes familias...

—¡Es la suerte, señora! ¡El sino, la fatalidad! Por encima de nuestras voluntades y de todas nuestras acciones, existe algo arbitrario y desconocido que nos eleva al pináculo o nos despeña en el abismo, siendo inútil cuanto hagamos por luchar contra ello!

—¡Ay, Jesús!, Señor Anselmo—protestó Doña Copla—; no hable así, que sus palabras suenan a herejía, y yo soy cristiana rancia, de las que creen a pie juntillas cuanto nuestra Santa Madre Iglesia enseña respecto del libre albedrío y conformidad



en la desgracia, que para eso hemos venido todos al mundo: para sufrir.

—Todos, no, pues los hay que sólo gozan.

—Pero esos no entrarán en el reino de los cielos.

Asombrado ante tanta conformidad, calló el astrólogo la respuesta que acudía a sus labios, y contempló en silencio la figurilla de la beata, quien avergonzada y confusa por haberse expresado delante de un extraño con aquella desenvoltura, tan contraria a sus usos, habíase detenido junto a los Estudios del Colegio Imperial, y no acertaba a despedirse ni a terminar la peligrosa plática.

Antes, sin embargo, de tomar una resolución, atrevióse a preguntar tímidamente:

—Dígame, Señor Anselmo? No le habrán molestado mis palabras, ni me tendrá en menos por lo que acabo de decirle? Porque usted no parece tan intransigente como los borbónicos que van a casa de Chipito.

—¡Quia! ¡No, señora!—apresuróse a responder escéptico el buscón—. ¡Si su merced supiese lo poco que en el fondo me importa a mí de que mande Rey ni Roque!

La esposa de Zorraquín respiró aliviada y añadió confianzuda:

—Entonces ¿por qué está con *ellos*?

—¡Porque me trataron demasiado mal los *otros*!—repuso sombrío el desertor—. Estos de acá no toman las cosas tan en serio y resultan más de acuerdo con mi genio. ¡Por eso no acabarán nunca de entenderse con los de Barcelona!

Doña Copla balbuceó algunas frases de adiós, rechazando los ofrecimientos de Castillo, que le brindaba compañía hasta su casa.

—No... ¡Para qué se va a molestar!... Aún queda bastante lejos..., abajo, muy abajo..., y a los ve-

cinos, que son curiosos, les sorprendería vuestra presencia... Gracias, muchas gracias... Bastante ha hecho con soportar mi charla y permitirme este desahogo, que es el primero que tuve desde hace muchos meses. Pero le necesitaba, Don Anselmo de mi alma; le necesitaba, y, a no ser por el encuentro de la Encarnación y la caída de los rosquetes, tal vez hubiéramos vivido años saludándonos todos los días sin atrevernos a ninguna confianza.

¡Válgame Dios, y de qué causas tan pequeñas dependen nuestras acciones en el mundo!

Anselmo la vió alejarse insignificante, menuda, resguardando amorosa el atadillo que contenía su tesoro, un tesoro profanado, que representaba lo superfluo para toda la chiquillería a su cargo.

¿Qué misterio se escondería detrás de aquellos manteos jamás renovados? ¡Quién había de imaginar que pudiera expresarse con tanto fuego una criatura a la que casi nunca se oía hablar, y todos juzgaban apartada en absoluto de las preocupaciones mundanales!

¡El sino, sí! No cabía duda. ¡La estrella que guiaba por la vida los pasos de los hombres! A fuerza de andar entre simuladores y charlatanes, levantando horóscopos, fingiendo profecías y aprovechándose de la simplicidad ajena para ganar el sustento, había terminado Anselmo por contagiarse de la fe adivinatoria, que siempre acaba dominando a cuantos cultivan sus atractivas artes.

No era que creyese en las palabras que pronunciaba, porque sabía que mentía. Pero creía, sí, en el poder que las inspiraba, y que a veces le hacía acertar en sus predicciones de manera pasmosa.

Los grandes sucesos de la historia, las coincidencias, los prodigios, debíanse, en sentir del tru-

hán, a aquel Demonio o Dios, que lo mismo inspiraba, desde el más allá, a una criatura que a pueblos enteros, sugiriéndoles a todos, en un momento dado, el gesto preciso para cumplir su destino.

Aquí llegaba el gran Castillo en sus lucubraciones mágicofilosóficas, cuando una contracción del vacío estómago vino a recordarle su dieta, moviéndole a descender a la realidad y a mezclarse entre la muchedumbre para dirigirse a un lugar donde tal vez encontrara satisfacción su apetito, de no retrasarse demasiado.

Aquel lugar era la casa de Chipito, senado de Puerta Cerrada, academia del sincero mal decir, centro del borbonismo popular e intransigente de los barrios bajos, brújula de los sentimientos levantiscos de la Plaza de la Cebada y tribunal inapelable de la patriotería madrileña en los revueltos comienzos del siglo que amenazaba cambiar con sus luchas todo lo existente hasta entonces.

V

Mateo Gutiérrez, más conocido por el nombre de Chipito, maestro bordador, sujeto de discurso que llevaba la voz en el gremio, y varón justo y caritativo en el fondo, aunque plagado de máculas, vivía con su hermana Isidora, solterona, bachillera, que, llegado el caso, sabía ponerse a la altura de cualquier hombre, como lo probaban sus hazañas durante la ocupación aliada, que no dieron con ella en la horca por purísima casualidad y especial protección de su celestial patrona la Virgen del Buen Consejo.

Componíase el establecimiento de Chipito de

una reducida tienda a la calle y un obrador en que trabajaban los tributarios del maestro, tan diversos como bien avenidos entre sí.

Adornaban este obrador varios maniqués arriados a la pared, ostentando chupas, casacas o prendas femeninas terminadas según los cánones al uso, amén de un anaquel que sostenía varias cabezas de madera, sobre cuya lisa superficie descansaban gorros, tocados y alguna deslucida peluca. Imágenes de Santos completaban la decoración, y, en lugar visible, ocupando el puesto de honor, aparecía un gran letrero pintado con almagre, que ninguno de los doctos amigos de la casa había sido bastante a corregir, y que rezaba: «Biba la Saboyana».

Aun existían otras habitaciones dentro, y, en especial, una que tenía salida al patinejo, donde Isidora recibía visitas misteriosas de mantos aristocráticos o rumbosos, y se celebraban largas conferencias sobre los efectos del solimán y la alquimia del tocador, capítulo delicadísimo y secreto, en el que, desde hacía algún tiempo, colaboraba la ciencia de Anselmo del Castillo, gran conocedor de recetas infalibles para substituir la juventud o reparar los estragos producidos en los cuerpos femeniles por circunstancias fortuitas y difíciles de justificar.

El círculo que de ordinario rodeaba a Chipito era variadísimo, formando parte de él individuos de toda clase, que gustaban de pulsar la opinión de los hermanos Gutiérrez sobre los sucesos corrientes, para acabar plegándose casi siempre al parecer de Mateo, verdadero Argos político y cabeza indiscutible de cuantas asonadas turbaran el marasmo cortesano desde 1700.

Nada tan lógico, por consiguiente, como que la noche del bautizo del Príncipe de Asturias se ha-

llaran congregados en la Academia de Puerta Cerrada los elementos más conspicuos de la casa, oyéndose desde sus vecindades los gritos y los cantos, sostenidos por el vino y las frioleras que la munificente Isidora juzgó conveniente prodigar a la concurrencia con motivo de tan señalada efeméride.

Allí se encontraban, pues, discutiendo o bailando, sentados o en pie, atentos a las cartas o a la música, Don Bertrán Buendía, clérigo vallisoletano, contrabandista de tabaco, azúcar y otros géneros prohibidos desde las reformas de Orry, pero exaltado e intransigente patriota cuando se trataba de los intereses supremos del Estado o de la religión, a la que servía, según sus luces, por medio de oraciones tan conceptuosas como la que se preparaba a pronunciar en el Convento de Mercedarios Descalzos de Santa Bárbara, con este título: «Feliz recuerdo de la mayor obra que hizo Dios por el hombre, hecho en un sermón de Kalendaría para la vigilia de Navidad»; Don Andrés González de Barcia, gloria del Parnaso populachero, y quejoso siempre de la ingratitude de sus contemporáneos; Eusebio Rojo, por otro nombre *el Lobito*, torero buen mozo, con aires de jaque y ganchoso, que, privado de las ventajas de su oficio por la antipatía de Felipe V hacia la fiesta nacional, procuraba desquitarse de sus forzados ocios poniendo los ojos tiernos a las mujeres, en espera de un arrimo que le sacara de pobre; Laureano *el Tuerto*, insigne regatón de la Plaza de la Cebada, donde sus decretos hacían ley, permitiéndole disponer de los puños de varios centenares de borbónicos incondicionales; Plácido Fortuna, poseedor de la voz más levantisca y tronituyente de la calle de Empajadores; Pascual Martínez, oficial de Pósitos, y varios otros varones

ilustres y dispuestos a sacrificar cuanto poseían con tal de no permitir que nadie, fuera de ellos, impusiera la ley en la capital de la Monarquía española.

Figurando en el selecto grupo hallábase también Nardo, el criado de Jenaro de Pereda, fidelísimo servidor de su amo cuando éste le necesitaba, y bribón sin escrúpulos cuando recordaba las proezas de Barcelona y de la Armada, tan arraigadas en su alma que dijérase llevaba el catalán dos personas distintas en el cuerpo, según la contradicción de sus actos y amistades.

Contábase desde hacía pocos días, entre éstas, la hermosa Almudena, oficiala muy querida de Chipito y de su hermana, enamoradiza y chulona, con todos los arrestos propios de las hembras de su linaje, que comenzaba a fijarse en Nardo, aunque sospechando que éste compartía sus favores con alguna rival desconocida, circunstancia que bastaba para provocar escenas violentísimas entre uno y otra, seguidas de reconciliaciones no menos tumultuosas y expresivas.

El desenfado y la libertad con que todo el mundo se manifestaba en aquella reunión, precursora de la futura manolería madrileña, formaba singular contraste con la tiesura e hipocresía dominantes en la tertulia de Doña Mayor de Flon, servil remedadora de las etiquetas de las grandes casas, respirándose en cambio una espontaneidad y un desgarró que indemnizaban a Anselmo del Castillo de todos los sinsabores sufridos hasta entonces cerca de la dama crítica y sus desdeñosos familiares.

El apetito del buscón tuvo no obstante que reprimirse, apenas penetrado en el templo de Puerta Cerrada, para escuchar una letra de circunstancias, producto del inspirado numen de Don Andrés González Barcia y titulada así:



«El Patán de Carabanchel, en nombre del pueblo de Madrid, le da la en hora buena a la Reina nuestra Señora, del deseado Subcessor destes Reynos en este Romance Jogiculto.»

—¡Que lo lea!, ¡que lo lea!—solicitaron varias voces.

Y ante la atención general, comenzó el anciano vate su relación, que principiaba diciendo:

Reina y Señora: el Patán,
De las musas humanista,
Poeta de rexo y onda,
Por las pedradas que tira...

Aquellas sales, tan fáciles de ser comprendidas por el auditorio, merecieron al poeta toda clase de aplausos, haciendo recordar a Chipito otros versos recientes y anónimos, dedicados igualmente a la Saboyana, que rezaban:

Cuarenta y seis años son,
Con este que va corriendo,
Que España un Príncipe pide
Al Señor de tierra y cielo.

—¡Lo mejor es el final, cuando se cuenta la alegría de todos nosotros al saber que era chico —interrumpió Isidora—. Sobre todo, aquello de...

Unos tiran sus monteras,
Otros arrojan sombreros,
Las mujeres sus mantillas
Y las xácaras los ciegos.
Todo es fiesta, todo es gusto,
Y el que no tiene dinero
Coge un Lobo aunque se empeñe
Supliéndole el tabernero.

—¿Por qué no cantamos en coro el cantar de la Saboyana?—propuso alguien, entusiasmado, al escuchar aquellas ramplonerías.

Y, sin hacerse de rogar, al compás de palillos, guitarras y palmas, eleváronse acto continuo por los aires las voces de toda la concurrencia, repitiendo la popular copla:

Yo no soy Reina:
Soy mujer de un soldado
Que va a la guerra.

.....

—¡Vaya contento, amigos!—voceó Plácido Fortuna, haciendo temblar los muros del obrador.

—¡Esto es mejor que todas las mojigangas y los fuegos, y las fuentes de vino, y hasta que las corridas de gansos y artesilla que presidí ayer en la Cebada!—declaró muy satisfecho el tuerto Laureano.

—Su merced—dijo el empleado de Pósitos—¿ha visto por un casual las pirámides luminosas y los juegos de luces en cá el Embajador de los gabachos, donde fué esta noche un mundo de gente, y que dicen se ha gastado veinte mil ducados en pólvora, para no ser menos que el Duque de Alba en París?

—Mire, Señor Pascual—repuso sarcástico el regatón—. A mí, cuando escucho las castañuelas de mi tierra, no me hable de franceses ni de lo que aquí gastan, porque... ¡a saber quién pagará finalmente las cuentas, y si no será también la flota de Indias o el Señor Marqués de Santiago, como viene ocurriendo con las tropas extranjeras dende que salió el Generalísimo a campaña!

El desamor hacia los franceses y la crítica sistemática y amarga de cuanto sonara a imposición de la Corte de Versalles habíase generalizado y

propagado en las clases bajas, a medida que los ejércitos de Luis XIV retrocedían ante la superioridad del Duque de Marlborough y el Príncipe Eugenio, desvaneciendo la leyenda de invencibles que hasta entonces gozaran.

Lo que comenzó en Madrid por quejas contra la plaga de perdularios que traspasó los Pirineos apenas instalado Felipe V en el trono, fué tomando poco a poco incremento y gravedad al comprobar la introducción de nuevos usos y modas, así como el desprecio que afectaban cuantos rodeaban a Su Majestad respecto de principios y costumbres tradicionales.

El poco gusto o, por mejor decir, el desvío de Felipe V hacia todas las fiestas netamente españolas, como toros, bailes y comedias; su falta de cordialidad y el franco aburrimento que demostraba en los espectáculos públicos; la introducción sucesiva en Palacio de trufaldines italianos, comediantes franceses y artistas de ópera, con quienes parecía divertirse únicamente el Rey, habían acabado de levantar la barrera que, en realidad, venía separando al Soberano de su pueblo desde el regreso de Italia.

Sin la presencia de la Reina María Luisa a su lado, y las geniales intuiciones de aquella prodigiosa niña para conquistar el corazón de sus súbditos, la barrera se hubiera hecho infranqueable y el afianzamiento de los Borbones en España no habría pasado tal vez de un ensayo efímero al que concurrieran de mala gana los mismos instigadores del testamento de Carlos II.

Pero existía la Saboyana, y la aureola de este nombre querido y reverenciado, que, una vez en Burgos y varias en la capital, había salvado la Corona de un abandono seguro, bastaba a cubrir

la figura borrosa, desconcertante y opaca de Felipe V, haciéndola participar de todos los triunfos y embriagueces populares.

Dada esta manera de sentir, resultaba lógico que ninguno de los Embajadores ni Generales enviados por Luis XIV a la Península, con excepción del Duque de Berwick, vencedor de Almansa, encontraran apoyo cerca de la masa española y que esta desahogara su encono juzgando despiadadamente a los Amelot, Orry, D'Aubigny y tantos otros a quienes achacaba cuantas irregularidades se cometían en la gestión de los negocios.

La misma Princesa de los Ursinos, que, a pesar de todos sus talentos, nunca estimó de veras a los españoles ni fué querida por éstos, tampoco se libraba de la mordacidad anónima ni de la censura callejera. Su íntima unión con el Embajador Amelot, y sobre todo con los esposos Orry, perjudicaba su reputación; y las clases populares, tan aficionadas a codearse frecuentemente con las Personas Reales, echábanle en cara el afán de retener a éstas en Palacio, como si estuvieran prisioneras o sólo pudieran comunicarse con los personajes adictos a Su Excelencia, quien con tal motivo se había granjeado entre la plebe el apodo de *Carcelera Mayor*.

Además, y según frase típica de Laureano el Tuerto, los partidarios de Sus Majestades estaban hartos de que una mujer, y por añadidura forastera, tuviese metidos en un zapato a todos los españoles e hiciera mangas y capirotos de sus leyes.

Con tales antecedentes, no es de extrañar que la grosera insinuación del Demóstenes de la Plaza de la Cebada respecto del Enviado diplomático de Luis XIV, encontrase favorable acogida en la tertulia de Chipito, donde, apenas enderezada la plá-

tica por aquel camino, comenzaron a multiplicarse las afrentas contra «el agüelo», saliendo a relucir la especie de que, mientras España se desangraba para sostener la guerra, los comerciantes franceses enriquecíanse a porfía en América; que los millones de las flotas indianas iban íntegros a Versalles para satisfacer supuestas deudas; que las tropas residentes en Cataluña y Valencia eran mantenidas con dinero español, porque su Gobierno hacía dos años que no les enviaba nada; que de Versalles no querían autorizar en ninguna forma el establecimiento de nuevas fábricas en España, para seguir enviando ellos todo; que hasta las joyas de la Corona, con «la Peregrina» y «el estaque» habían tenido que ser enviadas desde Burgos al Cristianísimo para ayudar los gastos de la guerra; que el Tratado de Milán se había firmado sin necesidad y por puro cálculo, a fin de hacernos perder el Milanesado y Nápoles; que la *Mentenona* y los Ministros tenían embobado a Luis XIV, haciendo cuanto les venía en gana a espaldas del viejo Monarca, y, finalmente, que Felipe V no sería Rey de veras mientras no se rodeara exclusivamente de españoles y sacudiese la tutela en que le tenían desde su proclamación como Soberano.

—¡Sí que llevamos camino de eso!—declaró a este punto Anselmo, interviniendo en la conversación—. Del Alcázar vengo, y allí acabo de enterarme que, desde la comadre que le trajo al mundo hasta el último pingo que visten al Príncipe de Asturias, todo ha venido de París por encargo de la Camarera Mayor, a quien nada se resiste.

—¡Vendrán los trapos!—saltó Almudena, con fuego—. ¡Pero lo que es las nodrizas son bien españolas, que, en punto a buena sangre, no se fían de extranjeras, y para eso sí servimos las de la tierra!

—¡Buena falta le hace al pobretico que le alimenten bien!—expuso Isidora—. ¡Que con los disgustos que tuvo su madre antes del parto y la poca salud que trajo de Italia, milagro será si el niño se cría fuerte y alcanzamos a bendecirle mozo y heredado!

—¡Ay, Isidora! ¡No digas esas cosas, que ni pensar en ellas debemos!—protestó el clérigo Buendía.

—Anda, Anselmo—interrumpió Chipito—. Sigue contándonos del bautizo. ¿Cómo estaba la Carcelera Mayor? ¿Siempre tan tiesa a pesar de sus sesenta y cinco abriles?

—¿Y el Generalísimo?...

—¿Y qué galas vistes de nuevo? ¿Siguen usándose los talcos?...

Castillo prosiguió dando toda clase de detalles y ponderando el lujo de los Grandes, y en especial el del Duque de Orleáns.

—Sí, sí; como estampa, no hay más que pedir—confesó el Oficial de Pósitos—. Pero tampoco debemos olvidar que mandaba en Italia, cuando lo de Turín, y que aquella derrota fué lo que trajo después la pérdida de todo lo español allí. Si ahora se le ha rendido Lérida, es porque llegó después de la batalla de Almansa y pudo recoger lo que había sembrado el Berbique.

—¡Para lo agradecido que está Su Alteza al Mariscal!—replicó Don Bertrán Buendía.

—¡Como perro y gato dicen que se llevan—aseguró, importante, Anselmo—. ¡Y lo peor es que al Milor se lo llevan para Francia y nos dejan solos con el Generalísimo! ¡Todo por las roídas envidias de éste!

—El Orlián—terció Almudena, separándose de Nardo, con quien acababa de sostener agria discusión por ciertas ausencias injustificadas del cata-

lán—será todo lo buen General que quieran algunos; pero un Príncipe tan grande y además tío carnal de la Saboyana, vamos, que podía mirar dónde se mete y no andar entre gente perdida, pues hasta hechiceros y personas de mala fama sé yo que han ido al palacio de Uceda para entretener a Su Alteza, mostrándole el porvenir en espejos y vasos de agua.

El horror que aquellas palabras produjeron en el auditorio fué tan grande, que algunos se santiguaron, y hasta el clérigo contrabandista mascullo una oración; mas la curiosidad venció al espanto, y, sobreponiéndose a la emoción, hizo preguntar a Isidora:

—Oye, Almudena. Y ¿vió algo Su Alteza? ¿Por dónde lo supiste?

—Lo supe por una criada de la Georgina; ya sabéis quién digo: esa italiana tan desvergonzada que se trajo de Nápoles el Duque de Medinaceli, y que vive hacia las Trinitarias con coche y legión de sirvientes. ¡Lo que gasta la condenada! Bueno, pues su criada, que la llaman Simoneta, me ha contado que lo oyó de labios de la propia Georgina, que es una de las que van a las casas de Uceda y sabe todo lo que allí pasa...

—¡Acaba, condenada—chilló Isidora—, que nos tienes ardiendo! ¿Qué vió el Príncipe?

Anselmo del Castillo, a quien ninguna conversación podía resultar más agradable, abandonó asiento y mesa para no perder palabra de cuanto la bordadora se disponía a contar.

—Pues, según parece—principió a decir ésta—, alguien, que no me han sabido repetir quién es, prometió enseñar el porvenir a Su Duquencia en un vaso de agua, siempre y cuando le proporcionaran una doncella, inocente e intacta, que pudiera leer las imágenes que allí se mostrarían...

—¡Conque una doncella inocente e...? ¡Pues no pedía poco el brujo!—socarroneó *el Lobito*, a quien los demás hicieron callar enojados.

—¡Si no me dejáis hablar! Bueno, pues con ser tan difícil, se dió al cabo con la mocita, que es una sobrina de la Georgina, que vive en su casa y aun es una pánfila, aunque parezca mentira. Y lo más raro fué que el conjuro salió cierto, y que la niña vió, o dijo que veía en el agua, y que a todo lo que le preguntaban respondía acorde, y que el Orlián se fué soliviantando y al fin le dijo al hechicero que quería saber lo que sucedería en Versalles cuando se muriera el agüelo, aunque sin preguntar la fecha. Entonces, la doncella, que nunca ha estado en Francia, comenzó a ver a mucha gente que rodeaba la cama del difunto y a describir los Príncipes que velaban el cadáver; pero como suprimía a los más principales, el Duque le preguntó por el Delfín, padre de nuestro Rey, y contestó que no lo advertía; después le preguntó por los Duques de Borgoña, y tampoco los veía, ni al de Berry. Al fin, el Generalísimo quiso saber su porvenir, y el brujo le propuso mostrárselo en un espejo, si no se asustaba de contemplarse allí. El Duque contestó que no, y al cabo de muchos visajes y muchas palabrotas, apareció de pronto, contra la pared, una especie de fantasma, en quien todos reconocieron al Príncipe, vestido con un manto Real y una corona cerrada en la cabeza, que no era la de Francia, ni la de España, ni la de Inglaterra, ni la Imperial. El propio Duque que la vió, no supo explicar cuál era, porque nunca había visto ninguna parecida. Tenía cuatro círculos y nada en el copete...

—Oye, Almudena, ¿no será todo eso un invento de la Georgina, o una borrachera de órdago, en

que cada cual creyó ver lo que deseaba?—opinó el ortodoxo Buendía.

—No sé, no sé—murmuró pensativa la maja—. ¡Es tan raro ese Príncipe y se cuentan tantas cosas de él... Yo también le conozco porque hace unos días me mandó Chipito a su casa, por encargo del Niño Malo de Guzmán, para mostrarle unas chinelas, ¡y me miró con unos ojos que echaban lumbre!

—¡No había de mirar!—exclamó Nardo con sorna—; como que le había contado yo antes lo que valías!

Almudena, sentida por la burla, repuso al punto, furiosa:

—¿Conque fuiste tú? ¡Por algo se dice que los catalanes son todos unos falsos!

—¡Sancha, Sancha, bebes el vino y dices que mancha!—intervino, conciliador, Chipito.

Pero la candela estaba prendida, y recogiénola el sirviente de Jenaro, que no admitía bromas sobre aquel punto, dijo:

—Oiga, lucero, ¿qué tienen que hacer mis paisanos en esta broma? ¿No será mejor dejar tranquilos a los ausentes?

—Por mi parte, ya los dejaría. Pero de ahí viene precisamente la dificultad: ¡de que no pueden estarlo! ¡Lo mismo que te sucede a ti!

—¡No nos hostiguen con pullas ni con celos estúpidos, y verán cuán quedos nos estamos en casa!

—¡Ay mi Dios, y de qué vidrio tan quebradizo están fabricados sus mercedes! ¡Por algo es necesario que se les pegue de vez en cuando!

—¡Está por fabricar aún la cola que ha de lograr ese milagro, pues la que enviaron poco ha de Francia ya se vió que no servía para el caso!

—No se inquiete el lacayazo, que por acá nos bastamos para preparar el emplasto, sin necesidad de nadie, y desta vez no volverá a romperse el cántaro, pues ya lo sujetaremos con aros de hierro para que le mantengan firme.

—Bueno; ¡a ver si acabáis!—interrumpió impaciente Chipito—. ¿Veis, amigos? ¡Aquí tenéis el peor mal que nos ha traído este pleito y que sabe Dios si nos lo podremos sacar de encima! Lo de la guerra sería nada si no se hubiera metido la lucha, en nuestra propia casa. Porque, bien mirado, ya no se trata de que sea el Arcuiduque o Felipe V quienes reinen, sino de decidir quién va a mandar en el resto de España: si Madrid o Barcelona.

—¡Madrid! ¡Madrid!—vociferaron todos, con excepción de Nardo, que miraba torvo en derredor.

—¡El que dude deso es un traidor y merece que lo emplumen—dictaminó la voz de Plácido Fortuna—. ¡Mandaremos nosotros! ¡Somos los más numerosos, los que damos más y los que hacemos siempre cuanto viene en gana a los Ministros de Su Majestad!

La sonrisa irónica de Nardo aumentó bríos en el orador.

—¡Sí, ríete!, que ya sé dónde vas y lo que quieres decir. Seremos todo lo carneros que quieras; pero, por culpa de tus condenaos paisanos, nos vemos como nos vemos, y, si no fuese por ellos, ya se habría terminado todo, y el Archiduque estaría otra vez junto al hermano, en Viena. ¡Y lo que es eso, tampoco lo olvidaremos nunca nosotros, porque es la segunda vez que nos lo hacéis, y tendrán que pagarlo muy caro tus hermanos para que lo recuerden siempre!

—¡Eso! ¡Qué les supriman todas sus gollerías de una vez!

—¿No podemos vivir nosotros sin ellas? ¿No somos todos españoles? ¡Pues todos iguales; y al que le duela, que se rasque!

—Si eso lo decís por mí—contestó Nardo—, os responderé con aquel verso que reza:

Aunque te pese,
Quiero cantar y reír
Y andar holgado,
Porque ni tengo amor
Ni soy casado.

—¡Esos, esos son los peores, los renegados!—rugió Almudena, sentidísima por la copla.

—Bueno, mujer. No te sulfures, que ya me voy y te dejo tranquila—remachó el bribón, ahondando la herida—; justamente tengo que hacer antes de media noche, y lo que sobran aquí son hombres.

—¡Sinvergüenza!—chilló la maja, fuera de sí—; ¿crees que a mí me importa algo de los de tu especie? ¡Relojes hago yo con ellos: de agua, a la puericia; de sol, a la juventud; de campana, a tu edad, y de arena cuando son viejos!

—¡Vaya por las relojas, y con Dios, amigos! ¡Hasta la vista!

Requirió el bravucón la capa, guiñóle un ojo a Anselmo para que siguiera sus pasos, y, abriendo sin apresuramiento la puerta, echóse calle afuera, dejando atónitos a los tertulianos del bordador, ciega de cólera a la hembra enamorada, y lleno de esperanzas al audaz *Lobito*, que se aproximó solícito a Almudena para reemplazar al galán ausente.

Cuando éste se encontró lejos y la contenida rabia le permitió expresar su pensamiento, encaróse con Castillo, diciendo rencoroso:

—¡Ya les acabas de oír! ¡Y lo que éstos dicen lo repiten todos, y lo sienten, que es peor! ¡Nos

odian y no pararán hasta exterminarnos! ¡Pero que se anden con ojo, porque los muertos resucitan, y no es tan fácil destruir un pueblo como derribar un Embajador o vencer en una batalla!

—¿Vas a hacer caso de los ladridos de cuatro ignorantes?—repuso Anselmo, tratando de calmar al amigo—. ¡Ni ellos mismos saben lo que dicen! ¡Es tan cómodo arreglar las cosas desde una silla o delante de unas copas! La que sí me ha sorprendido es Almudena. ¿Qué mosca le habrá picado para ofenderte así?

—Esa...—declaró, cínico, Nardo—habla por algo que le remusga dentro. Ya sabes a lo que me refiero. Por eso, aunque no está segura de la cosa, dice mal de los franceses y, sobre todo, de las francesas que viven en la Corte.

*Lome que tracta ab amigas
May li faltaran fatigas.*

Hablando así, habíanse acercado los compinches a la calle de Toledo, cuando de pronto escucharon cerca ruido de voces y cuchilladas, que al punto inspiraron al prudente Anselmo el deseo de tomar por otra vía, para evitar contingencias.

Pero Nardo, que aquella noche tenía ganas de pelea, negóse a complacer al andaluz, explicando que el escándalo debía proceder del mesón de la Perendenga, casa *non sancta*, bien conocida de su malicia, donde se acostumbraba a bailar la chacona y la zarabanda, con todos los perfiles y contorsiones más propios a encender la concupiscencia de los hombres.

Llenos de curiosidad ambos jóvenes, fueron acercándose a la entrada del antro, y, apenas llegados a sus cercanías, vieron abrirse las puertas, saliendo

a la calle buen golpe de embozados que peleaban a los de dentro, mientras otros cargaban en hombros tres o cuatro mujercillas, a medio vestir, que pataleaban y atronaban los aires con alaridos de espanto.

Los faroles de las casas vecinas, prendidos aún con motivo del bautizo del Príncipe de Asturias, comenzaron a ser destrozados por las espadas de los asaltantes, ebrios en su mayoría, y entre los que no tardó en reconocer Nardo el macilento rostro del Conde de Ecija y la dionisiaca faz de Don Isidro Niño de Guzmán, segundón de los Terueles.

Temerosos entonces de verse envueltos en alguna aventura desagradable, retrocedieron los curiosos hacia la esquina más próxima, creciendo su sorpresa al descubrir parado cerca de ella un coche, donde fueron metidas las daifas a viva fuerza, y en cuyo interior reía a carcajadas un hombre, sin cuidarse para nada de resguardar el semblante.

Aquellas facciones, aquella desenvoltura, aquel continente noble y atractivo, ¿no correspondían a la misma persona que, horas antes, y en medio de regio esplendor, apadrinaba, en nombre del Monarca más poderoso del mundo, al heredero de la Corona española?...

—¿Será, efectivamente, el Duque de...?—preguntó intrigadísimo Anselmo.

A lo que Nardo, tirándole violentamente del brazo, y arrastrándole lejos, contentóse con responder:

—Chitón, y no nos metamos en las cosas de Príncipes, que ellos sabrán por qué las hacen, y a nosotros no nos queda sino ver, oír y... recordar. Acompáñame a casa, y cuidadito con que mi Señor se entere de lo que sucedió esta noche en casa de Chipito, y sobre todo de los discursos contra los

franceses, porque la pegaría conmigo, y bastante ha sufrido el pobre en los últimos tiempos para que le procuremos nuevas preocupaciones ahora, que por fin parece disfrutar un poco de reposo.

VI

Nada más cierto, en efecto, que la primera parte de aquella afirmación de Nardo.

La tremenda revelación de la bastardía de su origen, contenida en la carta de Doña Aldonza, que el catalán le entregara abierta, en nombre de la Niña de Plata, cuando amo y criado se encontraron ya cerca de la frontera, camino de Perpignan, durante la desastrosa retirada borbónica del sitio de Barcelona, había trastornado la vida y los pensamientos de Jenaro de Pereda, sumiéndole por largos meses en una depresión e indiferencia tan absolutas respecto de todo cuanto le rodeaba, que nada parecía interesarle, moviéndose y obedeciendo las órdenes de sus Jefes como un autómatas, incapaz de reflexión ni discurso.

Un sentimiento confuso, en que se mezclaba la humillación y el pudor; una pena muy honda al considerar destruída para siempre la feliz ignorancia en que hasta entonces viviera; timidices infantiles motivadas por el temor de que cuantos le rodeaban pudieran leer en su rostro las huellas de la catástrofe; deseos de hacerse superior a ésta, no pensando, no ahondando en ella, manteniéndose en el mismo estado de antes, como si nada hubiera ocurrido, tales fueron las primeras impresiones que experimentó Jenaro al encontrarse brutalmente cara a cara con la verdad de su origen.

Ni por un momento pensó entonces el joven en las ventajas que para su persona podía suponer aquel suceso, aterrándole en cambio la posibilidad de que, por su culpa, pudiera llegar a comprometerse un día la fama de alguna familia, o mancharse el nombre de quien le diera el ser.

Jenaro de Pereda había sido y Jenaro de Pereda seguiría siendo siempre a los ojos de todos, procurando enaltecer con sus actos aquel apellido modesto que le otorgara el cariño y la abnegación.

El afán de penetrar el misterio de su nacimiento tardó en despertar, pero presentóse a poco, atormentándole durante largas vigiliás, en que todas las horas parecían pocas para evocar recuerdos, compaginar fechas y revivir actos.

La carta de Doña Aldonza Urraca, leída y releída hasta grabarse en la memoria del cuitado con caracteres de fuego, no dejaba lugar a dudas respecto de su parentesco con la Niña de Plata.

«Hijo de mi alma, ya que no de mi cuerpo: en presencia de la muerte que se aproxima, y viendo los terribles peligros que tanto a Doña Serafina como a ti os acechan por todas partes, creo necesario revelarte el secreto de tu nacimiento, para que, conociéndolo, te portes siempre como debes. La Duquesa de Sahagún es tu hermana. Ella te referirá lo demás. Cuida de su honor como del tuyo propio. Y acuérdate siempre de quien te crió y te quiso como verdadera madre, y seguirá bendiciéndote y adorándote hasta el último momento de su existencia.»

¡Pobre Doña Aldonza. ¡Cuántas lágrimas y cuán amargas cavilaciones debían encerrarse en aquellas líneas temblorosas y desiguales que le separaban del ser a quien consagrara todas sus termuras! ¡Con qué afecto continuaría considerándola como

madre el hijo de su alma, después de conocidos los infinitos dolores que le había costado!

Pero si el corazón agradecido hacía recordar a Jenaro la imagen y las palabras de la santa mujer que le criara y amparara en la existencia, su espíritu no podía resistir a la atracción sugerida por la otra, la verdadera, la que efectivamente le llevara en las entrañas, la que no conoció jamás.

¿Quién podría ser aquella desventurada? ¿Acaso Doña Guiomar Enríquez, la difunta Duquesa de Sahagún, de quien tan poco hablaban los suyos, y a la que todo el mundo parecía haber olvidado, como si nunca hubiera existido?

Indudablemente, y por las palabras escapadas a la viuda de Pereda en el camino de Ciudad Rodrigo, la corta existencia de Doña Guiomar encerraba un espantoso drama, de que Doña Aldonza había sido testigo o confidente, y que Serafina llegó a saber, por casualidad, la noche del delirio, a juzgar por las frases con que despidió a Jenaro y levantó su ánimo, moviéndole a partir y entregarlas al cuidado del veterano Don García de Zúñiga.

El juramento de Avila, ante el Altar de Santa Teresa, que Doña Aldonza le impusiera, pudo abrir los ojos al ciego mozo, y hacerle comprender que algo muy grave se escondía detrás de aquella exigencia tan solemne. La mirada que Serafina clavó en su rostro al salir de la iglesia de Fuente Guinaldo, también debió permitirle adivinar su secreto. Más su espíritu encontrábase tan ajeno a toda sorpresa, que sólo amistad leyó donde ya existía cariño entrañable y fraterno.

Debido a esta ignorancia, el estupor y la consternación del joven fueron mayores al descubrir el verdadero motivo de tanto afecto y encontrarse frente a frente con el pavoroso problema, cuyas

obscuridades hacíanse más impenetrables a medida que se examinaban con mayor detenimiento.

Porque si los lazos de sangre que le unían a Doña Serafina resultaban patentes, después de la carta de Doña Aldonza, en la hipótesis sobre la maternidad de la Duquesa de Sahagún, que a primera vista parecía tan verosímil, existía un punto que no tardó en ofrecerse a la consideración de Jenaro. La corta edad a que había fallecido Doña Guiomar Enríquez, y la considerable diferencia de años que separaba a Serafina de su hermano.

Jenaro ignoraba el número de los que contaba la Niña de Plata; mas, a juzgar por su aspecto, debía andar en los veinte. En cambio, él, si los esposos Pereda no le habían ocultado la verdadera fecha de su nacimiento, acababa de cumplir veinticuatro. ¿Cómo compaginar aquel período con el matrimonio de los Duques de Sahagún y la venida al mundo de su heredera, un año después del enlace? Para explicarlo, sería forzoso suponer que la existencia de Jenaro databa de una época muy anterior, cuando la descendiente de los Villarrubia estaba soltera y se educaba en un convento. Pero la tierna infancia de Doña Guiomar en tal época alejaba toda posibilidad de galanteos y desvanecía cuantos ataques se dirigieran a su memoria.

Claro que la hermandad de Serafina y Jenaro podía proceder de su padre, el Duque de Sahagún y de Cea; mas, si así era, ¿por qué rodear el suceso de tanto misterio y alejar de España al bastardo, cuando la mayoría de los Grandes de entonces ostentaban ante el mundo sus hijos naturales, siguiendo el ejemplo de los Reyes, y hasta les instalaban en casa de las esposas o les distinguían en sus testamentos, citándolos a la par de los descendientes legítimos? Únicamente en el caso de te.

mer empañar la honra de alguna ilustre familia, o de que dudara el Duque acerca de su paternidad, podía justificarse aquel abandono y aquel desdén, que perduraba hasta después de muerto.

No, no; esta suposición era aún más frágil, y el ansia de salir del infierno en que se debatía inútilmente, movía a veces a Jenaro a imaginar quimeras, a reconstituir conversaciones olvidadas, a ver en sueños fantasmas conocidos que se levantaban de sus tumbas para sonreírle amorosamente.

El miedo de acertar, la vergüenza de equivocarse, un malestar continuo, una inquietud constante, acosaron entonces al infeliz mancebo, hasta convertir su cerebro en un caos donde ningún propósito podía madurar y todas las ideas combatían incesantemente.

Muertos Doña Aldonza y el Señor de Pereda, sólo dos personas, acaso tres, si Doña Serafina, como parecía muy probable, había confiado su secreto al Príncipe de Ornano, podían hacerle conocer la verdad o, por lo menos, parte de ella. Una era su hermana, que lo sabía de labios de Doña Aldonza. La otra, Doña Leonisa, la famosa ricahembra.

Aquella extraordinaria mujer, tan mezclada en la existencia de Pereda, poseía indudablemente la clave del enigma, quizá con mayor exactitud que la Niña de Plata. Toda su conducta lo hacía presumir, y, en especial, la escena de las ruinas del circo toledano, cuando Jenaro se atrevió tan insensatamente a forzar sus favores.

Todavía resonaban en los oídos del mozo aquellas inolvidables palabras de la gran señora ofendida en sus más sagradas altiveces:

«Aparta, bastardo maldito! ¡Déjame! ¡Bien se conoce la mancha de tu nacimiento en la cobardía de tus acciones!»

Y luego sus hábiles disculpas en el Palacio Arzobispal, tan fáciles de interpretar después como imposibles de comprender entonces:

«Sólo quiero añadir para vuestra tranquilidad y la mía, tomando a Dios por testigo de mis afirmaciones, que en nada de lo que entonces dije pretendí ofender ni manchar el claro nombre de Doña Aldonza Urraca, a quien no conozco, pero de quien tengo las mejores referencias como mujer honrada, prudente y ejemplar. La práctica que de mi carácter habéis podido adquirir constituye la mejor garantía de la verdad de mis afirmaciones.»

Y, en efecto, ni en una ni en otra ocasión había mentido la soberbia Princesa. Porque si Jenaro era un bastardo, su madre adoptiva nada tenía que echarse en cara, y podía lucir su limpia fama sin remordimientos de ninguna especie.

Sí; Doña Leonisa conocía su origen mucho antes y mejor que la propia Duquesita de Sahagún. No sólo sabía el nombre de la madre, sino el del padre, y él, Jenaro, la obligaría a declararlos si pudiera llegar hasta su presencia y reanudar una de aquellas conversaciones que casi siempre degeneraron en violentísimas disputas.

¿Cómo, sin embargo, conseguir tan supremo favor? ¿De qué ardid valerse para trasponer de nuevo los muros de Barcelona y humillarse a las plantas de una mujer tan cruelmente maltratada durante su cautiverio, y que, después de todo lo pasado, debía odiarle con mayor intensidad y rencor que antes?

Existía, sí, un medio de intentarlo, que consistía en hacer traición a la causa borbónica para aceptar las proposiciones de Doña Leonisa y volver a la capital del Principado, rindiéndose ante los caprichos de la ricahebra.

Mas aquel recurso infame tampoco podía ser empleado sin deshonorarse doblemente Jenaro, pagando con ingratitude desleal la libertad que el Príncipe de Ornano le otorgara, a trueque de su promesa de no penetrar jamás en Barcelona mientras Don Octavio viviera, a no ser en cumplimiento del deber militar, o acompañando al ejército victorioso de Felipe V. ¡Y al ofrecerlo de manera solemne, lo había hecho el joven invocando precisamente la *memoria de su madre y el honor de Doña Serafina; sucediera lo que sucediese, llamarle quien te llamara, lo mismo desde entonces que hasta el fin de su existencia!*...

¡Forzoso era confesar que si Don Octavio Branciforte conocía en aquella fecha el vínculo de sangre que unía al prisionero con la Duquesa de Sahagún, su refinada astucia de italiano había sabido encontrar el único medio posible de separar para siempre a los hermanos y alejar a su indomable esposa del caballeroso Jenaro de Peredal

Aquel compromiso de honor privaba a éste, no sólo de averiguar lo que tanto le interesaba, sino de socorrer a la Niña de Plata y protegerla contra sus verdugos, que desde la retirada de Felipe V debían estar haciéndole purgar todas las imprudencias cometidas durante el sitio para favorecer a su hermano.

Cuando Jenaro supo por Nardo los detalles de lo ocurrido en Barcelona y la sublime abnegación demostrada por Serafina, sacrificando seguridad y honra con tal de salvarle de las garras de Doña Leonisa, su admiración y enternecimiento no reconocieron límites, ratificándose para siempre en el propósito de corresponder a tanto afecto constituyéndose en defensor y medianero de la felicidad de la Niña de Plata.

Para realizar semejante misión era necesario, sin embargo, el triunfo de las armas borbónicas, que permitiera el acceso a Barcelona; y, obsesionado por tan alto ideal, identificado como nunca con la causa de las lises, dióse Jenaro a combatir a los austriacos, sorprendiendo a camaradas y superiores por su denuedo incansable y jugándose la vida con la serenidad de quien no tiene interés en conservarla.

Cautivados por aquel arrojo, tan simpático como necesario para conservar la moral y el entusiasmo de las tropas, principiaron entonces los Jefes del valiente Oficial a confiarle misiones difíciles y empresas arriesgadas durante el período angustioso de la evacuación de Madrid, acompañando después a Felipe V en su terrible campaña de Rey fugitivo y vagabundo, que tantas veces estuvo a punto de costarle el trono.

Al tratarse de recompensas, más tarde, y ofrecerle su Coronel la que quisiera, con el grado de Teniente, Jenaro solicitó su incorporación al Regimiento de Guardias Españolas, donde le daban opción a ingresar sus servicios como Cadete en Toledo, y que ofrecía sobre todas las demás Armas la ventaja de asegurar la residencia en Madrid durante los inviernos, y la facilidad, por tanto, de estar al corriente de cuanto sucediera en Barcelona a la familia Villarrubia.

Formando parte del aristocrático Cuerpo, y sin esquivar ocasión ni peligro en que distinguirse, participó el nuevo Teniente de la campaña que inmortalizaron las operaciones de 1706, hasta la reconquista de Madrid, viéndose obligado, muy contra su voluntad, a seguir al Rey, cuando Felipe V se separó del ejército de Berwick para dirigirse a Aranjuez y esperar allí que la Reina viniera de Bur-

gos, a fin de hacer juntos su entrada en la capital, que les recibió con delirante júbilo.

Durante su permanencia en Madrid, y gracias a la entrada que su situación y brillante comportamiento le facilitaba en todas partes, trató inútilmente Pereda de conseguir noticias de la Duquesa de Sahagún, pues ninguna de las personas a quienes interrogó pudo decirle otra cosa sino que la Niña de Plata continuaba invisible, y que la Princesa de Ornano seguía luchando como una leona para mantener la popularidad del Archiduque entre sus inquietos súbditos.

La súbita llegada del nuevo Generalísimo Duque de Orleáns, y la designación de una Compañía de Guardias para acompañar a Su Alteza hasta Chinchilla, donde debía unirse al Mariscal de Berwick y asumir el mando supremo del ejército de las dos Coronas, proporcionó nuevamente a Jenaro la oportunidad de volver a campaña, escoltando al Príncipe francés, aunque la jornada le proporcionara dos grandes pesares: uno, el de llegar a Almansa el día siguiente de la famosa batalla que pareció decidir la suerte de los Borbones en España, y otro, el conocimiento de la muerte de su íntimo amigo Renato de Vaureal, antiguo prometido de Doña Serafina, a quien aquella pérdida dejaba libre y dueña absoluta de corazón y mano.

Entusiasmado, no obstante, como todos los españoles, por la victoria obtenida contra los Aliados, y seguro de que tras aquel triunfo era inevitable el avance contra Barcelona y la realización de sus sueños, solicitó seguir la campaña tan afortunadamente comenzada, y que sólo se detuvo ante las murallas de Lérida, defendidas por el Príncipe Enrique de Darmstadt, hermano del malogrado héroe de Montjuich.

Allí principiaron las dificultades y los obstáculos, por falta de elementos, teniendo que luchar el de Orleáns contra la apatía de Madrid y Versalles juntos, así como contra el escepticismo con que sus proyectos y esperanzas eran acogidos en ambas Cortes por quienes más debieran interesarse en su feliz éxito.

Al fin, y cuando ya había partido de Francia la orden de levantar el asedio, que se consideraba imposible, Lérida se rendía el 11 de noviembre de 1707, cubriendo de gloria al Generalísimo, y el mismo día intimábase a Jenaro la orden de presentarse en el Cuartel general, donde el Marqués de Nancre, a nombre de Su Alteza, entregábale un pliego cerrado, con instrucciones expresas de no abrirlo hasta encontrarse a las puertas de Madrid, para donde debía salir inmediatamente, ya que la campaña podía darse por terminada hasta la primavera siguiente, en vista del desbarajuste de todo y la necesidad de tener el Duque de Orleáns que regresara muy pronto a la Corte, y desde allí a Versalles.

Aquellas noticias, que desvanecían cuantas ilusiones formara Pereda, y con él toda la nación, sobre la marcha contra Barcelona y el fin de la guerra, contristaron el ánimo del joven, hasta el punto de no dejarle pensar en otra cosa durante su viaje desde Lérida a Madrid.

El convencimiento de que la victoria de Almansa, juzgada al principio como el golpe de gracia dado al poder de los Aliados en la Península, sólo había servido para mejorar temporalmente el estado de la causa de Felipe V, y el presentimiento de que la lucha podía continuar aún varios años en la misma situación, si el ejército borbónico no recibía los auxilios necesarios para intensificar la ofensiva, adueñóse del espíritu de Jenaro, extinguiendo en él

cuantos ardores lo sostuvieran hasta entonces, y sumiéndole en una de aquellas crisis de desaliento e indiferencia hacia todo, que ya le asaltarán varias veces en el curso de su existencia, entregándole inerme a los caprichos del hado.

Por ello, ni siquiera pensó en el objeto de su misión, ni en lo que pudiera contener el pliego del Duque de Orleans, hasta dar vista a la Corte y romper el lacre que lo cerraba, en cumplimiento del encargo recibido por el Marqués de Nancre.

Su sorpresa fué grande al reconocer la firma del Generalísimo en el papel, que contenía pocas líneas y reducíase a encargarle que, apenas llegado a Madrid, se dirigiera a las casas del Conde de Miranda, sitas en la plazuela de las Carboneras, presentando a la entrada aquella carta de creencia, que le franquearía las puertas, quedando desde entonces sujeto a cuanto allí se mandara o dispusiera, hasta nueva orden.

En cumplimiento de tan extraordinarios preceptos, y un tanto intrigado por el misterio que pudiera encerrar su ambigua embajada, dados los rumores que comenzaban a circular en el campo de batalla sobre desinteligencias y celos entre la Princesa de los Ursinos y el Generalísimo francés, apenas refrescado y vestido, encaminóse el apuesto Teniente al lugar indicado, bien conocido de su memoria, puesto que, muy próximo y cerrado, como si nadie lo habitara ya, encontrábase el Palacio de los Cameros, donde tantos sucesos inolvidables para Jenaro se desarrollaran antes del fallecimiento de Carlos II.

Las casas de Miranda constaban de dos grandes cuerpos de edificio, que formaban ángulo recto y ocupaban dos costados de la plaza, unidos mediante un arco bastante alto, por donde se bajaba a otra plaza cercana, la del Conde de Barajas.

Frontero a la entrada principal de la residencia, hallábase el convento de Religiosas Jerónimas, vulgarmente conocido con el nombre de Carboneras, fundado por el Gran Capitán y su esposa; y en el resto de la plazuela elevábanse otras casas de escasa importancia, que venían a desembocar en la calle de San Miguel.

Llegado al punto de su destino, ya anochecido, y franqueada la señorial entrada, limitóse Jenaro a entregar el pliego del Duque de Orleáns al criado que salió a recibirle.

A poco, regresó éste con aire muy confitado, e inclinándose reverente, le hizo subir por la escalera de honor, conduciéndole después por varios aposentos hasta dar en una salita medio obscura, donde dejó sólo al Oficial, indicándole que aguardase.

Jenaro, cada vez más aturdido por tantas precauciones, trató entonces de orientarse, acercándose al balcón y pudiendo comprobar que la habitación correspondía al extremo norte de la casa, frente por frente de las Carboneras, dando sobre un callejón llamado de los Azotados, que unía la plaza de San Salvador con la calle de San Justo.

Aun se encontraba de espaldas curioseando el paraje, cuando sintió en los hombros la suave presión de dos brazos desnudos, mientras unos labios ávidos posábanse en su cuello y una voz cálida murmuraba, desfalleciente, a su oído:

—¡Jenaro! ¡Mi Jenaro! ¡Al fin vuelvo a encontrarte! ¡*Mon petit!*... ¡*Ma jeune Espagne!*...! ¡Qué felicidad!...

Y dándose, rápido, vuelta, el viajero hallóse con Adelaida de Vaureal, Marquesa de Teruel, más bella, más incitante, más seductora que nunca.

VII

Los días que siguieron al encuentro, tan teatral y hábilmente preparado, constituyeron una especie de oasis en la vida de Jenaro, aventando todos los recuerdos tristes y los planes de futura acción para no dejarle pensar sino en la hora presente y en el triunfo constante de su juventud sobre el amor y la muerte.

—Apenas instalada en Madrid—habíale confesado la hechicera el primer día—, desde que decidí el viaje, sentí la necesidad de recuperarte, de tenerte al lado, de comprobar si seguías siendo el mismo. Porque España, para mí se encarna en ti, Jenaro mío, y no podría vivir en ella sin tu amor. Por eso te he seguido con el pensamiento y te he recordado siempre, llorando tus desdichas y enorgulleciéndome con tus triunfos. Por eso, en cuanto averigüé que servías en el Regimiento de Guardias Españolas, escribí a Su Alteza Real, preguntándole dónde estabas y cuándo podrías informarme de ciertas particularidades relativas a mi pobre hermano Renato, que me urgía conocer. Pero a un *roué* como Felipe de Orleans no se le podía escapar la verdadera causa de mi interés, y, comprendiendo la súplica que ocultaba mi carta, tuvo este rasgo, tan propio de su galantería, y te envió a mí, sin decirte nada, sin advertirme siquiera, como el mejor regalo y la mayor prueba de afecto que pudiera ofrecéme desde el campo de batalla su inteligente amistad...

El cambio físico experimentado por Jenaro durante su ausencia fué una de las cosas que sorprendieron e impresionaron más a la dama, que no se cansaba de repetir:

—¡Si pareces otro! ¡Si apenas te conozco! ¡Deja que te mire despacio!

Los años habían transcurrido efectivamente generosos y artistas para aquel semblante agraciado, virilizando sus facciones, hasta constituir un rostro de hombre soñador, ligeramente melancólico y triste.

El cuerpo, recio y esbelto, aunque no muy alto, dibujábase armonioso bajo el afrancesado uniforme, que hacía valer sus líneas, y los rubios cabellos, recogidos hacia atrás, según la Ordenanza, dejaban al descubierto una frente espaciosa y tersa, que variaba el aspecto del antiguo Secretario de Portocarrero.

Las penalidades de varias campañas; los sufrimientos de un cautiverio prolongado; el tormento continuo de aquella interminable travesía a bordo de la flota inglesa; sus posteriores encierros en Barcelona; la pérdida de seres queridísimos como Doña Aldonza y Don García, el batallar constante con sentimientos e ideas tan opuestas como abrumadoras, habían, empero, marcado su huella en el joven, curtiendo sus mejillas, rodeando de sombra sus ojos azules y marcando para siempre su sonrisa con dos líneas casi imperceptibles junto a la comisura de los labios, que desmentían su alegría, permitiendo adivinar la existencia del pesar y el desengaño en un corazón nacido para la verdad y el entusiasmo.

Las explicaciones, bastante confusas, de Adelaida sobre los motivos de su regreso a España y su instalación en aquella casa, con preferencia al Palacio de los Terueles, sito en la calle de la Magdalena y habitado únicamente por su cuñado Don Isidro; sus excusas, un tanto vagas, por no haberle dado noticias de su vida en tanto tiempo; sus confidencias, harto superficiales, sobre la intimidad que

desde los tiempos de su tío, el Marqués de Effiat, unía a los Vaureal con la casa de Orleáns; todo cuanto dijo, o juzgó conveniente insinuar entonces la astucia encantadora de aquella mujer adorable para tranquilizar la curiosidad de su amante, apenas si fué oído ni menos considerado por éste, a quien el fuego encendido en sus venas por la recuperación de tanta gracia privaba por completo de reflexión y discurso.

Los bríos de su sangre, por tanto tiempo contenidos desde la salida de Toledo, y desalterados después al azar de la casualidad, sin ilusión ni recuerdos de ninguna especie, despertaron insaciables, cual de las cenizas el Fénix, al contacto de aquel deseo, cada hora más sincero, más abrasador, que le impedía distraerse, arrepentirse, soñar en nada o con nadie fuera de la recíproca felicidad y la perfecta armonía de sus éxtasis.

Las timideces e inexperiencias de antaño, que tanto interesaran y atrajeran a la encaprichada Crevecoeur, hasta el punto de convertirla en seductora del garzón, habían desaparecido en el hombre completo por el dolor y el contacto de todas las miserias, para ser substituídas con una osadía y un aplomo que no retrocedían ante nada, ni disimulaban, hipócritas, ninguna realidad de sus exigencias.

Desorientada al pronto Adelaida por aquella nueva modalidad de su antiguo discípulo, cuyas dulzuras subsistían a pesar de fogosidades y audacias, no tardó, sin embargo, en plegarse gustosa a sus avasalladores caprichos, armonizando, artista, las memorias pasadas con las realidades presentes, e imponiendo discreta el ritmo indispensable para mantener incólume la centella de la ilusión, sin que la saciedad o el cansancio pudieran extinguir el divino resplandor de su luz.

La benignidad del acaso había consentido la intervención de aquel mecanismo embriagador e insustituible para Jenaro en el momento preciso que la existencia tornábasele cruel; y, como el náufrago ase instintivo la tabla que su fortuna le depara, más para seguir flotando sobre la superficie que con la idea de ganar la orilla, así el hermano de Serafina se aferró con todas sus potencias al cariño que le brindaba la iniciadora de su mocedad, cerrando voluntariamente los ojos y perdiéndose con ella en el océano insondable de la voluptuosidad.

Formando picante contraste con la pareja feliz, las amistades, reanudadas también entre el picardeado Nardo y la sensible Tita, ofrecían el atractivo del sainete junto a la comedia, completando el cuadro de la alianza internacional, aunque destacándose dentro de ella con caracteres propios y bien definidos.

Elevada por condescendencia de su ama al rango de confidente y casi de secretaria, vestida con galas más propias de señora que de subalterna, ejerciendo una especie de tiranía sobre la demás servidumbre y alimentando la codiciosa esperanza de remontarse en la escala social, merced a sus atractivos y a los vaivenes de la suerte, el asombro de la petulante francesita resultó mayor al apreciar la transformación radical sufrida por su antiguo cortejo, que en nada recordaba tampoco al inocente zagalón, criado entre las asperezas del vallés catalán y traído a las complicaciones del mundo por obra y gracia de su adhesión a la persona de Pereda.

En el torneo de travesura que inmediatamente se inició entre la despierta parisiense y el avisgado español, no tardó, sin embargo, en dibujarse la preponderancia de este último, más pervertido, más

embustero y más fuerte que su antagonista, causando el sentimiento de su inferioridad tal indignación en mademoiselle Tita, que, trocados los papeles y empeñada en vencer a toda costa, vino a convertirse poco a poco en juguete de las veleidades del festejante de Almudena, al que, precisamente por su despego, dió más fácil entrada en la voluntad, no obstante los engaños y hasta los malos tratos de que llegó a ser víctima por parte del barbote.

Esta concordia intermitente de los criados, así como la positiva ventura en que languidecían Adelaida y Jenaro, quizá se hubiera prolongado indefinidamente, a no ser por el ligero y momentáneo desconcierto que en todos produjo la llegada del Duque de Orleáns a Madrid, con objeto de asistir al bautizo del Príncipe de Asturias y resolver los preparativos y detalles de la próxima campaña contra los Aliados.

Pereda había visto a Su Alteza en París, cuando aún era Duque de Chartres, y un matrimonio desigual y forzado acababa de arrojarle en el libertinaje, al que su persona, rango y fortuna ofrecían toda clase de facilidades. Después le había acompañado en la reciente campaña, pudiendo apreciar las positivas cualidades que le adornaban, su afición a la guerra, sus indudables talentos militares, su constancia en el trabajo, su valor, la simpatía que sabía irradiar en torno suyo, la solicitud que por sus subordinados y consejeros demostraba a cada paso; todo lo bueno, en fin, que se ocultaba detrás de aquella reputación de frivolidad y vicio que caracterizaba en Versalles a Felipe de Orleáns.

Pero desconocía la intimidad del Príncipe, su conducta y maneras en la vida privada, su peculiar modo de ser cuando se encontraba lejos de las tro-

pas, sus imprudencias de lenguaje cuando se sentía hostigado por las intrigas, su desprecio profundo y benévolo por todos los hombres y todas las conveniencias.

Por ello, la estupefacción del guardia de corps fué mucho mayor al asistir, en vista de la insistencia de Adelaida, a la primera visita con que el Generalísimo honró las casas de Miranda, y escuchar la conversación y expresiones, no sólo del yerno de Luis XIV, sino de todos los señores franceses que le acompañaban y componían su círculo más íntimo.

El Conde de Chatillon, el Marqués d'Estampes, el de Nancre, Monsieur de Nocé, el Príncipe de Havré, el abate Remond, el Conde de Fontpertuis, cuantos concurrían a la improvisada reunión en que la Marquesa de Teruel parecía simbolizar la propia Diosa Minerva descendida del Olimpo para festejar a aquellos guerreros, aplaudían y celebraban las ocurrencias de su Señor y Jefe, rivalizando con él en contar anécdotas y chistes que pusieran en ridículo, con aristocrático escepticismo, las creencias y aspiraciones más nobles de los hombres.

Jenaro, que, con Don Isidro Niño de Guzmán, el famoso Niño Malo, cuñado de Adelaida, eran los únicos españoles presentes, no volvía de su asombro al oír aquel lenguaje tan distinto del usado en el solemne Versalles de siete años atrás, y que parecía anunciar el fin de una época de grandeza y aparato, a la que amenazara substituir otra de revolución y sensualismo.

Ni Dios Todopoderoso, ni la Majestad misma del Rey de Francia, consagrado en toda Europa como la representación más alta de la soberanía en la tierra, librábanse siquiera de aquella crítica salpimentada y burlona, como pudo comprobar en se-

guida Pereda al oír de labios del propio Duque de Orleáns el cuento de su singular entrevista con Luis XIV antes de salir para España.

Después de muchas recomendaciones, a fin de que Su Alteza se limitara a la esfera militar, sin entrometerse en la política, erizada de peligros, y de insistir sobre la necesidad de caminar en todo de acuerdo con la Princesa de los Ursinos, conocedora profunda de los resortes de la vida española, el escrupuloso cristianísimo, que purgaba los desórdenes de toda una vida de escándalo en la más austera e ignorante de las devociones, interrogó a su sobrino sobre las personas que pensaba llevar en su séquito, escandalizándose al oír el nombre de Fontpertuis que Orleáns citara entre otros:

—*Comment, mon neveu!*—interrumpió el Rey, acongojado—. *Le fils de cette folle qui a couru monsieur Arnauld partout? Un janseniste? Je ne veux point de cela avec vous!*

—*Ma foi, Sire*—repuso el Duque al punto—, *je ne sais point ce qu'a fait la mère; mais pour le fils, être janseniste? Il ne croit pas en Dieu!*

—*Est-il possible?*—manifestó entonces Luis XIV, tranquilizado—. *Et m'en assurez vous? Si cela est, il n'y a point de mal; vous pouvez le mener!*

Las risas y los comentarios provocados por aquel cuento, y otros mucho peores, referentes a Madame de Maintenon, de quien lo mejor que decía Su Alteza era llamarla casi siempre «*la vieille ordure*», y a los hijos legitimados del Monarca, entre los que únicamente el Conde de Toulouse se salvaba de la antipatía del primer Príncipe de la sangre, prolongáronse durante buen rato, dando lugar a un verdadero concurso de ingenio, presidido por Adelaida, quien deleitó a la concurrencia, haciendo la caricatura del gran Delfín, padre de Felipe V, adiposo,

egoísta y tardo para todo lo que no fueran cacerías o banquetes, imitando grotescamente la situación excepcional de Luis XIV y la vieja Maintenon, cerca de mademoiselle Choin, criatura sin otros atractivos que sus enormes senos, pero considerada casi como Delfina morganática y futura árbitra de los destinos de Francia, por toda una cábala peligrosísima, que dirigían los Príncipes de Lorena y los hermanos Vendôme.

—¡Los Vendôme!—declaró cínicamente el Duque de Orleáns al terminar la Marquesa su retrato—. He ahí las dos personas que mayor admiración me causan en nuestro país, y los modelos que más envidia en el mundo. Sobre todo, al menor de ellos, el Gran Prior de Francia.

El Gran Prior de Francia, hermano del célebre Mariscal y Duque, que no hacía muchos meses se despidiera de la ceremoniosa Corte del Cristianísimo, *pour aller suer la vérole*, en un lugar adecuado a tan augusta operación, estaba considerado por sus contemporáneos como el sujeto más pervertido y degenerado de la descendencia de Enrique IV. Acusado y convicto de todos los vicios conocidos, jactábase de no haberse acostado desde hacía treinta años sino conducido por sus servidores al lecho, sin sentido y completamente borracho, gloriosa costumbre a que el Gran Prior se proponía seguir fiel el resto de su vida.

No obstante su despreocupación y las lecciones adquiridas en el comercio de los hombres, Jenaro, escuchando tales dislates, creía encontrarse en otro mundo distinto e incompatible con el que hasta entonces frecuentara, siendo lo peor del caso que Adelaida, su admirada Adelaida, el emblema de todos los refinamientos y delicadezas ensalzadoras del amor, lejos de ofuscarse por aquellas enormidades,

respondía en el mismo tono y participaba de las mismas burlas que sus compatriotas, usando de términos escabrosos, desconocidos para su amante, que comenzaba a descubrir atónito otra faz de aquella personalidad de mujer, tan variada y proteiforme, en cuyas redes se encontraba preso.

Saltando de un asunto a otro y variando de escenario, con la facilidad alada de los conversadores de profesión, tocóle inmediatamente el turno a los personajes españoles, y, en especial, a los que mandaban tropas o pretendían distinguirse por sus capacidades militares, ofreciendo este terreno amplio campo de lucimiento a la desvergüenza y procaacidad del Niño Malo, representante del gracejo castellano, siempre más agrio, más directo y menos velado que el francés.

Don Isidro, que desde el primer día frecuentaba las casas de Miranda y estaba al tanto de las relaciones de su cuñada con el joven Pereda, habíase constituido en Virgilio del Duque de Orleans y sus familiares, con objeto de hacer recorrer a éstos, en el menor tiempo posible, los círculos infernales más desacreditados de la capital madrileña, superándose en la tarea y divirtiéndose extraordinariamente a Su Alteza con cuentos y referencias de personas y cosas.

Conocedor profundo de los entretelones cortesanos, como quien acostumbra a frecuentar las gentes cuando éstas no se toman el trabajo de fingir ni de hacer un papel en público, sus brutales anécdotas tenían el sabor de la realidad misma, haciendo vivir delante de los regocijados franceses al noble Mariscal de Berwik, *ce grand diable d'anglais*, como solía llamarle la Saboyana, incorruptible, tieso, cavilando siempre en el porvenir de sus hijos, conmoviéndose cada vez que pensaba en

su segunda mujer, y sin decidirse a intentar nada en el campo de batalla, como no estuviera seguro del éxito y la superioridad de sus fuerzas.

El Duque de Osuna, voluntarioso, intransigente en cuestiones de etiqueta y agobiado por la sombra de su inmortal abuelo, que le empequeñecía a cada momento, caminaba de la mano con su hermano el Conde de Pinto, más despierto, pero más orgulloso aún que todos los Girones reunidos, como buen segundón de Casa Grande que sabe va a heredar indefectiblemente el mayorazgo de sus padres por falta de sucesión en el primogénito. Las tortuosidades diabólicas del joven Conde de Aguilar contrastaban con las precauciones dilatorias del Príncipe de T'Serclaes, o los cautos disimulos del Duque de Populí. Y la fidelidad reconocida del Marqués de Villadarias no bastaba a disimular su ambición de figurar a la cabeza de los ejércitos, pasando por encima de sus demás compañeros y eclipsando sobre todo la naciente gloria del Marqués de Bay, *ce fils de cabarétier*, como desdeñosamente le calificaban los aristocráticos comensales del Duque de Orleáns.

Apreciando las reflexiones de unos y otros sobre los sucesos presentes y las probabilidades que la guerra ofrecía a las fuerzas de los dos Coronas, Jenaro, que no despegaba los labios, volvía a sentir la misma impresión penosa y deprimente que le asaltara durante la visita al Cuartel Real en el Tajo, al principio de la primera campaña de Portugal, cuando comenzaba sus armas a las órdenes del Capitán Don Gaspar Collado.

La visión convencional, imperfecta y un tantico desdeñosa que de España llevaban al Generalísimo y sus subordinados no había variado de la recogida por los Mariscales y Embajadores que les prece-

dieran en el viaje, desde 1701; las críticas a la precipitación demostrada por la Princesa de los Ursinos y Amelot, suprimiendo los fueros valencianos y aragoneses antes de la sumisión de Cataluña, obedecían, no a un sentimiento político, sino únicamente al anhelo de facilitar la victoria, reservando para más tarde el castigo de unos súbditos a quienes constantemente tachaban de rebeldes, sin preocuparse para nada de examinar los fundamentos de su actitud.

Para el Duque de Orleáns, como para todos los franceses, las campañas de España no representaban, además, dentro del cuadro general de la guerra, sino un elemento de diversión de fuerzas enemigas, que, lejos de suprimir, convenía mantener en actividad, ya que el triunfo o la derrota de los Aliados habían de decidirse en Flandes o Alemania; y si aun hablaba públicamente Su Alteza del sitio de Barcelona y de la expulsión del Archiduque para la próxima primavera, hacía lo más para acrecentar el entusiasmo de los castellanos que por ignorancia del verdadero estado de los negocios, pues de sobra sabía cuanto sucedía en Versalles y la imposibilidad de soñar en tamaña empresa, gracias a la correspondencia de su madre, la Palatina, de su hombre de confianza, el Abate Dubois, y de su único amigo, el duque de Saint Simón.

La aparición inopinada del Conde de Ecija, quien acompañado de varios otros señores disipados y calaveras venía a rendir pleitesía a la más bella representante de la discreción y cortesía francesas, acabó de exasperar a Jenaro, que apenas si había entrevisto dos o tres veces al aborrecido magnate desde la muerte del Príncipe de Taurisano, y continuaba odiándole siempre furiosamente, no ya sólo como asesino de su inolvidable protector, sino como

principal causante de todas las desdichas que entristecieran la vida de la Niña de Plata.

A los ojos de sus iguales, Ecija era tenido, sin embargo, en la consideración de que suelen disfrutar las personas a quienes se teme por creerlas capaces de todo, y que resultan entretenidas a fuerza de hablar mal y poner su positivo ingenio al servicio de cuanto represente oposición o descontento contra el Gobierno establecido.

En este terreno, las cualidades del Conde, ya excepcionales en 1700, no habían hecho sino crecer y perfeccionarse, gracias a los desaires sufridos constantemente desde Portocarrero a la Princesa de los Ursinos, desaires que acabaron de agriar su ambición, enfriando bastante las opiniones borbónicas del auxiliar del testamento de Carlos II, aunque no hasta el punto de decidirle a abrazar la causa del Archiduque, por considerar acaso que todavía no presentaba ésta suficientes garantías de éxito, ni valía el sacrificio de las rentas de la Casa de Ecija.

Bien conservado Su Excelencia, a pesar de los años, pulcro, elegante y pulido por el continuo viajar y las largas residencias en Turín y París, la aparición del Duque de Orleáns en la escena política de España, y la inevitable rivalidad que desde la primera llegada de Su Alteza a Madrid dibujóse entre la autoritaria Ursinos y el despreocupado Generalísimo, pareció indicar al Conde la oportunidad de mezclarse nuevamente en la intriga, ofreciendo sus servicios al Príncipe y brindándose a servirle de intermediario cerca de los Grandes descontentos para fundar las bases de un nuevo partido que ayudara y defendiera los planes militares de Su Real Alteza.

Sondeado hábilmente el ánimo del Duque, y

seducido éste por los innegables atractivos que como hombre de placer ofrecía Ecija, había tardado poco el dúctil cortesano en introducirse en la intimidad del Palacio de Uceda, cautivando pronto a todos sus familiares, y colocándose resueltamente al frente de los nobles españoles que buscaban en Orleáns un señuelo para atraer con su brillo el elemento neutral humillado por el despotismo de la Camarera Mayor, pero aún no resuelto a defender abiertamente los intereses de Carlos III.

Jenaro, que ignoraba en absoluto las anteriores combinaciones, y no podía darse cuenta, por tanto, del motivo que explicaba la presencia de Ecija en casa de Adelaida, ni menos de la confianza con que se expresaba delante de Su Alteza, tuvo que contenerse varias veces para no estallar, comprobando la duplicidad traidora de aquel hombre, dispuesto a escarnecer y mentir a mansalva con tal de arrancar una carcajada al Príncipe extranjero que le escuchaba, y en el fondo debía despreciarle profundamente.

Ya no eran los Generales ni los palaciegos quienes subían a la picota en la conversación, sino la propia Princesa de los Ursinos, calumniada y empequeñecida por aquella lengua rastrera, que creía adular rebajando los méritos de una opositora digna de medir sus armas con cualquier gobernante, y acostumbrada a discutir con personajes de la talla de Luis XIV y de Madame de Maintenon.

La exageración del ataque llegó a un punto, que, forzado el Generalísimo a rectificar los conceptos del denunciante, concluyó por decir:

—Efectivamente, hay algo de verdad en vuestras palabras, amigo mío; pero también es preciso considerar la difícilísima situación de la Camarera, colocada desde hace seis años entre Versalles y

Madrid, y expuesta a cada paso a disgustar a unos o a otros, ya que cada vez son más contradictorias las aspiraciones de ambas cortes y ambos países.

—¡Para lo que a la Princesa le importa de ninguno de los dos! Para una mujer como ella no hay España ni Francia, sino el principio de *su* autoridad y el interés particular de unos soberanos a quienes pretende adorar. ¡Con tal de salvar la Corona de éstos y continuar mandando sobre ellos, sería capaz de sacrificarlo todo!

—Aun así—insistió Orleáns—llegará un día, que acaso no tarde, en que le sea imposible a *Madame des Ursins* conservar el prodigioso equilibrio que hasta ahora mantiene, viéndose obligada a obedecer las órdenes de Versalles, o a declararse en franca rebeldía inclinándose del lado de los españoles.

—¡Pues no dude Vuestra Alteza que hará lo que más convenga personalmente a ella y a Sus Majestades!

—¿Y la podrán conservar éstos a su lado contra la voluntad de Francia?

—¡Castilla, Monseñor, es un país que gusta sentir la mano del que gobierna, y ya se las arreglará la Camarera Mayor para hacerse necesaria! Por lo que toca al Rey, prescindiría sin gran esfuerzo de sus servicios; pero queda la Reina Doña María Luisa, y ésta no sabe vivir sin su queridísima consejera. Además, de acuerdo ambas, poseen recursos invencibles para imponerse siempre. Eso sin contar con la historia de las camas, tan conocida en Madrid.

—¿Qué historia es esa?—interrogó, curioso, Felipe de Orleáns.

—¡Una de tantas tonterías, Alteza, como corren por las Cortes!—interrumpió el Niño Malo, eno-

jado—. ¡Parece mentira, hombre—añadió dirigiéndose a Ecija que puedas hacerte eco y repetir aquí esa estupidez de que nadie puede tener pruebas!

Mas, precisamente las palabras de Don Isidro aumentaron el interés de los franceses por conocer la anécdota, que el maligno Conde pasó a referir en seguida, gozando del efecto que sus palabras causaban en aquellos libertinos.

—Para nadie es un misterio que nuestro Augusto Soberano es el más fiel observante de los preceptos religiosos, en cuanto se refiere a fidelidad de la fe jurada y abstención de placeres ilegítimos, que por otra parte le sería imposible disfrutar con la vida que se ha dejado imponer. Su amor sólo tiene igual en la fogosidad que preside su naturaleza, particularmente favorecida por la madre Venus, y fomentada en todos momentos por los irresistibles encantos de la Reina. Esta, que sabe mucho y se da perfecta cuenta del valor de las armas, concede pródiga sus favores al incandesciente esposo, teniéndole perpetuamente como hechizado, y obligándole a satisfacer sin discusión todo cuanto el interés o la experiencia de la Camarera Mayor le sugiere con habilidad infinita. Pero algunas veces, y a pesar de la docilidad del discípulo de M. de Cambray, ocurre que la inteligencia o la gloria del Monarca, justo y misericordioso en el fondo, rebélanse contra la tutela que le ahoga, moviéndole a negar algo o a destruir el papel que se pone a su firma. Entonces, para convencer al sublevado, acúdense en Palacio al recurso infalible. Llegada la hora de recogerse Sus Majestades, la Reina, con pretexto de jaqueca, se acuesta primero en la gran Cámara, y cuando el Soberano acude impaciente a sus puertas, la Camarera le cierra el paso, anunciando en tono compungido

que Doña María Luisa no puede recibirle aquella noche por encontrarse indispuesta, y que, de acuerdo con el Sumiller, se le ha preparado una cama chica en otro cuarto vecino. El Rey, comprendiendo lo que le quieren indicar, retírase contrariado, a veces furioso, y la jaqueca se prolonga hasta que, forzado por la necesidad, Su Majestad Católica condesciende con los deseos de la insubstituible tirana, y la armonía más completa vuelve a reinar en el Alcázar, donde la historia de las camas suele explicar más de un misterio político.

Los aplausos y las demostraciones jubilosas de los oyentes al terminar el Conde de Ecija su irreverente cuento, permitieron a Jenaro retirarse silencioso del salón, sin que nadie, ni siquiera Adelaida, se percatara de la desaparición de su insignificante persona, ocupados en rodear y felicitar al maldiciente, que sonreía satisfecho por el éxito de sus palabras.

Aquella misma noche, sin embargo, y cuando le tocó entrar en la casa como dueño y señor, Pereda manifestó a la Marquesa los escrúpulos que le asaltarán al verse mezclado sin título alguno entre compañía tan ilustre, y el deseo de no turbar en adelante las naturales expansiones del Príncipe y demás señores franceses, imponiéndoles la presencia de un extranjero desconocido, a quien únicamente atraía allí el imán del amor y los atractivos de la señora del palacio.

—¿Te ha disgustado algo? ¿No han sido cortes contigo?—interrogó sorprendida la Marquesa, para quien no había pasado desapercibida la ausencia del Guardia de Corps.

—Al contrario—repuso éste—. Sólo amabilidades he recibido de su parte. Pero, si he de serte franco, no quiero volver a encontrarme con un

hombre como el Conde de Ecija, a quien detesto, y cuya presencia me repugna por todos los estilos. Lo mismo te sucedía a ti en un tiempo, y lo que no acierto a explicarme es por qué le recibes y tratas con tanta consideración, sabiendo quién es y venerando como veneras la memoria de tu hermano Renato.

—¿Y qué voy a hacer si viene a visitarme y su habilidad le ha permitido conseguir las simpatías de Su Alteza? En este mundo, Jenaro, hay que contemporizar con todos y hacer que no se recuerdan muchas cosas, si se quiere vivir a gusto. Además, Ecija ha cambiado bastante y puede ser útil al Generalísimo en cualquier momento.

—Las personas como él no varían nunca. Lo único que hacen es disfrazarse de cuando en cuando. ¡Ese hombre acabará por traicionarnos a todos el día que le resulte ventajoso hacerlo!

Adelaida contempló silenciosa al joven, cuya resolución parecía contrariarla y sorprenderla, como si desbaratara todo un plan sabiamente concebido; mas, discreta y prudente, limitóse a decir:

—Está bien. Mi casa es la tuya, y yo te pertenezco. Tú solo eres, pues, quien puede disponer de ambas. Acaso tengas razón...; pero creo que el puntillo español te ciega y no te deja comprender la importancia real de las cosas. A las personas, Jenaro, no debe juzgárselas por las palabras, que fueron inventadas para disfrazar los pensamientos, sino por las intenciones, y yo te aseguro que si las del Conde pueden ser sospechosas, nada tienen que temer tus compatriotas de las de Su Alteza Real el Duque de Orleáns, mi Augusto amigo, que os estima sinceramente, deseando sólo vuestra felicidad, como yo la tuya, *mon cher*.

Y sellando con un beso prolongado y sediento los labios del amado, tornó a sumirse con éste en las profundidades del secreto.

VIII

Por suerte para los galanes de Madrid, la permanencia del Generalísimo en la Corte no se prolongó mucho más, ni dió lugar a mayores incidencias de las ya presenciadas.

Antes por el contrario, el Duque *qui était vé doux et poli*, según frase de la Princesa de los Ursinos, deseando dejar la mejor impresión posible, y complacer sobre todo a su Augusta Sobrina, por quien parecía sentir gran admiración, esmeróse en concurrir, no sólo a la ópera celebrada en el Alzázar, sino a cuanta fiesta preparó la Villa o la Grandeza en su honor, agradeciendo todo ello con palabras de afecto que ningún esfuerzo le costaban, ya que el expresarse bien constituía una de sus cualidades más apreciadas.

Al partir, investido con una embajada especial y secretísima de Sus Majestades para Luis XIV, en que se presentaba a los ojos del Cristianísimo la verdadera situación de España en aquellas circunstancias, flotaba, sin embargo, en la capital, y principalmente en los círculos allegados al Gobierno, cierta impresión de malestar, como si se temieran nuevas complicaciones en el horizonte político.

De poco valían las promesas alentadoras de los familiares de la Camarera Mayor, asegurando que nada sucedería que pudiera torcer el curso de los acontecimientos; la opinión de grandes y chicos seguía con desconfianza instintiva las operaciones de los ejércitos franceses, y criticaba abiertamente

la doblez de sus Ministros, a quienes se acusaba de mirar con malos ojos los triunfos de España, que aumentaban las ilusiones de sus naturales, estorbando con ellas la conclusión de una paz cada día más necesaria.

—A los españoles y a los franceses—explicaba una tarde Doña Matutina en la tertulia de Flon, repitiendo sin duda algo que había oído en altas regiones—les sucede lo que al Duque de Orleáns en las visitas de despedida que acaba de hacer a las Señoras de la Grandeza, donde todo han sido cortesías, sonrisas y buenos modales de una parte y otra. Pero como, desgraciadamente, Su Alteza habla muy poco español, y la mayoría de nuestras damas desconoce el francés, ninguno de los interlocutores se ha enterado de lo que decía o pensaba el otro, teniendo que fiarse del truchimán, cuya discreción hase puesto a prueba traduciendo las palabras y dándoles el alcance que mejor podía satisfacer los sentimientos de todos.

—Con lo cual quiere decirse—insinuó blandamente Fray Francisco Blando—que vivimos ignorantes de las verdaderas intenciones de Su Majestad Cristianísima, y que la única persona que posee el secreto de ellas es la Excma. Señora Camarera Mayor, vuestra insigne protectora, a quien nadie podrá sino compadecer muy sinceramente por las amarguras que estará pasando cada vez que piense en la responsabilidad de su papel de truchimán, y en las sorpresas que el año de 1708 reserva a su Gobierno en esta tierra.

—¡Ya veremos!, ¡ya veremos!—respondía evasiva la Azafata—; aun es pronto para adelantar nada. Lo único seguro es que Su Excelencia no se dejará engañar por nadie, y que, mientras su lealtad siga contando con la confianza de los Re-

yes, *ya encontraremos* medio de ir salvando todas las dificultades que se presenten.

Análoga discusión, aunque reforzada por otros argumentos y otras golosinas mucho más variadas y sabrosas que las eternas bizcotelas de Doña Mayor, solía suscitarse entre Adelaida y Jenaro, reunidos nuevamente desde la partida del Duque de Orleans, y disfrutando, egoístas, de una felicidad regularizada y hecha más frecuente aún que antes por la costumbre.

—¿Ves como tenía yo razón—solía repetir el Oficial— cuando en los tiempos que nos conocimos dudaba de la sinceridad de vuestro Rey, y criticaba aquellas imprudencias que dieron como resultado la formación de la Gran Liga y el comienzo de la guerra? Francia nunca querrá de veras el engrandecimiento de España, para que ésta no le vuelva a hacer sombra. Y la mejor prueba de ello es que, hasta ahora, somos nosotros, los españoles, quienes vamos pagando las consecuencias de las faltas y los desastres en Italia o Flandes, y que todas las conferencias sobre paz parten del principio de grandes compensaciones a los Aliados, a costa de la herencia de Carlos II.

—¿Y de quién es la culpa, si Luis XIV hubiera llegado a cansarse y sus Ministros obraran como tú supones?—argüía Adelaida, sin apartarse un dedo de Jenaro—. De vosotros exclusivamente, que con vuestras divisiones y vuestras resistencias habéis acabado por agotar la paciencia de Su Majestad. ¿A qué obedece la continuación y el encarnizamiento de la guerra en España? A la obcecación y a la rivalidad de los dichosos catalanes, sin cuyo concurso no podría sostenerse el Archiduque, a pesar de todos los auxilios de Inglaterra y Alemania. ¡Hubieran aceptado sinceramente tus compa-

triotas el primer plan de Luis XIV, consintiendo sin reservas la subordinación a Su Majestad el tiempo necesario para reconstituirse y organizarse a la moderna, y otra sería la suerte de las cosas! Pero vuestro apego a todas las rutinas históricas, vuestra eterna resistencia a cuanto signifique novedad, han hecho fracasar el sueño del Cristianísimo, convirtiendo en simple alianza lo que debió ser amalgama de pueblos.

—Los españoles—contestaba, invariable, Jenaro—preferimos hundirnos en nuestro pasado a consentir la tutela de nadie, por grande que sea.

—¡Los españoles, acaso!—respondía entonces la enamorada, multiplicando demostraciones—. Pero lo que toca a ti, aunque no quieras, tendrás que soportar la mía, porque el interés que me inspiras es el mismo que cuando te salvé de las garras del Almirante, y ni mi afecto ni yo hemos variado desde entonces...

Aquella protesta, no pasaba, sin embargo, de ser una ilusión más de la ternura de Adelaida por su joven amigo.

Insensiblemente, y según transcurrían las semanas, íbase transformando la pasión de ambos, como si también en ella fueran entrando nuevos elementos que comenzaran a influir en la modalidad de su cariño.

Sin disminuir el ardimiento de éste, antes por el contrario, excitado y adobado por el trato, hasta reconocerse Jenaro más esclavo cada día de la incomparable dama, principiaba a darse el caso de que, al encontrarse lejos de su seducción, la clarividencia de Pereda comenzara a percibir matices y circunstancias no advertidos hasta entonces en la persona y maneras de Adelaida.

Más atractiva ésta que nunca, pero más calcula-

dora y circunspecta que antes, a medida que prodigaba sin tasa los tesoros de su cuerpo al amante, procuraba hurtarle los secretos del espíritu, como si las diferencias que les separaban en el mundo social extendiéranse también al otro con sus distintos ideales.

El españolismo, por otra parte, de Adelaida, que en 1702 le procurara una impresión fragmentaria pero afectuosa de la Corte de Felipe V, había casi desaparecido, substituyéndole otros conceptos menos claros, conceptos que, a pesar de su creciente abandono, jamás confiaba ni confiaría por completo a Jenaro.

Cuando éste, con su natural impetuosidad, le dirigía preguntas sobre la materia, esquivaba la respuesta, o mentía graciosamente, llegando hasta recordar, en trances apurados, sus singulares teorías sobre el amor y la independencia que dentro de sus cadenas debían gozar hombres y mujeres.

—¿No es preferible—repetía entonces la bella—vivir en un mundo ideal y superior a cuanto nos rodea, sin atormentarnos ni empequeñecer nuestra vida discutiendo asuntos que nada tienen que ver con el sentimiento? ¿Para qué preocuparnos del pasado o del porvenir? ¡Gocemos del presente, sin enturbiarle ni destruirle. ¿Te hago yo alguna alusión a los sucesos que amenizaron tu existencia desde que nos separamos? ¿Te pido que me jures la eternidad de tu constancia? ¡Pues eso te probará que mi afecto está por encima de tales miserias!

Los sentimientos políticos y dinásticos de Adelaida también habían sufrido profunda transformación. En términos respetuosos, que debían esconder otros bien distintos, referíase a veces a la apatía del Monarca reinante. La reputación que Europa le concedía, debíase casi totalmente al corazón de

fuego de la Saboyana, que le obligaba de vez en cuando a realizar acciones que le conservaran la adhesión de los castellanos.

Claro que, en este juicio tan severo, la malicia de Jenaro suponía que podía influir el resquemor de Adelaida por los desdenes de Barcelona y la indiferencia absoluta con que la seguía mirando el Rey desde su regreso; pero lo que resultaba indudable era que en las relaciones de la antigua Crevecoeur con los soberanos, y singularmente con la Princesa de los Ursinos, había surgido algo que les separaba en campos distintos, no obstante las demostraciones afectuosas que unos y otros se prodigaban en público.

El alejamiento de la Camarera Mayor demostrábase además, no sólo por la falta de avisos para que la Marquesa concurriera a Palacio como antes y por el aplazamiento indefinido de la creación de nuevas Damas Grandes, sino por las críticas que a menudo escapaban a Adelaida sobre la ambición y creciente soberbia de Ana de la Trémoille, que tantas simpatías le restaba en París, donde madame de Maintenon comenzaba ya a fatigarse de sus alardes de independencia, y únicamente seguía contando con el apoyo de la familia de los Noailles para sostenerse en el favor de Luis XIV.

Las relaciones que mantenía la Marquesa de Teruel con el Embajador Amelot, los esposos Orry, el Caballero Du Bourk y otras hechuras de la Camarera Mayor, parecían ser también de pura conveniencia, sin recordar ni poder compararse a la intimidad que la uniera con el simpático Conde de Marsin o el turbulento Marqués de Louville.

Su admiración reservábase, en cambio, íntegra para el Duque de Orleáns.

El deseo de hacer participar a Jenaro en tales

sentimientos resultaba evidente, aunque disimulado y hábil, para no despertar las sospechas del joven.

Unas veces eran descripciones del Duque y justificaciones a sus desórdenes, con toda clase de antecedentes y noticias, que pintaban al de Orleáns como el Príncipe francés más capaz e instruído de toda la Familia Real. Otras, alusiones veladísimas a la simpatía que en el ejército y parte de la nobleza comenzaba a disfrutar el victorioso Generalísimo, cuya sangre española podía reconocerse en seguida, como sucediera con su hermana la Reina María Luisa, primera esposa de Carlos II, tan llorada de los españoles y de su augusto esposo.

El contraste fatal que producía la indolencia de Felipe V, recluso en Palacio, levantándose tarde y mostrando aversión a todo, con la actividad de su bizarro primo, rindiendo ciudades y sentando plaza de valeroso e inteligente, constituía otro de los temas favoritos de Adelaida, cuya insistencia acabó por inquietar a Jenaro, haciéndole forjar variadas hipótesis sobre la significación que encerraba y el alcance que debía darse a tan reiterados elogios.

Su situación equívoca en las casas de Miranda, tratado como un objeto precioso y reducido a un papel agradabilísimo, pero poco airoso, dada la desigualdad de rango que le separaba de su amante, tardó en presentarse a la consideración de Pereda, surgiendo inequívoca el día que la Marquesa, concedora de la modestia de recursos del joven y usando toda clase de circunloquios, brindóle con su favor para obtener algún puesto que le permitiera abandonar el Regimiento de Guardias, donde ningún porvenir económico le esperaba.

La altivez con que Jenaro declinó aquellos ofrecimientos y su negativa a recibir merced alguna de

manos de Adelaida, iniciaron las discusiones entre los amantes, dando lugar a no pocas burlas de la gentil francesa, pasmada y ofendida por el *castellanismo intratable* de su amigo, que ya no tenía cura.

Lo peor del caso consistió en que, atraída la atención del escrupuloso galán a tan vidrioso terreno como el de la propia reputación, dióse a observar cuanto le rodeaba, adquiriendo pronto el convencimiento de que, a pesar de todos sus caballerescos extremos, la gente que le conocía estaba perfectamente informada de sus relaciones, y hasta le consideraba con cierto desdén y menosprecio, por juzgar sin duda que se beneficiaba en ellas, salvo los hombres jóvenes, especialmente sus compañeros de armas, que envidiaban la suerte del conquistador, y las mujeres viejas del Alcázar, que le solían mirar de un modo particular y codicioso, como si les inspirara gran curiosidad la persona del afortunado Guardia de Corps.

Hasta la Princesa de los Ursinos, que antes le saludara siempre, y que tanto ayudó la fuga de Serafina, contribuyendo después a enterrar el asunto sin que Pereda se viera comprometido en él, apenas si dignaba enterarse de la presencia del Teniente cuando las eventualidades del servicio les ponía frente a frente, evitando hablarle desde hacía tiempo.

Un incidente, cuyas consecuencias no podía prever toda la sutileza de Adelaida, vino a coronar este lento proceso, haciendo caer la venda que tan deliciosamente cegaba los ojos de Jenaro; y este incidente repondió, por caso singular, a un momento de abandono por parte de la precavida francesa.

En la tormentosa existencia de ésta, cuyos detalles prefería seguir ignorando Pereda, temeroso de

amargos descubrimientos, existía un punto luminoso, lleno de recuerdos para ambos, y que, de un modo u otro, solía aparecer en sus conversaciones: este punto consistía en el cariño casi maternal de Adelaida por su difunto hermano Renato, y en el respeto de Jenaro por la memoria de aquel ser tan aturdido y simpático, arrebatado a la vida en los campos de Almansa.

Durante su breve permanencia en esta ciudad, el día siguiente al del célebre combate, y apenas conocida la triste noticia, habíase preocupado Pereda de averiguar detalles sobre la muerte del amigo a quien tantas cosas sacrificara cuando el rapto de Serafina y la fuga a Salamanca, pudiendo únicamente cerciorarse de que Renato se había batido como un león en el momento más crítico de la batalla, y de que sus restos descansaban en un lugar especial, junto a la ermita de San Salvador, gracias a los cuidados de una señora desconocida que le asistiera en los últimos instantes de su existencia.

Enternecida por aquella circunstancia que Jenaro le comunicó, apresuróse Adelaida, en cuanto lo supo, a despachar uno de sus criados para Almansa, con encargo de adquirir mayores informaciones y procurar sepultura más lujosa al Caballero, hasta tanto su hermana dispusiera el traslado de los despojos al enterramiento de familia en Francia.

El resultado de la expedición no pudo ser más satisfactorio, pues, gracias a las cartas e instrucciones de que iba provisto el emisario, dió en seguida son la ermita recordada por Jenaro y habló con *el Hermanico* que la servía, adquiriendo preciosas y enternecedoras noticias acerca del fallecimiento del Capitán de Vaureal, así como de los auxilios prestados al moribundo por la amistad de cierta dama, que veló después su cadáver, acompañándole a la

última morada y ocupándose de todos los detalles del sepelio, en reconocimiento a un grandísimo servicio que Renato le prestara meses antes devolviéndole a un pariente loco que los rebeldes valencianos tenían prisionero.

De averiguación en averiguación, vino el mensajero a dar con un sujeto muy importante de Almansa, llamado Don Bernabé Cascales, gracias a cuya bondad pudo saber que la dama en cuestión hallábase aún en la ciudad, pero deseaba guardar el incógnito, y, por razones particulares, no salía de casa sino para ir a la iglesia, negándose a recibir a nadie, fuera de su viejo amigo.

Por conducto de Cascales recibió también el enviado de Adelaida algunos objetos que llevaba Renato sobre su cuerpo el día de su muerte, y que la señora anónima, enterada del afecto del difunto por su hermana la Marquesa de Teruel, deseaba que ésta poseyera y guardase.

Intrigados por tanto misterio, los amantes no dejaron de discutir entre sí sobre la personalidad de aquella desconocida bienhechora y sobre los motivos que pudieran moverla a substraerse al reconocimiento que su generosidad merecía.

—En mi opinión—sostenía Jenaro—, debe tratarse de alguna hidalga de pueblo a quien los atractivos del pobre Renato volverían loca, y por ello no quiere publicar su nombre.

—Si tal fuese—argumentaba la experimentada francesa—, ocultaría su acción y no hablarían de ella personas tan serias como *el Hermanico* y Don Bernabé Cascales. Además, una enamorada nunca se desprende de recuerdos que pertenecieron a su ídolo, y que tal vez constituyen las únicas prendas que aquél le dejara. En este asunto existe un secreto que ni tú ni yo podemos adivinar, pero que tal vez

descubramos algún día. Por de pronto, esa mujer, sea quien sea, merece todas mis simpatías, y celebraría en el alma que se me ofreciera ocasión de demostrársela y de corresponder dignamente a la nobleza de su conducta.

—A mí también—repetía Jenaro—me gustaría conocerla y oír de sus labios la descripción de los postreros momentos de nuestro querido Caballero.

El regreso del criado acrecentó el sentimiento de la Marquesa, haciéndole verter muchas lágrimas con la vista de las reliquias de su malogrado hermano, contenidas en precioso cofrecillo, obsequio de la desconocida, y entre las que figuraba un medallón encerrando el retrato en miniatura de una dama, a quien Adelaida identificó al punto como la Niña de Plata.

Pero la impresión de Adelaida al reconocer a la simpática Duquesita, cuyo amor había constituido el único ideal de la vida de Renato, resultó pequeña, comparada con la experimentada por Jenaro cuando contempló a su vez la adorada imagen en que el hábil pintor había reproducido fielmente la mirada y sonrisa encantadoras de Doña Serafina, cuando ésta vivía en el Alcázar como Dama y aún ignoraba el sabor de las tristezas.

La emoción intensa, e incomprensible para Adelaida, que reflejó el semblante del joven al encontrarse de improviso con el retrato de su hermana fué tan grande, tan profunda, tan persistente, que, alarmada la francesa e imaginando percibir otro secreto, que jamás sospechara, en la existencia de su amigo, trató de disimular su turbación, alardeando de magnánima y rompiendo el embarazoso silencio, para decir con voz poco segura:

—¡Qué parecida está la Duquesita, y cuánto debió quererla Renato! Por supuesto que a todos

los que la conocimos nos sucedió lo mismo. ¿Dónde se encontrará en estos momentos? ¿Sabes tú algo de ella?...

—¡Nada!... Presumo que continuará en Barcelona... ¡Desde que nos separamos en Fuente Guinaldo no he vuelto a verla!—murmuró Jenaro, haciendo un esfuerzo y perdido en el mar de sus reflexiones.

—Toma—siguió Adelaida, cada vez más pensativa—. Guárdalo en memoria de la amistad fidelísima que te profesó mi hermano y de la simpatía que siempre sentiste por ella... ¡Así podrás comprobar una vez más que no soy celosa!

—¿Celosa?—repuso el joven sin comprender—. ¿Y de qué?...

—¡De nada!—limitóse a añadir la dama, ocultando su preocupación.

Un segundo cruzó entonces por la mente de Pereda la idea de franquear su corazón a Adelaida, de confesarle sus penas, de hacerle partícipe de todas sus inquietudes.

Pero la expresión enigmática y maliciosa de aquel rostro adorable, la caricia que inmediatamente siguió a sus palabras, algo indefinible que iba separando insensiblemente sus almas, detuvo las frases entrecortadas que se agolpaban en la garganta de Jenaro.

No; con aquella criatura tan hermosa, tan llena de misterios, tan escéptica sobre todo lo que no fuera su amor, era imposible confiarse ni mostrar otro anhelo que el de querer y ser querido.

Con otra que no fuese ella..., ¡quizá!...; es decir, quizá, no..., ¡seguramente!...; sobre todo si fuese...

Y por primera vez la sombra de Casilda, el resplandor de la lámpara humilde que había de seguir alumbrando todos los pasos de su vida, vino a

interponerse entre los amantes, haciendo sentir al ingrato un estremecimiento involuntario e instantáneamente reprimido.

IX

Aquella conversación sirvió, sobre todo, para rasgar de pronto el velo que parecía envolver a Jenaro desde su encuentro con Adelaida, aislándole del mundo e impidiéndole reconocerse a sí mismo.

La contemplación constante del retrato de Serafina resucitó, además, en el joven la conciencia de su deber y el afán de conseguir noticias sobre la Niña de Plata.

Desprovisto de medios para intentar otras diligencias más eficaces, y resuelto a no mezclar para nada a la Marquesa de Teruel en aquellos asuntos, la primera idea que ocurrió al joven fué acudir al canal de Don Bruno Zorraquín, si éste se encontraba en Barcelona, con objeto de obtener noticias sobre la familia de las Villarrubias.

A tal efecto, entrevistó a Doña Copla, cuya existencia conocía desde muchos meses atrás, merced a la confianza del Padre Piquer, y a la que solía socorrer, por medio de Nardo, en sus continuas necesidades.

Pero, desgraciadamente, la esposa del ex cova-chuelista ignoraba en absoluto dónde pudiera encontrarse su marido, sabiendo sólo por la única carta recibida de Don Bruno desde la fuga, que había andado por Zaragoza y se disponía a pasar a Cataluña, donde quizá encontraría remedio a sus miserias.

—¿Y no sería posible descubrir su paradero de

algún modo?—preguntaba Jenaro, olvidado de sus propios intereses para no pensar más que en el dolor de aquella infeliz desamparada.

—¡Quién sabe!—respondía la triste Doña Copla—. Ya lo intenté algunas veces, por conducto de varias religiosas de mi confianza; pero nada conseguí. Su merced, Don Jenaro, que conoce tanta gente, acaso lo pudiera lograr mejor.

—¿Cómo se llaman sus hijos mayores, Doña María?

—Emilio y Narciso, ¡a menos que no hayan cambiado todos de nombre o estén muertos por esos campos, pues a los dos les daba por las cosas de guerra! ¡Ay, mi Dios! ¿Hasta cuándo durará este calvario? Y lo peor de todo, señor, es que mi vista va bajando con tanto velar; el bordado escasea cada vez más en estos tiempos, y si, al fin, me quedo ciega, no sé qué va a ser de mis pequeños.

—Vaya, vaya, Doña María, no se preocupe; sobre todo, no llore, pues siempre habrá alguien que les ayude. Y, a propósito—añadió Jenaro, impulsado por una idea repentina—. ¿Le convendría a usted trabajar para una señorona rica que conozco y que seguramente le pagaría bien la labor?

—¡A mí me conviene todo lo que sea ganar unas monedas más!

—Pues alégrese, que yo le arreglaré el negocio, y cuando esté resuelto, le mandaré recado por Nardo. Mientras tanto, acepte esto. Poco es, pero la voluntad es mucha.

—¡Dios le bendiga, Don Jenaro, y le dé toda la suerte que merece—gimoteó la beata, tomando las monedas que el Teniente le ofrecía, e intentando besar sus manos—. Por supuesto, que si no fuera por la embustera que yo me sé, poco habría que desear a su merced, viéndole ya casado a estas

fechas con aquel ángel del cielo que tanto le quería, y que nunca dejaremos de recordar ninguno de cuantos la conocimos. ¡Pobre Casildica! ¿Tuvo noticias de ella? ¿Será feliz en su matrimonio? ¡Yo creo que no, porque lo primero que bien se quiere nunca se olvida! ¡Y a usted le quería! ¡Vaya si le quería!

—No sé, Doña María, no sé; hace mucho tiempo que ni me atrevo a pronunciar su nombre. Porque la culpa de todo aquello no fué de nadie, sino mía, exclusivamente mía...

Descartado el recurso de Zorraquín, quedaba únicamente el de alguna de las tertulias cortesanas que tanto abundaban en Madrid, y donde solían repetirse cuantas nuevas llegaban de Barcelona, traídas quién sabe por qué medios ni por qué conductos misteriosos.

El palacio de Lerma, en el Prado, que servía de punto de reunión a los partidarios de su dueño, el Duque de Medinaceli, personaje en quien, muerto el Almirante, veía la Grandeza su más genuino e ilustre representante, ofrecía la ventaja de los estrechos lazos de parentesco que unía a la familia de Villarrubia con la Casa Ducal, ostentadora también de los títulos de Cardona y de Segorbe.

Pero el tedio que se respiraba en aquellos salones, donde había que medir las palabras y hasta las miradas, por el temor del dueño de casa a excitar las sospechas de la Camarera Mayor, tan desconfiada siempre de su lealtad, hicieron desistir a Jenaro de la idea de penetrar en ellos, seguro de que nada averiguaría que pudiera interesarle.

Las asambleas vespertinas de los Duques de Montellano, a las que concurría la Marquesa de Teruel, y donde ésta pretendió arrastrarle, constituían un círculo más abierto y animado, que frecuentaba el elemento español y en que se discutía libremente la

gestión del Embajador Amelot y de la Princesa de los Ursinos, a quienes no se escatimaban las críticas; mas sin vinculaciones con los refugiados de Cataluña, de nada servía su asistencia a Jenaro, quien, además, hubiérase sentido molesto por la vecindad de Adelaida y los comentarios a que tal coincidencia pudiera dar ocasión.

Los *chocolates*, muy en boga por entonces, de Don Bonifacio Manrique de Lara, Marqués de Palomares, a los que fuera invitado por algunos compañeros de armas, asustaban a Pereda por el tono que revestían y la virulencia de conceptos que en ellos se propalaba, reflejando el descontento del ejército y los funcionarios cesantes por las reformas administrativas de monsieur de Orry, árbitro de la Hacienda española.

La única residencia que atraía a Jenaro, y donde esperaba descubrir algo, era el palacio de Veraguas, situado en San Bernardino, y allí se decidió a ir un anochecer, seducido por las originalidades del Almirante Duque, Don Pedro Manuel, y la suave afabilidad de su hija Doña Catalina Ventura, confidente un tiempo de la Niña de Plata, y transformada con los años en joven inteligentísima y llena de cualidades, que constituía el único afecto de su ilustre padre.

Aquel edificio, destartalado e inmenso, poblado de salas en que se acumulaban sin orden ni gusto toda clase de obras de arte, alternando las reliquias de Cristóbal Colón y los frescos de Palomino con los aparatos de relojería, esferas, astrolabio y juguetes de mecánica, a que tan afecto era Su Excelencia, hospedaba en sus incontables estancias a multitud de familias, desconocidas casi todas del Duque, cuyo desorden en la administración seguía siendo proverbial, y cuya avaricia en unas cosas y esplen-

didez en otras continuaba constituyendo uno de los temas de la chismografía cortesana.

A más de la servidumbre, organizada de acuerdo con las etiquetas y cargos del Alcázar de los Reyes, poblábase el Palacio con Intendencia y Contaduría numerosísima, extendiéndose la hospitalidad del prócer a buen número de bufones, monstruos y parásitos que divertían al Almirante con sus habilidades, o cuidaban de los perros, fieras y pájaros de todas especies que poblaban el dilatado jardín de la casa.

Varios hijos naturales, sin reconocer, por pereza de su presunto padre, o por considerarles éste *demasiado arlequines*, como hechos de muchas piezas, según frase popular de Su Excelencia, vagabundeaban también por allí, tratados y atendidos únicamente por la buenísima Doña Catalina Ventura, a quien todo el mundo respetaba y quería.

El Marqués de la Jamaica, primogénito y heredero de la Casa, unido en matrimonio desde 1702 con Doña María del Pilar Fernández de Córdoba y Aragón, undécima hija de los Duques de Sessa, residía por entonces en Cerdeña, cuyo Virreinato servía, y no le iba en zaga a su ilustre padre por lo que tocaba a extravagancias ni talento; pero el Duque no le mostraba cariño de ningún género, criticando agriamente sus defectos, en especial el desaseo de la persona, y llamándole generalmente por tal causa con el apodo de *Don Puerco*.

Las opiniones políticas de Veraguas, obscuras y contradictorias al principio del reinado, parecían haberse decidido bruscamente, inclinándole del lado de los Borbones, e introduciéndole con tal habilidad en el favor de la Reina, que, desde entonces, podía decirse era el Grande de mayor confianza para Sus Majestades, quienes le habían honrado

con toda clase de gracias, y en especial con la presidencia del Consejo de Ordenes, uno de los puestos más codiciados y lucrativos de España.

Sus brusquedades y famosas salidas regocijaban además a la alegre Saboyana, hasta el punto de consentir a Su Excelencia libertades nunca vistas en Palacio y bromear familiarmente con el Rey y sus íntimos sobre la pasión amorosa que había sabido inspirar al ogro, siendo lo más notable del caso que la Princesa de los Ursinos, lejos de combatirlas, compartiera y ayudase tales simpatías, hablando o escribiendo bien de Veraguas y considerándole como el solo amigo con quien podía contar en un momento de apuro.

Imprevisto en todo, hasta la religiosidad de aquel Señor apartábase de la norma corriente entre sus iguales, pues si, por un lado, le hacía asistir a misa en compañía de toda su familia legítima y bastarda, observando los preceptos más rigurosos de la devoción y rodeándose de Confesores, Capellanes y Religiosos de cualquier Orden, profesaba, en cambio, un odio manifiesto a cuanto procediera de Roma, negándose sistemáticamente a visitar al Nuncio Zondadari con diversos pretextos, y desatándose a la menor oportunidad en denuestos contra el Santísimo Padre, a quien, en su entender, debía tratarse sin repulgos, siguiendo el ejemplo de Francia y el dictamen del sapiente regalista Don Melchor de Macanaz, su amigo y asesor en tales materias, residente por aquel tiempo en Zaragoza.

La tertulia de Veraguas, siempre animada y heterogénea, veíase concurrida por personas de todos los matices, desde el austero Don Mercurio Antonio Gómez Pacheco y Portugal, Conde de San Esteban de Gormaz, llamado por sus contemporá-

neos «el Mercurio cristiano», hasta Gerardo Lobo, «El Capitán coplero», como le decía Felipe V, ofendido en su dignidad real por alguna sátira, no impresa, pero atribuída a la cáustica pluma del gracioso toledano.

El Duque de Montalvo y de Bivona, el Conde de Monterrey, el cultísimo Marqués de Mondéjar, el envenenado Conde de Frigiliana, su hijo el de Aguilar, el Mariscal de Berwick, Duque de Liria y Xérica, si se encontraba en la Corte; cuanto de ilustre comprendía, en fin, ésta, mezclado con literatos de segunda fila, diplomáticos chismosos como el Caballero du Bourk, e individuos de toda especie, congregábase tarde a tarde en la señorial mansión, sin contar las grandes ocasiones que reunía a la Corte en masa, encabezada por la Camarera Mayor y M. Amelot, Embajador de Su Majestad Cristianísima.

El agrado con que Veraguas acogió a Pereda el día en que éste se resolvió a traspasar los umbrales de su casa, no compensó sin embargo al joven de la ausencia de Doña Catalina Ventura, a quien, apenas llegado, buscó inútilmente entre la concurrencia, compuesta sólo de hombres.

Alguien, a quien preguntó por ella, le hizo saber que la hija de Veraguas encontrábase ausente desde hacía días, y que por lo general sólo acostumbraba a bajar de sus habitaciones cuando su Señor padre la llamaba expresamente a la tertulia, o alguno de los visitantes pedía venia para presentarle sus respetos.

Desilusionado con aquellas nuevas, que contrariaban todos sus planes, ya iba Jenaro a retirarse, pasados algunos minutos, cuando de pronto, y con sorpresa infinita, escuchó en labios del Duque el nombre de Doña Leonisa Enríquez, contestando a

una pregunta que acababan de hacerle sobre la Princesa de Ornano.

—Siempre sigue siendo la misma—decía la voz del magnate—. ¡Y en eso no se parece a ninguno de nosotros, que sólo sabemos cambiar de opiniones! ¿Conocéis su último desplante? ¡Es magnífico! Preocupados en la Corte del Archiduque con la llegada de la Princesa de Brunswick Wolfenbüttel y la organización de la Casa de la futura Majestad, parece que los españoles adictos al Pretendiente indicaron que la única Camarera Mayor posible, para colocarla frente a la de los Ursinos, era Doña Leonisa, y tanto hicieron cerca de Carlos III, que el Lichtenstein no tuvo más remedio que caminar al Palacio de Cardona con las orejas gachas, a fin de ofrecer el puesto a nuestra Ricahembra, seguro de que así colmaba todas las aspiraciones de la familia Villarrubia. Pero a las primeras palabras que le espetó el Principículo, la descendiente de los Urgell interrumpióle diciendo que lamentaba profundamente declinar tan alto honor por razones particulares; y las tales razones, que después explicó a sus amigos, consisten en que no siendo la nueva Archiduquesa de sangre real, estimaba por debajo de su propia categoría el servicio que se le demandaba.

Los comentarios y las cuchufletas que produjo el cuento entre los circunstantes parecieron disgustar al Duque de Veraguas, pues, incorporándose en su sillón, y ahuecando la voz para contener la greguería, exclamó enfático:

—No os burléis ni hagáis chacota de una persona que está por encima de ridículos y miserias. La Princesa de Ornano, con todos sus humos, representa algo más que una gran Señora. Por su cuerpo sin falta circula la sangre purísima de nues-

tros antiguos Reyes, y por su boca sin defectos habla una voz que acaso no comprendemos ya, y que corre peligro de extinguirse. Todas esas exageraciones y altiveces que os hacen sonreír y acaso indignen a muchos, acaban siempre por imponer respeto a los inferiores y señalan la diferencia entre unas clases y otras. El orgullo y el valor constituyen nuestra fuerza, casi nuestra razón de ser en estos tiempos, tan distintos de los pasados. Y si algún día los suprimiéramos, substituyéndolos con una modestia fingida o una mansedumbre aparente, sería señal de que nuestra gran misión en el mundo había terminado, y de que sólo servíamos para representar el papel brillante e inútil de domésticos asalariados y de comparsas dóciles e inconscientes. ¡Voluntad es lo que hace falta en esta tierra, donde nadie sabe a punto fijo lo que quiere y todos nos contentamos con seguir vegetando! ¡Voluntad! ¡Por ella es posible que los catalanes y doña Leonisa se impongan desde Barcelona! ¡Por ella es seguro que la Princesa de los Ursinos triunfará en la empresa de mantener a nuestros Reyes en el Trono, contra la oposición de Europa entera!

El silencio que acompañó al atrevido apóstrofe confirmó a Jenaro en la idea de que aquel hombre, no obstante sus defectos, hubiera podido llegar a ser un gran Ministro, de sacudir la indolencia que paralizaba su talento y anulaba sus cualidades. Pero Veraguas mismo reconocía sus faltas, y a cada paso declaraba estar satisfecho de su suerte, sin aspirar a más; conformidad que le envanecía extraordinariamente, pues, gracias a ella, y según él, se diferenciaba de todos sus conocidos.

Apenas acababa de expresarse con tanto ardor sobre el carácter de la Princesa de los Ursinos, cuando, deseoso tal vez de cambiar de tema, o impedir

una discusión política, dirigióse a otro grupo mucho menos encopetado, donde figuraba el desafortado Padre Butrón y el poeta Don José Cañizares, Censor de Comedias desde 1704, juntos con Don Pedro Lani, hombre rico y amigo de divertirse, que entretenía sus ocios con la composición de bailes, género mixto y hermafrodita muy gustado por entonces.

—¿Y qué se dice en Palacio, señores?—interrogó gravemente el Duque—. ¿No hay jácara nueva? Ustedes deben saberla, ya que frecuentan diariamente las losas.

La incongruencia de aquella pregunta excitó el regocijo general, hasta que adelantando un paso el desafortado Butrón y terciándose el manteo, contestó insolente, valiéndose de la vozarrona que tan célebre le hiciera en las discusiones de sus émulos:

—Se dicen hartas cosas, Señor Duque, y entran en el fregado los de arriba y los de abajo. Pero como el enunciarlas pudiera molestar a varios señores aquí presentes, o traerme algún disgusto de parte del Embajador de Francia, me limitaré por hoy, si Vuestra Excelencia lo permite, a la clase militar, repitiendo unos versos, que no son míos, sino de un entremés a la moda, y dicen así:

Mucho galán y un blondo peluquín,
Un latiguillo y bota a lo dragón,
Ir al Prado en caballo muy trotón
Y llevar de la mano otro rocín.

Decir: «No entienda Eugenio lo del Rhin»,
Mirar muy de falsete un escuadrón,
Y en todo caso ir, en la ocasión,
Primero que a las balas al botín.

Ser siempre de contrario parecer,
De todos los que mandan decir mal
Y después ir con ellos a comer.

Pretender y quejarse de fatal,
Que con estas liciones podrá ser
En un mes, un gallina, General.

Las carcajadas con que Veraguas celebró aquella sarta de despropósitos, escritos con intención de divertir al vulgo, fueron tan grandes y continuas que las personas más próximas hicieron ademán de acercarse al sillón donde se retorcían Su Excelencia, creyendo enfermo a éste.

Mas antes de que llegara nadie, se incorporó el Duque, gritando:

—Me los habéis de copiar, amigo, para que se los enseñe a la Reina, que tanto gusta de esa clase de gracias, a ver si los aprende a cantar en la guitarra, y así no dirá la Señora Camarera Mayor que no entiende *los requiebros* de nuestros poetas cuando por casualidad los oye en las comedias de Palacio. Lo que es esos, cualquiera los comprende, y, aunque plagados de ripios, suénanme a producto de la musa de Gerardo Lobo, tan estimada por Su Majestad.

—De todos modos—arguyó picado el Conde de Aguilar, Capitán de la Guardia española—, y aunque los versitos encierran algún chiste, me parece a mí que vale más presumir de militar y aficionarse a las armas que pasarse de vago y criticar sin provecho cuanto hacen los otros, como suele ocurrir con muchas personas, y especialmente con los ingenios al uso.

—Pero ¿qué dices, hombre?—preguntó, con aire cándido, Veraguas—. ¿Aún hay vagos en la Corte? ¡Yo que imaginé que M. de Orry había acabado con ellos, alistándolos en los Regimientos! ¿Y cómo ocupan la vida esos privilegiados de la fortuna?

—Pues muy tranquilamente, Excelencia—apresuróse a responder Don José Cañizares—. Las mañanas se las pasan en la Puerta del Sol murmurando, sabiendo nuevas y diciendo y escuchando mentiras. O si no, van de casa en casa de juego, y allí

sirven de número a los mirones, que, según he oído contar, es una especie de gente a quien aborrecen por todo extremo los gariteros. A las dos de la tarde van a caer a comer a algún Convento, sin que les hayan dado un real de barato, porque ya no se usa el darlo. Vuélvense a ir. Regresan a la media noche; cenan, si lo hallan, y si no, santíguanse, bostezan y acuéstanse donde pueden, sin sosegar, porque, aun dormidos, siguen dando vueltas hasta que amanece.

Lo arbitrario de la conversación y, sobre todo, el convencimiento de que ya no volvería a hablarse de lo que tanto le interesaba, comenzó a influir en Jenaro, haciéndole pensar en otra casa y otro salón bien distinto de aquel, donde seguramente estarían aguardando su visita con impaciencia.

Desde entonces no sosegó, pareciéndole siglos los minutos, viendo transcurrir nervioso las horas en los complicados relojes que lucían por todas partes (aunque cada cual, por expreso deseo del Duque, marchara a su capricho), y sin decidirse a partir, por antojársele que, detrás de las obscuras cejas del dueño de la casa, dos ojillos invisibles y maliciosos seguían todas sus miradas y vigilaban todos sus gestos.

Al fin, no pudiendo dominarse más tiempo, y revistiéndose de una indiferencia bastante mal fingida, despidióse de Su Excelencia, pretextando deberes del servicio y recibiendo agradecido la cortés invitación del Duque para que siguiera frecuentando aquella casa, donde siempre sería bien recibido.

—¿Se acuerda el Señor Teniente—concluyó diciendo Veraguas con singular tono—de aquel viaje hasta Cardona, donde nos conocimos y tanta impresión le produjo a vuestro amigo la dulzura de la Niña de Plata, y a vos la arrogancia de mi ex-

celsa pariente, la Señora Princesa de Ornano? Creo que entonces estabais adscritos al servicio de Su Eminencia el Cardenal Portocarrero y hasta cumplíais la misión de vigilar nuestros pasos. ¡Cuánta mudanza desde entonces! ¡Cómo hemos cambiado todos! Es decir, todos no. ¡Doña Leonisa es de las que no cambian, como la raza de donde procede!... ¡Pobre Leonisa!... Volved, volved por aquí, Teniente Pereda; no os perdáis tanto tiempo. Mi hija, Catalina Ventura, tendrá sumo gusto en veros, y acaso os podamos comunicar de vez en cuando alguna cosa que os interese...

X

Aquella promesa, que lo mismo podía significar mucho que no significar nada, dado el original carácter de Veraguas, y la falta de ilación que en todo le distinguía, no llevaba traza de cumplirse en las semanas que siguieron, y como, por otra parte, amenazara prolongarse más de lo anunciado el viaje de Doña Catalina Ventura, poco a poco fué decayendo la exaltación de Jenaro, distraída y ahogada por su comercio con Adelaida, cada día más tierna, más expresiva, cual si ninguna nube turbara la serenidad de su dicha, ni el inefable reposo del Buen Retiro que las artes de la dama habían conseguido crear dentro de las casas de Miranda para esconder sus deliquios.

Adornado con todos los refinamientos y elegancias que inventara la galantería francesa para tales efectos, formaba el delicioso asilo, una especie de pabellón independiente, con salida al callejón de los Azotados, aunque comunicante con las habitaciones de la Marquesa, donde su amigo tenía libre entrada y pasaba la mayor parte de las noches.

El nuevo gusto que en las postrimerías del espectacular reinado de Luis XIV comenzaba a lucir por *Casinos* y *Folies*, reduciendo los inmensos salones a coquetonas rotondas o íntimos *boudoirs*, bajando techos, achicando ventanas, descomponiendo la rigidez incómoda del estilo, humanizando, en fin, el marco de la vida, como si fatigada la nueva generación de tanta solemnidad y pompa aspirase a una perspectiva menos teatral y más en armonía con su egoísmo y tendencias epicúreas, reflejándose atrayente en aquellas estancias, donde finos *grotescos* iluminaban los muros, sederías de apagados matices descansaban la vista, alfombras espesas apagaban los ruidos, y estucos o relieves combinábanse ingeniosos para interrumpir con guirnaldas la monotonía de las líneas rectas.

La gracia, un sentimiento hasta entonces ignorado en la brillante corte del Rey Sol, y presentido por los exquisitos artífices franceses, merced a la protección de los *grands fémiens* y los nobles licenciosos, acusaba su cercano triunfo, reemplazando los imponentes sillones de las visitas ceremoniosas por butacas y *bergères*, donde se hundían los cuerpos y se facilitaban las confidencias. Los severos contadores y las mesas doradas veíanse substituídas por mueblecillos graciosos, como los *coiffeuses*, utilizables en varios sentidos, o las cómodas de taracea, donde las maderas curvábanse armoniosas con ondulaciones femeninas. Ninguna pintura mística ni desagradable interrumpía el convencionalismo amanerado de las divinidades mitológicas o los paisajes de artificio que lucían sus encantos por las paredes. Y hasta el lecho, bajo y profundo, con más aspecto de sofá que de túmulo, medio escondido por cortinajes de tafetán y coronado de

plumas, apenas si permitía recordar las inmensas camas de aparato, indispensables hasta entonces para vivir o morir a toda persona bien nacida.

Los balcones correspondientes a estos cuartos, únicos quizá en su clase, recibían aire y luz de un extenso jardín que caía a Poniente, limitado por los fondos de otro edificio bastante espacioso, cuyas ventanas permanecían siempre cerradas, sabiéndose únicamente que pertenecía a un indiano, ausente a la sazón de la Corte.

Aquel rincón de Madrid poseía el don de templar las desazones de Jenaro; y, cuando embozado hasta los ojos, tras de dar mil vueltas para despistar a los curiosos, trasponía el umbral de la puertecilla misteriosa, parecía ingresar en otra esfera cuyos defectos procuraba olvidar, cerrando los ojos a todo lo que no fuera admiración por la belleza del hada que la animaba, y aturdiéndose hasta el momento de recibir en el rostro la caricia helada de la aurora, que le hacía volver de nuevo al otro mundo de la inquietud y la tortura.

A pesar, no obstante, de sus cuidados por parecer alegre y segura de su dicha, conforme avanzaba el invierno creía notar a veces Pereda cierta preocupación inusitada en los ojos de la Marquesa, preocupación a la que solían acompañar frenéticos arrebatos de cariño, que sorprendían por su violencia y estaban muy lejos de los sabios y delicados preliminares con que Adelaida gustaba de prolongar y saborear la felicidad.

Dijérase, y así lo interpretaba el joven, que su fino instinto de mujer presintiera algún peligro en aquel cielo tan azul, o que la misma pujanza del amor le hiciese temer su pérdida, moviéndola a estrecharle entre los brazos con la misma angustia y desesperado fervor del que se despide de algo que

ignora si volverá a encontrar el día siguiente en el camino de la vida.

—Tú no sabes, Jenaro mío—confesaba la dama después de aquellas crisis—, no sabrás nunca lo que te quiero, ni lo que para mí representas. Acaso yo no te querré como tú desearías, como tú crees que se debe querer, como los españoles entienden el amor... Pero... ¡hay tantos modos! ¡Y el mío es tan grande, tan distinto de lo que tú imaginas!... ¡Alguna vez lo comprenderás!..., ¡cuando ya no lo tengas!...

Preocupado con estas palabras, que no era la primera vez que escuchaba en boca de Adelaida, esforzábale por penetrar el sentido que encerraban, cuando, una madrugada, en que el descuido de los amantes había retrasado la despedida del galán, al disponerse éste a ganar la calle, vióse sorprendido por la inesperada presencia de *Mademoiselle* Tita, quien, cerrándole el paso desde el interior, e indicándole que no hiciese ruido, abrió con mil precauciones el ventanillo de la puerta, mostrando por él un bulto que permanecía en la esquina del callejón de los Azotados, y que a la incierta luz del alba podía tomarse como de mujer arrebujaada en su manto.

Después de algunos instantes de observación, en que el estafermo continuó inmóvil, y siempre en silencio, tomó la francesita de la mano al amigo de su Señora, haciéndole desandar lo andado, hasta llegar al otro extremo de la casa, junto a la entrada principal.

Una vez allí comenzó la trémula voz de la *Dé-moiselle d'honneur* a referir al Teniente que, desde hacía varios días, creía venir notando que alguien rondaba el Palacio, y que no había querido decir nada a la Señora Marquesa para evitar alarmas y

sustos, pero que la noche anterior, la misma figura que acababan de ver estuvo de centinela en el callejón hasta muy tarde, como pudo comprobar por casualidad la misma Tita desde cierta ventana donde le condujeran otros desvelos.

—¿Y por qué ha de dirigirse el espionaje contra ustedes, ni quién tiene interés en vigilar lo que sucede en esta casa?—repuso Jenaro, tratando de tranquilizar a la muchacha—. ¿No vive nadie por las vecindades, y no se tratará de alguna intriga que para nada nos interesa?

—¡Ay, no, *Monsieur*—insistió afligida Tita—. De ese lado no habita nadie, fuera de las monjitas, y por el otro de la calle de San Justo está la casa del indiano, que hace poco se alquiló, pero que también parece convento por lo poco que se abre.

—¡Pues ahí se encierra el secreto!

—No, no; yo la observé bien, y la mujer tapada, o lo que sea, miraba hacia aquí; y a mí me da el corazón que se está preparando algo para asesinar a *Monsieur* o a mi adorada Señora.

—Vamos, mujer, no seas tonta ni te apures así. Me imagino que no pensarás que sea el Señor Marqués de Teruel quien prepara la emboscada que tanto te inquieta.

—¡No! Por ese lado podemos estar tranquilos todos, porque Su Excelencia, *Dieu merci*, no se ocupa para nada de nosotras, y sigue en América juntando millones. *O'est un bon cocu!*

—Entonces, ¿quién ha de ser, bobilla?

—No sé, no sé, *Monsieur* Jenaro; pero yo le aseguro que para mí se acabó el sueño, y que si esto se vuelve a repetir me verá obligada a ponerlo en conocimiento de Su Excelencia.

—¡No harás tal!—exclamó, impaciente, Pereda—. Porque ahora mismo vamos a saber quién es el

rondador y qué busca por estas vecindades. ¡Abre esa puerta!

—¡Por Dios, reprimid vuestra cólera, *Monsieur* Jenaro, y no comprometáis a Madame con una disputa, quizá con una muerte frente a su casa! ¡Qué se diría mañana en Madrid contra su honra! ¡Precisamente, para evitar un arrebató, es por lo que os traje hasta aquí! ¡Ya me arrepiento de ello!

—¡Está bien—repuso el Oficial, disimulando su enojo, y acudiendo a la astucia—. ¡Me quedaré si me prometes no decir una sola palabra a tu ama! ¿Entiendes? Mira, lo mejor será que te mande a Nardo para que pase aquí las noches, y así te ayudará en las pesquisas y quizá te quite el miedo.

Al oír el nombre del catalán, la aflicción de Tita llegó a su colmo, rompiendo a llorar y exhalando toda clase de quejas contra el pícaro que le estaba quitando la vida a fuerza de disgustos y traiciones.

—¡Ay, *Monsieur* Jenaro! ¡Qué malos son todos los hombres! Entran diciendo que quieren ver; ven, y dicen que quieren oír; oyen, y dicen que quieren gozar; y al final los tenemos que querer si no los arrojamos desde un principio.

—Vamos, mujer, no te pongas así, que ya pasará el nublado como otras veces y os reconciliaréis de nuevo.

—¡Esta vez sí que no! Le he pasado muchas, pero ya se acabó. Porque, mientras sólo decía mal de mí, siempre le perdonaba; pero ahora he sabido que habla también mal de *Madame*, y que se burla de todos los de esta casa en una reunión de la *cannaille*, cerca de Puerta Cerrada, donde corteja a una cantonera sin vergüenza que le trae perdido.

—¿Y qué dice el insolente?—interrogó furioso Jenaro.

—¡Que *Madame* le ha dado el bebedizo a *Mon-*

sieur para que haga todo lo que le sale de no sé dónde, y que Su Excelencia y yo somos dos grandes cotorronas! ¡Además, me ha amenazado con romperme las costillas si vuelvo a pedirle celos de la cantonera y no me acomodo a su trato! ¡A mí, que he despreciado tantas ocasiones de hacer fortuna por culpa de ese bandido!... ¿Por qué no le habla el Señor a ver si se corrige...?

—Le hablaré, le hablaré, descuida—aseguró Pareda—. Y además calentaré las orejas a ese pillastre, de quien no debías preocuparte, pues con un talle como el tuyo se encuentran los cortejos a la vuelta de cada esquina. Y ahora déjame salir y no pienses disparates. Sobre todo, guarda silencio sobre tus sospechas del espía. ¡Que la Señora Marquesa no llegue a enterarse de nada!

La indignación que contra Nardo engendraran las anteriores denuncias, y su desencanto al comprobar una vez fuera de las casas de Miranda que nadie permanecía ya de centinela en el callejón de los Azotados, impidieron que Jenaro se embozase como de costumbre, ni reparara en que ya había salido el sol, por lo que, al cruzar la plaza, haciendo resonar las guijas con el recio taconeo de sus botas, más de un transeúnte que acudía a la iglesia volvióse asombrado para contemplar la gallarda figura del Guardia de Corps, sobre cuya presencia en aquel paraje era temerario emitir juicio sin ofensa de Dios.

Para colmo de males, al penetrar en su casa, encontró el joven a su empecatado escudero, que sin duda acababa de regresar de otra expedición nocturna, vestido aún y conversando muy animadamente con su compinche Don Anselmo del Castillo.

El variado y rotundo léxico que la lengua castellana poseyó siempre, a fin de desahogar en una

persona los sentimientos de ira y desprecio más enconados, resultó aquella mañana escaso a la memoria de Jenaro para interrumpir a fuerza de insultos la discusión política en que los dos truhanes se divertían.

—Demasiado comprendo—añadió el rabioso Pareda, después de su primera filípica—que la mujer de la calleja debe de ser alguna de esas hembras con quien andas enredado, y que acabarán contigo en el Hospital o en la Cárcel; pero, entiéndeme bien, Nardo, como vuelva yo a saber que te atreves a mentar el nombre de la Señora Marquesa, donde quiera que sea, y si desde hoy no te corriges y cambias en absoluto de vida, puedes darte por despedido de mi servicio y no ponerte más delante de mi vista. Ya sé que con ello perderás poco, pues no faltarán amos que recompensen tus granujadas mejor que yo lo hago, pero al menos así me veré libre de la presencia de un mal servidor y de un traidor como tú eres.

—¡Señor, no me trate de traidor, que es la palabra que más me duele oír!—balbuceó el catalán, que hasta entonces bajara la cabeza sin responder palabra—. ¡Traidores son los que faltan a sus promesas sin motivo justificado, y yo nunca falté a las mías, ni su merced dió motivo para ello!

—¡Sí, traidor, traidor!—repitió Jenaro—¡Ahora lo eres! ¿Por qué has cambiado así? ¡Tiempo hubo en que fuiste todo para mí, y en que compartimos la misma suerte y las mismas amarguras! ¡A tu cariño le debí varias veces la vida y una porción de servicios inolvidables! ¿Qué te ha dado desde que vinimos a Madrid, que pareces otro y te complaces en mortificarme a cada instante?

—¡Será porque el Señor también ha cambiado, y no ve las cosas aquí como las veía en Barcelona!—



atrevióse a responder Nardo—. ¡Allí me quería y aquí no! ¡Suerte perra la de los catalanes que en todas partes nos persigue, fuera de nuestra tierra!

—¡Con volverte a ella, estás del otro lado! ¡Tienes libertad para hacer lo que te plazca!

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡De eso se trata! ¡Pero me parece a mí que para conseguir lo que tanto deseamos tendrá el Señor que acompañarme en el viaje!

—Bueno, Nardo; no me atormentes más ni abusos de la situación en que te encuentras, que de sobra te comprendo. Por última vez lo digo: vuelve a ser el de antes, enmiéndate, y, si en algo me estimas, no contribuyas a hacer más desesperante la vida que llevo!

La respuesta a aquella súplica, en que la lealtad del criado adivinaba tantas cosas, limitóse a doblar sus rodillas en silencio Nardo y apoderarse de las manos de Jenaro, llevándolas primero a los labios y después a los ojos, donde algo increíble delataba la emoción que acababa de sorprender al áspero hijo de las montañas del Vallés.

XI

Cuando al fin quedaron solos Anselmo y su amigo, la furia que rebosaba en el pecho del catalán desatóse tan violenta, que ni siquiera acertaba a explicarse en castellano, acudiendo inconsciente a su idioma nativo, para manifestar los sentimientos con mayor energía.

—*¡Mare de Deu! ¡San Feliú me valga! Esas diantre de donas van a ser la perdición de mi amo con sus mentiras y enredos. ¡Veurem tractat aixis per culpa seva!* Por qué, *mal llamp me mati*, si he

hablado mal de ellas, ni me he ocupado de su nombre en casa de Chipito ni en parte alguna. *Tot aixó, jes mentida!, ¡mentida!*—repetía Nardo fuera de sí, dando vuelta por la habitación.

—No te amohines, hermano—contestaba el otro—, que hasta el levar de los cestos todo es vendimia, y ni con este golpe ni con otros podrán dar en tierra con un hombre como tú, que eres más fuerte que la peña de Martos. Lo que has de hacer es capear la tormenta y reconciliarte con la gabacha, para que no le caliente los cascos a Don Jenaro.

—*¡Pero no et dic que totes les seves histories son falornies!* Seguro que lo de la espía también lo será, a menos que no se trate de algún trampantojo de la *Carcelera Mayor*, que no anda bien ahora con la Madama, y quiere saber lo que hace y a quién recibe de noche. Pero *¿y qué se me'n dona a mí de tot aixó, redeu?*

—Oye, ¿y no será la del manto Almudena, que haya tenido soplo de tus amistades con la Latina y trata de averiguar si son verdad?

—Almudena no es mujer de rebozarse ni andar por las ramas cuando le pasa algo por la cabeza, sino de armar un escándalo que se oiga en toda la vecindad o de arrancarnos los ojos a todos. No; aquí se trata de una intriga muy bien amañada, cuyo motivo no puedo aún comprender, pero que va contra la tranquilidad de mi amo. Lo de los celos de Tita es pura comedia, *perque aquesta mena d'énamorades només fan cas dells homes quan els tenen al costat.* Para mí que lo que andan deseando ama y criada es separarme de mi Señor para aprovecharse de su emberrinchamiento aislándole y acabando de convertirle en un *ninot* que obedezca todos los caprichos de la Marquesa. ¡Y eso si que no! Mientras se trató de una aventura sin peligros, *¡Tot*

sigui per Deu! Nardo era el primero en alegrarse y ayudar a que se divirtiera el amo, lamentando únicamente su tontería en no aprovecharse de las ventajas que la situación le ofrecía. Pero ahora que mi Señor parece cada día más *encalabrinat* y principia a olvidarse de todo para complacer a Su Excelencia, se acabaron las contemplaciones, y voy a entrar otra vez yo en campaña para salvarle y mirar por su honra, que harto se anda en lenguas y no de buena manera ciertamente.

El silencio que siguió a las anteriores palabras y la actitud un tanto embarazada de Anselmo, que desviaba la vista de su amigo, llamaron la atención del catalán, haciéndole exclamar con inquietud:

—*¿Per qué ajups el cap?* ¿Han llegado también hasta ti algunos cuentos?

—¡Para qué voy a negártelo! ¡Sí! En la tertulia de la boticaria, donde se habla de todo y a la que llegan sin tardanza cuantas noticias puede pescar la bruja de Doña Matutina, suele pronunciarse el nombre de la Marquesa de Teruel, y, por el modo de expresarse sobre la amiga de tu amo, parece que su conducta comienza a resultar sospechosa en Palacio, especialmente después de ciertos avisos recibidos de Francia en que se advierte que desconfíen de ella y observen cuanto haga el Duque de Orleans, que está por venir.

—Sí, sí... ¡Eso es otra cosa!... Pero de mi Señor ¿qué dicen?

—Pues, para mí, que a Don Jenaro tampoco le mira la Azafata con buenos ojos, y en el Alcázar se le considera como instrumento de la Marquesa, que dispone de él como de cosa propia.

—*¡Llamp de Deu amb la gabatxa!* ¿Y en qué se fundan para creer semejante disparate? ¡Mi

amo conspirando! ¡Alma más honrada no existe en este pícaro mundo!

—Doña Mayor—prosiguió Anselmo—, que sabe la historia de la Solís y no puede callarse nada, me ha confiado, además, que su amiga tiene un resentimiento antiguo con tu Señor, a quien nunca ha perdonado, y que si encuentra ocasión de hacerle daño la aprovechará seguramente.

—¿Un resentimiento antiguo? ¿Desde cuándo? ¡Si en el tiempo que llevo a su lado nunca le oí hablar de ella!

—¡Será de antes de tu conocimiento! Oye, ¿tú no sabes si, fuera de los de ahora, ha tenido Don Jenaro otros amores?

—Creo que no, porque alguna vez se le habría escapado algo—contestó discreto Nardo—. Pero en todo caso, eso no nos interesa por el momento, sino lo otro, lo que concuerda con los rumores que comienzan a correr por el cuartel entre los compañeros de mi Señor, calificándole de contrario al régimen imperante, gracias a la misteriosa vida que lleva. Y eso es lo que hay que evitar a todo trance, pese a quien pese, valiéndonos de cuantos recursos, buenos o malos, se nos vengán a las manos.

—Por lo que a mí hace, Nardo, puedes contar sin escrúpulo con mi ayuda—aseguró cordial el andaluz—. Pues desde que conocí a Don Jenaro en la Inquisición de Barcelona sólo beneficios vengo recibiendo de él; así que ve aguzando el ingenio, pues ya me tienes a tus órdenes.

Excitada la inventiva de ambos truhanes, no tardaron mucho en ponerse de acuerdo, resolviendo trabajar cada cual por su parte, a fin de proteger a Pereda de la desgracia que parecía cernirse sobre su cabeza.



Por de pronto, lo que más urgía era averiguar el fundamento de las alarmas de Tita, y qué clase de persona se escondía bajo el manto del callejón de los Azotados, a cuyo fin Nardo se encargaría de sondar a Almudena para descubrir si tenía alguna participación en el asunto, mientras Anselmo vigilaría los alrededores de las casas de Miranda, sin dejar de asistir en sus ratos libres a las reuniones de Doña Mayor, sonsacando a ésta cuantas noticias se refirieran a Jenaro.

Quedaba la doncella de Adelaida, *Mademoiselle Tita*, más difícil de adormecer que nadie; pero aun con ésta se las manejaría Nardo, fingiendo arrepentimiento y amor para que no sospechase de nada, aunque tal simulacro costara al catalán verdadero trabajo, por las ventajas que en su fogoso corazón iba ganando cada día la bordadora de Puerta Cerrada.

El acaso favoreció estos planes mucho más de lo que calcularan sus autores, permitiendo que Almudena, seducida por las zalamerías de Nardo y puesta al corriente de los peligros que amenazaban a Pereda, jurara repetidas veces no tener participación en el espionaje del callejón de los Azotados, aunque confesando su antipatía por las gabachas de las casas de Miranda, a quienes conocía gracias a Doña Copla (que desde hacía poco cosía en el Palacio) y desconfiara especialmente de la remilgada doncellita con aires de señorona, tachándola de galga flaca, y añadiendo que ni siquiera nombre de cristiana tenía, pudiendo llamarse Doña Calandria por lo esmirriada.

Anselmo, por su parte, tras de rondar varias noches las vecindades de la mansión condal sin encontrar rastro de persecuciones ni merodeos, pues la misteriosa encubierta no volvió a aparecer en

ninguna esquina, pudo enterarse, gracias a su habilidad para tirar de la lengua a las gentes, de que la casa cuyos fondos lindaban con el jardín de la Marquesa tenía efectivamente nuevos inquilinos, y que se trataba de forasteros, desconocidos en el barrio, presumiéndose venían de alguna ciudad catalana, ya que la servidumbre apenas si sabía expresarse en castellano, y se mostraba hosca y reservada por demás en todas sus acciones.

Respecto de los señores que habitaban la finca, todo se reducía a conjeturas, pues nadie había logrado penetrar su incógnito; pero, por el modo de gastar y el número de criados que mantenían, calculábase que se trataba de personas pudientes. Sólo una señora mayor, cubierta de tocas, a la que acompañaba un escudero y una dueña, según los usos de antaño, solía concurrir a la primera misa de las Carboneras o a las vísperas de San Justo, encerrándose después en la casa, donde no se recibían visitas de ninguna especie, aunque sí se prodigaban limosnas a cuanto menesteroso acudía a sus puertas.

Aquel recogimiento de vida y aquellos hábitos, que nada tenían de particular en tiempos tan azarosos como los del año 1708, y en Corte tan piadosa cual la de Madrid, lejos de tranquilizar al suspicaz Anselmo, aumentaron sus sospechas, inclinándole a barruntar en el interior de la casa del indiano algún truculento secreto, o el posible foco de conspiraciones catalanas contra la dinastía borbónica, circunstancia que le hizo recatar de Nardo, temeroso de la inclinación de éste a todo lo que viniera de Barcelona.

Excitado además por el atractivo de sus hipótesis, y resuelto a penetrar el misterio, de cuyo descubrimiento dependía quizá su fortuna, decidió

seguir por cuenta propia las investigaciones, sin amedrentarse ante las inclemencias del tiempo, ni las quejas, que, cual otra Dido abandonada, hiciera llegar hasta su versatilidad la bien cortada pluma de Doña Mayor de Flon, huérfana por entonces de másculos sustitutos que pudieran llenar el vacío de Castillo en su hojaldrado corazón.

Pero, no obstante, las astutas precauciones observadas por el improvisado corchete, nada pudo descubrir el gran Anselmo que justificara sus aprensiones, asistiendo únicamente a la madrugadora salida de la dueña de la casa, siempre acompañada del mismo séquito, y estrellándose cuantos esfuerzos inventó su astucia contra la incorruptible fidelidad de las mozas de servicio, empeñadas en no contestar a ninguna pregunta, como si obedecieran a una consigna inquebrantable y sagrada.

De tantas diligencias, lo único que logró el alguacil de ocasión fué conocer el número de criados que albergaba la casa, y que consistían en tres mujeres y dos hombres, maliciando, además, que dentro de ella debía vivir alguna persona de condición, fuera de la dama tempranera y devota, a juzgar por las compras de la servidumbre y la cantidad de provisiones y efectos que entraban en el inmueble.

Nada más fué dable obtener de aquella especie de claustro, y ya se preparaba el desengañado andaluz a renunciar a su empresa, volviendo, cual otro hijo pródigo, al estrado de la resentida boticaria, cuando una tarde, al desembocar por la calle de San Justo, viniendo del obrador de Chipito, vió parada delante de la casa de sus preocupaciones una silla de manos, junto a la cual charlaban dos lacayos corpulentos, que no parecían alquileres de los que solían estacionarse en la Plaza de las Descalzas.

Contemplar Castillo aquel espectáculo sorprendente, y dirigirse hacia los silleros con ánimo de sonsacarles cuanto guardaran sus bocas, fué obra de un instante; pero su suerte quiso que, antes de llegar donde le llamaba la impaciencia, se abrieran las puertas de casa del indiano y apareciera en ellas una mujer que penetró presurosa en el vehículo, poniéndose éste inmediatamente en marcha.

La rapidez de la acción y el cuidado de la dama en recatar su semblante, no impidieron, sin embargo, al avisado Anselmo reconocer en la inesperada visitante a la inconfundible Doña Matutina Fernández de Solís, Azafata Mayor de Palacio y enemiga particular de su humildísima persona.

El encuentro de la confidente de la Princesa de los Ursinos en semejante paraje sumió al astrólogo en confusiones sin fin, excitando su imaginación hasta un punto increíble.

¿Qué asuntos habrían podido traer allí a la orgullosa palaciega, y qué clase de relaciones le unirían con los inquilinos de la casa misteriosa para hacerle abandonar el Alcázar en aquella forma, tan distinta del aparato de coche y mulas que su ostentación acostumbraba a emplear siempre que salía a la calle por cualquier motivo?

La atracción que desde el primer momento ejerciera sobre Anselmo el edificio cerrado y sus inabordables huéspedes creció de suerte, que, acuciado por la necesidad de saber y el ansia de apoderarse de algún secreto de la Solís que le permitiera forzar su simpatía, fuese acercando maquinalmente a la casa que Doña Matutina acababa de abandonar, y, llegado ante su entrada, golpeó, casi sin darse cuenta, el aldabón del centro, que resonó lúgubre en el silencio de la calle, como si marcara un segundo inolvidable en la existencia del aventurero.

Transcurrió algún tiempo, que al indiscreto pareció siglos, y escucháronse al cabo pasos que venían del interior y despertaron a Castillo, trayéndole a la realidad para hacerle comprender la extravagancia de su acción.

¿Qué iba a decir a la persona que le abriera? ¿De qué manera justificar su presencia e introducirse, sobre todo, donde sólo le llamaba su indiscreción?

Como si en el mismo momento el poder inspirador que tantas veces guiara sus palabras de astrólogo le auxiliara una vez más ofreciéndole una solución aceptable para el problema que le preocupaba, tranquilizóse de repente el confeccionador de profecías, y haciendo adoptar a su voz las inflexiones domésticas, propias del que sirve a persona superior y exigente, murmuró modosito ante el escudero que entreabría cauteloso el postigo:

—Perdone su merced; pero mi Señora Doña Matutina Fernández de Solís, que acaba de marcharse de aquí, ha echado de menos al entrar en la silla una bolsa que traía, y en que guarda objetos muy apreciados. Por si acaso la hubiese olvidado en el aposento de vuestra Señora, me ha ordenado volver para buscarla y llevársela. Es una bolsa de terciopelo, con cordones de plata y labor de mostacilla.

El pretexto parecía tan natural y fundado, que el cancerbero no dudó un momento sobre la verdad del caso, y, abriendo las maderas, franqueó el paso al farsante, que se encontró en un zaguán bastante espacioso, por el que desapareció a poco el fámulo, con objeto, sin duda, de transmitir a quien correspondiera el mensaje de la Azafata.

Viéndose entonces solo Anselmo, y amparado por su atrevimiento, dirigióse hacia una escaleri-

lla que se mostraba a la derecha, subiendo hasta una cámara casi desprovista de adornos, pasando de ella a otra segunda, igualmente solitaria, colgada de guadamecías, y de ésta a la tercera, donde se veía un estrado defendido por dorada barandilla.

En el último cuarto, de pie y sin velos ni mantos que ocultaran la suave belleza de su rostro, encontrábase una mujer, vestida sencillamente de negro y tan arrobada en sus pensamientos, que ni siquiera pareció darse cuenta de la llegada del intruso, permaneciendo inmóvil junto al balcón, con los ojos dilatados, como si contemplase algo muy lejano; los frescos labios contraídos, cual si se esforzasen por contener un sollozo.

XII

Sorprendido Anselmo por la dignidad que respiraba aquel rostro juvenil y serio, que nunca hubiera soñado bajo los severos arreos de viuda de la enlutada de las Carboneras, y cortado en su atrevimiento por la expresión de dolor que respiraba la dama, permaneció buen rato sin atreverse a mover para no interrumpir las meditaciones de tan graciosa criatura.

Al fin, comprendiendo que semejante situación debía terminar antes de que se descubriera su embuste y le pusieran de patitas en la calle, avanzó dos pasos hacia la Señora, quien, al ruido, volvió el rostro, creyendo se trataba de alguno de sus familiares.

La mirada conmovedora de aquellos ojos, grandes y tristes, reflejaban tal profundidad de pena, que Anselmo dióse cuenta al punto de que su dueña, no obstante la tranquilidad que simulaba, encon-

trábase a punto de desfallecer, víctima de alguna emoción sufrida poco antes, posiblemente durante la visita de Doña Matutina Fernández de Solís, y de que sólo otra emoción distinta, inesperada y violenta, sería capaz de distraerla y sostener aquel espíritu conturbado y pronto a desmayar.

Movido entonces por genial inspiración, y con verdadera astucia de truhán, sin costarle mayor esfuerzo la escena por encontrarse aún en ayunas, llevóse las manos al pecho el discípulo de la beata Clara, y, cual si se hundiera el suelo bajo sus pies, cayó redondo frente a la enlutada, haciendo prorrumpir a ésta en gritos de auxilio.

No tardaron en acudir servidores a las voces de la Señora, presentándose primero un mancebo feo, bizco y ligeramente cojo, al que siguieron dos mozas y el escudero, principiando todos a socorrer al supuesto accidentado, y haciendo cuanto les era posible por volverle en sí, hasta verse interrumpidos en su humanitaria tarea por la destemplada voz de una vieja que apareció de pronto en el cuarto, y que, encarándose con ellos, exclamó colérica:

—*¿Ahon dimonis os amaguéu, colla de ganduls, que no sentiú els grits qu'el Senyor está pegant en el seu quarto? ¿Qué estáis haciendo? ¿Qui es eix'home y por dónde ha entrado aquí? Deiseum'l vore. ¡San Jordi y'l Santo Cristo de Banyeres me valguen y muiga sentse confesió ara mateixa, si este holgazán no es el mismo que nos ha seguido todas estas mañanas pasadas a las Carboneras y ha tratado de fer cantar a Dimes quienes éramos lambeteando por la vecindad para averiguar noticias nuestras! Fa falta ser tot lo bestias que son els quatre para no haberse donat conte deseguit. De Asvinda y Anicereta no me sorprende, porque sempre foren molt cudóls;*

y de *Dimes*, tampoco, porque los años le han sorbido el poco meollo que tenía; *pero de qui si que'm fa estrany es de Trincas* que la echa de listo y ni siquiera se ha enterado de que el bribón a quien hace respirar agua de la Reina de Hungría, *com si fora una madama*, ni está desmayado de veras, ni padece de achaque alguno como no sea de hambre, que esa sí se le adivina en los huesos de la cara. Su merced me disculpe, *Sinyoreta Casilda*, *pero si no parle revente*, y a la Corra podrán criticarle muchas cosas, pero aún no ha nacido hijo de madre que le haga ver una por otra. Eso lo consiguió un hombre solo, que fué Borja, *¡mala mort tinga!* ¡Pero no lo logrará nadie más! Y lo que es este belitre, va a confesarnos ahora mismo lo que busca y por qué le interesamos tanto o a *coneixer com fan nosa les mehues ungles y les de tota esta gent*.

Aquel discurso que sirvió para refrescar la memoria de los demás servidores, hizo estremecer de espanto al atrevido Anselmo, de quien se apartaron en seguida sus auxiliares, dejándole tendido en el suelo y formando círculo en derredor.

—¡Pues sí que tiene razón la Corra—murmuró, haciéndose cruces, el escudero Dimas—. ¡Para que luego digan que las sordas no se enteran de nada! ¡Y yo que creí en la mentira de que venía mandado por la tía de nuestra Señora para buscar una bolsa perdida!

—¡Perdida estaría de seguro si llegara a caer en sus manos!—corroboró el bizco Trincas, añadiendo después por señas, para que la vieja le comprendiera—: ¿Qué diría su merced, señora Corra, si trájeramos un balde de agua hirviendo y se lo echáramos por la cara, a ver si con el calor recobra los pulsos y se le suelta la lengua?

La posibilidad de que semejante amenaza pudiera llevarse a cabo, y lo comprometido de su situación, hicieron que Anselmo, cuya experiencia de la lengua catalana le había permitido enterarse perfectamente del anterior diálogo en valenciano, se decidiera a dar por terminada la farsa, abriendo los ojos y paseando la vista en torno para examinar a sus contrarios.

Ni el torvo semblante del inválido Trincas, ni la huesuda faz del escudero Dimas, ni la apergaminada cara de la Corra, ni las estúpidas fisonomías de las dos horrorosas criadas de Bañeres, Asvinda y Anicereta, sirvieron para tranquilizar los justificados temores del astrólogo, y ya iba a dejar caer de nuevo los párpados éste, entregándose inerme al rigor del destino, cuando acertó a tropezar su mirada con la dueña de la casa, que permanecía un poco alejada del grupo, contemplando la escena con aire distraído, en que ningún temor se advertía.

El interés que emanaba de aquella mujer era tan grande, que la penetración de Anselmo le hizo adivinar al punto el único camino dejado a su arbitrio para salir del enredo en que acababa de meterse.

Obedeciendo, pues, al impulso, e incorporándose inmediatamente, sin parecer enterarse de la presencia de los demás, vino a postrarse de rodillas ante la enlutada, cuyo nombre escuchara anteriormente y en la que su memoria había reconocido en seguida a la sobrina de Doña Matutina Fernández de Solís, casada en Valencia, de que varias veces hablaban delante de él las sobrinas de Doña Mayor, Feliciano, Gerarda y Violante, con los mayores elogios y ponderaciones.

Fiado en éstos, y sin rectificar la humilde acti-

tud, murmuró al fin Anselmo, dirigiéndose a Casilda:

—Dignaos, ilustre Señora, escuchar a un desventurado, que la fortuna trajo a vuestras plantas, y dad licencia a su osadía para que confíe únicamente a vuestra persona la verdadera razón que le condujo hasta aquí.

Ya iba a responder la suplicada, cuando, viniendo del interior de la casa, pero inteligibles y furiosos, llegaron hasta el estrado los repetidos gritos que lanzaba una voz colérica de hombre, haciendo enmudecer a todos los presentes.

—¡Casilda! ¡Trincas! ¡Corra! ¡Ingratos! ¿Dónde estáis, que me habéis abandonado? ¿Qué ocurre en esta casa de maldición? ... ¿Por qué no me socorre nadie?... ¡Quiero salir..., quiero aire!... ¡Acudid!... Vengan todos, o me arrojaré por la ventana!...

Antes de terminar las amenazas, y sin que la enlutada hiciera ninguna señal, habían desaparecido de la sala el escudero y las dos criadas, permaneciendo únicamente el ama sorda y Trincas, prontos a vender caras sus vidas para proteger la de su patrona, a quien bien claro veíase adoraban con el fetichismo característico de los buenos servidores españoles.

Pero como continuaran a lo lejos las voces y el alboroto, la Señora rompió el silencio que hasta entonces guardara, y, dirigiéndose a los sirvientes que esperaban sus órdenes, exclamó con voz que no admitía réplica:

—Id, id vosotros también y procurad calmarle como de costumbre. Si pregunta por mí, decidle que tengo visita y que no tardaré. Para nada os necesito—añadió, contestando a un gesto de protesta de la Corra—. En todo caso puede quedarse Trincas afuera, y le llamaré cuando deba acompa-

ñar a este hidalgo hasta la calle. Mientras tanto, dejadnos solos.

—Alzad del suelo, que no estáis en ningún templo—continuó, hablando ya con Castillo—, y explicadme, puesto que ningún testigo escucha, los motivos a que obedece vuestra presencia y el aparato de fingimientos que la ha facilitado.

El tono de la dama al hacer semejante pregunta resultaba tan natural y digno, que, comprendiendo Anselmo la inutilidad de recurrir a subterfugios para justificar su proceder, decidióse a confesar la verdad, respondiendo así:

—Perdonad, Señora, que me haya introducido hasta vos en forma tan poco adecuada a la seriedad que veo reina en esta casa; pero creed que, al intentar tamaña fechoría, ignoraba en absoluto quién erais y con qué clase de personas había de tropezar mi descabellada acción. El móvil de ella estriba únicamente en el deseo de ayudar a un amigo que vigila estos alrededores para proteger la seguridad de su amo, al que amenaza cierto peligro, cuyo origen desconocemos, aunque maliciemos que procede de unas casas que lindan con las vuestras y de unas francesas que actualmente las habitan.

—¿Os referís quizá a la Señora Marquesa de Teruel, o a alguna persona de su servidumbre?—interrogó Casilda mudando de voz.

—Precisamente, Señora—repuso sin vacilar Castillo—, de esa dama se trata.

—¿Y el patrón de vuestro amigo...?—continuó interrogando la enlutada.

—¡Nada sabe de nuestra empresa—apresuróse a declarar Anselmo—. Y si algo supiera la reprobaría, castigando severamente a su sirviente. Porque se trata de una persona que nada teme y de pocos desconfía.

La dueña de casa, visiblemente interesada en la conversación, pareció que iba a preguntar algo; mas conteniéndose y sin perder su serenidad, limitóse a decir:

—Lo que no veo en todo esto es la razón de verme mezclada yo en una aventura de mozos como la que estoy oyendo...

Anselmo sintió que la suerte se le torcía, y para calmar a su interlocutora prosiguió:

—Tenéis razón, Señora, y por mi parte desearía poseer en este momento toda la elocuencia de Cicerón para suplicaros que depusiérais vuestro enojo, harto justificado, por desgracia mía. Pero servíos tened presente que para dos individuos, atraídos por un misterio como el que acabo de indicaros, el recogimiento de esta casa, siempre cerrada e impenetrable, separada tan sólo de las de Miranda por un jardín; la reserva de todos vuestros actos y el empeño de ocultar vuestra personalidad, cuanto os rodea, en fin, constituían otros tantos motivos de desconfianza. ¿No podían proceder de aquí los emisarios nocturnos que rondaban el callejón de los Azotados hasta las primeras horas del día? ¿No se estaría fraguando dentro de estos muros algún complot tenebroso por elementos afectos al Archiduque y dedicados a observar la conducta de una dama que, como la Marquesa de Teruel, figura entre las amigas más íntimas de Su Alteza Real el Duque de Orleáns?

—¿Y para convenceros de la realidad de vuestras sospechas os dedicasteis a seguir mis pasos y los de mis criados, procurando averiguar quiénes éramos y lo que hacíamos?

—Así es, en efecto. *Amicus Plato, sed magis amica veritas*—confesó, mustio, el astrólogo.

—¡Buenos plantones os habréis llevado entonces

por las esquinas, sin hablar de las madrugadas de las Carboneras, aunque éstas os habrán valido, al menos, de concurrir a la Santa Misa con más frecuencia de lo acostumbrado!

—Lo peor del caso consistía en que nada me era posible descifrar por vuestro lado, y, a no ser por el encuentro de hoy, que me determinó a forzar estas puertas, hubiera dado por terminadas mis búsquedas, renunciando a seguir más adelante y notificándolo así a mi compañero.

—¿A qué encuentro os referís?

—Al de una silla de manos, en la que, con gran asombro, vi entrar a Doña Matutina Fernández de Solís.

—¿Conocéis personalmente a Doña Matutina?—inquirió la joven, cada vez más sorprendida por el giro de la conversación.

—Cábeme esa honra—aseguró el buscón—, por más que la señora Azafata no aparente darse cuenta de mi presencia en la tertulia de Doña Mayor de Flon, que es quien me distingue con su protección, y en cuya casa he oído alguna vez vuestro nombre pronunciado por las hijas de Don Primitivo.

—Pues si mi tía no os favorece con su amistad, será porque os juzgue indigno de ella, y en tal caso temo que vuestros talentos se aparten mucho de los que hacen medrar a los hombres. ¿Cómo os llamáis?

—Anselmo del Castillo, para serviros.

—Efectivamente, nunca lo he escuchado de labios de Doña Matutina. Bien es verdad que la de hoy es la segunda visita con que me ha honrado desde que llegué a la Corte; pero aun así, ya le ha sido dable hablarme de todos sus conocimientos presentes y pasados, sin que figurárais entre ellos.

—Eso indica que aún persiste su prevención contra mí. Ahora ya me va importando menos; pero al

principio dolíame mucho ver el desdén que me demostraba, pues hubo un tiempo en que imaginé conseguir por su intermedio cualquier empleo que remediara mis necesidades y me apartara de la vagancia en que desde niño vivo.

—¿No trabajáis en nada?

—Sí, en ganarme la vida... como puedo.

—¿Y no tropezasteis nunca con algún valedor que os ayudara en vuestras fatigas?

—No, señora, y eso que conocí muchos amos y todas las industrias del vivir.

—¿Jamás encontrasteis a nadie que os demostrara bondad ni os señalara el camino del bien?

—¡Jamás! Es decir, sí. Hubo una persona que simpatizó con mis desdichas en la travesía de la armada inglesa, cuando se rindió Barcelona a Carlos III. Era un oficial inglés que se llamaba sir Archibaldo Darley... ¡Siempre recordaré su nombre!...

—¿Y el de nadie más?

—Quizá también el de otro que se interesó por mí cuando nos conocimos en la cárcel, donde ambos estábamos prisioneros, y después pretendió enderezarme por el camino del bien con sus consejos. Ese es, precisamente, el amo de mi actual compañero de trapisondas. ¡Para probarle mi reconocimiento de algún modo es por lo que me encuentro aquí!

—Y ese caballero..., ¿cómo se llama y en qué se ocupa, si no es indiscreto el nombrarle?

—¡Qué ha de ser!... Se llama Don Jenaro de Pareda, y sirve como Teniente en la 2.^a Compañía de Guardias Españolas, de que es Capitán el excelentísimo Conde de Aguilar de Inestrillas.

Los ojos de la enlutada cerráronse al escuchar el nombre inolvidable, que parecía seguirle por todas

partes como el más dulce de los tormentos, y por algunos segundos reinó absoluto silencio en la sala, dando lugar a que Anselmo pudiera contemplar a su sabor la belleza que tenía delante.

Recobrándose al cabo, y empleando un timbre de voz más insinuante y dulce aun que antes, manifestó Casilda:

—Para ganar honradamente el sustento un hombre solo no son menester grandes padrinos. ¿Lo habéis intentado alguna vez en serio?

—No hago otra cosa desde que nací—repuso descorazonado Anselmo—, y va para treinta años, sin que ni una sola vez haya podido vivir tranquilo ni a gusto por culpa del hambre, que es el peor enemigo de la conciencia.

La amargura que revelaban aquellas palabras impresionó de suerte la compasión de Casilda, que le hizo exclamar en un arranque de caridad:

—Pues no se ha de decir que marchasteis de esta casa con la misma impresión de desamparo que entrasteis en ella. Por de pronto, aquí habéis de cenar ahora mismo, y como de vuestras palabras y referencias estoy deduciendo que quizá me podáis ser de utilidad en lo sucesivo, convendrá que hablemos sin retóricas ni disimulos durante la colación, a ver si nos ponemos de acuerdo respecto del futuro y nuestras relaciones en él.

Embelesado Castillo por la perspectiva de la anunciada cena, que no tardó en ser servida, e intrigadísimo por las palabras de la dama, que abrían un nuevo y deslumbrante horizonte ante sus esperanzas, agotó, primero, todas las cortesías de su intelecto, excusándose de tomar asiento frente a los succulentos manjares, hasta que, subyugado y vencido por la autoridad de la dueña de casa, resignóse a ocupar un banquillo frente a la mesa, comen-

zando a devorar cuanto se le ponía por delante, mientras Casilda, tranquila ya respecto de la calidad del huésped, y madurando un plan que súbitamente acababa de ocurrir a su imaginación de mujer enamorada, acomodábase cerca y principiaba, concienzuda, el examen de la vida y milagros de su imprevisto invitado, así como de los conocimientos y habilidades que más le distinguieran a través de los tiempos y las adversidades.

XIII

Afirmar que Anselmo fué completamente sincero en el relato de su existencia, parecería hiperbólico y hasta hubiera resultado inconveniente para los castos oídos que le escuchaban; pero si los rodeos, lagunas y eufemismos del buscón, en el epítome verbal de sus hazañas, dejaron reducidas éstas a un conjunto casi excusable de travesuras juveniles, aun con las que quedaban pudo escandalizarse más de una vez la curiosidad de Casilda, satisfecha únicamente cuando, a través de los cuentos del andaluz, repetíase el nombre de Jenaro de Pereda unido a algún incidente o detalle que permitiera descubrir el verdadero modo de ser del sobrino de Urraca.

La redomada malicia de Anselmo no tardó en darse cuenta de aquel interés de la dama, y calculando que todo su porvenir con ella estribaba en mantener tal interés, y hasta en excitarle más, esmeróse desde entonces en mezclar al afortunado Pereda en sus historias, repitiendo anécdotas que sabía por Nardo o hechos presenciados y frases escuchadas directamente desde su conocimiento en la Inquisición de Barcelona.

Semejantes revelaciones, a la par que el descubri-

miento del nuevo Jenaro, ignorado para su memoria, pero siempre leal, apasionado, pronto a la exaltación y débil de voluntad, conservando en el fondo del alma todas las cualidades y todas las fallas que caracterizaran su adolescencia, terminaron, sin embargo, por turbar a Casilda de manera tan visible, que, temerosa de la penetración de Castillo, esforzóse por desviar la plática, pidiendo informes al sevillano sobre lo que había aprendido y lo que estaba en condiciones de enseñar o poner en práctica, caso de ofrecérsele oportunidad para ello.

Aquí disminuyó la locuacidad de Anselmo, invadiendo su ánimo extraña confusión, que casi parecía vergüenza, al comenzar la enumeración de sus pretendidos talentos y darse cuenta de que en realidad, como tantos españoles naturalmente listos y holgazanes, nada sabía de nada, pudiendo sólo aspirar a merecer plaza de instruído entre personas ignorantes o gentes que adjudicaran la calidad de ciencia a la agudeza natural y al desparpajo encubridor de ignorancia.

Rudimentos de latinidad y teología; aforismos de gramática; citar escolásticas sin conexión, como quien habla por referencias y no ha visitado los textos; apotegmas físicos; barbarismos medicinales; disparates matemáticos; copia de lugares comunes literarios y geográficos; interpretaciones históricas a cual más arbitraria; confusión sin nombre de ejemplos gentílicos y cristianos; lecturas desordenadas e incompletas; cuanto por aquella época, en fin, constituía el patrimonio de un vago inteligente, fué desfilando entre la distraída atención de Casilda, que, reclamada por otros pensamientos, apenas si escuchaba las atropelladas explicaciones de su interlocutor, cada vez más convencido de su ineptitud para triunfar honestamente en la existencia, a medida

que iba enumerando los elementos de lucha que contaba dentro de ella.

Hubo un instante en que, descorazonado de sí mismo, y repugnando el seguir engañando a una señora tan gentil como aquella, sintió impulsos el andaluz de levantarse y despedirse, dándose por contento con la refacción que acababa de devorar; pero como si en el mismo momento una fuerza desconocida le hiciera hablar, su verba desenvuelta inició el tema de la Astrología y los conocimientos sobrenaturales, lanzándose impetuosa por terreno tan caro a su fantasía, en que pocos charlatanes eran capaces de aventajarle.

Embriagado por el eco de su voz, y algo aturdido por el vino que acababa de beber, no pareció darse cuenta Anselmo de que, al pronunciar la palabra horóscopo, seguida de profecía, grimorios, filtros y quiromancia, recobrábase Casilda de su pasado arrobado, siguiendo con creciente atención las explicaciones del embaucador, cuya elocuencia aumentaba por grados.

Ya iba a interrumpirle la dama con un aplauso, cuando tornaron a escucharse las voces masculinas que hicieran salir poco antes a la servidumbre y que tanto asustaran a Castillo durante su fingido desmayo.

Casilda, que leía los pensamientos del huésped, apresuróse a tranquilizarle, diciendo:

—No os alarméis, porque se trata de un enfermo a quien todos cuidamos y servimos en esta casa como al verdadero señor de ella y de nuestras personas.

—¡Ah, sí, ya comprendo!—interrumpió al punto Anselmo—, recordando las confidencias de Doña Matutina respecto de su sobrina—; seguramente se tratará de Don Miguel de Villarrasa, vuestro esposo,

de quien tanto y tan bien he oído hablar a vuestra señora tía en casa de Flon.

—¿Mi esposo?—protestó la dama muy sorprendida y escandalizada—; ¿qué estáis diciendo?, ¿qué invenciones son esas, ni a quién se le ha ocurrido afirmar semejante disparate? ¡Si yo no soy casada ni lo he sido nunca! Al decir señor de esta casa y de cuantos vivimos en ella, me refería a mi tío y protector Don Jaime de Centelles, que desde hace dos años vive desazonado e inquieto por culpa de una dolencia pertinaz y traidora. ¿Dónde decís que ois-teis la especie de mi matrimonio? ¿En casa de Doña Mayor? ¡Habrá sido capaz de inventarla también mi tía para justificar nuestra separación y su nueva prosperidad!...

Complacidísimo Anselmo, sin saber por qué, al enterarse del verdadero estado de la doncella, y sorprendido e indignado por el nuevo descubrimiento de la mala fe de la Solís, apresuróse, chismoso, a seguir enconando el resentimiento de Casilda, procurándole toda clase de detalles sobre la tramoya ideada por la Azafata para convencer a los Flones y a todos sus conocidos del casamiento de su sobrina con un caballero valenciano muy noble y acaudalado, aunque algo maduro en años y genio.

—¿Y desde cuándo corre por Madrid semejante infundio?—interrogó de pronto Casilda, como si le asaltara una sospecha.

—Pues no sé—repuso Anselmo—; pero por lo que parece, trátase de una creencia ya antigua, lo menos de cinco o seis años atrás.

—¡Cinco o seis años!—exclamó indignada la joven—. Entonces..., ¡ahora me explico muchas cosas que antes no podía comprender!...

Y al decir esto acudió patente a su memoria la desconsoladora escena del camino de Toledo, el en-

cuentro con Jenaro, su mutismo, la expresión indecifrible de aquellos ojos adorados...; ¡claro!, si la creía casada y en compañía de su esposo, ¡qué iba a hacer el infeliz, ni cómo declarar su nombre y amistades en aquella situación delante de Don Jaime...!

—Hay personas—añadió, inconsciente, Castillo— a quienes debería caérseles la lengua antes de decir una mentira.

—¡No es lo peor eso!—manifestó Casilda, cual si hablara sola—, sino que esta misma tarde, sentada en ese estrado mi señora tía, para no descubrir, sin duda, su embuste, y después de regalarme con una noticia que trajo la muerte a mi alma, insistía maternalmente a fin de que persistiera en mi retiro, sin salir a ninguna parte ni moverme de la cabecera de Don Jaime, alabando la resolución de vestir de viuda y conservar el anónimo hasta que Dios me conceda la gracia de ver sano a mi enfermo y saber de fijo qué ha sido de cierto guerrillero llamado Borja, a cuya perversidad debemos todos los de esta casa la desgracia en que nos vemos...

—¡Habría hipócrita!—sentenció Anselmo—. ¡Pues si yo me encontrara en vuestro pellejo, lo primero que haría sería vestirme de gala y plantarme esta misma noche en la tertulia de Flon para confundir a Doña Matutina y convencer a todos de la falsedad de sus afirmaciones!

—¡Eso no haré por todo el oro del mundo!—repuso al punto Casilda—; ¡qué me importa mantener el incógnito más riguroso si he de salir bien de los negocios que me trajeron a Madrid! ¡Sobre todo ahora que voy dándome cuenta de las ventajas que me ofrece esta situación tan singular! No; decididamente prefiero callar y conformarme con cuanto asegura mi tía, ya que ella no ha de descubrir la verdad por la cuenta que le trae. ¿Casada con Don Miguel de

Villarrasa me creen todos, y ausente de la Corte? ¡Pues así seguiré figurando a los ojos del mundo hasta que convenga obrar de otro modo!

—Confieso que no os entiendo, señora mía—dijo Castillo, más desorientado que nunca—. Pero si en algo puedo ayudar al logro de vuestros propósitos, disponed de mi inutilidad como juzguéis oportuno. Y ahora permitid que me retire, pues hartas molestias os he proporcionado ya con mi osadía y entremetimiento.

—No habéis de iros—exclamó resuelta Casilda—sin antes empeñar vuestra palabra en una cosa de tanto interés para mí como la propia vida.

—¿Y podréis creer en la palabra de una persona como yo?—preguntó sorprendidísimo el buscón.

—¡Yo creo en todo lo que procede del corazón, y a vuestro corazón apelo!—repuso sencillamente la damita.

—Siendo así—balbuceó Anselmo completamente seducido por la generosidad de aquellas palabras—, podéis estar segura de que procuraré complaceros con toda el alma. Hablad, hablad cuanto antes.

Casilda se llevó la mano a la frente, como si dentro de ella terminara de perfilarse todo un plan de acción para el futuro, y al cabo de cierto tiempo expresó así:

—Pues digo, Señor Castillo, que dada la permisión de la Providencia en haberos podido enterar de muchos secretos que me atañen y desconoce la gente, razón por la cual hemos de caminar acordes desde hoy, volváis mañana mismo sin falta a esta casa, con objeto de presentaros a mi buenísimo tío Don Jaime de Centelles, cuyo extraviado espíritu parece complacerse desde hace algunos meses en especulaciones mágicas, por lo que seguramente gustará de conversar y entretenerse con una persona

de tantos méritos en el sublime arte. ¡Ya veis que vuestra visita no habrá resultado del todo inútil si, como espero, acertáis a distraer y endulzar las horas del hombre más noble y bondadoso de la tierra!

—¿Es eso todo?—interrogó conmovido Anselmo, cual si aquellas palabras le abrieran las puertas del paraíso terrenal.

—No, señor—repuso titubeando Casilda—. Que aun queda lo más grave del caso y lo verdaderamente difícil de proponer, dado vuestro carácter comunicativo y mi falta de títulos para exigirlos nada.

—¿Queréis que os ahorre el enojo de decirlo y os proporcione a la vez una prueba de mis facultades sobrenaturales para adivinar los pensamientos?—sugirió Anselmo, medio en broma, medio en serio.

Y ante el imponderable asombro de Casilda, viendo descubiertas sus intenciones, continuó el socarrón, solemne:

—La Señorita de Solís desea que su nuevo esclavo guarde, ahora y en lo sucesivo, profundo silencio sobre cuanto ha visto o viere en esta casa, así como sobre el verdadero nombre y calidad de las personas que la habitan. Ni Doña Matutina, ni Doña Mayor, ni ninguno de los amigos o conocidos del Señor Anselmo del Castillo, sean quienes fueren, e incluyendo en primer término al sirviente de Jenaro de Pereda, deberán sospechar jamás la existencia de Casilda de Solís, y menos aun su trato con el susodicho Castillo, quien por su parte se compromete a informar a la Señorita de cuanto suceda por el mundo y pueda interesarle.

—¡Si así lo hacéis, Dios os perdonará todas las picardías pasadas, convirtiéndoos en hombre de provecho, para bien de la familia de Centelles, a la que quedáis desde hoy incorporado, y si no, El os lo demandará cuando y como considere oportuno!



SEGUNDA PARTE

XIV

Corrían poco después de los anteriores sucesos las Carnestolendas madrileñas, que aquel año de 1708, y como para dar pueblo y Corte la sensación de encontrarse España en el mejor de los mundos, había decidido solemnizar con brillo extraordinario, tanto en el Alcázar como en la ciudad, donde aparte las funciones de los Corrales de la Cruz, Príncipe o Coliseo de la calle de Alcalá, y de las mojigangas y disfraces de costumbre, celebrábanse dos veces al día combates de grageas y confites al uso romano, que servían para congregarse a toda clase de personas, atraídas por el remusguillo de las apreturas y los encuentros clandestinos facilitados gracias a ellas.

Cuatro compañías de comediantes, nada menos: dos francesas, una italiana y otra española representaban en Palacio ante Sus Majestades, repartiéndose los aplausos por turno, aunque las Augustas Personas y la Princesa de los Ursinos prodigaran los suyos con mayor sinceridad a los farsantes extranjeros que a los nacionales, acaudillados éstos por Damián de Castro, cuyos méritos apenas si comprendían, no obstante los esfuerzos realizados por el histrión y la divina Flora para hacerles gustar las bellezas contenidas en *La hija del Aire*, de Don Pedro Calderón.

Los trufaldines, en cambio, dirigidos por el famoso Francisco Bartoli, y entre los que figuraban Basanello, Sacchi, la Justina Paghetti, Vicenta María Gardellini y otros cómicos no menos celebrados, divertían extraordinariamente a los Reyes, a la Camarera Mayor y a los Cortesanos adulones con una comedia donde se terminaba soltando pájaros vivos desde la escena, novedad ésta que dió ocasión a mil equívocos y donaires por parte de damas y caballeros.

Pero quienes se llevaban la palma en el concurso eran las compañías francesas, encabezada una por el aplaudido *Procope*, actor de profesión, y formada otra por aficionados de la más alta nobleza, dirigidos por el joven Duque de Havré, en la que brillaba como estrella de primera magnitud Su Excelencia la Marquesa de Teruel, ante cuya hermosura y elegancia palidecían todas las demás.

El *divertissement* del *Medecin malgré lui*, seguido del prólogo del Amadís, donde cantaron muy buenas voces e intervinieron instrumentistas de la Real Capilla junto con algunos músicos traídos desde Italia por la Camarera Mayor para su particular distracción, señaló el apogeo del triunfo de Adelaida de Vaureal, festejada y aplaudida en aquella ocasión, sin distinción de sexos ni pareceres, cual la dama más brillante de la Corte madrileña.

Aquellos éxitos sin precedentes en el morigerado y aburrido Alcázar de los Austrias, así como las seducciones de toda especie puestas de manifiesto por la fascinadora Marquesa, lejos de enorgullecer a Jenaro y procurarle vanidosa satisfacción, como poseedor feliz de tanta gracia, traíanle desazonado y un tantico receloso a causa de la publicidad escandalosa que semejante aureola proporcionaba a sus amores con la Madama y a los homenajes que ésta recibía

de continuo por parte de la juventud dorada, prostrada a sus pies en espera del premio apetecido.

Debido a tal conjunto de circunstancias, la sorpresa del Teniente resultó mucho mayor cierta noche al penetrar en las casas de Miranda y encontrar a Adelaida, medio desvanecida sobre las sedas y almohadones del lecho, envueltas y casi al descubierto las esculturales formas por una *Andrienne* de ligero tisú, recién llegada de París, especie de *deshabillé* recientemente puesto de moda por la *Demoiselle Daucourt*, de la Comedia francesa, y que todas, Princesas y Duquesas de la Corte de Luis XIV, menores de cincuenta años, habíanse apresurado a adoptar como el atavío más cómodo y apropiado para sus momentos de laxitud o abandono.

Alarmado ante aquella flaqueza, y presintiendo alguna novedad desagradable, comenzó Jenaro a dirigir preguntas a la dama, sin obtener respuesta, hasta que, merced a caricias y halagos de toda especie, pudo decidirla a hablar, enterándose de lo ocurrido horas antes en el *cuarto chico* de la Camarera Mayor, donde Ana de la Trémoille convocara a su antigua amiga para comunicarle noticias de importancia.

Estas noticias, transmitidas por la de los Ursinos en términos bastante secos, consistían en la notificación de que Su Majestad el Rey acababa de firmar la cédula concediendo a Adelaida la pensión que desde hacía tiempo solicitaba con objeto de poder vivir a gusto donde quisiera, sin verse obligada a depender de las cicaterías y miserias del Señor Marqués de Teruel, su cómodo y ausente esposo.

—¿Y por eso te afliges?—exclamó Pereda, estrechando entre sus brazos a la dolorida—. Pues

no veo motivo sino de regocijarte y celebrar la feliz nueva, que te concede independendencia para el futuro.

—Sí—repuso Adelaida, escondiendo la cara contra el pecho del galán—. Pero es que tú no conoces a la Camarera Mayor como yo la conozco, ni te das cuenta, con tu acostumbrada buena fe, de que la noticia que acabo de repetirte, comunicada en los términos que ha sido, y en vísperas de la venida de Su Alteza el Generalísimo, equivale al deseo, cortésmente expresado por mi parienta la Princesa, de verme abandonar esta Corte y regresar a Francia cuanto antes, so pena de cortarme los víveres.

Tan inesperada y verosímil interpretación de la novedad, causó el mayor sobresalto en Jenaro, cuyo abatimiento no conoció límites al considerar la posibilidad de verse separado de aquel cuerpo que sentía palpar junto al suyo, y cada vez parecía más nuevo y sorprendente.

—¿Y a qué puede odedecer el anhelo de la de los Ursinos, caso de ser ciertas tus deducciones?— acertó únicamente a decir Pereda—. ¿Qué puede importarle a la *Carcelera Mayor* que vivas aquí o en otra parte? ¿No está la Corte llena de franceses, y muchos puestos de importancia, en el ejército o en el gobierno, acaparados por extranjeros que la misma Princesa atrae a Madrid por inspirarle más confianza que los españoles?

Al llegar Jenaro a este punto de su discurso, suspiró Adelaida con angustia, y, sin levantar la cabeza del humilladero en que reposaba, ni cesar sus manos en el registrar de holandas hasta tropezar con el desnudo torso del Guardia de Corps, comenzó a enaltecer y cantar su afecto en frases armoniosas e íntimas, como gorjeos de pájaro, que, sin decir nada nuevo, producían honda impresión

en el hombre que las escuchaba, y que, a su arrullo, iba perdiendo poco a poco todo dominio de sí mismo, hasta no sentir ni pensar en otra cosa, fuera de su embriaguez y vanidad conquistadora.

—Y ahora que estás convencido una vez más de lo que te quiero—murmuró la voz aterciopelada y enervante, cuando su dueña pudo considerarse victoriosa de todas las resistencias—, si tú me prometieras no enojarte, ni sacar a relucir esos quijotismos españoles que a veces nos separan, bien a pesar mío, te diría lo que yo pienso del caso y la manera de salvarlo, teniendo ante todo en cuenta que a mí no me asusta nada, pues las exigencias que me dicta el corazón pasan primero que todas las demás consideraciones, por importantes que éstas sean.

Las palabras de la sirena eran confusamente escuchadas por Jenaro, que sólo comprendía el sentido, prefiriendo no detenerse a examinar ni aquilatar nada mientras durara aquel estado de beatitud inefable.

Adelaida, en tanto, incorporándose a medias y recorriendo con sus labios el ardiente camino que la separaba del rostro del amado, comenzó a explicar a éste, usando de todo género de rodeos, la delicada situación creada en contra suya dentro de una Corte tan hipócrita y llena de prejuicios como la de España; las imprudencias sin cuento que su desatentado amor por él le había hecho cometer; la demasiada frecuencia de las visitas de Jenaro a las casas de Miranda; los comentarios que aquellas irregularidades debían haber provocado dentro y fuera de Palacio; el espionaje indudablemente dispuesto por la Princesa para enterarse de las entradas y salidas del joven; la mala impresión causada de seguro por sus últimos éxitos teatrales en

el ánimo de la Reina; el miedo de la Saboyana a que, gozando fama de fácil, pudiera volver a fijarse el Monarca en ella, y la resolución, en fin, evidente, de querer deshacerse de su peligrosa compañía a toda costa.

Al terminar el discurso, pareció que una especie de congoja privara de fuerzas a la Marquesa, quien, separándose breves líneas del compañero, quedó, medio desvanecida, en una postura que la casualidad hizo encantadora y capaz de impresionar el corazón más empedernido.

Jenaro, trastornado ante semejante depresión, nunca vista en Adelaida, y sintiéndose responsable en gran parte de las desgracias que parecían efectivamente amenazar a la dama, esmeróse entonces galante en prodigarle toda clase de alientos, abundando en razones para persuadirla de lo infundado de sus sospechas respecto de la Camarera Mayor.

—Su Excelencia—añadió el consolador—no tiene derecho alguno a censurarte, ya que su vida pasada la colocó en el rango de coqueta impenitente, y sus actuales relaciones con el famoso *Don Luis* demuestran que aún sigue siendo la misma.

—Para una persona como ella, que siente con el cerebro—protestó Adelaida—los amores con un secretario particular representan el complemento del trabajo y la fidelidad asegurada en política. ¡No compares su caso con el nuestro!

—¿Y la Reina? ¿No está acostumbrada desde niña a presenciar los escándalos de la Corte de Turín? ¡De Felipe V, mejor es callar, viniendo de Versalles, donde todas las depravaciones encontraron aplauso!

—Podrá ser verdad cuanto dices—insistió la Marquesa—. Pero recuerda también que las personas más severas para los extravíos ajenos son

los viejos, cuando no pueden ya inspirarlos; o los jóvenes, cuando aprendieron en la infancia a sufrir por su culpa.

—¿Y qué te importa a ti, después de todo, de la opinión de unos u otros, estando como estás por encima de los convencionalismos del mundo?

—Lo estoy a mis ojos. A los del público, sólo lo estaría viviendo con mi esposo o figurando tú entre los Príncipes. El amor de dos criaturas jóvenes, sanas y desinteresadas, como nosotros, resulta siempre imperdonable.

—Pero ¿por qué la concesión de esa gracia ha de significar lo que tú dices y no una prueba de aprecio por parte de Sus Majestades? Comprende que, si otra hubiera sido la idea, bastaba con una indicación de la Saboyana a su hermana la Duquesa de Borgoña, o unas líneas de la Camarera a Madame de Maintenon para conseguir sus deseos más económica y rápidamente.

—No, Jenaro mío—insistía, melancólica, la dama, mientras sus dedos volvían a jugar con los bucles del garzón—. Mi sensibilidad de mujer no me engaña, como no me ha engañado nunca. Lo que quieren es verme partir, y yo no quiero marcharme de España. No lo quiero de ningún modo. Mi felicidad está aquí, y no me marcharé, cuéstemelo lo que me cueste, aunque Ana de la Trémoille se empeñe, mientras cuente con otras influencias que me sostengan y presten ánimos. Lo único doloroso, amor querido, es que, para realizar mis deseos, se necesita de mucha habilidad, pues nuestro enemigo es maestro en la intriga, y, por de pronto, resultaría indispensable un sacrificio que debo solicitar de tu honor, y que, al mismo tiempo, constituirá la mayor prueba del cariño que aseguras tenerme.

Los conceptos de honor, sacrificio, generosidad, que, tarde o temprano, acababan siempre por pronunciarse entre amantes, y tan gratamente resuenan siempre en oídos españoles, engendraron en Pereda un ansia absurda de holocausto, un prurito vanidoso de mostrarse superior a la mujer de quien sólo favores recibiera, una necesidad irresistible de demostrar ante la dama que seguía poseyendo los mismos sentimientos que le distinguieran de sus émulos, y que tan gran prestigio le concedieran desde el primer día en el ánimo de la antigua Crevecoeur.

Aunque en el fondo del alma no sintiera lo que se disponía a decir, y la inteligencia le mostrara claramente la profundidad del abismo a que se arrojaba, empeñando vida y honor para el porvenir, su puntillo de hidalgo indicábale imperativo la obligación de pagar en aquel instante todos los errores que hubiera podido cometer Adelaida por su causa, triunfando de paso a los ojos de la francesa como un ser excepcional y digno de cuantas adoraciones se le tributaran.

Por ello, apoderándose de las manos que le rozaban con suavidad de abanico, y cubriéndolas de besos, interrumpió a su amiga, diciendo con pasión voluntariamente exagerada, como para deslumbrarse a sí mismo:

—No sigas, vida mía, y evita la humillación de pedir favores que bien sabes pudes ordenar sin temor a ser desobedecida. Cuanto pretendas, está concedido de antemano; pero como las demostraciones de cariño que se agradecen son precisamente las que no se solicitan, yo voy a proponerte una solución pensada muchas veces, antes de conocer lo que hoy nos ocurre, y que, si es verdad que me amas sobre todas las cosas, por fuerza ha de complacerte y ser aceptada por ti.

Sorprendida e inquieta Adelaida, levantó la cabeza, y, apoyando la barbilla en ambas manos, contempló fijamente al galán, que prosiguió hablando en tono cada vez más firme, a medida que pensaba menos lo que decía:

—El mejor medio, quizá el único que existe para disfrutar nuestro cariño, sin obstáculos ni preocupaciones del qué dirán, consiste en huir para siempre de cuanto nos rodea, e instalarnos en París o donde tú desees, renunciando uno y otro a todo lo que no sea el triunfo de nuestro amor sobre los intereses ajenos. La pensión que acaban de concederte los Reyes significa la seguridad de tu regalo. Yo soy joven, y puedo ganarme la vida de cualquier modo. El porvenir dirá si nos equivocamos al despreciar cuanto nos acompañó hasta hoy en aras de un afecto, sin más límites que los de nuestros abrazos.

Mientras Jenaro se expresaba así, y sus acentos varoniles y prometedores interrumpían el silencio del deleitoso buen retiro, Adelaida, en el colmo de la estupefacción, contemplaba a su compañero, deseosa de creer en aquellas palabras, de no equivocarse, y envolviendo al buen mozo en una mirada donde se mezclaba el enternecimiento, la sorpresa y la compasión.

Irguiéndose por fin lentamente, y alejándose del cuerpo turbador, contestó con voz pausada:

—Gracias, Jenaro de mi alma, por lo que acabo de oírte; mas no se trata de eso, ni mucho menos. Mi afecto por ti es demasiado grande para subordinarlo a la opinión de unos cuantos necios y para aceptar tamaña prueba de devoción como la que me ofreces. A pesar de ello, siempre recordaré tu proposición como una de las emociones más nobles que me haya sido dado gustar en esta vida.

—¿Qué te impide admitirla?—manifestó Jenaro en el colmo de su altruísmo—. ¿La obscuridad de mi nombre? ¿La insignificancia de mi persona? ¿El temor a equivocarte sobre la calidad de nuestro cariño?...

—¡Calla, niño eterno!—murmuró la hermosa, tapándole la boca para impedirle seguir hablando—. ¡De sobra sabes que posees todas las condiciones necesarias para hacer dichosa a cualquier mujer, por exigente que sea y ocupe el lugar que ocupe! ¡Así ocurrirá seguramente algún día... con otra! ¡Y yo no quiero, no puedo malograr tu ventura, echándote mi amor al cuello como un dogal!... ¡No, no me perdonaría el haber ahogado en un momento de locura todas las esperanzas que presentí siempre en ti!... ¡Ojalá no me engañes ni te engañes, y sientas de verdad lo que acabas de declarar! Pero reflexiona un poco y dime: ¿qué papel representarías a mi lado, perdida tu personalidad, convertido para siempre en el *greluchon* de la Marquesa de Teruel? Recuerda tu edad y piensa que, pasados los años, consumida esta belleza que hoy despierta tantos deseos, tu juventud sacudiría con enojo la cadena que voluntariamente se impusiera en una hora de demencia, llegando a olvidar o maldecir los días de felicidad remotos; y hasta el nombre de la persona que te enseñó a recorrer la senda florida del amor, descubriendo ante tu ímpetu de adolescente los secretos más recónditos del huerto del placer. ¡No! ¡Jamás aprovecharé tu ofrecimiento! Soy demasiado artista y demasiado mujer para destruir una obra tan bella como la de mis relaciones contigo. Recuerda nuestras conversaciones, la ilusión del amor que tantas veces escuchaste de mis labios; amor alado, sin espinas ni odios; amor sutil, sin compromisos ni responsabilidades;

amor que empezó sin voluntad de hacerlo nacer ni de conseguir sus realidades, y que terminará naturalmente, cuando llegue la hora, sin sacudimientos ni amarguras, sin reconvenciones ni desesperación, dejando en tu alma y en la mía un recuerdo tierno y un sabor de goces libre de decadencias y de harturas...

—¿Qué es lo que pretendes entonces de mí?—interrogó Jenaro, fundiéndose de nuevo con la tentadora, y vencido por la lógica de sus razonamientos—. ¿Quieres que desaparezca de tu existencia? ¿Quieres que me marche para siempre?...

—¡Cómo voy a desear mi muerte cuando sólo te hablo de vida!—susurró Adelaida, entregándose a merced de su vencedor—. Quiero que tu cariño secunde mi astucia y se pliegue a las precauciones que considero indispensables para su seguridad. Quiero que, sin dejar de vernos, me obedezcas en todo durante algún tiempo y aceptes la situación que me propongo crear a nuestro secreto, sin preguntarme el motivo de ella. Quiero que creas en mí y en mi afecto, que cierres los oídos y los ojos a cuantas apariencias se presenten en contra mía, recordando, cuando vayas a desconfiar o te instiguen a celarme y perseguirme, que nada me liga a ti, fuera de mi voluntad, y que, si no te adorase como te adoro, bastaría una sola palabra, una sola para desligarme de ti... para siempre.

—¡Manda lo que desees!... ¡Ordena!—consintió Jenaro, débil, en su pujanza de hombre.

»—¡Yo no deseo sino que me mires así, como ahora me miras! Y sólo te suplico una cosa, que para ambos constituirá la más terrible de las privaciones: que no vuelvas a esta casa hasta que yo te llame; que te resignes, mientras no varíen las circunstancias, a verme como el ladrón que hurta lo que no

es suyo; que conserves serenidad bastante para fingir indiferencia ante el público y hacer imaginar que todo ha terminado entre nosotros; que si, como es probable, oyes hablar de mí, ¡nunca, bajo ningún pretexto!, tomes mi defensa ni te des por aludido, ¡pues lo contrario sería perderme! Pero no te aflijas, porque si accedes a esto, si tienes firmeza bastante para sufrir y callar, yo te prometo que mi industria encontrará el modo de aliviar la situación con recursos que te sorprenderán, constituyendo un nuevo incentivo para nuestro mutuo fuego. Y si la suerte del mundo varía, como espero; si lo que hoy parece estable, desaparece; si se cumple todo aquello que mi amistad ambiciona, entonces *Jenarino*, seremos felices a la faz del universo, mientras mi hermosura te ofrezca rosas que deshojar a impulsos del capricho, y tu mocedad encienda en mis venas, como ahora, el deseo de vivir para ser amada dulce..., violenta..., indefinidamente...

XV

Desde aquella memorable noche en que, ebrio de pasión y aturdido por la elocuencia de Adelaida, cediera Jenaro en todo cuanto a la Marquesa plugo exigir de su caballería, cambió radicalmente la vida del Oficial, que no volvió a pasear por las vecindades de las casas de Miranda, teniendo que hacer terribles esfuerzos para perseverar en la abstención que le fuera impuesta.

En vano devanábanse los sesos, tanto Nardo como Anselmo del Castillo, tratando de explicarse tan inesperada mudanza. Todos cuantos esfuerzos realizó el primero para sonsacar a la astuta Tita el secreto de lo sucedido entre su amo y la

Madama, estrelláronse contra la reserva de aquel modelo de confidentes, que no tardó por su parte en intimar igualmente al catalán la orden de despejar el campo, y esperar en su posada la sorpresa de sus visitas, cuando y cómo resultaran estas posibles.

Lo único malo del caso consistía en que, lejos de mejorar el genio de Pereda con su separación de la tirana, aquella falta de cotidiana intimidad exacerbaba los malos humores y la tendencia a la melancolía en el joven, quien nunca penó más por la Señora Marquesa que al encontrarse tranquilo y alejado de su trato.

El desconcierto en el orden de la existencia, la ociosidad forzada de las horas, aquel vacío que se experimenta cuando después de un comercio recatado y absorbente tórnase por necesidad al mundo de los antiguos conocidos, la privación insubstituible de aquella charla espiritual y variadísima que constituía uno de los mayores atractivos de Adelaida, todos los recuerdos y las ausencias del bien perdido contribuían a ensombrecer los pensamientos de Jenaro, atormentado, además, por el resurgimiento de la desconfianza sobre las verdaderas intenciones de su amante y el temor de haber servido de juguete a la calculadora francesa para favorecer quien sabía qué planes ideados por su travieso espíritu.

Cierto que, cumpliendo la promesa empeñada, y con objeto de hacer más llevadera su separación al mancebo, habíale favorecido Adelaida varias veces con su visita, disfrazándose caprichosamente en cada una de ellas para no ser reconocida de los curiosos, y mostrándose más complaciente que nunca. Pero aun aquellas apariciones, que dejaban a Pereda medio trastornado de placer y sin fuerzas

para resistir a ninguna de las exigencias que le eran impuestas, contribuían a la modificación de sentimientos en el joven respecto de la dama, a quien, fuera del lujoso marco en que siempre la contemplara y donde se desarrollaran sus entrevistas, nada favorecía indudablemente aquel tono de galantería equívoca que por fuerza le prestaba lo vulgar del nuevo ambiente, la modestia de los muebles, el cambio de vestidos y la promiscuidad de una posada donde ninguna comodidad ni refinamiento eran posibles.

El regreso del Generalísimo Duque de Orleáns, que tuvo lugar el 11 de Marzo, y su instalación en el Palacio de Uceda, desde donde otra vez se hizo cargo de la dirección suprema de la guerra, señaló, a la vez que un período de animación extraordinaria en la Corte, otra etapa en las cavilaciones de Pereda, quien, sobre todos sus enojos, comenzó a sentir resucitar, insensatos y brutales, los celos que ya le amargaran en el mes de Diciembre anterior durante la permanencia en Madrid del Príncipe francés.

Aquella llegada venía a darle la clave de toda la conducta de Adelaida durante las últimas semanas, desde el punto y hora en que la aleccionada Tita le mostrara el supuesto rondador del callejón de los Azotados, hasta la magnífica escena de fingimiento, en que la Marquesa terminara por vencerle de la necesidad de interrumpir sus citas en las casas de Miranda.

Sí; allí se encerraba el secreto. Una vez Orleáns en Madrid, Adelaida necesitaba en absoluto de su libertad de acción, y la presencia de Jenaro junto a ella, la clarividencia del joven, su susceptibilidad en tantas cosas estorbaban muchos planes y proyectos. Por eso había obrado como lo había hecho,

desterrando al amante, aunque manteniendo con él un punto de contacto, como si no le fuera dable prescindir definitivamente de su amistad.

¿Limitábase la alianza entre la Marquesa y el Generalísimo a meras relaciones políticas y familiaridades confianzudas que exigían el apartamiento de los extraños?

¿O extendíase a otra clase de terrenos más escabrosos, donde un tercero, sobre todo de las condiciones de Pereda, no podía tener lugar ni participación de ninguna especie?

Jenaro sabía, porque era público en la Corte, que Felipe de Orleáns, aparte sus innumerables aventuras en París, contaba en Francia con una amiga, casi oficial, de quien tenía un hijo, y a la que, no siendo casada, todo el mundo trataba, sin embargo, de *Madame*, y distinguía con el título de Condesa de Argenton.

¿Sería posible que Adelaida, tan persuadida de sus propios méritos y tan íntima de aquella mujer, consintiera en reemplazarla cerca del Duque, durante los viajes de éste y sus campañas por el extranjero? ¿Aspiraría a sustituirla por completo?

Entonces, ¿qué significaba el consentir la reanudación de las aventuras del Generalísimo apenas instalado éste en Madrid? ¿Qué la repetición de sus visitas al insignificante Jenaro de Pereda?

Del Príncipe, no cabía sorprenderse, ya que para él la galantería consistía en amancebarse con linajes y no con una sola mujer. Por algo Luis XIV, que le conocía bien, habíale puesto desde hacía mucho tiempo el mote de «el fanfarrón del vicio», con que solía distinguirlo en Versalles.

Pero Adelaida, ¿qué se proponía con aquel doble juego? ¿Despistar al joven de sus verdaderos propósitos? ¿Conseguir algún fin ambicioso?

Sin noticias directas de las casas de Miranda, y opuesto en absoluto a cuanto significara espionaje, quedaba únicamente a Jenaro el recurso de informarse, por los amigos que le rodeaban, de cuanto se refería al de Orleáns y a la impresión que los actos de éste iban produciendo en el público a medida que se prolongaba su permanencia en Madrid con diversos pretextos.

Para conseguir tales deseos no fueron menester muchos esfuerzos, pues decidido el Duque a prescindir de los pocos miramientos que observara durante sus primeros viajes, y rodeado de nobles pervertidos como el Duque de Havré y el Marqués de Torrescusa, o de viciosos notorios como el Conde de Ecija y el Niño Malo de Guzmán, dedicábase noche a noche, públicamente, a celebrar francachelas, ya en palacios de diversos magnates, ya en otros establecimientos mucho peor reputados.

Todos estos desórdenes, conocidos y propalados hábilmente por la Corte, causaban una excitación y un disgusto peligrosos, sobre todo entre aquellos elementos que, desconociendo el verdadero motivo de la demora del Generalísimo en las casas de Uceda, demora consistente en la absoluta falta de preparativos para emprender ninguna operación de importancia, acusaban a Su Alteza de malgastar un tiempo precioso, dando espacio a que los Aliados preparasen la defensa, merced a los refuerzos de tropas y dinero que continuamente recibían de Alemania e Inglaterra.

Jenaro que, por muchas razones, dudaba sobre la conducta que debía seguir en la campaña que se avecinaba, ya que su Regimiento había recibido orden de permanecer en Madrid custodiando la sagrada persona de Felipe V, decidió entonces ampliar sus conocimientos, interrogando discretamen-

te a Nardo y Anselmo sobre las historias que hasta ellos llegaban en los círculos que respectivamente frecuentaban.

Pero adivinando ambos pillastres lo que a Pereda interesaba, y no queriendo incurrir en su enojo, contentáronse con instruirle sobre los rumores políticos más corrientes, dejando aparte la persona de Su Alteza Real y la Marquesa de Teruel, como indignas de ser atacadas por sus plebeyas bocas.

De hacer caso a las palabras del informado Castillo, la tertulia de Doña Mayor de Flon, tribuna y púlpito de la insigne Azafata de Palacio, Doña Matutina Fernández de Solís, opinaba que nada de trascendental ocurriría en los campos de batalla españoles durante aquel año de 1708, por lo que no debían preocuparse mucho los gobernantes de Felipe V de las impaciencias del Generalísimo, empeñado en cubrirse personalmente de gloria a costa de ambas naciones. Por encima de la reputación de los Príncipes estaba siempre el interés supremo de los pueblos, y este interés fincaba exclusivamente del lado de Flandes, donde Luis XIV se preparaba a realizar el mayor esfuerzo intentado hasta entonces, esfuerzo del que dependía la suerte de la guerra y aun de la paz general. ¿De qué serviría, pues, multiplicar los sacrificios inútiles en España?

El obrador de Chipito, mucho menos aristocrático que la reunión de la calle de Santiago, y sin otras informaciones que las corazonadas de sus concurrentes, contentábase, en cambio, según comunicó Nardo a Jenaro, con maldecir del Cristianísimo y de todos sus súbditos, a quienes achacaban el deseo de malograr los esfuerzos castellanos, impidiendo adrede el triunfo definitivo y seguro de Felipe V en la Península, para no verse obligados

después a mantener la integridad de la Monarquía española cuando se trataran las paces, en que, como siempre, procurarían las franceses sacar la mejor tajada, sacrificando sin escrúpulos a sus compañeros de armas.

Todas las anteriores informaciones, aunque interesantes, servían de poco a Jenaro para llegar a saber lo que realmente buscaba; pero quien vino a proporcionarle el cabo del hilo que había de guiarle por el laberinto en que se perdía, fué la mismísima Adelaida, que, bien ajena a las preocupaciones de su amante, y deseosa de ver a éste después de algunos días de ausencia, presentóse un anochecer en la casa de la calle de Alcalá donde el joven vivía, más provocativa que nunca, bajo arreos varoniles, que le convertían en precioso rapaz, y envuelta en una de aquellas capas de grana, ya entonces tan en boga y tan criticadas por Don Luis Francisco Altamirano en su libro *Opúsculos de oro y virtudes morales cristianas*.

La novedad picante del traje, lo inesperado de la cita y el ansia verdaderamente extraordinaria con que la bella recibía y contestaba sus demostraciones, no impidieron, sin embargo, a Jenaro comprobar algunas mudanzas en la dama, y ciertas distracciones de que antes jamás se diera cuenta el galán, completamente dominado por la pasión.

Fiel al convenio de las casas de Miranda, evitaba Pereda cualquier pregunta que significara curiosidad o resentimiento, cuando, creyendo la experta dama llegado el momento de tenerlo incondicionalmente a su merced, abordó resuelta el tema de las futuras actividades del Teniente, terminando por ofrecerle, de parte del Duque de Orleans, un puesto en el Estado Mayor del Generalísimo, con promesa de ascenso a Capitán en la primera oca-

sión si se decidía a tomar parte activa en la lucha que comenzaría dentro de breves días.

Sorprendido el joven por aquella proposición tan halagüeña en que nunca se le hubiera ocurrido soñar, vaciló en responder, deslumbrado por los argumentos de toda clase con que Adelaida trataba de adelantarse a cualquier objeción o escrúpulo de su parte, repitiendo que no podía rehusarla puesto que se trataba de cumplir con un deber y de exponer la vida por su patria, trocando las comodidades y la existencia pacífica de una Corte por los peligros y las fatigas del campo de batalla.

—El único punto negro del asunto—continuaba diciendo la tentadora—consistiría en nuestra separación, que quizá no te importe ya tanto a ti, pero que para mí sigue siempre constituyendo la mayor de las penitencias; y aun por lo que hace a eso, ya me encargaría yo de acortarla, o por lo menos de interrumpirla alguna vez. Es más, quién sabe si la cosa sería fácil de arreglar, trasladándome a Zaragoza con algún pretexto y yendo desde allí a Lérida o donde te encontraras...

Semejante promesa, tan en contradicción con las anteriores precauciones de la Marquesa, y su manifiesto temor a seguir comprometiéndose ante la Princesa de los Ursinos, estimuló las sospechas de Jenaro, haciéndole recobrar de pronto la serenidad de ánimo necesaria para observar las palabras e intenciones de la gentil francesa sin que ésta se diera cuenta.

Hábil ya en disimular sus pensamientos, y sin variar de actitud ni suprimir gestos, continuó el Oficial discutiendo la materia, como si vacilara en aceptar las ofertas recién oídas, objetando sobre todo la ignorancia en que se encontraba de los propósitos que perseguía el Generalísimo, así como

del efecto que pudieran alcanzar sus planes bélicos, dada la pasividad y poco empeño que se veía en los gobernantes españoles de ayudar a Su Alteza.

—Respecto de eso, no te equivocas—confesó Adelaida—. Es más: te diré, en confianza, que mi parienta, la Camarera, ha recibido avisos confidenciales de sus amigos de Versalles, y que tal vez a eso obedezcan bastantes de los obstáculos con que está tropezando actualmente el Generalísimo.

—¿Será posible que la suerte de las naciones y la vida de los hombres estén subordinadas a intereses palaciegos o intrigas cortesanas?—interrumpió indignado Jenaro.

—Entendámonos, *cher ami*—repuso la Marquesa—. Es cierto que las batallas no deciden siempre la suerte de una gran guerra, y que ésta depende también de otros factores invisibles que suelen decidir todo. Pero tampoco es menos exacto que la palabra intriga, o intrigante resulta demasiado modesta para calificar la política y el talento de Ana de la Trémoille, que sabe siempre lo que se hace y conoce perfectamente el valor de las cartas con que juega. La Princesa de los Ursinos no es una ambiciosa vulgar, como sus enemigos dicen, sino una verdadera mujer de Estado, mucho más valiente y digna de aconsejar Soberanos que Madame de Maintenon. ¡Por eso mismo resulta tan atractivo el luchar contra ella!

—¿Quiere decirse entonces que tú no crees en las cosas que se le atribuyen cerca de los Reyes, ni en ninguno de sus enredos presentes o pasados dentro del Alcázar?

—Yo creo, Jenaro, que cuando la Princesa de los Ursinos se propone algo, no retrocede, ni retrocederá ante nada. Pero ¿qué son las cábalas de Madrid, o las de Barcelona, comparadas con las que

se agitan en Versalles? ¡Si tú supieras! ¡Si los españoles conocierais lo que allí sucede! ¡Más vale que lo sigáis ignorando! Baste decir que, sacando al Gran Delfín, quien por amor al hijo sostiene su causa con verdadero empeño, los demás Príncipes franceses están todos de acuerdo en la necesidad de sacrificar a Felipe V, con tal de que Francia descanse y no acabe de arruinarse. Si Luis XIV sostiene aún a su nieto en el Trono, es porque espera el resultado de esta campaña, donde ha puesto todos sus recursos, todas sus esperanzas y hasta el honor de la Familia Real, simbolizado por el Duque de Borgoña, presunto heredero de la Corona. Una derrota, un desengaño decisivo en Flandes, inclinarían a Su Majestad del lado de Mme. de Maintenon y los Ministros, partidarios acérrimos de la paz, cualesquiera sean los sacrificios que ésta exija.

—En ese caso, ¿el Duque de Orleáns?...

—El Duque de Orleáns es el primer Príncipe de la sangre en su país, donde nunca ha contado con las simpatías ni con la protección de nadie. Tiene a su favor el talento, la reputación militar y el encontrarse actualmente mandando un ejército victorioso que le quiere y le admira.

—¿Te das cuenta de la ventaja que para Su Alteza y las personas que le sigan representan tales circunstancias?

—¡Desde luego!—asintió Jenaro, espantado ante los horizontes que descubría y deseoso de mayores explicaciones—. Pero si desgraciadamente fuera contraria la fortuna en Flandes a las armas del Cristianísimo, ¿cómo se las arreglaría el Duque de Orleáns para permanecer en España y proseguir una guerra tan difícil como la de Cataluña, contra la oposición de dos Gobiernos combinados y sin

contar con otros recursos que su coraje y la voluntad de vencer?

—Pues muy sencillo—contestó Adelaida—: exigiendo a los naturales de aquí lo que el Gabinete de Versalles no puede o no quiere procurarle; identificándose con los españoles hasta que éstos vieran en el nieto de Doña Ana de Austria su caudillo natural y el mantenedor de sus glorias; intentando empresas posibles como la de Tortosa y otras que le permitan irse aproximando a Barcelona; acercándose a los Generales ingleses de su amistad, para sugerirles soluciones que les aparten del Imperio... ¡Qué se yo!... ¡Cabe hacer tantas cosas cuando se posee entusiasmo y deseo de sobresalir por encima de sus iguales!

—¿E imaginas que los Reyes de España permitirían cuanto acabas de decir, y que la Camarera Mayor se resignaría a pasar a segundo término en esta tierra, entregando las riendas del gobierno a un rival?—objetó irónico Jenaro.

Adelaida contempló sospechosa a su interlocutor, cuyas palabras y tono la sorprendían, moviéndola a arrepentirse de haber hablado tanto.

Precaviéndose entonces contra posibles indiscreciones y echando el caso a broma, repuso, sonriente:

—¡A mi ambiciosa prima no le puede durar siempre el gobierno! Además, como buena servidora de Luis XIV, tendrá que obedecer las órdenes de su Señor, si éste le llegara a mandar que obrase en un sentido que conviniera a Francia. ¿Para qué está aquí sino para coadyuvar a la gloria de su patria?... Y en cuanto a Felipe V, si no llegaba a interponerse la Saboyana de por medio, ¿qué había de hacer?... ¡Con tal de conservar a su esposa al lado y salir todas las tardes de caza, daríase por

muy satisfecho con presidir una Corte de aparato como la de St. Germain, y verse tratado de Majestad hasta la hora de su muerte!... Pero no hablemos más de cosas tan aburridas, Jenaro mío, que bastante tiempo nos han hecho perder ya..., y las horas son preciosas. Caso de no convenirte o no agradarte el cambio de empleo a que antes me referí, ten por retiradas mis palabras, cuyo único móvil fué mi deseo de verte convertido en guerrero invencible, y apreciado por tus Jefes en lo mucho que vales... De todos modos, aun tienes una semana para reflexionar; y si al fin te decidieras por la afirmativa, puedes enviarme recado con Nardo. Yo arreglaría todo lo demás...

XVI

La experiencia de Adelaida había previsto con bastante anticipación la contingencia de que llegaran hasta Jenaro los ecos de su conducta y relaciones con el Duque de Orleáns, insistiendo por tal causa en la necesidad absoluta de que Pereda cerrara ojos y oídos a cuanto pudiera decirse contra ella en cualquier círculo de la Corte.

Así había prometido sinceramente hacerlo el galán, y, fiada en su palabra, no creyó la Marquesa necesario volver sobre el tema, olvidando que su amigo, como buen español, era más hombre de impresión que de reflexión, característica que le diferenciaba fundamentalmente de Adelaida y la mayoría de los franceses.

Por ello, el ingenioso plan de la dama falló por su base el día que, relegado Jenaro a las pláticas de cuartel y a las ocupaciones de su fácil servicio palatino, vino a conocer de un modo que no dejaba

lugar a dudas el concepto que disfrutaba la Marquesa de Teruel en la estimación cortesana.

Efectivamente, aun no habían transcurrido veinticuatro horas de la última visita de Adelaida, cuando Pereda recibía un infame anónimo en que, sin perífrasis de ninguna especie, antes bien empleando los términos más crudos para designar las cosas, denunciábanse al confiado Teniente las repetidas visitas del Duque de Orleáns a las casas de Miranda, y las saturnales que, en su ausencia, efectuábanse allí, saturnales donde los invitados, dirigidos por el Generalísimo, que era un cocinero de primer orden, comenzaban entreteniéndose con la preparación de platos raros en utensilios de plata traídos al efecto desde el *Palais Royal*, y terminaban celebrando asambleas de ritos muy singulares, que los iniciados distinguían con el título de «Fiestas de Adán».

Por si aquello resultaba poco, pronto se informó a Jenaro de que la voz corriente en Madrid señalaba a la antigua Crevecoeur como amiga de Su Alteza, cuyas relaciones con la Marquesa databan de París y conocía todo el mundo en Versalles, a causa de la espléndida generosidad con que el Duque les había recompensado, procediendo de esto los lujos que la Madama ostentaba en la Corte de Felipe V y su empeño en vivir lejos del palacio de su esposo, el desdichado y enamoradoísimo «Niño Bueno», reducido por su caballerosidad intachable a llorar las infidelidades de Adelaida entre las tribus salvajes de Nueva España.

Despiadados, además, en su maldad, como siempre ocurre con los murmuradores, aquellos que conocían o sospechaban la fortuna de Pereda cerca de la bella, esmerábanse en aludir delante del Oficial a todas estas historias, y a otras aun más indecen-

tes, sin aparentar percatarse del mal que producían, y apresurándose a escurrir el bulto en cuanto sospechaban que pudiera salirles mal la cuenta o recibir su merecido de manos del irritado Jenaro.

Cuantos esfuerzos realizó éste desde el primer momento para convencerse de que no era posible tanta doblez en Adelaida, así como para disimular y fingir en público que nada existía de común entre la Marquesa y él, resultaron estériles ante la certidumbre que poco a poco íbale invadiendo de la traición y la perfidia de sus engaños.

Inclinado desde luego a renunciar el ofrecimiento que le comunicara en la última cita, bastaron los anteriores chismes para fortificarle en su decisión, temeroso de que el público pudiera creer que intentaba explotar la debilidad del de Orleáns, medrando a sus expensas, mientras a hurtadillas disfrutaba las migajas de los favores de la Madama, con lo cual venía a representar el papel de rufián, sin atenuaciones de ninguna especie.

Un nuevo y magno escándalo, de los que forman época en la historia anecdótica de un reinado, vino a desvanecer las últimas dudas de Pereda, señalándole imperiosamente el camino que debía seguir en aquellas circunstancias.

Acababan de celebrarse las solemnidades de Semana Santa en el Alcázar y en la capital con toda la pompa y devoción usuales en tales casos, concurriendo tanto al Lavatorio como a las Capillas y Estaciones el Generalísimo francés, en su categoría y puesto de Infante de España, inmediatamente detrás de Sus Majestades, y quedando complacidísimas éstas por la dignidad y respeto puestos de manifiesto por su Augusto Tío, quien no en balde gozaba fama de ser el Príncipe que mejor sabía

desempeñar las funciones de tal cuando quería, después, naturalmente, del incomparable Luis XIV.

Mas, fatigado tal vez por el esfuerzo, ofendido por alguna nueva negativa de Orry, o queriendo despedirse a gusto de las diversiones de otro género que ofrecía la Corte madrileña, no transcurrieron muchas horas desde el Sábado de Gloria sin que las personas morigeradas y los censores al uso tuvieran ocasión de espantarse con el relato de cierta expedición por las calles, terminada en atropello de personas y maltrato de Alcalde, atribuidos al Duque de Orleáns y sus parásitos, excesos que acabaron dando lugar a la intervención del Conde de la Jarosa, Corregidor de Madrid, y aun a la del Gobernador del Consejo de Castilla, Don Francisco Ronquillo, Conde de Gramedo, quienes se ocuparon del caso, adoptando algunas providencias que reclamaba el decoro y la decencia social.

La exagerada publicidad concedida al hecho, probablemente mucho menos grave de lo que se quería hacer creer; los comentarios tejidos alrededor del celo desplegado por las Autoridades, movidas sin duda a obrar por indicaciones muy altas; el rumor de que Su Majestad la Reina había tenido un gran disgusto al enterarse del suceso, cosa inverosímil dado el buen humor y la graciosa picardía de la Saboyana, a quien divertían en extremo los cuentos verdes; las sátiras y letrillas que al punto circularon por mentideros y lugares públicos; todo cuanto se dijo o se hizo, en fin, para sacar las cosas de quicio y empañar el nombre del General que se disponía a tomar el mando del ejército, acusaba claramente la dirección de una mano expertísima, y que, para obrar de aquel modo, debía sentirse aprobada y sostenida en su obra de difamación, más allá de España, por los enemigos del Duque de Orleáns.

El nombre de la Princesa de los Ursinos y el de Mme. de Maintenon, esposa morganática del Rey Cristianísimo, circulaban de boca en boca por todas partes, atribuyéndose la provocación a ambas poderosas Señoras, eje cada cual de la política de un país y resueltamente contrarias ambas, por distintas causas, al engrandecimiento de la Casa de Orleáns.

Pero no era el Jefe de ésta persona a quien asustaran amenazas de mujeres ni obligasen a retroceder críticas de nadie, por lo cual, y en su deseo de demostrar a la temeraria Camarera Mayor y a la ensoberbecida Maintenon el desprecio que le merecían aquellos manejos, así como la distancia enorme que existía entre ellas y un verdadero Príncipe, sobre todo cuando éste pasaba antes que los demás en Francia y sentía correr por sus venas la sangre de la indomable Palatina, acudió a un medio que todas las astucias de Ana de la Trémoille fueron incapaces de imaginar y mucho menos de prever.

Este medio consistió en organizar un gran banquete en el palacio de Uceda, con pretexto de despedirse de sus amigos, al que convidó a todos los Grandes que figuraban como contrarios a la de los Ursinos, sin contar otra cantidad de personas, militares y civiles, consideradas como miembros calificadísimos del partido llamado español, que acaudillaba el Duque de Medinaceli.

Principiando por éste, y siguiendo por los de Montellano, San Juan y Montalto, el Marqués de Alcañices, hermano del difunto Almirante; los Condes de Lemos, Frigiliana, Ecija, Monterrey, Aguilar y tantos otros, concurrieron en efecto a la fiesta todos los invitados, quienes, unidos a los señores franceses, y examinando curiosos la expresión del rostro de Su Alteza Real, tomaron

asiento en torno de la magnífica mesa, adornada aquella noche con la histórica vajilla de oro de *Monsieur*, padre del Duque.

La irritación creciente del Generalísimo comenzó a manifestarse desde el primer plato, abordando la conversación política con una franqueza de expresiones raras veces oídas en labios principescos. El elogio de España ocupó después la palabra de Felipe de Orleáns, quien, llegada la ocasión, podía desplegar verdaderas cualidades de orador. En su entusiasmo, llegó a declarar abiertamente el anfitrión que su simpatía por los españoles era tan grande, que si el Rey, su sobrino, llegara a consentir algún día lo que sus enemigos tanto deseaban, o sea renunciar la Corona y volverse a Francia, él, descendiente también de Carlos V, sostendría sus derechos al Trono, sin abandonar jamás ni por nada a vasallos tan leales y valientes como los castellanos; antes por el contrario, tendría a mucha honra el vivir siempre con ellos y perecer en su defensa, antes que verles padecer bajo el dominio de una nación extraña.

Semejantes manifestaciones fueron acogidas por los comensales con respetuoso silencio, actitud que no impidió seguir hablando al Príncipe, para añadir, a guisa de explicación, que tenía la seguridad de que semejante catástrofe no ocurriría, pues Felipe V nunca consentiría en dejar de ser Rey. Acto seguido, y para desquitarse de los elogios que se consideró en el caso de dedicar al Soberano, prorrumpió el de Orleáns en quejas contra la Princesa de los Ursinos, a quien achacó la culpa de que todos los negocios se prolongasen en España indefinidamente.

Al llegar a este punto, mucho más grato y accesible al selecto auditorio que el primero, había ido

creciendo la animación del banquete, soberbiamente servido y ordenado por los cocineros franceses de Su Alteza, hasta convertirse en un verdadero conventículo, donde todo el mundo hablaba, y los concurrentes, siguiendo el ejemplo del Duque, principiaban a perder el concepto de lo que hacían o decían.

El Generalísimo, que desde hacía muchos años no bebía sino *champagne*, y acostumbraba a sentir los efectos del delicioso vino en cuanto apuraba las primeras copas, seguía gesticulando y compadeciendo en términos expresivos a los grandes pueblos, cuando por su desgracia caían bajo el poder de mujeres borrachas como la Reina Ana, meretrices como la Emperatriz Catalina, devotas hipócritas como alguna que mandaba en el más grande de de los Reyes vivientes, o ambiciosas desenfrenadas y diabólicas como la que sufrían desde hacía bastantes años ciertos queridísimos amigos suyos.

No contento con repetir semejantes imprudencias y volver a pronunciar sarcástico los nombres de Mme. de Maintenon y de la Princesa de los Ursinos, verdaderas dueñas y señoras indiscutibles de Francia y España, levantóse por último Su Alteza, moviendo a todos los presentes a imitarle, y, en medio de la atención general, pronunció claro y distinto este memorable brisdis:

—*Messieurs, je vous porte la santé du c... capitaine et du c... lieutenant.*

La enormidad del insulto, en que claramente se aludía a las dos damas tan identificadas hasta entonces por la política y tan subordinada, en apariencia, la segunda respecto de la primera, causó tal efecto entre los asistentes, que ninguno de ellos, incluso el propio Generalísimo, se atrevió a añadir otro comentario, en la seguridad de que todo el mundo había comprendido la frase.

Pero si ésta era cruel, como decía el Duque de Saint Simón más tarde, resultaba en cambio tan verdadera y oportuna, que, reaccionando al cabo de su asombro, brotó de pronto una carcajada general, espontánea y escandalosa, que sacudía a los invitados a pesar suyo y por encima de cualquier consideración política.

La mayoría de los huéspedes del de Orleáns contentóse con responder a éste apurando sus copas, sin repetir las terribles palabras de Su Alteza, y la fiesta terminó poco después, retirándose los Grandes a sus casas para comentar lo sucedido en el seno de sus respectivas familias.

Quince minutos, según los historiadores más atrevidos; treinta según los más moderados, y cinco según los más impacientes, tardó la ilustre Camarera Mayor de Palacio en conocer el galante brindis del Generalísimo, así como la feliz acogida que encontrara cerca de lo más granado de la Corte española; y aquella misma noche, después de una furibunda escena delante de los Reyes, asegurábase que salía de Madrid un correo extraordinario, portador de una carta para la Marquesa de Maintenon (que nunca figuraría en la correspondencia de ésta destinada a la posteridad), informándole de lo ocurrido, en el estilo desenvuelto e inimitable de Ana de la Trémoille, y con las propias e insubstituíbles palabras del yerno de Luis XIV, palabras que seguramente erizarían de horror los escasos cabellos de la pudibunda fundadora de St. Cyr.

Menos afortunado Jenaro de Pereda, sólo pudo conocer el ya célebre brindis a la mañana siguiente, en el cuarto de guardia, donde lo escuchó de boca de sus compañeros, que ponderaban el chiste principesco con mucho mayor entusiasmo del que realmente merecía, pronosticando, además, que,

desde aquel punto, quedarían interrumpidas las relaciones entre Camarera y Generalísimo, debiendo prepararse éste a sufrir la vergüenza implacable de aquellas dos poderosísimas enemigas, quienes seguramente habían de perseguirle en adelante sin misericordia de ninguna especie.

Por desgracia, la charla de los Guardias de Corps continuó alegre y licenciosa, refiriendo la continuación de la fiesta en el Palacio de Uceda, después de retirarse la gente sería y quedarse solo Su Alteza con los habituales contertulios y algunas damas que esperaban la terminación del banquete escondidas en una estancia vecina, para surgir en el momento conveniente transformadas en divinidades del Olimpo.

Aquella delicada sorpresa había tenido el don de disipar al instante los pocos escrúpulos que sintiera el de Orleáns, quien entrando en la broma y reclamando un papel activo en ella, obtuvo el del pastor Paris, concediendo el premio simbólico, representado por una espléndida joya, a la más perfecta de las bellezas allí presentes, que, según afirmaban los maldicientes, era nada menos que la Marquesa de T...

Jenaro, loco de ira y dolor, no quiso escuchar más, y, retirándose precipitadamente del cuarto, corrió a su casa, decidido a romper para siempre con el pasado y desligarse del influjo funesto que aquella mujer indigna seguía ejerciendo sobre su persona.

Acto seguido, sin escoger palabras ni frases, redactó una carta breve, seca y amarga, en que rechazaba de plano el ofrecimiento del puesto en el Estado Mayor del Duque, expresando claramente los motivos que le impulsaban a tomar tal decisión, así como la de no volver a encontrarse con otra per-

sona en cuya fidelidad había creído hasta en tonces, y que le había engañado desde el primer día.

Rubricada la esquela, llamó a Nardo, y, entregándole el pliego, manifestó con firmeza:

—Para su destino. Y ten presente que no debes aguardar respuesta, pues es el último papel que de mi parte llevas a las casas de Miranda.

Hecho esto, satisfechísimo de su conducta, y tomada la resolución irrevocable de no volver a acordarse de la Madama, sentóse... a esperar la contestación de Adelaida y las razones con que ésta seguramente trataría de sincerarse de los pecados que acababa de echarle en cara.

Pero el silencio con que la Marquesa recibió el billete de Pereda y la invisibilidad en que se mantuvo desde aquel día, aumentaron la desesperación del mozo, convenciéndole más y más de la verdad de cuanto se decía contra ella.

Persuadido, sin embargo, de que si permanecía en la Corte no podría resistir a la seducción de la sirena y acabaría por buscarla en todas partes, tomó bruscamente la resolución de ausentarse de Madrid, solicitando para ello licencia de sus Jefes, que le fué concedida sin dificultad alguna.

Justamente hacía poco que Don Juan Antonio Urraca, por medio del bondadosísimo lego Benigno, su conocido desde niño, había enviado recado a Jenaro, pidiéndole que se trasladara cuanto antes a Alcalá de Henares, donde Su Reverencia le esperaba para tratar algunos negocios íntimos, y aquel mensaje que ocho días antes hubiera sido desatendido o contestado fríamente, pareció al decepcionado joven que equivalía a un aviso celeste, indicándole la fórmula que debía seguir para sanar de sus males.

En consecuencia, y después de ver salir de la Corte

al Generalísimo el 13 de Abril, acompañado de los buenos augurios de la población matritense, entre cuyos bajos fondos había hecho fortuna la castiza frase de Su Alteza, consiguiéndole más aplausos que la conquista de Lérida, partió a su vez Jenaro, abandonando la capital, triste y abatido, no sin recomendar a última hora a Nardo que permaneciera en ella a fin de informarle de cuanta novedad ocurriera por las casas de Miranda, llevándole inmediatamente a Alcalá cualquier papel o recado procedente de la Marquesa de Teruel, a cuyas órdenes quedaba.

XVII

Aquella huída tan imprevista no tardó, sin embargo, en ser conocida de Casilda de Solís, gracias a la calculadora oficiosidad de Anselmo del Castillo, produciendo gran satisfacción en el ánimo de la doncella, que adivinó al momento una ruptura de amistades entre Pereda y la Marquesa de Teruel.

Al decidirse Casilda a trasladarse a Madrid, después de pensarlo mucho y recibir la aprobación de Don Bernabé Cascalles y de Mosén Vicente, que aun continuaba en Bañeres (de donde no podía moverse mientras duraran los efectos de aquella terrible post-guerra dirigida por el sanguinario Caballero D'Asfeldt, que mantenía más cruel que nunca el antagonismo entre *maulets* y *botiflets*), habían guiado varios propósitos a la sobrina de Don Jaime.

Uno de ellos consistía en substraerse a las persecuciones de Borja, cuya muerte sólo existía en la imaginación de Trincas, sin haberse podido comprobar de ningún modo, por lo que no era prudente

permanecer en Almansa, expuesta a cualquier represalia de parte del bandido. Sevilla, Córdoba y las demás ciudades de Andalucía presentaban los mismos inconvenientes, dada la resolución de una persona como el audaz guerrillero valenciano, que no se detenía ante nada. Sólo la capital, con su inmensidad, ofrecía garantías suficientes al anónimo de que Casilda pensaba rodearse. Además, allí existían médicos famosos que podrían examinar a Don Jaime, acaso curarle.

Resuelto el punto principal, quedaba por estudiar los detalles de la instalación, que requería condiciones muy especiales, dada la vida que Casilda deseaba observar, aislándose de todo trato y ocupada únicamente en atender a su río.

La visita del mensajero de la Marquesa de Teruel a la ciudad de Almansa, en busca de datos sobre la sepultura del Caballero de Vaureal, así como los cuentos del parlanchín enviado al *Hermanico* y Don Berbe respecto de su brillante Señora, despertaron por otra parte en la doncella el deseo de aproximarse a aquella gran dama, sin que ésta se diera cuenta, a fin de poder conocerla y serle útil llegado el caso, pagando de algún modo la deuda de gratitud eterna contraída con el generoso y valiente Capitán Renato.

Claro que en este deseo, y sin que Casilda quisiera confesarlo, entraba por mucho también una curiosidad instintiva con relación a Adelaida, tan querida y elogiada por su hermano, y una esperanza vaga y temerosa de llegar a saber algunas nuevas de Jenaro de Pereda, merced a la hermosa Marquesa, que, según Renato, distinguía y apreciaba sobremanera al inolvidable joven.

Sabiendo por el mensajero cortesano que Adelaida posaba en las casas de Miranda, y confiado

el asunto a la providencial actividad del Señor de Cascales, no es, pues, de extrañar que al poco tiempo se alquilara el inmueble del indiano, colindante con la residencia condal, y, una vez puesto en condiciones de ser habitado, se trasladasen a él los Centelles, acompañados de toda su familia valenciana, honradísima en seguirles sirviendo y debidamente aleccionada para evitar indiscreciones y preguntas.

La única persona de su intimidad a quien Casilda pensaba ver en cuanto llegara a Madrid, era Doña Matutina Fernández de Solís, su tía y extutora, que se apresuró a acudir, en efecto, al primer aviso de la doncella, confortando a ésta en sus cuitas, asegurándola que nada tenía que temer en la Corte de las asechanzas de Borja, porque allí estaba ella, y detrás de ella la Princesa de los Ursinos, para defenderla, y mostrándose en un todo de acuerdo con que su queridísima hija siguiera viviendo clausurada, apartándose en absoluto de todos sus antiguos conocidos, que debían seguir ignorando su existencia.

Pero a la segunda visita de la Azafata, el mismo día del encuentro con Anselmo del Castillo, la inocente Casilda pronunció el nombre de su vecina la Marquesa de Teruel, y Doña Matutina, cediendo a sus ímpetus porteriles y cuenteros, desfogóse contra la francesa, poniéndola cual hoja de perejil, y pintándola como una Mesalina capaz de inficionar con sus vicios a toda la capital madrileña, si permanecía en ella mucho tiempo.

—Ya ves si será sinvergüenza esa gabacha—concluyó diciendo la severísima confidente de Ana de la Trémoille—, que hallándose como se halla su ilustre esposo, el Señor Marqués, en América, sirviendo a Su Majestad en el Virreinato de Nueva España, ha preferido venirse a vivir aquí, lejos del

palacio de Teruel, para poder recibir con más libertad a su actual amante, que es aquel miserable Jenaro de Pereda por quien un día sentiste tú alguna simpatía, y de quien te separó tan cuerdamente mi afecto. Te lo digo así, de rondón, porque conviene que estés enterada y no vuelvas a pensar en él ni a recordarte de su nombre.

La terrible impresión que el descubrimiento de aquella torpeza, ya presentida en Almansa, produjo en la enamorada Casilda, resultó doblemente cruel, pues si de un lado la desterraba para siempre del corazón de Jenaro, de otro imposibilitaba su acercamiento a la hermana de Renato, convertida en rival y enemiga incombustible.

Por esto, las confidencias de Anselmo del Castillo, revelándole poco después los artificios de su tía y la invención de su supuesto matrimonio con Don Miguel de Villarrasa, sirvieron de tanto consuelo al atribulado ánimo de la doncella, haciéndole ver las cosas como realmente podían haber sido, e inclinando su magnánimo espíritu a la indulgencia, ya que no al perdón.

En efecto, si todos, comenzando por Jenaro, la creían casada interesadamente con un anciano rico, muy poco después del alejamiento de Pereda y recién fallecido Carlos II, ¿cómo reclamar fidelidad ni constancia en nadie? Aun suponiendo que su antiguo novio continuara recordándola y la hubiera buscado al regresar de Versalles, ¿qué impresión no le habría producido el conocimiento de su deslealtad y su conducta? Natural era, por consiguiente, que, perdida toda fe en la constancia de las mujeres, buscara desde entonces olvido en brazos de unas y otras, dejándose arrastrar por las pasiones y perdiendo poco a poco aquellas cualidades que tanto le hacían querer.

La benignidad de los anteriores juicios no se extendía, naturalmente, a la cómplice actual en los desórdenes del mancebo. Por muchos que fueran los títulos de Adelaida al reconocimiento y consideración de Casilda, su culpabilidad resultaba odiosa e injustificable a los ojos de la Señorita de Solís; más aun, conociendo como ella conocía mejor que nadie, la manera de ser de Jenaro, daba como seguro que la responsabilidad del delito correspondía exclusivamente a la Marquesa, pues el hijo de Doña Aldonza, no obstante todas sus condiciones, parecía destinado, más que para seductor, para ser seducido siempre por la voluntad ajena.

Semejante situación variaba en absoluto los planes que al llegar a la Corte animaran a Casilda. Muy santo y muy bueno que siguiera respetando el nombre de Vaureal, y que, llegado el caso, favoreciese a su portadora en la medida de sus fuerzas. Pero de esto a resignarse al sacrificio de su amor y a dejar perder a Jenaro, como seguramente se perdería si continuaba sujeto a los caprichos de aquella Madama, había mucha distancia, y ella, Casilda, estaba en el deber de aumentarla todavía más. Tratárase de una dama soltera como la Doña Serafina, de que también le hablara el difunto Renato, la misteriosa Niña de Plata, cuyo retrato tanto le intrigara en Almansa, y se conformaría sin luchar, llorando únicamente su propia infelicidad. Aquello, en cambio, era muy distinto, y sólo vergüenza o menosprecio podría conseguir para Jenaro.

El problema estribaba en saber, ante todo, si Pereda amaba realmente a la Madama o dejábase arrastrar por la fuerza de las circunstancias, como tantas veces había sucedido en la vida del mancebo.

Convencida de su inutilidad para reconstruir por

sí sola la existencia de su antiguo novio hasta el último pecado, decidió por de pronto la Señorita de Solís valerse de las luces de Anselmo del Castillo, admitiendo a éste en su servicio y confiándole el cargo de *recreador* de Don Anselmo, para que no se diera cuenta del papel que le tenía reservado en la comedia de las casas de Miranda.

El pacto celebrado entre la dama y el buscón comenzó efectivamente a producir óptimos frutos, gracias por un lado a la delicadeza con que Casilda sabía captarse las simpatías de cuantos frecuentaban su trato, y gracias por otro al reconocimiento y admiración despertados en Anselmo por aquel prodigio femenino que, tan a tiempo, venía a sacarle de la miseria y el hampa en que hasta entonces viviera.

Confirmando las presunciones de su protectora, no sólo el melancólico Don Jaime de Centelles había recibido con agrado al ameno Castillo, discutiendo con él toda clase de materias y cabalísticas, sino que, habituándose pronto a la charla desusada del astrólogo, comenzó a reclamar su compañía regularmente, sirviéndole ésta de notable alivio en sus crisis de espíritu.

Por lo que hacía al servicio valenciano, desvanecida su primera prevención contra el intruso, y viéndole tan bien tratado de la *Sinyoreta*, cuyo grandísimo talento no podía equivocarse nunca respecto de nadie, poco a poco fué reconciliándose con Anselmo, iniciando las amistades Asvinda y Anicereta, seducidas por algunos cintajos procedentes del obrador de Chipito y obsequiados a su irremediable fealdad por la galantería del truhán. A la rendición de las mozas de Bañeres siguió la del escudero Dimas, milagrosamente curado de un dolor de ijada, gracias a cierto emplasto que le

aplicara Castillo; y a la conquista del viejo no tardó en suceder la de Trincas, atraído por la ciencia del picarón en materias amorosas, que le movió a consultarle todo lo referente a Cristeta, familiarizando pronto al andaluz con las personas y sucesos de Bañeres.

La única que permaneció insensible a tanto mérito fué la incorruptible Corra, naturalmente desconfiada y enemiga de cuanto significara novedad en casa de *Don Jaume*, por lo cual solía decir a sus subordinados que vivieran sobre aviso respecto de aquel *Alicantin* (para la sorda, todas las personas sospechosas procedían de Alicante), porque en la Corte abundaban los *pardals descuáts que li la peguen al mes huapo* y *els abogats de cuyna que li armen un pleit al mateix dimóni*.

Los ratos que el enfermo acostumbraba a descansar o prefería estar solo, aprovechábalos Anselmo para entretener a Casilda, refiriéndole cuentos e instruyéndola de cuanto pasaba en Madrid o se decía en las diversas casas que él frecuentaba, ilustrando sus historias con reflexiones y comentarios humorísticos que hacían reír a la noble doncella.

A través de sus burlas, asomaba, no obstante, a veces, cierta amargura en la alegría de Castillo que, desde el primer día, se había percatado del verdadero motivo de su privanza en aquella casa y cerca de la graciosa mujercita que en vano se esforzaba por disimular sus sentimientos respecto del único hombre a quien desde niña amaba.

Impaciente por confirmar tales presunciones, había acudido Anselmo al canal de la Flon, tan inclinada siempre a todo lo afectivo, consiguiendo, sin gran esfuerzo de su parte, todos los detalles del romance infantil entre Casilda y Jenaro, ter-

minado violentamente en la fiesta de toros de la Plaza Mayor.

La boticaria, que siempre había sentido especial debilidad por el apuesto sobrino de Urraca, transformado con el tiempo en inquietante conquistador de Princesas y Marquesas, defendía calurosamente al joven de los ataques de sus sobrinas solteras, Feliciano y Gerarda, que acusaban a Jenaro de haber abandonado villanamente a Casilda, y hasta se atrevía a contradecir a la feroz Doña Matutina, cuando la Azafata disparaba algún dardo envenenado contra el hombre, de quien, según ella, recibiera la mayor afrenta de su vida.

En cambio, la actitud de Casilda al verse abandonada por el galán y su posterior y vulgarísimo casamiento, merecían todas las críticas por parte de la culta Doña Mayor, asidua lectora de novelas sentimentales y quintaesenciadas, que no le habían impedido cometer de joven el mismo crimen que abominaba en Casilda, uniendo sus floridos quince años a la ancianidad contrahecha del propietario de la botica de la calle de los Tres Peces.

Anselmo, que conocía la verdad y comprobaba diariamente la persistencia de aquel amor en Casilda, a despecho del tiempo y la traición, juzgaba las cosas de muy distinto modo y ponía, por tanto, a la doncella muy por encima del hidalgo, a quien jamás escapaba la menor alusión sobre sus primeros afectos.

El secreto prometido cosía los labios del compinche de Nardo al hablar con éste y justificar sus ausencias por medio de mil embustes ingeniosos; pero si la historia ha de ser verídica, forzoso será confesar que tal hipocresía costaba poco esfuerzo al hijo de la trampa, y que éste no experimentó en ningún momento el más leve afán por

revelar el secreto de los Centelles ante Jenaro de Pereda.

Anselmo continuaba reconocido a las deferencias de éste; seguía considerando a Nardo como el confidente natural de sus travesuras, y hasta llegaba a contemplar la posibilidad, en un futuro más o menos remoto, de la reconciliación de Casilda y Pereda, debida a su ingenio y recompensada con la gratitud eterna de ambos jóvenes. Mas, por de pronto, aquella situación cómoda y atractiva, aquellos tapujos tan adecuados a su humor, aquel monopolio de la intimidad de la *Sinyoreta*, aquella existencia fácil y sin inquietudes con que soñara siempre y que por milagro se le había presentado cuando menos pensaba disfrutarla, constituían otros tantos motivos para concederse un descanso y gozar del presente, sin precipitar un desenlace que lo mismo podía hacer felices a los interesados que proporcionarles la desgracia para el resto de su existencia.

El desengañado gorrón no quería reconocer, mientras obraba así, que la confianza con que comenzaba a ser tratado y los tesoros de bondad que sin cesar le descubría el carácter de la joven, influían poderosamente en su falta de prisa para contribuir al acercamiento de la pareja.

Claro que el sentimiento que le iba uniendo a Casilda, según pasaban los días, no era precisamente amor, como tampoco era envidia el que le alejaba de Jenaro; pero dábese en aquel interés creciente una mezcla confusa de cosas, como siempre ocurre en las amistades íntimas de hombres y mujeres, donde se combinan y oponen bizarramente la sinceridad y la admiración, el sacrificio y el egoísmo, las confidencias y los celos.

Demasiado ingenua la sobrina de Don Jaime para darse cuenta de nada de lo anterior, proseguía la

ejecución de su proyecto, inquiriendo datos, coleccionando detalles, y, convencida de que, por muy listo que Anselmo fuera, nunca llegaría a conocer la verdadera razón inspiradora de tanta pregunta.

Gracias a las respuestas del astrólogo, habíase ido enterando de la mayoría de los sucesos ocurridos a Jenaro, desde que Nardo entrara a su servicio; pero aun así quedaban bastantes lagunas en la biografía, sobre todo las referentes a la Duquesita de Sahagún y a la Princesa de Ornano, que el catalán no había juzgado prudente confiar a su camarada. Las imprudencias voluntarias de Castillo habían procurado en cambio a la joven la confirmación de sus teorías sobre las relaciones del Teniente con la irresistible Teruel, tan parecida en mujer a lo que su hermano Renato había sido como hombre, aunque mucho más peligrosa que el Caballero, según demostraban los hechos.

Admitida la falta de iniciativa en Jenaro para llegar a la situación en que se encontraba cerca de Adelaida, y comprobada la diferencia de ideales y aspiraciones que separaban a la francesa del español, ¿cómo justificar la duración de aquellos amores, que no lo eran en el fondo, sobre todo por parte de Jenaro?

Para explicárselo satisfactoriamente habría tenido Casilda que poseer un daudal de conocimientos y datos sobre las pasiones humanas, que faltaban en absoluto a sus veintiún años de doncella recatada y defendida de los peligros del mundo por una conciencia pura y una falta de curiosidad absoluta.

Imposibilitada de intervenir en el asunto, por respeto, a su propio decoro, y obstinándose en seguir guardando, cada vez con mayor severidad, el incógnito de que se revistiera en un principio, todas las diligencias de la inocente reducíanse a im-

plorar noche y día, bien en la Iglesia, bien ante el Santo Cristo de Bañeres que presidía su cuarto, el auxilio providencial indispensable para salir bien de aquel trance en que se jugaba la felicidad del ser amado.

La ausencia de éste, su viaje a Alcalá, la partida del Duque de Orleáns y el recogimiento inusitado en que desde entonces afectó encerrarse su turbulenta vecina, parecieron a Casilda signos indubitables de que las cosas comenzaban a seguir el camino que debían, y de que la separación entre los amantes constituía un hecho consumado e indiscutible.

Entonces, y conforme transcurrían las semanas sin que Jenaro mostrara arrepentirse de su determinación ni diera señales de regreso, tranquilizada por aquel lado, comenzaron los pensamientos de la doncella a dirigirse del otro, o sea del de las casas de Miranda, tan próximas y tan alejadas por todos conceptos de la del indiano.

¿Qué sentimientos experimentaría la Marquesa de Teruel y hacia quién se inclinarían sus preferencias?

¿Reconocerían éstas por objeto, como se murmuraba en la Corte y repetía Anselmo, al libertino glorioso que allá, en Tortosa, peleaba como un héroe, decidido a salirse con la suya y rendir la segunda plaza fuerte de Cataluña, costara lo que costara, y a pesar de inconvenientes y faltas, para dar en la cabeza a la Camarera Mayor y a sus ruines envidiosos de Versalles?

¿O dirigiríanse, como Casilda temía, al Teniente de la Guardia de Felipe V, que, más cerca, a pocas leguas de la Corte, seguía silencioso y resentido, procurando olvidar lo pasado, sin doblegarse ante nadie ni hacer un signo que representara sumisión o arrepentimiento?

XVIII

Casilda no conocía hasta entonces, de cerca ni de lejos, a Adelaida de Vaureal.

Retraída en su casa o saliendo de ella muy temprano, temerosa siempre de reconocer a Jenaro en las de Miranda y no resistir la emoción de su vista en compañía de otra mujer, había mandado además tapiar las ventanas que daban al jardín, con objeto de evitar cualquier sorpresa.

Pero la seguridad de no encontrar más al ingrato allí, y las exigencias del verano madrileño, terriblemente caluroso aquel año, decidieron a la doncella a desclavar maderas y componer celosías, para disfrutar un poco de aire y luz en la única parte de la vivienda que podía pasar por fresca, gracias a su orientación.

Instalado Don Jaime en uno de los nuevos cuartos, donde nada faltaba a su comodidad, arreglóse otro la sobrina para coser en compañía de las sirvientas valencianas, que le entretenían contando cosas de Bañeres, y discutiendo con Trincas o Anselmo siempre que alguno de éstos se ponía a tiro de sus lenguas.

Desde allí podía contemplar también las ventanas del palacio vecino y los árboles del jardín, bastante descuidado por cierto, y sin más concurrencia que la de galopines de cocina o criadas de servicio, cuyos retozos y voces solían algunas veces turbar el silencio casi religioso del inculto vergel.

La curiosidad natural a toda criatura, por discreta que ésta sea, hacía que la señorita de Solís, resguardada por la celosía que disimulaba sus movimientos, mirara muchas veces al día la fachada frontera, maravillándose de que siempre permane-

cieran cerrados sus balcones, sin poder adivinar, felizmente para su reposo, que aquellos huecos correspondían nada menos que a las habitaciones convertidas en Buen Retiro por el capricho de Adelaida, quien desde la fuga de Jenaro no había querido visitarlas ni seguir viviendo en ellas a causa de los recuerdos que suscitaban en su memoria.

Cierta tarde de Junio, sin embargo, en que el moribundo sol apenas si doraba ya las copas ondulantes de los cipreses, Casilda, que se encontraba sola en el costurero, vió abrirse una de las misteriosas ventanas y asomar por ella una mujer, en quien su deseo reconoció en seguida a la Marquesa de Teruel.

La expresión melancólica de aquel rostro adorable, su parecido extraordinario con el de Renato de Vaureal, la sencillez coquetona del atavío y peinado de la dama, el señorío reposado de movimientos y gestos; todo el conjunto, en fin, de su persona, sorprendieron y agradaron a la señorita de Solís, quien guiada por las exageraciones de Doña Matutina y las críticas de Anselmo, había imaginado de otro modo completamente distinto a la peligrosa Madama.

El contraste resultó más evidente aún cuando detrás de la suave aparición presentóse otra figura femenina, muy acicalada y recompuesta, que se agitaba sin cesar, señalando al jardín, al cielo, a la Marquesa y a todas partes, como si en su prurito de hacerse valer no le bastara nada para conseguirlo.

Aquella movilidad incansable, acompañada de cierto servilismo en las acciones y un evidente propósito de copiar las maneras del modelo inimitable que sonreía a su lado, persuadieron a Casilda de que la recién llegada debía de ser la famosa *Mademoiselle Tita*, a quien por sus profundos y variadísimos conocimientos en todos los ramos de la gramática

parda solía lisonjear Castillo con el sobrenombre de *La Latina*, cambiando algunas veces la t por d para transformarla en ladina, y sin atreverse, por respeto a la señorita de Solís, a seguir las mudanzas de letras, que Nardo y él apuraban en la intimidad, con notoria grosería, a fin de calificar el pertinaz encandilamiento de la damisela.

Por los ademanes de una y otra comprendió la observadora que ambas mujeres trataban del arreglo del jardín, deseosa sin duda la Marquesa de poder gozar sus delicias durante la canícula, que debía hacer insoportables los aposentos interiores del Palacio, no tardando en confirmar tales supuestos el hecho de que, a partir de la mañana siguiente, invadieron el descuidado pensil una nube de obreros y botánicos, quienes en pocos días transformaron totalmente su aspecto, convirtiéndole de agreste bosque en ameno lugar de recreo, digno en un todo de recibir a la encantadora Armida y ofrecer marco adecuado al desarrollo de sus sortilegios.

Al despojar los árboles de sus frondosidades impenetrables, recortando las desordenadas alturas de los bojés y substituyendo las plantas salvajes por marmóreas macetas cuajadas de rosas, apareció ante los asombrados ojos de Casilda y sus valencianos, a la vez que la superficie del jardín donde antes no penetraran sus miradas, otro distinto aspecto de la comodidad y el lujo, inventados por el disciplinado arte francés para suavizar las energías de la Naturaleza, revistiendo a ésta de cierto aspecto doméstico e íntimo, más en armonía con los amaneramientos de un salón que con las libertades de un paisaje al aire libre.

La presencia frecuente de Adelaida en aquellos trabajos, inspirados evidentemente por su seguro gusto; el artificio de simplicidad con que algunas ve-

ces dignábase tomar parte la aristocrática dama en los menesteres jardineros, animando a todos con su gracioso ejemplo; el aparato con que en otras mostrábase, displicente, a la admiración general, escoltada por *Mademoiselle Tita* y seguida de un negrito muy tieso y orificado que la resguardaba de los rayos del sol bajo amplia sombrilla de seda, cuyo peso hacía vacilar a veces las fuerzas del paje; la variedad interminable de galas, a cual más seductora e imprevista, lucidas por Su Excelencia como quien observa la religión del vestido por pura devoción y no por el efecto que sus prácticas puedan causar en los extraños; aquel evidente deseo, sobre todo, de agradar, de metamorfosearse continuamente, de no pasar desapercibida nunca, influían y sugestionaban a Casilda, cada día más interesada en las idas y venidas de la hechicera vecina.

Ahora que apreciaba por sí misma la variedad infinita de dones y el poder conquistador que emanaba de aquella mujer, símbolo de una cultura superior y admirable, comprendía la sobrina de Don Jaime la fascinación que tanta novedad podía haber producido en Jenaro, siempre accesible a cuanto representase gala y bizarría, como bien claro lo demostraran sus preferencias apasionadas hacia el difunto Príncipe de Taurisano.

Y lo más singular no era esto, sino que la propia Casilda, a pesar de todas sus prevenciones, lejos de sentir antipatía por Adelaida, comenzaba a experimentar vivísimos anhelos de tratarla y observar palabras e intenciones, a fin de clasificarla definitivamente en su conciencia.

Fuera como fuese por dentro, la superioridad exterior de la francesa resultaba indiscutible, y por una reacción femenina muy natural, dolíase Casilda a solas, mirándose al espejo, de su falta de recursos

para luchar equilibradamente contra la influencia avasalladora de tan terrible contraria.

Cierto que su rostro no era feo, y que su figura parecía proporcionada y agradable. Tampoco se estimaba por tonta ni por demasiado seria. Pero ¿cómo interesar a nadie, y mucho menos a un galán de las condiciones de Pereda, con aquella vida conventual y apartada de todo trato social que llevaba?; ¿cómo hacerle olvidar las fastuosidades y los primores tan naturalmente gustados en las casas de Miranda?; ¿de qué servían las negruras de mantos y tocas, adoptadas para desviar la curiosidad de los hombres, cuando lo que a éstos agradaba precisamente era el crujir de brocados y el relampaguear de diamantes sobre la perfección indiscreta de las carnes desnudas?

¡El aburrimiento, el desolador aburrimiento que alguna vez percibiera la niña en la actitud de Jenaro, cuando las intemperancias o las vulgaridades de Doña Matutina obligaban al rapaz a esconder sus gustos y lamentarse interiormente de la diferencia de clase y educación que separaba a su novia del resto de los amigos que lisonjeaban sus aspiraciones! ¡Aquél era el peligro que acechaba su futuro! ¡Aquél el obstáculo que se oponía a todos los sueños de Casilda!

Anselmo, que asistía impasible al espionaje del jardín vecino, apenas si se asombró la tarde en que la *Sinyoreta*, ruborosa y cortada, tras de mil picarescas excusas, le manifestó deseos de que su experiencia en las modas corrientes le procurara algunos vestidos ligeros y cómodos para andar por casa, ya que la persistencia del calor le hacía cada día más insoportables los pesados arreos del postizo luto que traía y que sólo pensaba conservar para salir a la calle.

El asombro que aquella transformación rápida y

encantadora produjo en toda la familia, viendo convertida por arte de magia a su ídolo en dama gentilísima y capaz de trastornar el seso a cualquier hombre que tropezara en el camino, sólo encontró excepción en la intransigente Corra, quien, espantada ya por las promiscuidades que desde su cocina presenciaba en el parque vecino, y sobre todo por la contemplación diaria de varias estatuas mitológicas traídas hasta allí por las *vaconas* que habitaban el Palacio, creyó llegada la hora del Juicio Final el día que Casilda se presentó ante su austeridad *disfrazada de forastera* y hecha un brinco de lozanía y juventud.

Las lecciones facilitadas por la celosía no pararon, sin embargo, en esto, pues terminados los arreglos del jardín principiaron las reuniones dentro de él, dando lugar a pequeñas fiestas en que la Marquesa solía congregar un grupo de relaciones selectas, entre las que sólo pudo identificar Casilda a dos caballeros, muy distintos de porte y continente. Uno de ellos, el Excelentísimo Conde de Ecija, a quien recordó en seguida gracias a la antipatía que le profesaba Jenaro, y por haberle visto algunas veces antes de la muerte de Carlos II, cuando Doña Matutina, apretada por la necesidad, servía de acompañante a la famosa Condestablesa Colonna. El otro, Don Isidro Niño de Guzmán, cuñado de la Señora Marquesa, que venía muy a menudo, y a quien Castillo llamaba «el Niño Malo», complaciéndose en repetir mil cuentos y chocarrerías que Madrid le atribuía, y de que el cínico segundón de Teruel parecía enorgullecerse mucho más que de sus blasones.

Aquellas reuniones culminaron, ya muy entrado Julio, el día en que se publicó por Madrid la noticia de la conquista de Tortosa por el Duque de Orleans, suceso que motivó regocijos públicos en la Corte,

llenando de invitados el jardín de la Marquesa hasta cerca de media noche, y dando lugar a un verdadero sarao en las casas de Miranda, embellecidas y remozadas por centenares de hacheros y farolillos de colores repartidos caprichosamente según la fantasía de su dueña.

El concierto de las músicas escondidas en el bosque y compuestas de arpas, violines y violones; las ceremonias de los bailes franceses, acompasados y elegantes, que parecían enaltecer el deseo con la medida calculada de sus cortesías; un ambiente de frivolidad que se extendía y alcanzaba a todo como nube de verano iluminada por la apoteosis del sol; claridad de vestidos y amplitud de faldas donde se multiplicaban floraciones fantásticas, combinándose atrevidas y armoniosas con obscuridades de terciopelos o relumbrones de pasamanerías multiplicadas en casacas y libreas; rumor confuso de conversaciones y discreteos en un idioma desconocido, que nada decían y significaban todo; parejas inconscientes perdiéndose enlazadas por los misterios de la umbría; taponazos de botellas exóticas, que simulaban salvas cortesanas e inconsecuentes en homenaje de alguna gloria, convencional y pasajera como la ilusión de un sueño; criados rígidos y decorativos, circulando lentos entre los abigarrados grupos para ofrecer el refrigerio de bebidas heladas o el estimulante de confituras y dulces, descansando en pirámide sobre macizas bandejas de plata; cuanto aquella inolvidable noche desfiló, cual medusea visión, ante la pasmada Casilda de Solís, no alcanzó, sin embargo, a eclipsar el efecto producido en su retina por Adelaida de Vaureal, en la apoteosis del triunfo, realzada su hermosura con la suntuosidad vaporosa de un traje inverosímil, que más bien parecía aureolarla que vestirla, y empolvados los sedosos

cabellos, por un alarde de originalidad extravagante que todos sus amigos aplaudían, como el último y más resonante hallazgo de la inventiva femenina en los albores del siglo XVIII.

El retorno a la vida normal, la monotonía de sus horas, los sinsabores del sacrificio adoptado como una cruz, mil detalles del presente en que hasta entonces no se fijara; las esclavitudes voluntarias de aquella existencia de monja que desde hacía tanto tiempo soportaba sin una queja, sin una rebelión, sin una esperanza, pesaron duramente sobre la sobrina de Don Jaime en los días subsiguientes a la fiesta, haciéndola soñar con otros triunfos y otros anhelos bien distintos de los que hasta entonces adormecieran su juventud y sus sentidos.

¿Por qué habían de gozar a perpetuidad unos mientras otros padecían en silencio y sin culpa? ¿Por qué renunciar a todo cuando nada resistía a la fortuna? Salir, exhibirse, no temer a nada ni a nadie. ¡Aquel era el único modo de conseguir lo que se ambicionaba!

Y embriagada con sus propios conceptos, sobreponiéndose a cuantos escrúpulos la detuvieran antes, principió Casilda por alquilar coche aparente y conchavar servicio diestro para salir por las tardes a recorrer Prado y Sotillo, o visitar los templos más famosos de la villa, siempre tapada, pero en compañía de sus familiares, que descubrían asombrados las grandezas de la capital de España y la abundancia inagotable de sus santuarios, cual otro Paraíso prodigioso del que antes no tuvieran ni remota idea.

La casualidad dispuso, no obstante, atemperar muy pronto aquellas tendencias emancipadoras tan súbitamente despertadas en la doncella, procurando a ésta desde su escondite la contemplación de otra

faceta de Adelaida que nunca presumiera Casilda, y que, por lo mismo, la impresionó más hondo.

Gustaba la Marquesa de descender algunas veces al jardín y entretenerse a solas con la lectura de un libro que a menudo rodaba de sus manos, para dejar absorta largo tiempo a la dama cual si pensara en cosas que nada tuvieran que ver con las que la rodeaban.

Aquellos arrobos disgustaban en sus comienzos a Casilda, por hacerle imaginar que reconocían como objeto al ausente Jenaro, cuyo abandono debía escocer aún a la francesa, tan acostumbrada al dominio incondicional de cuanto ser atraía su atención; pero desde que Anselmo la puso al corriente de las tendencias políticas de Adelaida y de su interés por la suerte del Duque de Orleáns, a quien todo el mundo consideraba en Madrid como su verdadero y magnífico galán, prefería atribuir al Generalísimo el mérito de las distracciones de la Marquesa, a quien forzoso era confesar sentaba la tristeza tan bien, por lo menos, como la animación y la alegría.

Una tarde, sin embargo, ocurrió algo extraordinario que vino a trastornar todas las convicciones de Casilda.

Regresaba ésta del habitual paseo, y, despojada de sus lutos, disponíase a penetrar en la habitación de Don Jaime, que discutía con Castillo, cuando la costumbre hizole aproximarse a la celosía del costurero para echar un vistazo a las casas de Miranda, quedando atónita ante el cuadro que se presentaba a sus ojos.

Envuelta entre las blancas gasas de una bata sin mangas, cuyo equivalente jamás soñarían madrileñas fantasías, y apoyada en el borde de la fuente que ocupaba el centro del vergel, reproduciendo en sus inmóviles aguas la silueta de la Marquesa, permaneció

cía ésta frente por frente de una pértiga brillante, en cuya cúspide aleteaba inquieto un pájaro extraño y fuerte, de retorcido pico y larguísima cola, rojo en su cabeza; azul, amarillo y verde en el resto del cuerpo.

A un paso de Adelaida, y mostrando las obscuridades de la piel, apenas recatada por un paño multicolor enrollado en las caderas, humillábase el negro pajecillo de la Madama, tendiendo, respetuosos, hacia Su Excelencia las manos, en que descansaba amplio recipiente de oro colmado de frutas.

Los estridentes gritos del papagayo alternaban con las perladas risas de la Señora, que dirigía preguntas en francés a su animal favorito cada vez que presentaba a la glotonería de éste una nueva golosina.

Todos los personajes de la escena parecían respirar contento hasta que, subyugada la vista del pájaro por la contemplación de un racimo de uvas que los afilados dedos de Adelaida separaban o acercaban a su voracidad, jugueteando con ella, extendió las cerúleas alas y, avanzando el pecho como quien se dispone a la lucha, hizo llegar hasta los rincones más apartados del jardín un grito de guerra, uno solo, el único quizá que sabía modular su garganta, pero que resonó distinto, claro, repitiéndose cada vez más furioso e insolente...

—¡Jenaro!... ¡Jenaro!... ¡Jenaro!...

Al escuchar aquel nombre inesperado y querido, inmovilizóse repentinamente la Marquesa, dejando caer el fruto, que desapareció instantáneo bajo los grandes círculos de agua que alteraron la serenidad del estanque; sus manos libres acudieron misericordiosas a tapar orejas y oídos para no sentir las vibraciones de la palabra temida, que continuaba incesante. Habitado posiblemente el africano a la repetición de aquellas o parecidas crisis, apresuróse a

desaparecer silencioso, recogiendo al imprudente pájaro, que se posó dócil en uno de sus hombros; y al quedar sola la dama, incapaz de resistir el exceso de emoción, abandonóse a su pesar, cayendo sollozante sobre el borde de la fuente, perdido todo freno de dignidad y soberbia.

El espectáculo de tan franco dolor, la elocuencia muda de las convulsiones de Adelaida, lejos de irritar a Casilda o de satisfacerla, hicieron nacer súbitamente en su alma un sentimiento de conmiseración y hermandad hacia la criatura abandonada como ella, lamentable como ella, decidida como ella a no dar un paso para solicitar cariños que acaso se habían extinguido definitivamente o cambiado ya de objeto.

Superioridades, intelecto, experiencia, pompa, todo desaparecía ante la realidad de la vida, oponiéndose inflexible a la continuación de una paradoja, más deseable cuanto más difícil de prolongar. Vencida en el mismo campo de sus victorias por el corazón, que siempre acaba por tomar su desquite contra los cálculos humanos, de aquel conjunto de pretensiones y afectación galantes sólo quedaba una mujer, una pobre mujer, igual a todas las demás, llorando su soledad y presintiendo amarga el fin de la juventud, dispensadora del olvido.

Empujada por indefinibles anhelos, quiso entonces Casilda gritar, darse a conocer, recibir en su pecho virginal las lágrimas rehabilitadoras de la hermana de Renato de Vaureal; pero en el mismo instante que apartaba la celosía surgieron del palacio frontero dos personas, advertidas, sin duda, por el negrito, que acudían oficiosas a consolar a la doliente.

Una de las recién llegadas era *Mademoiselle Tita* «La Latina» de Nardo, que apenas en el jardín co-

rrió a postrarse a los pies de su Señora, prodigando a ésta consuelos y mimos sin fin; la otra, vacilante y tímida, marchita y agobiada por el peso de las tocas, que dudaba en avanzar, temiendo parecer indiscreta, era Doña Copla, la esposa de Don Bruno Zorraquín, a quien Casilda reconoció en seguida, no obstante los años transcurridos y los estragos causados en ellos por la desventura en el rostro de Doña María.

La presencia de la beata trajo inmediatamente a la memoria de la doncella los tiempos felices de sus amores, las exhortaciones del covachuelista, el eterno luchar de aquella honrada gente por la subsistencia de su prole, la última visita que realizara al hogar de la plazuela de los Afligidos la tarde del fallecimiento de Carlos II, y la espera interminable, angustiosa, de la llegada de Jenaro, hasta recibir el mensaje fatal del joyel que separaba sus vidas para siempre...

¿Qué oficio desempeñaba Doña María de Constantinopla en las casas de Miranda y cerca de la Marquesa de Teruel? ¿Viviría aún su esposo? ¿Por qué razón no la había visto hasta aquel día? ¿Quién la habría presentado a Su Excelencia? ¿Seguramente Pereda, con quien, casada o viuda, continuaría sus relaciones la beata que tantos favores recibiera siempre del joven!...

Mas entonces, si ella, Casilda, se decidía a descubrirse ante Adelaida, la Zorraquín averiguaría inmediatamente su residencia en casa del indiano y el embrollo de su imaginado casamiento, participándolo a Jenaro y complicando en un momento la situación hasta un grado imposible de prever.

Ignorante quizá, por otra parte, de la verdadera situación de Pereda en el Palacio, podría repetir también a la Marquesa el cuento de las relaciones

que un día le unieran a Casilda, desencadenando los celos de la dama y haciendo imposible la confianza entre ambas.

¡No! ¡Mejor era renunciar al encuentro mientras no fuera éste indispensable! ¡Seguir en la sombra hasta ser posible afrontar la luz de la verdad!

.....
 Aquella noche, después de la comida y antes de retirarse Castillo, la sobrina de Don Jaime, que apenas desplegara los labios durante la cena, preguntó indiferente:

—¿Quién podrá ser una mujer que vi hoy en el jardín de al lado, recatada a lo viuda y más semejante a dueña de las nuestras que a criada de Madamas?

—¿Era chiquita, colorada de rostro y con grandes antiparras, como quien padece de los ojos?—interrogó el servicial buscón maliciando algún nuevo misterio.

Y ante las respuestas afirmativas de la *Sinyoreta*, añadió:

—Pues ésa es Doña Copla, una pobre viuda que borda en el taller de Chipito y también trabaja para Su Excelencia en los ratos perdidos.

—¿Viuda decís?

—Al menos así lo asegura ella, y hasta lo lamenta, aunque no hay que fiarse, pues bien dice el cantar:

¿Por qué lloran las viudas
 a sus difuntos?
 ¡Porque temen que vuelvan
 del otro mundo!

—¿Tiene familia?

—Tiénela y crecida.

—¿Y amigos?

—Sólo le conozco al amo de Nardo, aunque bien merecería otros de mayores medios. Y eso que para mí, no obstante todas sus bondades, la beata esconde algo y no se presenta tal como es en realidad. Por de pronto, creo que se trata de una austriaca encubierta.

—¿Y eso qué importa cuando se necesitan socorros? Mirad, Señor Castillo, que habéis de ir mañana y entregarle, como de cosa propia, una limosna que encontraréis en este bolso. De paso se enterará su merced de las necesidades que apuren a esa mujer y del número y nombre de sus hijos. Por supuesto que en nada de lo anterior ha de sonar mi nombre, y astucia tiene de sobra el buen astrólogo para inventar alguna historia de su cosecha para justificar el donativo, sin mayor ofensa de Dios por la mentira.

—¡Se hará como dispongáis, Doña Casilda! ¿Qué otra cosa manda Su Merced a este esclavo?

—¡Esclavo!—protestó risueña la joven—. ¡No, Señor Anselmo! Lo que vuestra persona representa para mí no es esclavitud, sino algo así como una especie de maestro de malicia honesta que me hace abrir los ojos en muchas cosas que ignoro y sirve de intermediario entre mi retiro y el mundo.

—Vamos, sí, comprendo—concluyó agrídulce el andaluz—: ¡algo así como un tercero a lo divino!

XIX

Mientras tales cosas ocurrían en Madrid, el objeto de tantas desazones, o sea Jenaro de Pereda, permanecía en Alcalá de Henares, esforzándose por sobreponerse al embotamiento que en todo su ser produjera la separación de la Madama.

El recibimiento que Don Juan Antonio le dispen-

sara, así como el hospedaje cómodo y soleado que encontró en el Palacio arzobispal, donde a la sazón vivía el Cardenal Portocarrero y su corte, impresionaron agradablemente al Guardia de Corps, que nunca había visto tan amable y cariñoso a su tío, moviéndole tal mudanza a reflexionar filosóficamente sobre los cambios que en las personas producen los vaivenes de la fortuna.

Lo más singular del caso no consistía sólo en aquello, sino en que Jenaro, que nunca experimentara simpatía ni atracción por el Canónigo mientras creyera ser su sobrino, ahora que sabía de un modo indudable no deber nada a su sangre, encontrábase más a gusto junto a Su Reverencia, y hasta parecía haber perdido el temor que antes le inspiraran sus rigores.

Pero, pasadas las expansiones de los primeros días, volvió a recrudecerse el malestar del prófugo, aumentando su indiferencia hacia todo cuanto le rodeaba.

El silencio de la residencia del Primado, donde sólo de escaleras arriba podían contarse 366 piezas; la cautela en el hablar de toda aquella turba de clérigos y criados que adulaban a Su Eminencia; la sensación de recogimiento y hastío que fluía de la pequeña ciudad, cuyos habitantes apenas si llegaban al millar, no obstante las treinta y ocho iglesias y diez y nueve colegios contenidos en su recinto, así como la aridez injustificada de los alrededores, terminados por cerros desnudos de vegetación y de atractivos, constituían otros tantos motivos para sumergir al encalabrinado amigo de Adelaida en un estado de dolorosa estupefacción que no hacía sino crecer a medida que transcurrían las semanas.

La esperanza de recibir noticias de las casas de Miranda no acababa de abandonarle, y la imagen

de la Marquesa, renovada y embellecida por todos los incentivos de la lejanía y la ausencia, flotaba constantemente en torno suyo, acompañándole, fascinadora, incluso durante el sueño.

Sorprendido de sí mismo por la resolución de consumir la odiosa separación, aun no acababa de explicarse cómo había podido realizarse ésta, ni por qué Adelaida, tan equilibrada y razonable en medio de sus desvaríos, persistía en mantener el equívoco que pesaba sobre su susceptible galán.

Aquella actitud no tenía sino una interpretación posible: la de ser ciertos los amores entre la Marquesa y el Generalísimo. La de que, llegado el caso de verse forzada a elegir entre los dos hombres, el interés, la vanidad o el afecto habíanla inclinado del lado del Príncipe, dándose por muy satisfecha con que la impetuosidad de Jenaro hubiese puesto fin de *motu proprio* a la situación insostenible en que los tres se encontraban desde la llegada de Su Alteza.

La obsesión perenne de las perdidas caricias; el espectáculo atormentador de la felicidad de su rival; las alucinaciones bestiales que le mostraban a la pareja en sus momentos más íntimos riendo de su imbecilidad y confianza; la distracción perpetua con que respondía a las atenciones que se le prodigaban en aquella morada, donde todo eran prevenciones y disimulos, engendraban cada día en Pereda el deseo de cambiar de vida, de obrar en alguna forma, de salir de aquel purgatorio en que se debatía como un condenado; pero la pereza, una pereza inesperada, enervadora, estúpida, parecía complacerse en ir demorando poco a poco sus resoluciones, manteniéndole ocioso, distraído, sin ánimos ni voluntad para nada.

Lejos de disminuir, sin embargo, tales crisis con el tiempo, parecía que la fiebre de ambición, de

intriga y de descontento que se respiraba en casa de Su Eminencia, evocara por contraste en el joven la reproducción material y exacta de algunas escenas inolvidables, cuyos detalles producían verdadero dolor físico en su ser, moviéndole a prorrum-pir en gritos o súplicas cuando se encontraba solo, o a dejarse arrastrar por la sugestión de sus sentidos, emprendiendo desatinadas excursiones por la ciudad, que sólo vergüenza y abominación de sí mismo le procuraban al regreso.

En vano trababa de aturdirse y distraerse con otras cosas y otros asuntos. Las conversaciones de Urraca y sus apasionadas críticas sobre las torpezas de los Gobiernos que habían sucedido al de Portocarrero, no le interesaban lo más mínimo. Los anuncios vagos y misteriosos del Reverendo, asegurando que en Roma se preparaban gravísimos sucesos que darían al traste con los pujos de la Princesa de los Ursinos, empeñada imprudentemente en extender su gestión demoladora hasta el clero, para reproducir en todo la política centralista de Luis XIV, dejábanle frío. La profecía, proclamada en un momento de arrebató, de que una sotana había traído a la Camarera a España y otra la arrojaría muy pronto del lado opuesto de los Pirineos, lejos de convencer ni alarmar su patriotismo, estimábala Jenaro como uno de tantos ex-abruptos de Don Juan Antonio, cegado en su rencor por la mujer que le había substituído en la regencia de España.

Una sola vez logró únicamente substraerse el mozo a sus soliloquios, y el milagro debióse a cierta conferencia que le solicitó el tío para tratar de la testamentaría de su hermana, la difunta Doña Aldonza, que era el asunto por que le había mandado venir a Alcalá.

Pereda no se había preocupado nunca de tal herencia, por creer siempre que, tanto su madre adoptiva como él, vivían de la generosidad de Don Juan Antonio. Por ello fué mayor su pasmo al enterarse de que la viuda de Don Ramiro poseía bienes propios, amén de algunas alhajas y objetos de valor, que, según le confió Urraca, había ido reuniendo la buena señora merced a toda clase de privaciones, para que Jenaro no quedara en la calle cuando ella faltase del mundo.

Enternecido el joven al escuchar aquello, pero sintiendo serios escrúpulos en aprovecharse de bienes que dudaba si le pertenecían legítimamente, no sabía cómo responder al Canónigo, ni cómo excusarse de darle explicaciones sobre el caso, hasta que, cohibido por el silencio de Don Juan Antonio, que no apartaba los ojos de su rostro, decidió ganar tiempo y dar largas al negocio, rogando al tío que guardara todo aquello en la casa de Toledo y continuara administrando las fincas de cuyas rentas no necesitaba Jenaro para vivir.

La complacencia con que Urraca recibió la contestación del Teniente tradújose en seguida por un recrudescimiento de la amistad con que hasta entonces le tratara, y que se puso de manifiesto por el interés que volvió a tomarse respecto de su porvenir y adelantos.

—Lo que tienes que perdonarme—agregó varios días después Su Reverencia, esforzándose por hacer menos ruda la voz—es que te haya abandonado a tu suerte desde que saliste de Toledo con tu madre, que en paz descansa; pero, si te he de hablar francamente, lo hice creyendo que así interpretaba tu voluntad, dada la evidente antipatía con que me mirabas.

—¡Antipatía yo, cuando sólo beneficios recibí de

Vuestra Reverencia desde que regresé de Italia!— balbuceó Jenaro, que no sabía mentir.

—Bueno; fuera como fuese, todo eso se acabó para siempre, y ahora que ya eres un hombre, y, por lo tanto, no puedo inspirarte tanto miedo como antes, lo que debías hacer es comunicarme todos tus deseos, y hasta algún que otro secretillo, para que yo pudiera constituirme en tu guía y defensor por esos mundos.

La proposición era tentadora y llegó muy profundo al huérfano, que sintió impulsos de caer en brazos del transformado Canónigo y confiarle sus penas; mas, reflexionando que nunca podría darse cuenta Urraca de los combates y escollos de una existencia tan diferente de la suya, disculpóse delicadamente, asegurando al Reverendo que nada deseaba por entonces y sólo quería tranquilidad y olvido.

—Está bien, y lo creo puesto que tú me lo dices— limitóse a contestar el Secretario de Portocarrero—; pero ten presente que, si alguna vez necesitaras consejo o ayuda, la primera persona de quien debes acordarte es de mí.

La llegada de los Señores Condes de Palma del Río a Alcalá, con objeto de visitar al Cardenal, su ilustre tío, poco después de la conquista de Tortosa, sirvió para interrumpir la monotonía de la existencia en el Palacio arzobispal, infundiendo a todos sus moradores, incluso a Jenaro, un soplo de animación, gracias al carácter de la Condesa, que, si no estaba dotada de grandes perfecciones físicas, poseía en cambio ingenio bastante para presidir en Madrid una especie de tribunal donde se juzgaba a todo el mundo, sin perdonar calidad ni persona.

Por la de Palma se enteraron Portocarrero y sus familiares de los primeros reveses sufridos en Flan-

des por el gran ejército de Luis XIV, y del pánico que en el Alcázar de Madrid causarían las noticias del desgraciado combate sostenido en Oudenarde por el Duque de Borgoña, más deplorable aún a causa de las consecuencias que podía traer para el futuro.

Pero lo que más interesó a Jenaro de los cuentos de Su Excelencia y más le hizo distraer de sus concupiscencias y nostalgias, fueron los detalles relativos a la familia Villarrubia, que Don Juan Antonio Urraca comunicóle privadamente, persistiendo en el sistema de confianza que se había impuesto respecto del mancebo.

Según tales informes, que debían ser ciertos, a juzgar por su procedencia, Doña Leonisa y su esposo el Príncipe de Ornano continuaban unidos en apariencia, aunque más separados que nunca en la intimidad, y la vieja Marquesa, medio chocha, insensible a cuanto no fuera orgullo, y conservada como una momia en el Palacio de Cardona, seguía prestando el amparo de su nombre a la causa austriaca, y recibiendo las mayores muestras de consideración por parte de Carlos III y sus Ministros.

Por lo que hacía referencia a Doña Serafina, nada podía decirse de cierto, pues la Duquesita de Sahagún habíase retirado por iniciativa propia al Convento de Santa María de Junqueras, después de la liberación de Barcelona, y nadie sabía desde entonces la suerte corrida por la Niña de Plata.

Doña Leonisa, resentida mortalmente con su prima, nunca hablaba de ésta, lo mismo que sucedía a la intransigente abuela, siendo el único defensor de la joven en la Corte del Archiduque Don Octavio Branciforte, que, a cada paso, repetía elogios y ponderaba el carácter de la ilustre Duquesa.

No obstante tanta reserva, algunas personas que

se las daban de bien enteradas afirmaban que Doña Serafina vivía en la Torre Pallaresa, cerca de Mataró, donde estaba terminantemente prohibido acercarse a ningún extraño, y que, desde hacía poco habían mejorado las relaciones de familia con ella, a causa de la reanudación, por parte del Conde de Ecija, de sus antiguas pretensiones para obtener la mano de la Mayorazga.

Aquel rumor, que en circunstancias normales hubiera espantado a Jenaro, llevando al colmo de la exaltación su afecto de hermano, parecióle tan inverosímil y absurda al escucharla de labios de Urraca, que, lejos de alarmarle, hizole tomar el caso a broma, respondiendo al Canónigo que, por lo visto, en Barcelona existía más imaginación aún que en Madrid para inventar infundios, y que conocían poco a las Villarrubias, y sobre todo a la Duquesita de Sahagún, quienes repitieran semejantes dislates.

Viéndole tan bien dispuesto, comenzó entonces Don Juan Antonio a embromarle respecto de su entusiasmo por Doña Leonisa en Toledo, así como sobre los novelescos episodios de la fuga a Salamanca con la tierna Doña Serafina y el posterior cautiverio en poder de la ricahebra.

Las excusas del militar acerca del primer punto y los detalles de su evasión de Barcelona, gracias al auxilio del Príncipe de Ornano, causaron el pasmo de Urraca, quien, refiriéndose al original carácter de Doña Leonisa, llegó a decir:

—Pues ándate con ojo, sobrino, porque entre las intenciones de nuestra soberbia enemiga figura la de gobernar España, si al fin triunfa Carlos III, con igual o mayor imperio que actualmente lo hace la Señora Camarera Mayor. Y si ese caso llegara a producirse, puedes prepararte a emigrar muy le-

jos, porque su venganza sería implacable, a menos que el amor no amansara su fiereza y la convirtiera en otra persona distinta.

Aquellas afectuosas palabras, así como el cambio de orientación que en los pensamientos de Jenaro produjeron las historias de los Condes de Palma referentes a la agitación del Alzázar con motivo de las noticias de la campaña de Flandes, despertaron en el dolorido galán la conciencia de su responsabilidad militar al permanecer inactivo en aquella residencia, mientras sus compañeros peleaban en Cataluña y Valencia o se reunían caballerosos en Madrid junto al Monarca, de cuya persona eran responsables.

Furioso consigo mismo por el tiempo perdido en livianas aventuras, inclinábase casi a renegar de la mujer que monopolizara su existencia durante tantos meses, afeminando su espíritu y destruyendo sus energías, cuando cierta tarde, en que ya tenía decidida la fecha de su regreso a la capital, vióse sorprendido por la aparición inesperada de su sirviente, Nardo, que le traía una carta de mano de Adelaida.

La emoción vivísima que en el joven produjo la presencia del catalán, y la férvida esperanza que inmediatamente le invadió de que aquel pliego tan ansiado contuviera la palabra necesaria a su amor propio para deponer toda clase de prevenciones y correr a humillarse ante la Marquesa, bastaron para hacer comprender a Pereda la persistencia en su ser de un sentimiento que creía desvanecido, y la inutilidad de cuantos esfuerzos realizara hasta entonces para libertarse del yugo de su tirana.

Encerrado en su cuarto, para que nadie le interrumpiera, rompió con mano temblorosa la oblea que cerraba el papel y leyó éste, que decía así:

«Inolvidable e ingrato amigo:

»Cuando recibas estas líneas, que Nardo te entregará cumpliendo mis instrucciones, no me encontraré ya en Madrid.

»Si tu orgullo castellano no ha cambiado los sentimientos que tantas veces compartimos juntos, te halagará saber que, al abandonar la Corte, llevo tu imagen y tu recuerdo engarzados en el fondo de mi alma, donde permanecerán siempre. Como te conozco, disculpo tu conducta, dándote por penitencia los sufrimientos que seguramente habrás pasado al encontrarte lejos de mí, no mayores que los míos por la misma causa.

»A no mediar altísimas razones, que me es imposible revelar, confieso que, atropellando por mi dignidad y por todos los respetos, hubiera volado a tus brazos en el momento que recibí tu cruel misiva, como volé la mañana inolvidable de la partida del Almirante.

»La persuasión de que al dejarte solo, y en apariencia despreciado, favorecía tu suerte, desligándola por un tiempo de la mía, fué lo que me decidió a perseverar en mi actitud. Hoy nadie, ni tú mismo siquiera, duda de nuestra ruptura. Por ello me decido a quebrar mi reserva y a decirte que te amo y he amado siempre con fuego inextinguible, que no habrá nunca prueba que omita para demostrártelo, y que la mayor que hoy puedo darte es la de huir de tu persona, cuando todo en mí me lleva a ella y el recuerdo de tu cariño constituye el único tormento de los sueños de tu tierna amante.

ADELAIDA.»

XX

Dos leguas a Torrejón, una al Puente de Viveres, legua y media a Canillejas, otro tanto a Madrid...

Por mucha diligencia que los viajeros trataron de poner en su jornada, fueles imposible llegar antes de media noche a la capital, dirigiéndose acto seguido a la plaza de las Carboneras, cerca de la cual, Jenaro, que había pronunciado escasísimas palabras durante el camino, entregó las riendas del caballo a Nardo, apeándose presuroso para encaminarse a las casas de Miranda, cuyos balcones y puertas aparecían herméticamente cerrados.

Creyendo percibir un rayo de luz a través de cierta ventana baja, junto a la entrada principal, y decidido a todo, comenzó entonces el militar a dar aldabonazos en el portón, causando tal estrépito con su insistencia, que al fin logró se abriera el postigo, apareciendo por él la soñolienta cabeza de un servidor anciano, muy de su confianza, a quien Jenaro dióse a conocer en seguida, y que le confirmó la noticia de que la Señora Marquesa había marchado dos días atrás, en compañía de Doña Tita y tres criados más, ocupando un coche de camino facilitado por las Caballerizas de Su Alteza Real el Generalísimo, sin manifestar dónde se dirigía, pero dejando prevenido que si el Señor Teniente Pereda se presentaba en la casa, fuera la hora que fuera, gozara de la mayor libertad, pudiendo visitarla y permanecer dentro cuanto tuviera por conveniente.

Usando de aquella licencia, con la ilusión de descubrir algún indicio que le permitiera adivinar el destino de la viajera, tomó Jenaro el candelero que le ofrecían, y, subiendo por la escalera de honor, atravesó con ligero paso los salones que le

separaban de los aposentos particulares de Adelaida, compuestos de una rotonda, la alcoba y un *boudoir*, que hacía veces de cuarto de baño, donde cada detalle, cada mueble representaba para el galán un recuerdo y una melancolía.

El adorno principal de la salita consistía en un admirable busto de la Marquesa, adornado con los atributos de Diana, cuyo encanto, aparte del modelado de garganta y pecho, estribaba en la sonrisa tristemente voluptuosa que el artista había logrado sorprender, y que en efecto reproducía algunas veces el modelo cuando contemplaba a Jenaro, razón por la que éste no pudo evitar el levantarse sobre la punta de los pies para unir sus labios a los del mármol, tratando de comunicar a éstos el calor que rebosaba de los suyos.

Cerciorándose después de que nadie le sorprendería, comenzó a visitar el resto del Buen Retiro, y a registrar armarios y rincones, tirando por el suelo vestidos y chales, galas que nunca había visto, y otras que le fueran familiares y que estrechaba contra su pecho.

Zapatos y chinelas en que aun se marcaba el pie de la hermosa; borbados y encajes de inestimable precio; parasoles y estufillas de marta; cuanto objeto fútil e indispensable constituía el guardarropa de una dama parisiense, émula en lujo de la Duquesa de Sabrán, Madame de Parabére; la Condesa de Argenton, y otras tantas elegantes que giraban alrededor del *Palais Royal*, fueron sucesivamente apareciendo ante los ojos del indiscreto, que no se daba, sin embargo, por satisfecho con aquella impía violación.

Entre las fruslerías que guardaban los cajones de un contador, encontraron de pronto sus celos una caja preciosa, en cuya tapa aparecía el retrato del

Duque de Orleáns, debido al pincel de algún buen artista, y, despertara la furia del joven al reconocer el objeto de todos sus sinsabores, gozóse en destruirlo bárbaramente, pisoteando después con furia los destrozados fragmentos de la inocente alhaja.

Desprovisto de todo escrúpulo y sin meditar lo que hacía, siguió registrando el delicado mueble hasta forzar su secreto, descubriendo dentro de éste un paquete de correspondencia que inmediatamente abrió, comprobando que las cartas en él contenidas estaban firmadas por el Abate Dubois, ex preceptor y maestro en vicios de Felipe de Orleáns, que no había acompañado a Su Alteza en el viaje a España, gracias al veto terminante lanzado en contra suya por la Princesa de los Ursinos.

Aquellas misivas que Jenaro comenzó a devorar, seguro de que en ellas se contenía el secreto de la Marquesa, trataban en forma superficial y a veces licenciosa, de los sucesos que ocurrían en Versalles o París, con alusiones a los de España, pero sin revelar ni exponer ningún juicio comprometedor.

Pereda observó, no obstante, que tales billetes, perfumados y galantes como los de una cortesana, ostentaban por sus márgenes, o intercalados entre renglones, ciertos signos misteriosos que bien pudieran ser cifras convenidas por los correspondientes para comunicarse las noticias importantes, sin riesgo de ser descubiertos por algún enemigo malintencionado.

Aunque el examen de papeles no revelara al saltador nada de lo que tan ansiosamente buscaba, el descubrimiento de aquella correspondencia íntima vino a fortificarle en la idea de que Adelaida no había salido de España, ni siquiera debía permanecer lejos de Madrid, o que pensaba regresar pronto a la capital, dada la enorme cantidad de

objetos de su uso que guardaban aquellos aposentos.

¿Habría ido a Zaragoza para encontrarse más cerca del centro de operaciones de los ejércitos, o estaría en Almansa con objeto de visitar la tumba del hermano, como muchas veces manifestara deseo? Pero si tales eran los propósitos del viaje, ¿por qué rodearle de tanta reserva y ocultarlo a sus propios servidores?

En vano se esforzaba Jenaro por penetrar el secreto de la desaparición de Adelaida, cuando un ligero ruido hizole estremecer y escuchar atentamente en torno.

¿Le habrían engañado para atraerle a la casa, y permanecería aún su dueña en ella?

El convencimiento que repentinamente le invadió de que no se encontraba solo, de que alguien le contemplaba desde algún escondite, de que quizá la propia Adelaida espiaba oculta, y de que todo aquel aparato de marcha y huída constituía una estratagema para poner a prueba su amor, movió entonces al joven a salir de la habitación en que se encontraba, para registrar los aposentos vecinos y desvanecer dudas.

Nadie, sin embargo, permanecía en ellos, y ya iba a retirarse desilusionado el intruso cuando la repetición del mismo ruido volvió a detenerle en su camino.

Sí; no cabía engañarse. Allí cerca se encontraba alguien que velaba y seguía sus pasos.

Excitado de nuevo por la impaciencia de saber, recorrió cuarto por cuarto, abriendo puertas y ventanas, hasta que, en el hueco de una alacena, medio muerto de miedo y acurrucado contra la pared, pudo por fin descubrir al gracioso negrito que constituía una de las diversiones de Adelaida, y a quien

ésta distinguía con el estrafalario y glorioso nombre de *Lérida*.

Las idas y venidas de Jenaro por el departamento debían sin duda haber interrumpido el sueño del chiquillo, que dormía cerca, moviéndole a salir de su caramanchón en compañía del guacamayo azul y rojo, cuyo cuidado constituía su única ocupación en la casa, y, asustado ante las violencias inusitadas de Jenaro, habíase refugiado allí, tratando inútilmente de que el pajarraco no se moviera, y temiendo a cada paso ser llegado el último momento de ambos a manos del amigo de su ama.

Pereda vió el cielo abierto al hallar a Lérida, y comenzó a interrogarle impaciente sobre la partida de la Marquesa y el objeto de ella; mas, aumentando el temor del negro, a medida que las voces del militar iban subiendo de tono, sólo sabía contestar, mirándole con sus ojos de mono, muy abiertos:

—Lérida no sabe. Señora marchó... —Mientras el pajarraco, reconociendo a Jenaro, abría las alas y elevaba paulatinamente el tono de sus estridentes graznidos.

Desengañado al fin de que tampoco por aquel medio conseguiría averiguar nada, dejó Pereda al muchado y refugióse en la alcoba, cerrando tras sí las puertas y acabando por dejarse caer sobre el lecho, extenuado por la fatiga del viaje y las emociones sufridas desde Alcalá.

El tibio calor de nido que desprendían sedas y cambrayes, un aroma sutil impregnado en colgaduras y alfombras, la molicie irresistible de aquel altar del amor; todo cuanto le circundaba y traía a su memoria lo que ya no le era dable gozar, fué lentamente influyendo en las facultades del mancebo, apaciguando su cólera y substituyéndola poco

a poco por total enervamiento, convertido al cabo en letargo profundísimo que le sorprendió, inconsciente, abrazado a uno de los almohadones de la cama, testigo y cómplice de sus pasados deliquios...

La luz de la aurora, que penetraba por el balcón sin cerrar, y los cantos matinales de los pájaros en el jardín, vinieron a sacar al hombre de su modorra, volviéndole gradualmente la conciencia del ser, y disipando los fantasmas que hasta entonces le perseguieran.

El desorden del cuarto, las ropas tiradas por el suelo, los cajones abiertos, el recuerdo de cuanto había osado en aquella casa, tan contrario a su modo de ser e inclinaciones, llenáronle de vergüenza y arrepentimiento, haciéndole comprobar una vez más los excesos a que puede arrastrar a una persona equilibrada el desenfreno de las pasiones, aguijoneadas por la vanidad y el orgullo, heridos en sus fibras más recónditas.

Un sincero desprecio de sí mismo, de Adelaida, del amor, de la vida; una repugnancia instintiva por cuanto le rodeaba, evocando la servidumbre de su cuerpo, impulsó en seguida al joven a reparar el desorden del traje y salir para siempre de aquellos lugares, cuyo solo perfume privábale de razón y discurso.

Descendiendo la escalerilla tantas veces utilizada, y valiéndose de la llave que siempre conservaba, pudo ganar el callejón de los Azotados, y, una vez allí, respiró con ansia, como si el aire de la madrugada fuera sólo capaz de purificar materia y espíritu.

Un suave tañido de campanas resonando en el silencio de la ciudad [dormida impresionó su desaliento, haciéndole fijar en la entreabierta puerta de la iglesia de las Carboneras, donde un cuadrato

secular invitaba a los fieles a rezar por el eterno descanso del Gran Capitán Don Gonzalo de Córdoba y su ilustre consorte.

Movido entonces por inexplicable anhelo, y buscando paz a sus alborotados pensamientos, penetró Jenaro en el interior del reducido templo, que nunca le ocurriera visitar antes, y en el que ya podían distinguirse algunas personas devotas, congregadas para asistir a la primera misa del día.

Temeroso de avanzar por la nave, gozando de la frescura que en ella reinaba, y entretenido en el examen de cuanto distinguía, símbolo de otro mundo absolutamente opuesto al que acababa de dejar, saboreaba Pereda una sensación de bienestar que la retrotraía a épocas muy anteriores, recordándole otra misa del alba, allá en Santo Domingo el Antiguo de Toledo, cuando llamado por la Princesa de Ornano comenzara la serie de sus conflictos sentimentales con la inflexible ricahembra.

Como aquella mañana inolvidable, la voz del sacerdote que celebraba el santo sacrificio en el altar mayor, adornado de columnas corintias y obras de escultura que encuadraban la cena de Cristo y sus apóstoles pintada por Carduccio, llegaba hasta el profano sin penetrar su alma; pero el recogimiento del escaso público, la serenidad del ambiente y el dulce murmurio de las religiosas jerónimas a lo lejos influían en su espíritu para despertar otros recuerdos y otros nombres.

Delante de sus ojos, a corta distancia, perfilábase la silueta de una mujer que nadie hubiera podido adivinar si era joven o vieja, fea o hermosa, libre o casada, completamente cubierta por un manto negro, que debía orar, sin distraerse ni moverse, como estatua de sepulcro, y detrás de la cual desgranaba las cuentas de su rosario una dueña em-

payetada y permanecía en pie un escudero caduco, que a cada paso bostezaba soñoliento.

De aquel grupo, silencioso y devoto, no partía otro ruido que el chisporrotear de un grueso cirio que la tapada tenía al lado, y que sin duda lucía por algún voto de la dama, formando como un círculo de lágrimas alrededor del pábilo.

Distraído en la contemplación de la escena, cuyo significado interpretaba su deseo, Jenaro envidiaba la quietud, el reposo, la ausencia de apetitos de que seguramente gozaría aquella existencia separada de las luchas mundanales, entregada únicamente al cuidado de su salvación, o perpetuando quizá la memoria de algún muerto, mientras él, Pereda, a pesar de todos sus esfuerzos no había gustado un instante de sosiego en la vida desde la hora en que se hundió con su caballo en la niebla de la aventura.

El espectro del pasado acudió al espíritu del joven, llenándole de mil añoranzas que acabaron por hacerle bajar la cabeza y sumirle en una distracción tan completa, que hasta el lugar donde estaba le hizo olvidar.

Por ello, como en Toledo, tampoco se dió cuenta del fin de la misa, ni de que rodrigón y dueña se levantaban al ver moverse a su Señora, ni de que ésta se santiguaba mientras el viejo servidor soplabá el cirio, ni de que la dama emprendía su retirada con paso ligero, cual si se deslizara sobre las gastadas losas del pavimento.

Perdido en sus sueños, tampoco se percató Jenaro de que la tapada dirigía la vista hacia él, y, al reconocerle, vacilaba un momento, como si fuera a detenerse o caer, descubriendo al mismo tiempo entre los pliegues del manto una mano blanquísima que parecía iba a hacer un signo de llamada.

Pero el mancebo siguió inmóvil, ausente, y la

dama, volviendo a esconder su diestra, desapareció con el mismo paso menudo y armonioso, seguida de los guardianes, que, al marcharse, dejaron escapar tras sí la recia puerta del templo.

A su ruido, volvió por fin Jenaro a la realidad, y se pasó la mano por los ojos, como si la imagen de algo muy brillante los acabara de herir con resplandor irresistible.

XXI

Aquel encuentro, jamás conocido del gran Anselmo del Castillo, no obstante todas las artes adivinatorias y taumatúrgicas del ilustre Piscator, influyó tan poderosamente en el espíritu de Casilda, que estuvo a pique de hacerle renunciar a su obra redentora, marchándose con Don Jaime de Madrid en busca de otro retiro donde poder olvidar.

La presencia de Jenaro en la iglesia, su abstracción y el decaimiento visible del joven, persuadieron en un minuto a la doncella de que Pereda, advertido de la partida de Adelaida, habíase apresurado a regresar a la Corte para comprobarla, y que la desesperación engendrada por la confirmación de la noticia en las casas de Miranda, habíale conducido hasta allí, como si le guiara la mano de Dios, a fin de que ella, Casilda, se convenciera por fin de la verdad de los sentimientos que por siempre unirían a su exnovio con la fatal Madama.

Ya no era posible dudar. Lo que Casilda juzgara al principio como capricho, distracción, debilidad pasajera, trocábase, por lo que hacía a la Marquesa, en ternura contenida, ¡quién sabía por qué consideraciones o cálculos!, y, respecto de Jenaro, en

pasión evidente y capaz de resistir a toda clase de pruebas.

¿Qué cabía resolver ante semejante situación sino resignarse y seguir callando? ¿Para qué continuar ocultándose en la Corte e imponiendo al Señor de Centelles una existencia de cenobio que ninguna mejoría le reportaba, salvo la distracción de sus conversaciones con Castillo?

Más pronto o más tarde regresaría de su viaje Adelaida, volviendo a unirse los amantes, esta vez para siempre y casi a la vista de ella. ¿No era mejor prevenir con tiempo el suceso y trasladarse a Zaragoza, instalándose definitivamente en algunas de las tierras del mayorazgo que Casilda disfrutaba gracias a la generosidad de Don Jaime?

Sí; aquel recurso constituía la única solución al problema de su tranquilidad y la de los suyos. La permanencia en Madrid sólo disgustos podría proporcionarle.

Además, el prolongado encierro que voluntariamente observara comenzaba a pesar a Casilda y a influir en su salud, necesitada de aire y ejercicio.

Por todas estas razones, y sobreponiéndose a la debilidad que en su corazón producía el nuevo alejamiento de Jenaro, decidió la Señorita de Solís poner por obra su proyecto, despachando a Trincas camino de Aragón para que fuera preparando lo necesario a la jornada, y ofreciendo a Don Anselmo del Castillo las ventajas de su compañía, si deseaba continuar cerca de Don Jaime en calidad de Secretario y amigo, proposición que fué aceptada con el consiguiente júbilo por parte del interesado.

Faltaba únicamente poner el proyecto en conocimiento de Doña Matutina Fernández de Solís, la sola pariente con quien contaba Casilda en Madrid, y a quien desde hacía meses no veía por encontrarse

la Corte en el Retiro, pero que acudió al primer llamamiento de su sobrina, presentándose en casa del indiano con coche y criados de las Reales Caballerizas.

El aspecto preocupado de la Azafata, así como la reserva de sus primeras palabras, no dejó de sorprender a la doncella, que, con su bondad acostumbrada, antes de tratar sus propios negocios, quiso indagar los motivos de tanto ceño.

—¿Se encuentra su merced indispuesta? ¿Ocurre algo desagradable en Palacio?—interrogó afectuosa.

—Por lo que a la salud toca—repuso suspirando la Solís—, nada ocurre que pueda *alarmarnos*, felizmente. El Príncipe camina ya por los jardines, y la nueva vida parece sentarle por días. Ya tiene varios dientes, y aunque haya sido preciso cambiarle de ama tres veces, a todo se acostumbra su compleción. ¡Dios nos le conserve! En cuanto a la *Señora*, el nuevo preñado es dichosísimo, y sólo le incomoda por los placeres de que la priva, como los de correr, andar a caballo y jugar al mallo, que tanto gustan a su naturaleza vivaz y activísima. ¡Ah! Esa gran Reina—agregó, cambiando de tono y lenguaje—siente verdaderamente las desgracias de esta Monarquía; pero lejos de abatir su valor, dijérase que sirven para aumentarlo y ponerle más a la vista.

—Quizá vuestra ilustre protectora, la Señora Camarera Mayor...

—¡Esa, esa es la que sufre por todos, Casilda! Cuando *nos fuimos* en Abril al Retiro, *pensábamos* gozar un poco de tranquilidad sin audiencias ni *cuartos chicos*. Pero sí ¡que las cosas están como para descansar! ¡De balde son las verduras y el régimen de leche de burras a que se sujetó, como

ella decía *pour m'adoucir le sang qu'on a souvent occasion d'avoir aigri*.

—¡Ay, tía! Ya le he dicho que no me hable francés, porque me avergüenza ignorarlo.

—Pues, hija, hoy más que nunca es necesario saberlo, pues de él depende todo nuestro futuro en la vida.

—¿Tan mal van las cosas de nuestros Reyes?— preguntó Casilda por fórmula, ya que la política le interesaba cada vez menos.

—¡Peor podrán ir aún si Dios no lo remedia!— declaró meditabunda la Azafata—. Y lo más sensible es que de esta hecha se acabaron los proyectos de alegría en el Alcázar, y hasta peligran las estrechas relaciones que *manteníamos* con amigas poderosísimas de Versalles! ¡Por muy bien que las personas se entiendan, nada hay más difícil que prolongar el acuerdo cuando cada una siente de un modo distinto! *Car il n'y a guére d'affaires qu'il n'y ait le pour et le contre*.

—Pero ¿no decían que este verano lo pasaban tan bien Sus Majestades con el Príncipe en el Retiro, y hasta que el mes pasado tuvieron una comedia magnífica con que les obsequió el Conde de las Torres?

—Ciertísimo. ¡Fué cosa de ver! 115 trajes mandó hacer Su Excelencia, unos más lindos que otros, gastando treinta mil duros en la fineza, y hasta el libro era producto de su ingenio, que no le hay mayor en la Corte. Pero eso era *antes*. Ahora *necesitaríamos* una tragedia diaria para elevar *nuestro* espíritu a la altura de las circunstancias. Por cierto que ya que hablamos de esto, dime: ¿por qué no viniste a la fiesta del Conde cuando te mandé invitar? ¿Qué sacas de seguir llevando esta vida tan opuesta a tu edad y a tu presente fortuna? De ello

precisamente quería hablarte, y por eso me alegré cuando recibí tu recado. Vamos a ver Casilda: ¿piensas permanecer así toda la vida?

—¿Y qué voy a hacer, Señora tía, si su merced misma esparció el cuento de mi matrimonio por todas partes? ¿Cómo voy a presentarme delante de nuestros amigos?

—Eso corre de mi cuenta—apresuróse a contestar la intrigante—. ¡Con decir que enviudaste y ahora vives con tu tío, está todo arreglado! Decídette, mujer, y no seas tonta. Ya sabes el afecto que te profeso y lo que me costó separarme de tí, pues como hija te consideré y eduqué siempre. Ahora que eres libre y has pasado de la niñez, ¿por qué no reanudar nuestra antigua vida y ayudarnos mutuamente en nuestra prosperidad? Mira, yo he cavilado mucho sobre el caso, y, si tú quieres, nada más fácil que procurarte entrada en el Alcázar, donde las dos estaríamos juntas, y la Señora Princesa se ocuparía de buscarte un buen marido entre sus conocimientos! Por mi parte, no descansaría hasta verte transformada en Señoría y hasta en Excelencia, si se tercia el caso, ya que tu caudal justifica todas las ambiciones.

—Gracias, tía—contentóse con responder firme la doncella—. Pero ni pienso cambiar de estado por ahora, ni menos abandonar a Don Jaime, que no tiene otro amparo, fuera de mí, en el mundo.

—Veo que siempre sigues siendo la cabeza dura de antaño—exclamó descorazonada Doña Matutina.— ¡Parece mentira que seas sobrina mía y que lleves sangre de Solís en tus venas! ¡Si siguieras bajo mi tutela, ya sabría obligarte a ser dichosa! En fin, haz lo que se te antoje. ¿Quieres que te envíe otros médicos de la Real Cámara para que examinen a tu enfermo?

—¿Para qué?—manifestó tristemente Casilda—. ¡Todos dicen lo mismo! Quietud, distracción, olvido... Sólo eso puede aliviarle... ¡Como si fuera posible olvidar ciertas cosas!...

Los ojos garzos de la Azafata claváronse al escuchar aquellas palabras en el pálido rostro de Casilda, que traslucía penosa emoción.

—¡Olvidar!—expresó al cabo—. ¡Bien sé por qué lo dices, y a mí no me engañas con tus mojigaterías! Lo que a ti te sucede es que aún sigues pensando en el sinvergüenza que te despreció cuando se consideró camino del triunfo, y todavía tienes esperanza de que vuelva al olorcillo de tus rentas. Pero si tal ocurriere, cuenta con que yo me opondré con todas mis fuerzas a tamaña locura, y que, si persistieras en consumarla, habrían acabado para siempre nuestras amistades.

—¡Ave María!—protestó sofocada Casilda—. ¡Qué disparate imagina su merced! ¡Tan lejos estoy de preocuparme por esa persona, que justamente la razón de pedirla que viniera a verme consiste en participarle mi proyecto de abandonar la Corte dentro de unos días y trasladarme a Aragón con toda mi casa!

—¿Marcharte tú a Aragón en las presentes circunstancias? ¿Y para qué? ¿Qué vas a hacer allí sola?—exclamó alborotada la Solís.

—Pues lo mismo que aquí: cuidar a mi tío. Con la diferencia de que allá viviremos en el campo, y nadie sabrá de nosotros ni tendremos que preocuparnos de los azares de la guerra.

—¿Estás segura de ella?—murmuró misteriosa la confidente de la de los Ursinos—. ¡Ay, Casilda! No me obligues a hablar ni a revelarte secretos que no me pertenecen; pero, créeme, y haz caso de tu tía, que tantas cosas sabe. Renuncia a esos pla-

nes, que te expondrían a mil peligros, incluso al de volver a caer en manos de Borja cuando menos lo pensaras. Quédate en Madrid hasta ver el rumbo que toman las cosas. Aquí, por lo menos, estás a mi lado, y cuentas con una defensa que no te faltará nunca, suceda lo que suceda.

El tono solemne de las palabras de Doña Matutina, y el afecto que respiraban, no obstante todas las máculas de la persona que las decía, impresionaron a Casilda, que preguntó alarmada:

—¿Acaso no marchan las cosas de nuestra tierra a satisfacción de todos?

—Pero, mujer—contestó la Solís moviendo incrédula la cabeza—, ¿en qué mundo vives que aún ignoras la pérdida de Cerdeña y de Puerto Mahón, ganadas, casi sin combatir, por el Almirante Lake? ¡Pues hija, en estos días acaba de llegarnos el Marqués de la Jamaica, Virrey que era de la primera de dichas islas, tan ufano y campante como si fuera un héroe, pretendiendo todavía el Gobierno de Méjico! ¡Y mientras tanto la armada inglesa mandando en el mar como si fuera su casa!

—¡Pobres de nosotros!—susurró Casilda—. ¡Dijérase que cada año que transcurre resulta fatal para la desgraciada España, y que, semejante a un árbol corpulento gastado por los siglos, la guerra vale privando de sus más frondosas ramas, una por una!

—Así es, en efecto—asintió doña Matutina—, y eso sin contar con la campaña de los Austriacos contra el Papa y el peligro de que Su Santidad abandone a nuestro Rey para reconocer al Archiduque, felonía que aumentaría las disensiones entre los españoles.

—¡Gracias que en Cataluña prosiguen las victorias y felizmente contamos al frente de los ejércitos con un Generalísimo como el Duque de Orleáns!

—¡El Duque de Orleáns!—protestó fuera de sí la Azafata, agitándose en su silla con la misma violencia que pudiera hacerlo la mismísima Consejera de los Reyes—. ¡No me hables de ese hombre descastado, corrompido y funesto, que no sirve para nada y ha de atraer aún sobre nosotros toda clase de calamidades! ¡Ah! ¡Si no fuera Generalísimo y yerno del Rey de Francia! ¡Si Su Majestad Cristianísima no se encontrara tan preocupado con la desdichada campaña de Flandes! Mas día llegará en que *podamos* atacar al impío y batirle con sus propias armas. Por el momento no cabe otro recurso sino disimular y sorprender sus maquinaciones por cualquier medio que se *nos* ofrezca. Y cuando *ten-gamos* la prueba..., ¡entonces!..., entonces apreciará la calidad de las personas que se atrevió a desafiar en un momento de extravío.

Alarmadísima Casilda por aquellas amenazas, atrevióse a preguntar tímidamente:

—¿Quiere su Merced dar a entender que la lealtad de Su Alteza no es segura?

La confidente de la Camarera Mayor miró compasiva a la inocente, y condescendió en manifestar su pensamiento.

—A ti, hija, se te puede aplicar una frase de la Princesa, cuando habla de la Marquesa de Maintenon, nefasta consejera del Rey de Francia: *Il faut que chacun se rende juscice en ce monde ci et ne pas voler plus haut que ses forces ne permettent.*

—Gracias, tía; aunque no comprendo la frase, ya adivino que se refiere a mi simpleza y falta de aptitudes para entrar en negocios tan importantes. Pero por más que lo intentéis, nunca conseguiréis convencerme de que el primer Príncipe francés es un felón.

—¡Pues lo es, Casilda, lo es! O por mejor decir,

¡se prepara a serlo! Y la culpa no la tiene él, aunque con los Príncipes, hija, nunca se está seguro de nada, sino los que le dirigen; sobre todo esa culebrona que nos vino de París y tiene al Generalísimo completamente dominado con sus zalame-rías y encantos.

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser! ¡Pareces boba! Adelaida de Vaureal, la Marquesa de Teruel, tu vecina, que no sé qué secreto posee para sorber el seso a cuanto hombre se le acerca.

—¡La Marquesa metida en conspiraciones! ¿Y qué es lo que intenta?

—¡Todavía no lo *sabemos* de cierto, aunque lo *sospechamos*! Y como la Madama es lista, por eso se ha apresurado a ponerse lejos de nuestro alcance. Porque ella es la cabeza de todo y la intermediaria entre París y España. En las casas de Miranda se oculta el secreto que *buscamos*, y por mucha que sea la travesura de Su Excelencia, ya *daremos* al fin y al cabo con él.

—Si la Marquesa teme algo—significó Casilda—, no regresará a la Corte.

—¡Volverá, sí, volverá, porque es valiente y comprende, además, que, sin su dirección, todo fracasaría. Lo que no sabe es la que le espera aquí, porque confía demasiado en los recursos de su astucia. Ya una vez, en Barcelona, antes de embarcar el Rey para Italia, estuvo a pique de perderse para siempre por acariciar el proyecto de seguir a Felipe V y apoderarse de su voluntad y persona, reemplazando en ellas a la Saboyana; pero aquella vez se enteró a tiempo y manejóse de modo que supo ganar la confianza de la Reina y la Camarera Mayor, hasta el punto, no sólo de perdonarle sus pecados, sino de ayudarla a embaucar al idiota Mar-

qués de Teruel, proporcionándole con él un marido y una Grandeza de España, que desesperaron a Portocarrero y a Urraca. Pero ahora no se trata de Cardenales ineptos ni de Canónigos atrabilia-rios, sino de luchar con otra rival que sabe esgrimir toda clase de armas y esconder entre sonrisas el filo de su acero. ¡Que se ande, pues, con ojo la famosa Crevecœur, porque si no atiende a las buenas, tendrá que desaparecer por las malas, y en el Alcázar es cosa resuelta su alejamiento de España!

—¿Se atreverán?... —interrogó, alarmada, Casilda.

—¡A todo! La Princesa es muy buena, pero cuando se siente hostigada o cree comprometida la felicidad de sus adoradas Majestades, no hay recurso de que no eche mano. Su decisión es tan grande que no retrocede ante nada.

—¿Ni ante... el crimen?

—¡Nunca existe crimen cuando se trata de contener la traición!

Aquellas declaraciones de la temible Azafata sumieron a Casilda en graves perplejidades sobre la conducta que debía seguir respecto de la Marquesa de Teruel y la conveniencia de ausentarse, dejando expuesta a la hermana de Renato de Vaureal a semejantes peligros.

Claro que si ella se marchaba sin prevenir a nadie de las amenazas que sobre Adelaida pesaban, la seguridad y hasta la existencia de ésta corrían evidente riesgo. Pero aun en el caso de hacer llegar directamente a Jenaro el aviso correspondiente, o de valerse de Doña Copla para poner en guardia a la Marquesa, ¿cómo salvar a ésta de un ataque inesperado, sin conocer antes por Doña Matutina el carácter y la oportunidad en que fuera a realizarse? Aquello no podía conseguirse más que permanecien-

do Casilda en Madrid y resolviéndose a obrar en el momento oportuno, pagando así la promesa hecha a Renato de ser útil a los suyos, costara lo que costara, a fin de demostrarle el aprecio que le inspiraba su conducta y el nombre por él ostentado.

La magnanimidad de la doncella triunfó al fin sobre todos los intereses; y, resuelta una vez más al sacrificio, desistió de sus anteriores planes sin decir a nadie palabra, y prometiéndose ponerlos en práctica en cuanto las circunstancias se tornasen propicias.

XXII

La rendición de la importantísima plaza de Lille el 22 de Octubre, después de sesenta y seis días de asedio por las fuerzas unidas del Duque de Marlborough y el Príncipe Eugenio; los ataques encarnizados que se llevaron con tal motivo al comportamiento del Duque de Borgoña y su falta de condiciones para dirigir ejércitos; el antagonismo entre el presunto heredero de la Corona de Francia y el Mariscal Duque de Vendôme, seguido de la desgracia de este último, casi exigida por la Duquesa de Borgoña, hermana de la Reina María Luisa; las tremendas intrigas cortesanas que caracterizaron aquel período turbio y embrollado de la política francesa; la impresión que semejantes desastres produjeron en el envejecido Luis XIV, rodeado de timoratos o devotos que veían la mano justiciera de Dios en tanta derrota; el convencimiento universal de haberse reanudado las negociaciones de paz, solicitadas esta vez directamente por el Cristianísimo, y las incontables probabilidades de que, dado el mal estado de las cosas, consiguieran por fin los Aliados vencer la resistencia del anciano Monarca,

forzándole a sacrificar a su nieto y aceptar toda clase de imposiciones humillantes, constituyeron otros tantos factores para excitar hasta el paroxismo la agitación de la Corte de Madrid, ansiosa sobre todo por conocer la actitud que la Reina y la Princesa de los Ursinos adoptarían en tan críticos momentos.

¿Acataría la Camarera Mayor, como hasta entonces, las órdenes de Versalles, empleando toda su influencia cerca de la Saboyana para convencer a ésta, y por su intermedio al Rey, de la necesidad de doblegarse ante la fatalidad y rendirse en manos de su Abuelo, abdicando la Corona de Carlos V?

¿O rebelaríase Ana de la Trémoille abiertamente contra los deseos de su verdadero Rey y las exigencias de su querida patria, negándose a persuadir a los soberanos españoles y fortificando a éstos en la actitud que adoptaran desde el principio de la guerra ante sus nuevos súbditos?

¿Llegaría el atrevimiento de aquella mujer extraordinaria a discutir y procurar convencer a Luis XIV de la equivocación que para su gloria entrañaba el declararse vencido y renunciar al último sueño de su vida?

Colocada por el azar de las circunstancias en una situación única en la historia, de la conducta que resolviera seguir la Princesa de los Ursinos dependía la paz o la continuación de la guerra en el mundo, el reconocimiento o el odio de dos países, el cariño o la antipatía de cuantos rodeaban al Monarca de Francia, la suerte de Europa entera.

Por de pronto era evidente la preocupación del Embajador Amelot, quien celebraba continuas entrevistas con Sus Majestades, de las que nada trascendía al público, siendo también notorio el trabajo asiduo de la Camarera Mayor con sus Secretarios,

y la frecuencia con que se veía a Don Luis D'Auvigny, al Príncipe de Chalais y al de Robecque, al Duque Lantí y otras personas allegadas a la de los Ursinos, en los círculos de Veraguas, Medinaceli, Bedmar y Mancera, considerados como los centros más españoles de la Corte.

Pero lo que hacía pensar a observadores y censores, autorizándoles a presumir que algo muy grave debía estar sucediendo, era la suavidad con que todos aquellos personajes extranjeros trataban a los Grandes españoles, suavidad que contrastaba con su habitual altanería respecto de cuanto fuera nacional o significara tradición.

El mismo Jenaro que, desde los días que precedieran a la fuga de Doña Serafina no había visto sino de lejos al arrogante *Don Luis*, ni había merecido atención de ninguna especie por parte de la Camarera Mayor, conducta que el militar atribuía a las malas referencias de Doña Matutina sobre su persona, vióse sorprendido por los insinuantes avances del Caballerizo de la Princesa, que le reprochó varias veces el descuido en visitarle, no obstante la simpatía que siempre le profesaba.

El rumor de que los negocios andaban cada vez peor pareció confirmarse, ya instalados los Reyes en el Alcázar, tras estruendosas ovaciones del público a Sus Majestades y especialmente al tierno Príncipe de Asturias (que sonreía y echaba besos desde la falda de su Aya, la ilustre Ursinos), gracias a la indiscreción de algunos franceses de la Cámara del Soberano, que afirmaban estar motivados todos aquellos esfuerzos de la Camarera en renovar la popularidad de sus Señores y conseguir el apoyo de los círculos netamente nacionales, por la ineficacia de sus vibrantes cartas a la Marquesa de Maintenon solicitando que Luis XIV con-

tinuara protegiendo a sus Augustos Nietos, y hasta por la amenaza de una nueva desgracia en Versalles que le fuera transmitida en respuesta a tan imprudentes observaciones.

Lo cierto fué que un día recibió Jenaro aviso de parte de la Princesa para que se presentara a la tarde siguiente en el Alcázar, antes de anocheecer, y que aquella insólita distinción tuvo preocupado al Teniente todo el tiempo hasta la llegada de la hora prescrita, en que, más cuidado aún que de costumbre el indumento, dirigióse nervioso a la morada de los Reyes.

La circunstancia de haberse fijado la visita allí tampoco dejó de intrigarle, ya que desde hacía tiempo, y sin abandonar su departamento de Palacio, poseía la Camarera Mayor un alojamiento en la Ciudad, donde solía recibir a sus amistades, y en que todo correspondía a la grandeza de su propietaria, instalada regiamente y con servidumbre numerosísima.

Fiel, sin embargo, a la consigna, encontróse puntualmente el Oficial en la antecámara de la Princesa, donde se alineaban desde muy temprano toda clase de solicitantes y pedigüeños, cambiando alguna que otra palabra a media voz con sus vecinos, dirigiendo miradas suplicantes a los Gentilshombres, Mayordomos y Señoras de Honor que de vez en cuando atravesaban el cuarto y desaparecían impenetrables tras las mamparas que comunicaban con el salón donde la de los Ursinos recibía a los privilegiados de la suerte.

Inquieto por la causa a que pudiera obedecer el deseo de verle Su Excelencia, y temiendo instintivamente alguna reprimenda o mala nueva, ya que nada tenía solicitado, permanecía Jenaro inmóvil en un rincón, esperando turno en las audiencias,

cuando, de repente, sintió clavada en él la mirada de alguien, y, volviéndose de pronto, tropezó con los claros ojos de Doña Matutina Fernández de Solís, quien, ignorante sin duda del motivo que le trajera hasta aquel sagrado recinto, no sólo trataba de pulverizarle con la vista, emulando la leyenda del basilisco, sino que, decidida cual otro Mesías a expulsarle del templo profanado por su presencia, terminó por avanzar algunos pasos, resuelta a un ataque en forma.

Afortunadamente para el decoro del Alcázar de los Austrias, en el instante de iniciarse la ofensiva, acertó a entrar Don Luis D'Aubigny, quien, descubriendo a Pereda y acercándosele familiar, invitóle a seguirle a su despacho, repitiendo de paso lo agradable que sería su visita a la Señora Princesa, pues siempre conservaba buen recuerdo de él y de la conversación que, años antes, escuchara en aquel mismo cuarto cuando se preparaba el rapto de la Duquesita de Sahagún.

La verbosidad del favorito, cuya corpulencia había aumentado considerablemente en los últimos tiempos, lejos de tranquilizar a Jenaro, aumentaba su desazón, moviéndole a desconfiar de tantas blanduras, y su desasosiego no tuvo término hasta entrar en la habitación donde recibía la Camarera Mayor con aparato de Soberana, aunque aplicándole el modesto título de *cuarto chico*.

Sin tiempo para reparar en los magníficos lienzos que lucían sobre los brocados de las paredes, adelantó el joven Teniente varias varas, cuadrándose militarmente al llegar cerca de la Princesa, y fijando la vista en ésta, que, sentada en un sillón de alto respaldo, consideraba al recién venido de pies a cabeza, como si fuera la primera vez que le tropezara en la vida.

Una de las cosas que más llamaron la atención de Jenaro, durante aquel examen, fué la perfección del atavío de la eterna coqueta, cuyas tendencias exageradamente juveniles en el adorno contrastaban con la severidad puesta de moda en Versalles por la Marquesa de Maintenon, y ofrecía ancho campo de críticas a la mordacidad de sus enemigos.

Aunque los años marcaran con inexorable huella la regularidad del semblante, aun conservaba el cutis de Ana de la Trémoille la tersura de la juventud, merced quién sabe a qué misteriosas recetas, y todos los ademanes de la gran Señora respiraban distinción, sin esfuerzo ni afectaciones de ningún género.

La cara redonda, en que los claros ojos constituían la mayor belleza, y la boca carnosa y de voluntaria expresión el mejor comentario, terminaba en una barbilla otrora perfecta, pero que el tiempo se había atrevido a subrayar con cierta papada, muy mal recibida de su dueña. El cabello, oscuro y brillante, peinábase alto, terminando en la frente por dos simétricos ricitos a cada lado, y enriqueciéndose con un hilo de perlas de sien a sien, encima del cual relumbraba una joya, mientras, verdaderos o postizos, descendían en artística profusión los negros bucles por espalda y cuello, dejando al descubierto el escote, bastante generoso y terminado en pico, sin adorno alguno que velara sus turgencias.

Grandes tiras en disminución, bordadas y adornadas con herretes de pedrería, descendían a lo largo del emballenado cuerpo, y las amplias mangas, recogidas por otros broches análogos en hombros y brazos, permitían admirar la conservación de éstos y los finísimos encajes de la camisa de la dama, quien, para disimular las líneas un tanto

desdibujadas del talle, cubriase por encima de todo con una especie de bata casi transparente, que armonizaba el conjunto de su plástica.

El defecto de vista, que la obligaba a usar constantemente el *lorgnon* de oro para estudiar la fisonomía de sus interlocutores, imprimía cierto ritmo a sus movimientos, nobles y majestuosos. El refinamiento de sus gustos movíale a rodearse de cosas artísticas o preciosas que animaran un poco la monotonía de sus ocupaciones. Y la frivolidad inherente a la casta de que procedía manifestábase con la presencia en su dorada falda de un *épagneul* microscópico y soberanamente antipático, que no se apartaba de su Señora e interrumpía inoportuno todas las conversaciones, incluso la de los Reyes.

La acogida que la Princesa dispensó a Jenaro no pudo ser más deferente, quedando absorto el joven ante la tranquilidad y el buen humor puesto de manifiesto desde las primeras palabras por Ana de la Trémoille, sentimientos que contrastaban singular y agradablemente con las caras largas y el susto reflejado en el rostro de cuantos palaciegos tropezara hasta entonces.

Lejos de referirse a los sucesos de actualidad ni a nada que tuviera atingencia política, las primeras palabras de la ilustre dama fueron para rememorar sucesos pasados, demostrando conocimiento exacto y completo, no sólo de cuanto Pereda había hecho desde la jornada de Salamanca, sino de su valeroso comportamiento después de la fuga de Barcelona y en la campaña de Lérida el año anterior.

Las delicadas alusiones al aprecio que un Señor tan difícil como el Duque de Veraguas experimentaba por su persona; las bromas espirituales sobre las asperezas atribuidas a Doña Leonisa de Ornano; el recuerdo afectuoso del pobre Renato de Vaureal,

«alma de oro en cabeza de pájaro», y el escepticismo de la Princesa respecto de sus amores con la Niña de Plata, no impresionaron tanto a Jenaro como ciertas vagas referencias, confirmatorias de los cuentos de la Condesa de Palma en Alcalá, a las pretensiones del Conde de Ecija y el convencimiento manifestado por la Camarera de que aquel Señor no había renunciado aún a disfrutar la colosal fortuna de Doña Serafina.

—¡Lástima que la Duquesita esté en Barcelona, y no podáis raptarla de nuevo para traérnosla aquí, Señor de Pereda!—expresó la sugestiva voz de la Camarera Mayor—. ¡Esta vez sí que os ayudaríamos con un ejército, si fuera menester, a fin de triunfar en la empresa de rescatarla de sus verdugos! Su Majestad la Reina sigue queriéndola siempre, y hasta me pone celosa cuando habla de ella; más, a pesar de todo, yo transigiría con su rivalidad, porque me constan los sentimientos borbónicos que siempre conserva y tanto la distinguen del resto de su familia.

Escuchando aquellos conceptos, que deleitaban y parecían más insinuantes aún, gracias al puro francés en que eran expresados, Jenaro, que sólo conocía por referencias o imitaciones el personalísimo modo de hablar de Ana de la Trémouille, dejábase llevar por el encanto que fluía de su charla, reconociendo allá para sus adentros que, cuando la de los Ursinos se lo proponía, ganábase fácilmente la voluntad y simpatía de cuantos la trataban.

En el curso de la conversación, y como si se mezclara naturalmente a ella, acertó a pronunciarse el nombre del Canónigo Urraca, y Su Excelencia preguntó entonces a Pereda si sabía por qué Don Juan Antonio había renunciado el Obispado de Jaén que Su Majestad le ofreciera meses antes, y

al que tantos títulos le daban derecho, mientras no llegara otra ocasión de recompensar más ampliamente sus méritos.

Jenaro limitóse a responder entonces que ignoraba en absoluto a qué causas obedecía la decisión de su tío, pues no le había oído hablar nunca de aquel asunto, pero que tal vez influyera en su ánimo el deseo de acompañar en sus últimos años al Cardenal Portocarrero, de cuyo afecto recibiera tantas pruebas.

—Su Eminencia—manifestó respetuosa la Princesa—es el español más ilustre que conozco y a quien mayor gratitud deben Sus Majestades y la Casa de Borbón. Por ello eternizará su nombre la historia y será colocado por la posteridad entre los personajes y los héroes nacionales. Bien es verdad que si pudo llevar a cabo la empresa más difícil que registra nuestra época, débese en buena parte el milagro a la colaboración e inteligencia de vuestro tío el Señor Urraca, verdadero modelo de hombres fuertes y tenaces. Por cierto que alguien me ha dicho que Su Reverencia no gozaba últimamente de la salud acostumbrada. ¿Sabéis algo de tan desagradable novedad? ¿Sentía algo cuando le visitasteis en Alcalá?

Jenaro repuso inocente que nada había notado de anormal en aquella ocasión, pero que Don Juan Antonio trabajaba demasiado y cualquier día estaba expuesto a tener un disgusto.

—¡Sí!—afirmó la Camarera Mayor—. ¡Todos debiéramos cuidarnos y atender un poco a nuestras complexiones! ¡Pero esto, que es fácil de decir, resulta imposible en la práctica! Las negociaciones, por ejemplo, con Roma, que tanto nos preocupan a todos por las consecuencias que pueden acarrear, deben aumentar terriblemente en estos días la ta-

rea de Su Reverencia, encargado de ellas gracias a la confianza absoluta que le dispensa el Cardenal, y estoy segura de que, si tratara de substraerse a la ímproba labor que representa sólo la correspondencia con la Santa Sede, no faltaría algún empleado de la Nunciatura, o el mismo Señor Nuncio Zondadari en persona, que emprendiera viaje a Toledo para recordarle sus compromisos y exigir su atención. Apuesto cualquier cosa a que vos mismo, Señor Pereda, encontrasteis alguna vez a Su Ilustrísima en el Palacio Arzobispal durante vuestra permanencia, o supisteis que se preparaba a visitarle.

—No, Señora—contestó cándido Pereda—. Puedo afirmar a Vuestra Excelencia que nada vi ni escuché en tal sentido, aunque no sería difícil que suceda o haya sucedido en efecto.

—Todo lo cual demuestra—terminó diciendo Ana de la Trémoille—que si pretendemos conservar a nuestro querido Don Juan Antonio, que tanta falta nos hace, será menester que vos, su único sobrino, nos ayudéis también a decidirle para que acepte un puesto tranquilo como el que se le ha ofrecido, o cualquier otro que vaque. Inútil creo añadir que, si lo consiguierais, tendríais derecho a solicitar en cambio la merced que se os ocurriese. Siempre—añadió sonriendo—que no fuera la de levantar el destierro a la Señora Princesa de Ornano, tan interesada por vuestros adelantos, a pesar de toda su insensibilidad

La cortesía de aquellas frases y el silencio que las siguió hicieron creer a Jenaro que había terminado la audiencia, en vista de lo cual solicitó permiso para retirarse, siéndole concedido graciosamente por la Princesa, que añadió amable:

—*Croyez, Monsieur Pereda, que vous n'aurez ja-*

mais d'amie ni plus sincere que voi, ni que s'intéresse davantage a votre satisfaction.

Antes, sin embargo, de llegar a la puerta de salida, llamóle nuevamente la de los Ursinos para preguntarle en tono indiferente si, como tan amigo de la familia Vaureal y tertuliano de la Marquesa de Teruel, tenía alguna noticia del regreso de ésta.

—No, Señora; nada sé respecto de él—murmuró Jenaro, quien al escuchar el nombre de Adelaida había enrojecido hasta la raíz del cabello.

—¡Qué lástima!—agregó distraída la Camarera Mayor—. Eso indica que tal vez no vuelva sino acompañada de Su Alteza Real el Duque de Orleans.

En el asombro que le produjeron estas palabras, y olvidándose de todas las etiquetas establecidas, atrevióse a preguntar Jenaro:

—Pero ¿está la Señora Marquesa en Cataluña?

Al escuchar aquella osada interrogación, lejos de ofenderse la Princesa, pareció completamente suspensa, y volvió a mirar con su *lorgnon* al gallardo Oficial.

—¿Cómo?—articuló al fin—. ¿Verdaderamente no lo sabíais?

Jenaro balbuceó una negativa, sintiendo aumentar su turbación.

—Pues es extraño—continuó diciendo Ana de la Trémoille—, muy extraño que nuestra amiga guarde reserva sobre una cosa tan pública, ya que todo el ejército ha sido testigo de sus repetidas visitas al Cuartel General y de los obsequios y galanterías que han ofrecido en su honor, no sólo nuestro Generalísimo, sino el propio Lord Stanhope, que la conocía de París, y en diversas ocasiones le ha enviado saludos y presentes, llegando en su admiración a darle un gran banquete. Bien es verdad que todo

se lo merece tan hermosa y discreta representante de las elegancias francesas.

Alguien, que Pereda no pudo identificar, vino en aquel momento para llamar a la Camarera Mayor de parte de la Reina.

—*Excusez moi Monsieur*—murmuró la gran Señora, levantándose acto continuo del sillón y tendiendo la mano al Teniente, que la besó respetuoso—. *La Reine m'envoie chercher dans ce moment pour faire une partie d'ombre ou je reponds par avance que SS. MM. me tromperont puisque les jours memes qu'elles vont a confesse, elles n'en font aucun scrupule.*

Procurando ocultar su despecho y la indignación que le ahogaba, después de hacer un último saludo a la Camarera Mayor, que se alejaba solemne, retiróse Jenaro por donde había venido, encontrando vacío el despacho de *Don Luis*, y saliendo de él a otro cuarto y de éste a una galería sin luz que terminaba en una escalera estrecha.

Desorientado en aquel dédalo de corredores, no obstante toda su experiencia del Alcázar, vino a dar finalmente a un patio conocido, cuya entrada custodiaban algunos centinelas de la guardia valona, que departían, fumando sus pipas, con varios palafreneros y oficiales de Caballerizas.

Ya iba a dirigirse a cualquiera de ellos para que le franquearan las puertas, cuando comenzó a escucharse rodar de coches y galopar de caballos que se aproximaban rápidamente.

Como si en el mismo instante fueran evocados por algún encantador, surgieron por todas partes, provistos de hachas y faroles encendidos, a causa de la obscuridad, criados de la Real Casa muy galoneados y compuestos, que se apresuraron a abrir de par en par las anchas hojas que daban al exte-

rior, mientras allá arriba, en el primer piso, iluminábase un balcón, tras cuyos vidrios aparecían indecisas dos figuras de mujer.

—¡Su Majestad! ¡Su Majestad!—comenzaron a repetir por todas partes, y, efectivamente, a los pocos segundos, en desenfrenada carrera, y precedido o circundado de guardias, ballesteros, cazadores y otros empleados de menor cuantía, que seguían a su Señor como les era dable, apareció la carroza tirada por seis mulas, blancas de espuma, de la que no tardó en descender Felipe V, a quien acompañaba como siempre el Duque del Arco, su Primer Caballerizo y persona de confianza.

Jenaro, que escoltaba muy a menudo al Rey, pero que desde hacía algún tiempo no le contemplaba tan de cerca, quedó sorprendido por la expresión de casancio e insensibilidad reflejada en aquel rostro curtido por el aire y el sol, donde poco a poco iban desapareciendo las proporciones que pocos años atrás le hicieran tan atractivo y gracioso. Sin cuidarse para nada del aliño del traje, arrastrando perezoso los pies y moviéndose con dificultad, adelantó el Soberano algunos pasos, hasta que, levantando maquinalmente la cabeza, descubrió la ventana abierta en que la Reina, acompañada de su Camarera Mayor, le saludaba con el pañuelo, permitiendo contemplar desde abajo su carita simpática, aunque bastante flaca y desmejorada desde el nacimiento del Príncipe de Asturias.

El rostro de Felipe V transformóse como por ensalmo al divisar a su Augusta Esposa, reproduciendo por breves instantes la expresión de la adolescencia, y animándole a gritar con potente voz:

—*¡Bonne chasse, Madame! ¡Cinquante lièvres, quatre chevreuils, soixante dix perdreaux et deux loups!*



Acto seguido entró en Palacio, seguido de su séquito, y Jenaro aprovechó la oportunidad para abandonar el recinto, donde nada se veía ya por ser noche cerrada.

Mientras se alejaba no pudo reprimir un suspiro el amigo del Príncipe de Taurisano, recordando lo que se contaba del Monarca en el secreto de las casas de Madrid, y las murmuraciones que corrían por campamentos y ciudades sobre los vapores de Su Majestad, su pasividad e inclinación a la melancolía, su pereza e indiferencia por cuanto no fuera la Saboyana, su esclavitud doméstica y su predilección constante por la patria que le diera el ser, y a la que seguía dedicando sus mejores pensamientos.

XXIII

Pronto, sin embargo, desapareció todo de la mente de Jenaro, para no pensar sino en las revelaciones de la Princesa de los Ursinos respecto de Adelaida, y en la permanencia de ésta junto al Duque de Orleans, en el mismísimo Cuartel General, osadía nunca intentada por favorita alguna, ni aún en el desorden de la juventud de Luis XIV.

¿Eran aquéllas las «altísimas razones que le era imposible revelar», y que habían motivado su alejamiento de Madrid, haciéndole escribir una carta embustera para soliviantar de nuevo los sentimientos del desterrado?

No; semejante doblez no podía ser excusada ya por la pasión política ni por las amistades de la dama con el fanfarrón del vicio; el acto que acababa de realizar la Marquesa de Teruel equivalía a declararse pública y cínicamente como amiga de Su Alteza ante todos los ejércitos, y la conducta se-

guida respecto de Jenaro tenía un nombre en castellano, preciso y rotundo, nombre que solía aplicarse a las actividades femeninas, refiriéndose a hembras de otro linaje.

Decepcionado Jenaro, aunque resuelto esta vez a disimular para no entretener a la gente, limitóse por el momento a seguir al corriente, por intermedio de Nardo, de las novedades que pudieran ocurrir en las casas de Miranda, prestando mayor atención aún que antes a los sucesos de la guerra, de cuya suspensión dependía la vuelta de la traidora.

No tardó ésta en anunciarse, pues, agotadas las energías borbónicas, o combatidos los planes estratégicos del Generalísimo por alguien muy poderoso, habíase renunciado a proseguir seriamente la campaña, contentándose uno y otro ejército con observarse y ocupar alternativamente villas o poblados, operaciones que daban lugar a frecuentes encuentros, sobre todo entre forrajeadores y partidas avanzadas, pero que no reconocían por víctimas sino a los naturales del país, saqueados y maltratados, por turno, de amigos y enemigos.

Poco tiempo después, en efecto, verificábase el regreso de Adelaida, siguiéndole casi inmediatamente el del Duque de Orleans, quien, de paso en la Corte, proponíase saludar a los Reyes antes de emprender viaje a París.

Dominando el afán de abocarse con la infiel para oír de sus labios las explicaciones de sus indisculpables artificios, y humillar su orgullo con el desprecio más absoluto, pudo Jenaro contenerse y esperar algunos días un aviso que su vanidad creía inevitable; mas desalentado ante la reserva de la Madama, que no llevaba trazas de acabarse, y ansioso por deslindar situaciones, decidió salir al fin de su inacción comprobando por sí mismo, ya

que de nadie se fiaba para el caso, lo que realmente sucedía en aquella residencia equívoca, donde la suspicacia palaciega imaginaba el foco de conspiraciones adversas a Felipe V y a su Augusta Esposa.

Una de las primeras novedades que en sus frecuentes rondas llamó la atención del Oficial, fué la inusitada afluencia de visitas masculinas al palacio, conocidas unas y desconocidas las más, así como el topar continuo por las vecindades de la plazuela de las Carboneras con paseantes o parejas, cuyo aspecto más parecía de esbirros que de enamorados o transeúntes.

Otra el aumento considerable de servidumbre en el caserón, donde abundaban caras nuevas, aunque no españolas, comenzando por la del imponente suizo que custodiaba la entrada y hacía las delicias del público infantil con su gran sombrero argentado y la enorme porra de plata que sostenía en la diestra.

Indiferente, sin embargo, a los comentarios y juicios que pudieran circular en el Alcázar o en la Ciudad, así como al espionaje de que eran objeto y debían conocer, persistían los habitantes de las casas de Miranda en recibir a cuanto personaje llamaba a las puertas, abiertas de par en par a ciertas horas de la tarde y aun de la noche, para esperar la carroza de Su Alteza Real el Duque de Orleans, infaltable contertulio de la divina Marquesa.

Temiendo ser reconocido por ésta o alguno de sus criados, sobre todo por Doña Copla, cada vez más favorecida de Adelaida, cuya mansión apenas si desamparaba, había recurrido Jenaro desde un principio al disfraz, vistiendo de particular y recatándose cuanto podía de la indiscreción de los curiosos; pero todas aquellas precauciones no impi-

dieron que su presencia fuera señalada pronto, y hasta que se le siguieran varias veces los pasos a fin de identificar su persona.

Cierta noche, singularmente, en que, libre de servicio el joven, y muy embozado en la capa, salía de su posada con ánimo de proseguir las investigaciones que tanto le interesaban, dióse cuenta, cerca ya de las Calatravas, de que dos individuos caminaban detrás de él a prudente distancia, y creyendo que pudiera tratarse de Nardo y Anselmo, cuidadosos de su seguridad, detúvose al llegar al Buen Suceso para sorprenderlos y reprenderles como merecían.

Grande fué la estupefacción de Pereda al tropezar con dos desconocidos que pasaron de largo, perdiéndose a poco en las obscuridades de la calle de Carretas; pero mayor resultó aún su indignación cuando, siguiendo por la calle Mayor, notó a poco el taconeo de sus perseguidores, que habían crecido en número, elevándose hasta cuatro.

Recurriendo entonces a su práctica de las vías cortesananas, dobló por una calleja, y tras ésta por otra, hasta extraviar a los matones, conseguido lo cual volvió a salir a la rúa principal para dirigirse a las casas de Miranda, que al fin descubrieron sus ojos, cercadas de coches y plebe, iluminados balcones y ventanas, dejando llegar hasta la plaza el eco de músicas, cual si en su interior se celebrara alegre fiesta en honor de alguien.

Fastidiado Jenaro con aquella novedad, y huyendo de la claridad que podía identificarle, refugióse instintivamente en la sombra del callejón de los Azotados, parándose en la misma esquina y en el mismo sitio donde meses antes le hiciera divisar Tita el bulto de la mujer enmantada, causa y principio de sus posteriores desazones.



Una vez allí, levantó la vista hacia el balcón inolvidable de la alcoba de Adelaida, que permanecía en una penumbra sospechosa, y, apenas comenzaba su memoria a trabajar, como aun tenía por costumbre, prendióse luz en el aposento, dibujándose en la opaca superficie de los vidrios dos siluetas, una de mujer y otra de hombre, algo confusas al principio, pero que no tardaron en volverse más distintas y perceptibles, haciendo latir precipitadamente el corazón de Pereda.

Llegadas junto a la ventana, y pudiéndose reconocer perfectamente el alto tocado y los adornos peculiares a la elegancia de Adelaida, fueron ambas sombras acercándose, como si se buscaran; los brazos del hombre rodearon el busto de la dama, y los rostros acercáronse lentamente hasta unir las bocas en un beso prolongado, que parecía no iba a terminar nunca.

Loco de furor Jenaro, y recordando en aquel momento que aún poseía la llave de la vecina puerta, abalanzóse hasta ésta, dedidido a promover el escándalo, castigando a la mala mujer que así le burlaba; mas al penetrar en la obscuridad del zaguán, sintióse atacado por varias personas que le sujetaron por los brazos hasta privarle de todo movimiento. Alguien cubrió su cabeza con un paño, y como aun intentara defenderse el valiente mancebo, recibió varios golpes en la cabeza que le hicieron perder el sentido.

Al recobrarlo, después de un espacio de tiempo que no le hubiera sido posible determinar, encontróse tendido sobre un lecho monumental y dentro de una habitación espaciosísima, en cuyos muros lucían numerosas pinturas.

Incorporándose asombrado, y creyendo soñar, dió algunos pasos, deteniéndose frente a un retra-

to de la Reina Doña Mariana de Noeburgo, que reflejaba todo el orgullo y la inconsciencia de aquella Soberana, nacida para no inspirar amores en la vida.

—¡Contempladla despacio—exclamó una voz en francés, a sus espaldas—y ved en ella un ejemplo de la fragilidad de nuestras grandezas!

Jenaro volvió al punto el rostro, y encontróse frente a Su Alteza Real, Felipe de Orleáns, que le consideraba risueño.

La naturaleza, según decía su madre, la alemanísima *Madame*, parecía haber concedido al Duque cuantas cualidades son apetecibles en la tierra, cual si, convidadas todas las hadas a su nacimiento, hubieran dotado al tierno infante de talentos inestimables.

Por desgracia, olvidaron los cortesanos del *Palais Royal* a una vieja hechicera, desaparecida hacía tanto tiempo del mundo que nadie se acordaba ya de ella, pero que, ofendida con el desaire, llegó, apoyándose en su bastón, a tiempo que las brillantes compañeras retirábanse, aparentando no verla. Aumentando con esto su enojo, vengóse de unos y otros obsequiando al Principito con el don de que no le sirvieran para nada todos aquellos talentos que acababa de recibir, y que, efectivamente, nunca pudo utilizar el futuro Generalísimo, aunque siempre los conservara.

De estatura más baja que alta, carnes medianas, rostro ancho y agradable, color subido, cabellos y peluca negros, y aspecto más francés que germano, aunque sin recordar para nada los afeminamientos del padre, observábanse de cerca algunos defectos en el Duque procedentes de sus campañas, tales como la debilidad y continuo parpadeo de un ojo y la dificultad de movimientos en la mano izquierda.

Desconcertado Jenaro ante la aparición de Su Alteza, y combatido por distintos sentimientos, no tuvo sin embargo más remedio que escuchar las explicaciones del de Orleáns, quien, usando de términos en extremo amables, íbale dando cuenta de las razones que habían motivado aquel verdadero raptó, en que tanto eran de lamentar los malos tratos infligidos por necesidad y contra sus instrucciones al animoso héroe de la aventura.

—Perdonadles, Señor Teniente—continuó diciendo el Príncipe—, y disculpadme además si, para excitar convenientemente vuestra cólera frente a las casas de Miranda y decidiros a obrar como lo hicisteis, único medio de apoderarnos de vuestra persona sin escándalo público, me he valido de la complicidad de uno de los Oficiales de mi Casa, y de la picante *Demoiselle d'honneur* de la Marquesa de Teruel, vuestra gran amiga Tita, cuyas eran las sombras que visteis desde el callejón. A la travesura de la segunda, que parece conoceros bien, se deben todos los detalles del lance, incluso las persecuciones que os han molestado estos días, y que resultaban necesarias para convencernos de vuestra identidad.

La pregunta que pugnaba por salir de labios de Jenaro encontró anticipada respuesta en estas palabras de Su Alteza, pronunciadas con un acento que no admitía dudas sobre su veracidad:

—Como podéis suponer, la Marquesa ignora en absoluto vuestra presencia en esta casa, y mis planes al forzaros a venir como lo he hecho. Ellos obedecen únicamente al deseo de hablaros sin testigos, aquí, donde sabía que nunca acudiríais, aunque os hubiera llamado en cualquier forma, guiado de las mismas aprensiones que os hicieran desertar las casas de Miranda a mi llegada a la Corte,

y renunciar obstinadamente después el honor de servir a mis órdenes, cuando os mandé ofrecer un puesto de confianza por el conducto que sabéis.

Jenaro intentó disculparse, balbuceando algunas explicaciones; mas, percatándose de su turbación, continuó diciendo el Duque con voz natural y afectuosa:

—Nada tenéis que reprocharos, *Monsieur* de Pareda, pues aunque yo no los comparta ni los haya visto nunca en torno mío, me doy perfecta cuenta de vuestros escrúpulos, y nunca me hubiera resuelto a secuestraros e imponeros mi compañía si no fuera por cierta persona a quien veo sufrir desde hace mucho tiempo, y por quien me intereso demasiado para pagarle los enormes sacrificios hechos a mi causa, dejándola sola en Madrid, expuesta a mil contratiempos y sin el único consuelo que España puede ofrecerle en medio de sus tribulaciones.

—Esa persona—murmuró Jenaro—podía haberme llamado, en la seguridad de que cualquier palabra suya hubiera equivalido para mí a una orden.

—¡Conocéis poco a las mujeres, Señor Teniente, si esperabais eso!—repuso el de Orleáns, añadiendo después, convencido—: Lo cual nada tiene de singular; yo tampoco las comprendo mucho, a pesar de haber transcurrido mi existencia entre ellas desde los trece años, y... contar ya treinta y cuatro... Pero a mí, con tal que sean amables, hablen bien, beban bien y... lo demás, me basta; no obstante lo cual dudo mucho que ninguna me haya sido fiel del todo.

A continuación extendióse Felipe de Orleáns en caballerosas explicaciones sobre la índole de sus amistades con Adelaida, amistad en que nunca en-

trara nada de pecaminoso, por datar de sus primeros años, cuando los Condes de Vaureal formaban parte de la turbulenta Corte de *Monsieur*.

—¡Razón de más, entonces, para evitar misterios conmigo y explicarme claramente el motivo de sus acciones!—insistía, terco, Jenaro.

Contrariado ante aquella resistencia del hidalgo, a dejarse persuadir, y resuelto a convencerle, vaciló unos segundos el Duque de Orleáns, manifestando al cabo:

—Ya veo que nada basta de cuanto os afirmo para resucitar vuestra confianza en una amante que nunca ha dejado de serlo para vos, y, como me he propuesto llegar al último extremo con tal de convenceros y justificar a la Marquesa, voy a descubrir el misterio que desfigura todas nuestras acciones y que jamás Adelaida os revelaría, a pesar de su afecto, seguro de que vuestro honor os impedirá traicionarnos, aunque, si otra cosa ocurriera, sólo demostraría la persistencia del fracaso en cuanto proyecto imagino.

Acto continuo, transformándose en otro hombre, y valiéndose de los términos más nobles y expresivos de su idioma, comenzó a explicar el yerno de Luis XIV la gravísima situación por que atravesaban los intereses de Felipe V en Versalles desde hacía meses, a causa de las exigencias de los Aliados, cuya primera condición para firmar la paz consistía en exigir el regreso del Duque de Anjou a Francia y el abandono total de España por parte del Monarca Cristianísimo.

De tal posibilidad, que cada día iba tornándose más probable, dimanaban las complicadas negociaciones iniciadas desde el regreso de Su Alteza a España, los discretos trabajos realizados por Adelaida para crear al Duque un partido entre los des-

contentos del Gobierno, y hasta los tratos reservadísimos, mantenidos últimamente con Inglaterra, por intermedio de la Marquesa y el General Stanhope, que habían dado por resultado el convencimiento de que a los Ministros de la Reina Ana les era indiferente cualquier persona que ocupara el trono de Carlos II, siempre que la Monarquía española no volviera a reunirse nunca a la de Francia o Alemania.

En estas circunstancias, él, Felipe de Orleáns, contando con la autorización tácita de Luis XIV, estaba decido a no renunciar sus derechos a la corona de los Reyes Católicos, y a defenderlos en nombre propio al frente de las tropas, desde el momento que Felipe V transpusiera los Pirineos, acompañado de su Augusta Familia.

—En labor tan ardua—concluyó manifestando el Generalísimo—y en que nunca hubiera entrado yo por impulso de mi genio, pues lo único que me seduce en la existencia es guerrear una parte del año y divertirme el resto a mi gusto, sin tener que dar a nadie cuenta de mis acciones, el alma, el instrumento, la mediadora, el todo, ha sido la Marquesa de Teruel, a quien primero ocurrió la idea, y que, desde entonces ha sabido vencer mis vacilaciones y escrúpulos con su habilidad de mujer superior. Vos ignoráis, *Monsieur* de Pereda, a pesar de conocerla tanto, hasta dónde llega su audacia y el poder de su inteligencia. Conmigo, que desde niño estoy acostumbrado a no fiarme de nadie, ha conseguido lo que nunca logró otra mujer: el mezclarse y participar en todos mis secretos. Lo cual constituye la demostración más evidente de que Adelaida no es, ni ha sido nunca, mi amante, aunque otra cosa crea el mundo, pues yo no soy persona que acostumbre a mezclar la política con

la bagatela, como hacen hoy tantos Príncipes, y sé, además, por mi desgracia, que nunca me distinguirá Adelaida de Vaureal con su complacencia mientras viva cerca de vos, a quien hace tiempo entregó el corazón.

A medida que el de Orleáns avanzaba en su discurso, la fisonomía de Jenaro reflejaba tan a las claras el apuro del joven militar, viéndose mezclado contra su voluntad en aquellas peligrosísimas intrigas, que, compadecida Su Alteza, terminó por añadir con suprema majestad:

—¿Comprendéis ahora, Señor Teniente, el motivo del silencio de la Marquesa de Teruel y sus disimulos para con vos? No creáis, sin embargo, amigo mío, que en cuanto acabáis de escuchar existe el menor compromiso para vuestra persona, ni la más mínima insinuación para que abandonéis el partido que jurasteis defender. Si os he confiado lo anterior, ha sido únicamente con el propósito de demostraros la equivocación que padecíais respecto del género de amistad que me une a la Marquesa de Teruel. Si ésta se hubiera equivocado al juzgaros y no fuerais la persona que su afecto me pintó, sois muy dueño de ir ahora mismo a denunciarme ante la Princesa de los Ursinos, en la seguridad de que tal prueba de lealtad os valdrá la fortuna y los mayores honores.

Jenaro protestó violentamente de semejantes hipótesis, confundiéndose en excusas por su obcecación pasada.

—¿Fiáis entonces en la palabra del primer Príncipe de la sangre de Francia, cuando os reitera que nada existió ni existe entre él y nuestra común amiga que pueda avergonzaros ni haceros rechazar su amor?—preguntó solemne el Duque de Orleáns.

Y ante el movimiento de Pereda, declarándose

vencido, tendióle el Príncipe la mano, añadiendo con sencilla nobleza:

—¡Ya veo que merecéis todo el cariño que os profesan y que tanto os envidian dentro y fuera de España! Gozad de él sin inquietudes, y, por lo que a mí toca, Rey, o simplemente Duque, podéis contar siempre con mi amistad y mi estimación, *Monsieur* de Pereda.

Acto seguido, y por una reacción natural a su complicado modo de ser, en que quizá entrara el prurito de no mostrarse conmovido ante un extraño, o el de alardear de cínico, como era su manía, cambiando de voz y maneras, propuso el Duque a Jenaro sellar el pacto de su fresca y desinteresada reconciliación bebiendo juntos una copa de *champagne* en compañía de varios amigos congregados allí cerca.

Pereda, que no esperaba nada de aquel género y considerábase obligado, después de lo ocurrido, a consentir cuanto Su Alteza le propusiera, inclinóse respetuoso ante Felipe de Orleáns, siguiendo a éste por varios salones vacíos hasta llegar a uno resplandeciente de luces, donde veinte o treinta personas, sentadas alrededor de varias mesas cubiertas de manjares y botellas, les recibieron con alegres vítores, que ponían bien de manifiesto la exaltación de sus espíritus y la intemperancia de sus pasiones, libres de todo freno, incluso el del respeto al anfitrión y a sí mismos.

XXIV

—¿No ha llegado aún el Niño Malo? ¿Perderá la apuesta?—preguntó apenas llegado el Duque, notando la ausencia del segundón de Teruel, y

dirigiéndose a un grupo que se adelantó a su encuentro.

Formaban el bullicioso conjunto numerosos franceses de distinción, que constituían la comitiva habitual del Generalísimo, tales como el Conde de Chatillon, el Marqués de Crevecoeur, pariente del primer marido de Adelaida; el Conde de Fontpertuis, Monsieur Renault, el Marqués de Nancre, el Duque de Havré y algunos Señores españoles famosos por su buen humor, cual el Marqués de Torrescusa, el Conde de Ecija, Don Melchor de Breacamonte, Don Pedro Lanini y hasta el modesto Gerardo Lobo, traído hasta allí por los empeños de un capricho mujeril.

Alternando con tan conspicuos personajes, veíanse los astros más refulgentes de la galantería madrileña, luciendo plumas y diamantes como la opulenta Jusepa, derramando ingenios como la excelsa Flora, o aturdiendo con su charla italo-española como la ilustre Georgina, el ídolo del Duque de Medinaceli, que se encontraba allí para proteger los primeros pasos en el mundo de su sobrina Giuseppina, imposibilitada, gracias al Conde de Ecija, de contemplar el porvenir en los vasos de agua con su anterior inocencia.

También se encontraban presentes varias far-santas de la Compañía de Trufaldines, actrices rezagadas de la compañía francesa de Procopio, sacerdotisas más modestas de los corrales de la Cruz o el Príncipe, y, triunfando sobre todas, por el lujo y desenvoltura de lenguaje, la gran *Mademoiselle Tita*, la famosa Latina, la camarista de la Marquesa de Teruel, que, realizando el ideal de su vida y alejada de los malos tratos de Nardo, merced a un capricho del Marqués de Crevecoeur, disponíase a dejar también España para trasladarse a París, en

cuyos escenarios brillaría como bailarina sin par, gracias a los poderosos influjos de todos los familiares del *Palais Royal*.

Aquel ascenso enloquecedor en el teatro del mundo, así como las joyas y galas que realzaban sus encantos, transformándola por obra del antojo masculino en una apariencia de gran señora, habían acabado de trastornar el intelecto de la ambiciosa francesita, haciéndola creer en la benignidad de su hado y en el poderío de la insolencia para dominar a los hombres, tratándoles a puntapiés.

La emulación natural a toda cortesana de rumbo hacía, por otra parte, que las celebridades consagradas, como Flora, Georgina y Jusepa, siguieran con visible enojo los manejos de aquella principianta atrevida que nada respetaba, y ya se habían cruzado miradas ponzoñosas y frases hirientes entre la futura estrella y las pasadas eminencias, cuando la llegada de Felipe de Orleáns y Jenaro vino a contener el nublado que se aproximaba, imprimiendo mayor ímpetu y animación a la orgía.

La mala impresión, no obstante, que produjo en Pereda la presencia del Conde de Ecija, cuyas pretensiones cerca de la Niña de Plata vinieron inmediatamente a su memoria, así como el asombro de encontrar allí a la complaciente servidora de sus amores y ver confirmadas las recientes palabras de Su Alteza, impidieron por de pronto intervenir al joven en la conversación, resignándose a oír las explicaciones de *Mademoiselle Tita*, quien, olvidando unos segundos el encumbramiento de su estado, participábale protectora la necesidad de regresar cuanto antes a las casas de Miranda para consolar a Adelaida, que nunca había cesado de adorarle y debía encontrarse muy sola, pues la

nueva doncella que le servía era bastante torpe, aunque bien intencionada.

Las mujeres rodeaban en tanto al Príncipe, que bebía copa tras copa, saboreando las historias del Conde de Ecija y perdiendo la noción de las cosas.

Como alguien del grupo se asombrara del poco vino que necesitaba el Duque para embriagarse, Su Altera declaró que aquel era un defecto de naturaleza que alguna vez le había contrariado, especialmente en España, donde la gente era tan severa con las Personas Reales, y, a fin de demostrarlo, refirió una historia, salpicada con toda clase de obscenidades, de lo sucedido en cierto convento de Cataluña donde le obsequiaran con uvas borrachas, que, apenas probadas, causaron tal alboroto en sus potencias, que le movieron a repetir delante de las monjas una porción de horrores e historias del peor gusto.

Mientras así se expresaba Su Alteza, Jenaro consideraba pasmado el cambio absoluto del Príncipe, que poco antes le admirara por la dignidad desplegada ante él.

Imposible parecía que la persona capaz de alcanzar aquel grado de altura en sus miras y aquella atracción en sus discursos, fuera la misma que se dejara tratar como un igual por los viciosos *roués* que le circundaban, y, de vez en cuando, se atrevían a dirigirle conceptos en que se transparentaba la falta de consideración y hasta de afecto que sentían por el Duque.

Lastimado interiormente ante semejante desacato y deplorando las contradicciones que muy a menudo suelen deslustrar los caracteres más notables, sintióse llamar de lejos por una voz conocida que pertenecía a Flora, el sol ineclipsable de la escena española y antiguo entretenimiento de amor

para el Guardia de Corps durante la inolvidable época de Toledo.

Los aplausos y las nuevas conquistas no habían dejado olvidar a la famosa histrionisa su aventura con el Cadete, a quien Josepa recordaba también desde el tiempo de Taurisano; y, con tales antecedentes, ayudados por el carácter comunicativo de ambas cómicas, pudo establecerse al punto entre los tres aquella intimidad deliciosa y singular que sólo es accesible a las personas para quienes nada existe de desconocido en los cuerpos de sus interlocutores, y que no han envilecido su pasajero abandono con rencores ni desprecios inoportunos.

La circunstancia, además, de encontrarse junto a Flora el saladísimo Gerardo Lobo, íntimo de Pereda y último capricho de la eximia actriz, contribuyó a disipar la primera impresión de disgusto que en el Teniente produjera la fiestita del Palacio de Uceda, moviéndole incluso a tomar parte más activa en ella.

Las fanfarronadas del Conde de Ecija, los extremos de la excitada *Mademoiselle Tita*, dispuesta a emular cuantas perversiones había oído referir del Generalísimo, así como el prurito de los concurrentes por adular a Su Alteza con alardes de ateísmo evidentemente exagerados, provocaron en Jenaro algunas observaciones sobre las singularidades del Príncipe, que, de un lado, burlábase de religiones y Ministros, mientras por otro parecía perseguir lo sobrenatural, consultando adivinos y preocupándose del más allá en todas formas.

—Eso que tanto te sorprende—repuso Gerardo Lobo—sólo sirve para demostrar la desazón de un espíritu trabajado constantemente por la duda y el aburrimiento, pero deseoso de creer en algo, que busca la verdad en la inconsciencia de los char-

latanes, con el mismo ahinco que la piedra filosofal en el secreto de su laboratorio del *Palais Royal*. Por otra parte, he oído contar que tales inclinaciones son heredadas de la Duquesa madre, alemana muy aficionada a profecías y hechos maravillosos.

—Pues lo que es a mí—observó la práctica Josepa— ¡que me den hombres menos gastados y de más fácil traer, porque lo que es con Señores como esos, nunca está una segura de lo que piensan, ni si hablan de veras o de burlas!

—El fastidio que engendra la ociosidad en un Príncipe, alejado por su cuna de casi todas las ambiciones que entretienen a los demás mortales, constituye la mayor carga de la especie y el principal motivo de sus errores—declamó Flora, repitiendo una máxima oída mil veces al difunto Duque de Alba.

Pero la creciente efervescencia de la reunión terminó pronto con aquellas filosofías, envolviendo al grupo en la baraúnda que, por momentos, adoptaba caracteres de aquelarre.

Algunos intervalos en el griterío, varias observaciones de Ecija sobre la inexplicable tardanza del Niño Malo de Guzmán, así como ciertas miradas impacientes del de Orleáns a la puerta del salón, anunciaban, sin embargo, que aún faltaba para el apogeo del espectáculo la presentación de algo o de alguien que hiciera memorable aquella noche en los fastos de las zambras madrileñas, circunstancia que aumentaba la impaciencia de los invitados y especialmente la de *Mademoiselle Tita*, muy convencida hasta entonces de que el principesco agasajo celebrábase en su honor.

Semejante expectativa encontró por fin término con la llegada de Don Isidro Niño de Guzmán, que

apareció en la sala, comenzando a cuchichear acto continuo al oído del Generalísimo, quien riendo a carcajadas, terminó por dirigirse a la concurrencia, diciendo en voz alta, aunque poco segura:

—El Niño Malo me ha ganado mil luises que le ofrecí si conseguía traerme esta noche, fuera como fuera, a la mujer que más ha llamado mi atención desde que llegué a la Corte de España.

—Conste, Señores—apresuróse a explicar, ambiguo, el segundón de Teruel—, que yo no me comprometí sino a hacerla venir. Lo demás corre de cuenta vuestra o de la de Su Alteza, si nuestro Príncipe persiste en intentar la aventura.

Y ante la curiosidad de todos, corrió uno de los presentes a franquear la puerta principal, dando paso por ella a la hermosa Almudena, la bordadora de Puerta Cerrada, la enamorada de Nardo, que, seguida del torero Eusebio Rojo, alias *el Lobito*, que le daba escolta, y despidiendo rayos por los negros ojos, detúvose junto a la entrada de la sala, con los brazos en jarras, provocando un aplauso cerrado de cuantos hombres se reunían allí.

Alta, morena, gallarda sobre cualquier ponderación, vestida sencillamente a la española, derribada la popular mantilla sobre los hombros, el gesto y ademán por extremo resueltos, avanzó segura la maja, contemplando sin inmutarse el cuadro que se ofrecía a su vista y que no parecía sorprenderla.

Llegada junto a la mesa principal, y después de separar con rudo manotazo a tres o cuatro señores que intentaban acercársele, preguntó enérgica, dirigiéndose al segundón de Teruel, que se había alejado prudente:

—¡A ver, Niño, y con permiso de Su Alteza y de la compañía! ¿Dónde se esconde ese traidor de hombre que no le veo por ninguna parte? ¿Le te-

néis escondido, o se ha escapado el muy sinvergüenza, maliciando mi llegada?

El silencio que respondió a estas palabras, la risa de los circunstantes y el continente mohino de Don Isidro, hicieron entrever su engaño a la hembra, que, levantando el tono, añadió iracunda:

—Si no está con vosotros, ¿para qué me has hecho venir aquí con mentiras? ¿Te figuras, por un casual, que este boato y este acompañamiento son para una mujer como yo? ¿No me conoces aún bastante? ¿Por quién me has tomado entonces, so podrido?

La voz metálica del Conde de Ecija dejóse oír canturreando en sordina:

Guarda, chiquilla,
No te alborotes,
Que si no son abrazos
Serán azotes.

—¿Va por una servidora la coplita?—desafió la maja hecha una furia—. Pues, pesia a su gaznate, salga el que la repitió más cerca para ver si acaba de asustarme, que, en punto a seguidillas, no faltan a la hija de mi madre para meter el resuello en el cuerpo a cualquiera que la rete en el tablado de la insolencia.

El Conde de Ecija, deseoso de lucirse ante el Duque, y sin hacer caso de las anteriores amenazas, levantóse dificultosamente del asiento que ocupaba con la tierna Giuseppina, aproximándose a Almudena, para decir en tono enfático, que intentaba parodiar los recitados de Flora:

—¿Cómo, ignorante, bárbara mozuela, al Alejandro de Madrid te atreves? ¡Depón tus resistencias, miserable, y daréte el diamantón como este

puño! ¡Recíbele en tu seno hospitalaria, y espantada quedarás de sus larguezas! ¿Jarabe de varón te prevenías al cruzar el dintel deste Palacio? ¡Pues escoja tu capricho en la farmacia, que rendidos a tus pies estamos todos!

Los aplausos con que premió la concurrencia tales sandeces hicieron interrogar con sorna a la bordadora, encarándose al lívido magnate:

—Dígame, Excelencia, ¿acaso le parezco yo bien?

—Pienso, niña, que puesta a solazar a tu prójimo, has de ser una sanguijuela para quien tengas al lado.

—¡Acérquese, pues, si ha de probarlo!

—¿Y no habrá abrazo?

—¡Veisme de par en par! ¡Y vaya éste como anticipo de arras!

Al decir las anteriores palabras, sonó en los aires el ruido de una bofetada, que hizo exclamar al Conde:

—¡Ah pícara, taimada! ¡Más baja es la región de los abrazos!

Mas el principio de aquella resistencia inesperada y la actitud de Almudena, tan nueva para sus ojos, habían conseguido despertar los fatigados sentidos en aquellos conquistadores de carne fácil, moviéndoles a rodear a la recién venida y emprender cada cual su ataque por un lado distinto.

No era, sin embargo, la oficiala de Chipito mujer de amilanarse por los manoseos de unos cuantos borrachos, y, rechazando forzuda a los que le incomodaban más cerca, gritó, fuera de sí:

—¡Ea, dejadme en paz, que ya me voy, puesto que erré el camino! Y convenceos todos de que no vine a lo que pensasteis, ni a mezclarme por mi gusto con ese rebaño de ovejas que os acompañan y me está mirando con la boca abierta, como si

paparan moscas, sino a tropezarme con alguien que vale más que todos vosotros, y que ya veo no está, felizmente, aquí, a pesar de lo que me aseguró el alcahuete que me trujo.

Lastimado en su dignidad el elemento femenino por los anteriores calificativos, aprestáronse varias de las aludidas a refutar en debida forma los ataques de la precoz chula; pero, adelantándose a todas sus compañeras y colocándose frente por frente de Almudena, surgió *Mademoiselle Tita*, a quien los excesos y triunfos de aquella noche prestaban nuevos bríos, trayendo además a su recuerdo imágenes y resentimientos inolvidables.

—¡Dice bien la regatona de Puerta Cerrada!—exclamó en el tono más agudo de su voz y afectando arrastrar las erres, como si apenas conociera el lenguaje madrileño—. ¡Este no es sitio para ella, ni son Príncipes ni Caballeros lo que su ordinariez acostumbra a frecuentar, sino escuderos o rufianes que la saben correr el humor y despojarle de cuantos dineros gana!

Almudena se revolvió cual una leona herida al escuchar el insulto dirigido a su hombre, y, reconociendo en el acto a la Camarista de Adelaida bajo los afeites y el disfraz que la desfiguraban, repuso en medio del alborozo de la asamblea:

—¡Pero qué veo! ¡Si es Doña Galga, convertida en señorona y escondiendo a fuerza de sedas el origen fregatriz! ¿Quién te sacó por vigésima vez de doncella, alma mía, y te introdujo en estos trotes? Vaya. ¡Ahora sí que me alegro de haber venido, y se acabaron las ganas de marcharme de esta casa! Conque ¿rufianes y escuderos son los únicos que apetece mi gusto? Pues si lo dice su merced del estropajo por quien yo me sé y ella también, ¡menudas palizas ha tenido que soportar de sus manos!

—¡Palizas! ¡Palizas a mí?—protestó la francesa—. ¡Calumnias viles de ese pordiosero!

—¡Palizas, sí, doña Calandria! ¡Hasta que el muy tuno notó que con ellas daba demasiado gusto a su señoría y dejó de verla, repugnado con tanto vicio!

—¡Falso! ¡Falso! ¡Sinvergüenza! ¡Cantonera!

—¡Sinvergüenza tú, que naciste para llegar a lo que al presente eres! ¡Y bien que te regodearás con tus conquistas! Por supuesto, que, a pesar de todos esos perifollos que ahora mismito voy a arrancarte de encima, no has variado, y tu sino sigue siendo el mismo. ¡Andar entre criados! Los de antes, siquiera, valían la pena, porque son sanos, y, a lo menos en una cosa, no engañan. Pero éstos que ahora te rodean y se burlan de ti, de nada valen, y ni siquiera tienen el pretexto de la necesidad para someterse a los caprichos del amo que les manda.

Indiferentes, tanto el Generalísimo como sus *roués*, a los insultos, gozaban de lo lindo con la disputa, que no tardó en pasar de palabras a obras, trenzando a las rivales en un cuerpo a cuerpo sin cuartel, animado por los gritos y las apuestas a favor de una u otra amazona.

Los únicos que se sentían avergonzados por la escena eran Jenaro de Pereda y Gerardo Lobo, quienes más de una vez habían estado a punto de interponerse entre las bravías y amparar con sus personas a la valiente Almudena, verdadera e inocente víctima de aquella encerrona.

Mas detenidos en la acción por las manos de Jusepa y Flora, deseosas, cual madrileñas castizas, de asistir al fin de la lucha y satisfechísimas con los términos empleados al calificar la conducta de los favoritos del Duque, viéronse obligados ambos amigos a contener sus simpatías, acercándose no obs-

tante al campo de batalla para estar dispuestos a intervenir en caso necesario y evitar el derramamiento de sangre.

Almudena, mientras tanto, convertida en una verdadera fiera, parecía obtener alguna ventaja sobre la francesa, cuyo peinado había venido al suelo, ostentando varios arañazos en rostro y escote, amén de numerosos e irreparables desperfectos en el antes lucidísimo vestido. Pero, percatándose Tita de la posibilidad de una derrota, y aprovechando un descuido de su contrincante, apoderóse del cuchillo que brillaba más cerca en la mesa, blandiéndolo en alto con intención evidente de hundirlo en el cuerpo de la maja.

Ante la inminencia de una desgracia, y sin hacer caso de las protestas de los espectadores, quiso Jenaro separar a las combatientes, logrando únicamente ser alcanzado por las uñas de Almudena.

Ai propio tiempo, y mediante hábil movimiento, aprendido de niña en las peleas de la plaza de la Cebada, echó ésta la zancadilla a Tita, tirándola al suelo, y, arrancándole el arma, que arrojó lejos, acompañando la acción con una palabrota de las más rotundas del idioma castellano:

—¡A mujerzuelas como tú—añadió, tonante—no se las castiga con acero, sino de otro modo más digno de su origen! ¡Y para que cuando seas reina de París te acuerdes de Madrid toda la vida, bastará con la sentencia que mereces y voy a darte!

Diciendo esto, y sujetando en tierra a la caída para impedir toda resistencia, levantó Almudena faldas y batistas hasta tapar completamente con ellas rostro y busto enemigos, concluyendo por dejar sólo al descubierto, blanco y delicado, lo que no puede decirse, aunque sí azotarse, y, dando principio a su justiciera tarea en forma contundente,

digna en un todo de la hiel acumulada en su pecho.

Retorciase en el suelo la infeliz Tita, gimiendo y gritando como una condenada, mientras la infernal algarabía crecía por momentos a su alrededor, terminando por unir a la mayoría de los asistentes en cadena de locos, que comenzó a girar frenética en torno de las mujeres, hasta que algunas de las espectadoras, compadecidas por los ayes de la víctima, consiguieron arrancar a ésta de manos de su verdugo, llevándola a otra habitación, desmayada, o fingiendo estarlo.

Incorporándose al punto Almudena, sin añadir palabra, y sacudiendo la revuelta cabellera para dejar libre el semblante, desafió con los ojos a todos los presentes, adoptando una postura tan arrogante, que, entusiasmado el Duque de Orleáns, arrancó la joya que centelleaba entre los encajes de su corbata, tendiéndola con gracioso ademán a la vencedora.

—Guárdela Vuestra Alteza—repuso ésta, sin tomarla—, para quien la codicie o la sepa agradecer. Yo no necesito de nada, porque soy como mi pueblo. ¡Me doy, pero no me vendo!

Al escuchar aquellas palabras tan rudas, enmudecieron las bocas, y el Príncipe permaneció inmóvil un instante, con la alhaja en la mano, como si en medio de su borrachera llegara hasta él la voz de otro mundo y otro sentir que nunca acabaría de conocer Felipe de Orleáns en su vida artificial y crapulosa.

Aun se encontraron algunas personas, como el Conde de Ecija y el Marqués de Torrescusa, que trataron de cortar el paso a la bordadora; pero, desprendiéndose ésta de sus atacantes y derribando a uno de ellos por tierra al primer empujón, conti-

nuó su camino con andar firme, hasta ganar la puerta, donde la esperaba el prudente *Lobito*, y retirarse, sin volver siquiera la cabeza para mirar lo que dejaba atrás.

Jenaro, que pugnaba por libertarse de Jusepa, aprovechó la confusión inenarrable que se produjo al desaparecer la maja para dirigirse en actitud hostil contra el Conde de Ecija, a quien hubiera comenzado a golpear de no impedirlo *el Niño Malo* de Guzmán y Gerardo Lobo, que le agarraron con todas sus fuerzas, consiguiendo llevarlo hasta el aposento vecino, donde aún permanecía Almudena y su acompañante dudando sobre el camino que debían tomar para salir a la calle.

Brindóse Don Isidro a acompañarles a todos, arrepentido de la mala partida que acababa de jugar a una de sus amigas predilectas, y, cuando después de recorrer galerías y escaleras, dejó, por fin, a los cuatro cerca de la cuesta que, por mil tortuosos caminos, descendía hasta las vecindades de la calle de Segovia, exclamó la mujer, rompiendo el silencio:

—¡Por vida de mi Patrona! ¿Han visto ustedes criatura más asquerosa que ese *Niño Malo* de mis pecados? ¡Miren que burlarme como una chicuela y hacerme venir ahí, so color de sorprender a mi novio con una manfla francesa! Y el caso es que una no puede acabar de enojarse con él, porque luego todo lo corrige, como hizo ahora, que si no hubiera sido por su compañía todavía estaríamos dando vueltas por ese palacio empecatado. Además, nunca le agradeceré bastante el servicio que me ha hecho, porque a la gabacha esa le tenía yo ganas desde mucho tiempo atrás, como sabe bien el Señor Teniente; y por lo que toca a las demás, ¡qué de buen aire les tiré el virote!...

Tras de caminar juntos un espacio por los oscuros barrancos, paróse de pronto Almudena al reconocer cierto paraje, y comenzó a despedirse de los dos militares y del torero, asegurándoles que no corría ningún peligro y que prefería volverse sola a su casa, porque aquel barrio era ya Madrid, era su reino.

Hablando después en particular con Pereda, le dijo:

—Muy agradecida, Don Jenaro; y no vaya a retar al catalán por mi culpa, que de todo está inocente. Ahora dispense su merced una reflexión que sólo nuestro buen aprecio por su persona nos inspira a todos los que le conocemos. No se deje arrastrar por esa gentuza, ni seguir engañado por esa madama que le tiene tan soliviantado el cerebro y todo lo demás. ¡El querer para nosotros, los españoles, es otra cosa diferente de la porquería, y hay que caminar con los ojos muy abiertos por el mundo para no confundir el oro con el similor!

XXV

Dos días después de los referidos sucesos partía el Duque de Orleáns, dejando en el palacio de Uceda todos sus caballos, muebles y vajilla al cuidado del primer Gentilhombre, Conde de Chatillon, en compañía del Secretario Monsieur Renault, y por la noche presentábase Jenaro en las casas de Miranda, donde fué recibido sin dificultad alguna, y encontró a la Marquesa tan natural y amorosa como si nunca se hubieran separado.

De ambas novedades tuvo conocimiento Casilda, recibiendo los detalles de la salida de Su Alteza por los autorizadísimos labios de Doña Matutina Fer-

nández de Solís, y adivinando la consumación de la otra en la cortedad y evasivas del indignado Anselmo del Castillo.

Desde aquella fecha tornaron a clavarse las ventanas que daban al jardín francés de Adelaida, y resucitó en la sobrina de Don Jaime el interés por los sucesos políticos que ya le atacara en los meses anteriores a la batalla de Almansa.

Su curiosidad dejó de inquirir detalles sobre la existencia del Teniente Pereda; pero su prontitud y despejo al asimilarse cuantas noticias le comunicaba la Azafata de Palacio causaron asombro y satisfacción profunda en ésta, juzgando, como antes Sor Leocadia, que las tendencias de familia manifestábanse al fin en el indiferente espíritu de la doncella.

Preparado tan bien el terreno, no se hicieron esperar las deseadas confidencias, y tardó poco la neófita en darse cuenta perfecta de la apurada situación por que atravesaban los negocios en el Alcázar de Madrid.

—Todo se vuelve cada vez más negro—explicábase paciente la Solís—. El abandono de Francia es ya seguro. ¿Y qué *vamos* a intentar si el Cristianísimo *nos* retira sus tropas y sus auxilios? Fíjate bien en que aquí todo el mundo habla de victorias y campañas, pero pocos o nadie se fijan en que los jefes y la mayoría de los combatientes eran y son extranjeros. ¿Qué *hubiéramos* podido hacer con *nuestros* propios recursos en una nación tan apática y poco disciplinada como España?

—¿Y siguen siempre tan mal las cosas de Flandes?—interrogaba Casilda.

—Peor no pueden ir, hija. Primero fué la rendición de la ciudadela de Lille, ordenada, o pedida por el Duque de Borgoña, contra la opinión de mu-

chos; después la pérdida de Gante, que dejó al descubierto la frontera francesa; ahora los horrores de un invierno desconocido y espantoso que ha destruído todas las cosechas, provocando el espectro del hambre y la miseria, desconocidos hasta hoy por nuestros acomodados vecinos.

—¡Qué horror!

—Y por si tantas preocupaciones fueran pocas, el Santo Padre se encarga de *proporcionarnos* otras nuevas, para coronar el infierno en que vivimos, con el reconocimiento del Archiduque como Majestad Católica, gracias a lo cual contamos ya con dos Reyes y dos Reinas en España.

—Y su Majestad, ¿qué dice de todo eso?

—Pues, hija, a Felipe V, que tanto se le tacha de francés, le pasa lo que a nuestro país. Mientras las cosas marchan normalmente, parece dormido y nada le saca de su rutina; pero cuando viene un sacudimiento gordo, como el presente, diríase que despierta del sueño en que vive, y asombra al mundo por la decisión y el acierto de sus medidas. Su indignación por la conducta del Papa ha sido tan grande, que inmediatamente formó una Junta de Consejeros, teólogos y letrados, para que le aconsejen la conducta que debe seguir, y en ella entran Don Francisco Ronquillo, Presidente del Consejo de Castilla; el Conde de Frigiliana, el Duque de Medinaceli, el de Veraguas y el Marqués de Bedmar, Consejeros de Estado: tres de Castilla y uno de Indias; el Padre Robinet, Confesor de Su Majestad; dos dominicos, un jesuíta, y como Secretario Don Lorenzo Vivanco.

—¡Ave María! ¿Y qué saldrá de tanto parecer, señora tía? ¿Cuál es la opinión de la Princesa en todo esto?

—La señora Princesa—contestó Doña Matutina,

midiendo sus palabras—se prepara a intentar una de las acciones más atrevidas que registra la historia de nuestros tiempos, pero que constituye el único recurso posible para conservar a los Reyes en su trono y librar a España de la hecatombe que se nos viene encima, si los Aliados se salen con la suya.

—¿Acudir al pueblo para que éste defienda a Sus Majestades?—insinuó, tímida, Casilda.

—¡Tú lo has dicho, sobrina!—repuso la Solís, maravillada por la perspicacia de la doncella—. ¡Esa es la carta suprema! Si llegara a fallar, no *tendríamos* otro remedio que bajar la cabeza y *conformarnos* con los designios de la Providencia. ¡A los españoles es a quienes corresponde pronunciar la última palabra en el asunto de su gobierno! ¡Al fin y al cabo, son los más interesados en él!

—¡Para ello será menester conmover sus sentimientos!, ¡entregarse en sus manos!, ¡prescindir de las obligaciones con el extranjero!, ¡excitar su patriotismo!

—*¡Estamos dispuestos a todo!* Y para comenzar, se le ha ocurrido a la Señora Princesa un medio, que constituirá el mejor reto a los enemigos de nuestros Soberanos y la sola manera de saber con quienes *podemos* contar para el porvenir.

—¿Y ese medio...?

—Consiste en la convocatoria inmediata de castellanos y aragoneses, a fin de jurar en Cortes al primogénito de Sus Majestades, Don Luis de Borbón, como Príncipe de Asturias y heredero de la Corona. La asamblea se celebrará en el convento de San Jerónimo, durante el próximo abril, y nada se omitirá para recordar solemnidades análogas. ¡Entonces veremos los que se animan a excusarse de rendir pleito homenaje a Su Alteza!

—¡Soberbia idea! Sobre todo si se la acompaña

con salidas en público y propagandas en privado que informen a las clases humildes de la decisión irrevocable de los Soberanos sobre no abandonar la tierra donde tanta sangre se ha derramado por sus nombres.

—También se ha pensado en eso, y están previstos hasta los menores detalles para lograrlo. Pero lo que *precisamos*, además, es una explosión en el popular, un desborde que arrastre y venza todas las resistencias y las vacilaciones que hoy nos cohiben; algo, en fin, que desate las pasiones y las encamine al fin que nos proponemos. Por ejemplo, la sorpresa de una conspiración. El descubrimiento de que se trame algo para destronar a Felipe V, y el castigo ejemplar de los culpables.

Casilda tembló al escuchar aquellas palabras; mas rehaciéndose pronto, pudo articular:

—Acaso servirían para tal propósito los trabajos de que en otras oportunidades me habló Su Merced referentes al Duque de Orleáns y sus amigos.

Doña Matutina consideró pasmada a su sobrina, declarando a continuación:

—¡Siempre pensé que el día que te lo propusieras llegarías a ser un algo! Acertaste, y de eso *tratamos* actualmente. De destapar el pastel y hacerlo patente. ¡Buen escándalo se armaría entre la plebe!...

—¿Consiguieron ustedes hacer hablar a la Marquesa de Teruel?

—No, hija; por ese lado no hay nada que hacer. Ni por el de tu antiguo cortejo, tampoco, aunque Su Excelencia intentó meterle los dedos en la boca. Pero está visto que el desgraciado nunca sabrá obrar como le conviene.

—¿Entonces?...

—Entonces *hemos* principiado a reducir a alguien que está metido en todo, y por cuyo intermedio

esperamos conocer los detalles del complot. ¡Carillo nos cuesta, porque se trata de persona principal y exigente; pero el negocio vale la pena y *acabaremos* por entendernos. ¡Terrible cosa es que todas las causas santas tengan que valerse para triunfar de auxiliares réprobos e inmorales! ¡Mas así es la vida, Casilda!

Imposible fué a ésta obtener nuevos datos en aquella entrevista, pues la Azafata negóse en absoluto a revelarle el nombre del Judas cuya delación perseguían, retirándose a poco de la casa del Indiano, no sin prometer a la sobrina que volvería a visitarla en cuanto tuviera alguna noticia que comunicarle, ya que, gracias a Dios, tanto interés le inspiraban los asuntos políticos.

Al quedarse sola la doncella permaneció largo rato en profundas cavilaciones, hasta que Anselmo del Castillo, siempre ocurrente y dicharachero, vino a interrumpir sus soliloquios, anunciándole que Don Jaime deseaba verla.

—El Señor de Centelles desea consultar a su Merced, Señorita Casilda, un proyecto de trabajo que acaba de ocurrírse nos mientras conversábamos de cosas abstrusas, y que consistirá en escribir juntos una historia en verso, pero no del pasado ni del presente, sino del porvenir, con la condición de que cada uno relatemos alternativamente un capítulo complicando las dificultades hasta donde nos sea posible, y sin ponernos antes de acuerdo, sobre la solución que deba dárselos. ¿Qué le parece de la idea? ¿No se acerca bastante a la realidad de los sucesos actuales?

Casilda fijó sus ojos en el rostro del buscón, y murmuró lentamente.

—Anselmo, tengo que pedirle un gran favor. Algo que supera a cuanto usted hizo por mí hasta ahora.

La cara de Castillo dejó de sonreír, porque nunca le había hablado la sobrina de Don Jaime en aquel tono.

—Necesito — continuó ésta—, es indispensable, que vuestra habilidad se las maneje de suerte que, desde hoy, no pierda de vista a Jenaro de Pereda, y me informe, punto por punto, de todos sus actos, a fin de poder saber dónde se encuentra en cualquier momento. ¿Me comprendéis?

—Comprendo, sí, comprendo—repitió, grave, el protegido de Casilda—. ¿Tan serio es el peligro que le amenaza?

La joven tornó a mirarle angustiada, y añadió solamente:

—¡Va en él su honra... y mi vida!

XXVI

Las seguridades y arrogancias del Alcázar enturbiáronse algo con el regreso a Madrid de Su Eminencia el Cardenal Portocarrero, acompañado de su acostumbrado séquito, y, en primer término, del indispensable Don Juan Antonio Urraca, conocido en las esferas clericales por su absoluta identificación con los intereses de la Santa Sede.

Jenaro, que aun conservaba el recuerdo de la amabilidad de Su Reverencia en Alcalá, fué de los primeros en acudir a la Cuesta de Santo Domingo, siendo recibido por el hermano de Doña Aldonza con grandes extremos, que aumentaron al conocer de boca del Teniente todos los pormenores de la entrevista de éste con la de los Ursinos, y el interés demostrado por la Camarera respecto de su persona y actos.

—¿Y qué dirías, sobrinillo—exclamó el terrible

Canónigo, frotándose las manos de gusto—, si yo te confiara que nuestra venida aquí obedece precisamente a los deseos de la Señora Princesa de entrevistarse con Su Eminencia y este humildísimo e insignificante sacerdote?

Jenaro, que conocía las alegrías de Don Juan Antonio, comenzó a sospechar, al oír aquello, que el Canónigo preparaba alguna cruel venganza contra la Camarera Mayor, sintiendo al propio tiempo curiosidad por conocer el resultado de la lucha entablada entre dos personajes tan ladinos.

Reflexionando en ella, dirigíase hacia las casas de Miranda, cuando al llegar a los alrededores de la tranquila plazuela vióse sorprendida su atención por la presencia de algunos alguaciles que ocupaban las bocacalles vecinas, e hicieron que el Teniente apresurase el paso a fin de penetrar en la mansión, donde reinaba gran sobresalto y salieron a recibirle varios sirvientes llenos de pavor.

Por sus primeras respuestas pudo enterarse Jenaro de que la Marquesa no había vuelto aún de una visita a la Embajada de Francia, donde se quedaría a comer aquella noche; pero que al regresar vacía su carroza, con varios lacayos y caballeros ostentando la librea de la Casa, acababa de ser apedreada, sufriendo algunas contusiones el cochero, y viéndose obligados todos los sirvientes a trabarse en pelea con un grupo de salteadores estacionado en la calle de San Miguel.

Felizmente para los criados de la Teruel, el paso providencial de una ronda, camino de las casas de la Villa, había bastado para dispersar a los alborotadores, restableciendo la calma en el barrio, y, desvanecidos con esto los temores de Jenaro, resolvió salir de nuevo para averiguar el origen de la reyerta, prometiéndose volver más tarde y no

separarse de Adelaida hasta considerar alejado todo peligro de su preciosa persona.

Pero los asombros no habían terminado aquella tarde, pues apenas había dado algunos pasos hacia el paraje donde tuviera lugar el incidente, topóse con el gran Don Anselmo del Castillo, surgido como por ensalmo de una esquina, que le abordó muy orondo y a quien preguntó el Teniente si sabía donde pudiera encontrarse Nardo a tales horas.

—Supongo que en el taller de Chipito, pues es la hora de la tertulia—respondió el astrólogo, cuyo radiante aspecto y acicalada compostura delataban bien a las claras un cambio ventajoso en posición y alimentos.

—Vamos entonces allá—manifestó sin vacilar Jenaro—, porque ese bribón es el único capaz de ayudarme en un asunto que me preocupa. ¿Tú no has asistido por casualidad al escándalo promovido por estos contornos hará cosa de una hora?

—Yo, no, Señor—exclamó hipócrita Anselmo—. Justamente venía de casa de Doña Mayor de Flon y por allí nada se ha notado de extraordinario.

—¡Claro! Entretenidos con el comadreo, ¡cómo váis a enteraros de lo que sucede en la calle! ¿Y asistía por casualidad mi amiga Doña Matutina a esa Academia del hablar profundo?

—¿Cómo había de faltar el duplicado de la Señora Camarera Mayor, con las novedades que corren por Palacio?

—¿Y qué decía la estafeta? O por mejor decir, ¿qué repetía, si puede saberse?

—Pues, a lo que parece, en el Alcázar andan muy dudosas sobre la conducta que deban seguir respecto del Nuncio, y si se le ha de expulsar o no de estos Reinos.

—¡Ya se tentarán la ropa antes de decidir una

cosa tan grave sin contar antes con la anuencia del Cardenal Portocarrero, portavoz del clero español!

—Pues de eso se trata precisamente, Don Jenaro; y como el Primado está duro de pelar, parece que la Princesa quiere ganar antes a su Señor tío Don Juan Antonio, proponiéndole para la mitra que prefiera en España.

—¡No caerá Su Reverencia en el lazo!—declaró convencido Pereda.

—¿Y de Su Majestad? ¿No dice nada el correveidile de Palacio?

—Su merced pondera el resurgimiento increíble de la voluntad de nuestro Monarca, que habla pestes del Papa y parece resuelto a morir antes que abandonar su España querida.

—¡El Duque de Orleáns se encargará de guárdarsela!—murmuró sarcástico el amante de Adalaida.

—¡Quiá!—exclamó Anselmo—. Si una de las novedades que Doña Matutina ha confiado muy en secreto a la boticaria es que los Reyes han escrito a Luis XIV pidiéndole el relevo de Su Alteza y el nombramiento del Duque de Vendôme para reemplazarle, porque no quieren que el tío vuelva a poner los pies en esta tierra...

La conversación habíales ido conduciendo, casi sin sentir, hasta Puerta Cerrada, frente al establecimiento de Chipito, cuyo salón de ventas aparecía desierto, notándose por el contrario gran vocerío en la trastienda, donde debía celebrarse animada y extraordinaria reunión, a juzgar por los gritos y peroraciones que llegaban hasta fuera.

Anselmo, que no las tenía todas consigo respecto de lo que pudiera discutirse en aquella junta, propuso entonces, y Jenaro aceptó, el entrar él adentro, valido de sus inmunidades y trato en la casa, mien-

tras el Oficial esperaba fuera en compañía de los maniqués y pelucas que tan gran prestigio concedían al obrador de Mateo.

Distraído al principio Pereda con el recuerdo del frustrado atropello a la carroza de su amiga, no prestó gran atención a lo que sucedía en el taller; mas pronto tuvo que oír algo que le interesó prodigiosamente, y que comenzaba así:

—¡Lo que yo os aseguro, compañeros, es que lo del complot no es mentira!—proclamaba tronuante una voz que debía corresponder a la garganta privilegiada de Plácido Fortuna—. En el Alcázar lo sabe todo el mundo, porque alguien que estaba en el ajo y que figura entre los primeros personajes de la Corte fué con el soplo a la Carcelera Mayor.

¡Se trataba nada menos que de envenenar a los Reyes y hacer desaparecer al Príncipe de Asturias! Cuatro mozas de la Cámara y un ayudante del ramillete han sido detenidos hoy por sospechosos de complicidad.

¡Y esta vez no eran los austriacos, ni los Grandes descontentos, como en tiempos del Marqués de Leganés, sino los mismísimos franceses que sirven a Sus Majestades quienes maquinaban el asesinato!

Del coro de imprecaciones que acogió esta acusación destacóse chillona la voz de una mujer, que podía ser Isidora Gutiérrez:

—¡Válgame la Virgen! ¡Y para esto vencimos en Almansa! ¡Si todo lo que se gana se vuelve sal y agua!

—¡Mundo, mundillo!—sentenciaba otra que Jenaro reconoció por la de Doña Copla—. ¡Nacer en Granada y morir en Trujillo!

—¿Y cómo había de ser lo del envenenamiento, Señor Plácido? ¿Para cuándo se esperaba? ¿Se

han descubierto ya los culpables? ¡Mal hayan los gabachos! ¿Y quedarán también desta sin castigo? ¿Y para eso lleváis calzones y habláis tan recio los hombres?

—¡No, hija, si esto de la guerra será como dice el refrán: «parto largo, hija al cabo.»

—¿Queréis callar de una vez, deslenguados?—impuso el árbitro de la Calle de Embajadores, sobrepujando todos los timbres femeninos, incluso el desgarrado de Almudena—. Lo que voy a contaros, porque lo sé de buena tinta, os lo podría repetir también el Señor Chipito aquí presente, y Pascual, y Don Bertrán Buendía, si a éste no le sellara los labios el secreto de confesión, pues alguien se lo tiene que haber dicho a ellos, como nos lo dijeron a Laureano y a mí. Los comprometidos son muchos, y la cosa estaba tan bien urdida, que por poco nos quedamos sin Saboyana y sin Luisillo, a no ser por la de los Ursinos, que, como es tan lista y nadie la engaña, supo descubrirlo todo a tiempo y malograr los planes desos hijos de perra.

—Pero ¿qué interés pueden tener los franceses en hacer desaparecer a una familia que ellos mismos nos trujeron?—interrogaba incrédulo alguien.

—¡Vamos, Don Andrés!—voceó Chipito en triple—. ¿Vive su mercé en las nubes? ¿O todavía no se ha enterado de que ahora es el Orlián quien quiere reinar sobre nosotros y para ello tiene formado un gran partido en que lo único que estorba es Felipe V y la Reina? ¡Pues eso lo saben hoy hasta los monaguillos de la parroquia de las chinches!

El espanto con que Jenaro escuchaba desde la tienda aquel despertar rudo y tormentoso de la opinión vocinglera y arrolladora, creció de punto al tocar Chipito el tema de las conspiraciones orleanistas, que tan secretas creía el Teniente y tan pú-

blicas se demostraban, por lo cual vino a temer Pereda que alguien, muy interesado en hacerlas abortar, ocupábase en propalarlas por los barrios bajos de la Corte, exornando su fondo con toda clase de circunstancias odiosas y criminales para incitar el odio y el deseo de venganza en las clases populares, dispuestas siempre a los peores extremos.

La furia que por de pronto suscitaron las palabras del bordador entre sus oyentes, alcanzó un grado de violencia alarmante para los súbditos de Luis XIV residentes en la capital de España.

—¡Conque el Duque de Orlián!—gritaba Almudena a pleno pulmón—. ¡Pues sí que le viene bien a Su Alteza aquello de «no tiene que comer y convida huéspedes»! ¿Pero qué se habrá figurado el podrido ése que somos nosotros? ¿Creerá que los españoles cambiamos de Reyes como de camisa?

—¡Hija —proclamaba Isidora—, ¡quién más no puede, con su mujer se acuesta! El Duque no vale nada en su país, donde tiene muchos Príncipes por delante, y por eso piensa en éste.

—¡Pues que piense en su agüela!

—¡De ella viene todo!—declaró Chipito—. ¡Maldita sea la hora en que Doña Ana de Austria marchó para Francia, que desde entonces nos llovieron todas las desgracias que ahora sufrimos!

—¡Eso! ¡Eso! ¡Que mueran los gabachos! ¡Que los echen a todos! ¡Que los exterminen! ¡Nosotros nos bastamos y nos sobramos para sostener aquí a los Reyes!

—¡Y si en el Alcázar no se atreven por no disgustar al viejo, que nos los dejen por nuestra cuenta, que cierren los ojos, y ya nos encargaremos de suprimirlos a todos!...

—¡A las mujeres también! ¡Esas son las peores!

¡Esconden la mano y hacen perder a los hombres que las siguen!...

Antes de que terminara la frase y Jenaro acabara de sulfurarse, intentando alguna temeridad cerca de aquellos energúmenos, aparecieron en la tienda Nardo y Anselmo, quienes consiguieron, no sin algún trabajo, llevarse fuera al Teniente para que no siguiera escuchando más.

La agitación de Pereda era, sin embargo, tan intensa y su alarma tan grande, al unir el incidente de la carroza de Adelaida con las bravuconadas recién oídas, que, olvidando distancias, detúvose en la calle para solicitar en tono perentorio el concurso de sus acompañantes a fin de librar a la Marquesa de Teruel, si el caso se presentaba, de cualquier emboscada que pudiera amenazarla.

Mas contra todo lo que Jenaro esperaba, tanto el catalán como el andaluz, vacilaron al escuchar la demanda que se les dirigía, tratando de convencer en seguida al Oficial de la exageración de sus temores y de la poca importancia que significaban las baladronadas de la tertulia de Chipito, donde se solía hablar mucho, pero nunca llegaba a ponerse nada por obra, excepto el bordado de chinelas y gorros.

—¿Tendré que recordaros los favores que me debéis para decidiros a complacerme?—exclamó sentidísimo Pereda al apreciar el desvío de los subalternos—. Por última vez os ruego que, ausente o presente yo, miréis por la dama que acabo de nombraros como si fuera mi misma persona, en la inteligencia de que si no lo hacéis así, nuestras amistades acabaron ahora mismo y no nos volveremos a ver más. ¿No os hacéis cargo de lo que para mí supone la seguridad de la Marquesa?

Enternecidos ante aquella súplica, prometieron

al fin los bigardos desempeñar celosamente las funciones que se les exigían, y encargarse ellos solos de la custodia de la Señora, si Jenaro consentía en espaciar más sus visitas a las casas de Miranda, evitando sobre todo las diurnas, que tanto daban que hablar en la vecindad.

Inspirada tan atrevida indicación en un sentimiento de verdadero cariño, que además autorizaban las relaciones por fortuna existentes entonces entre amos y criados, no suscitó la cólera del Señor, que permaneció silencioso buen rato, hasta que Anselmo creyóse en el caso de remachar el clavo, diciendo:

—Mire, Don Jenaro, que en lo que acabamos de decirle no se trata del pellejo, pues eso ya sabemos que es nada para un hombre de tantas agallas como su merced, sino de la honra, que está corriendo peligro, pues hay una persona muy alta, precisamente la que descubrió el complot de que hablaban en Puerta Cerrada, que va diciendo por Palacio, y por donde quieren oírle, que su merced está vendido al oro francés, y que la Señora Marquesa se vale de él para atraer a su partido a Don Juan Antonio Urraca y al Cardenal Portocarrero.

Al escuchar semejante calumnia tapóse Jenaro el rostro con las manos, permaneciendo así algunos segundos, en que parecía librarse recio combate dentro de su espíritu.

Después, y dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, acabó por decir:

—¡Tenéis razón! ¡Desde vuestro punto de vista, tenéis razón, y os agradezco el interés que mi persona os inspira! Pensad, no obstante, en la situación que me encuentro, y en el juicio que vosotros mismos formaríais de un hombre que, favorecido por una Señora mucho más de lo que merece, aban-

donara a ésta sin motivo alguno, precisamente en el momento que puede peligrar su persona y en que se halla sola en el mundo. ¿Sería tal conducta generosa y digna de un hidalgo español? ¡Desengaños! ¡Aunque ya no la quisiera, resultaría una cobardía y hasta una bellaquería oprobiosa el obrar así! Por ello, amigos míos, suceda lo que suceda, aunque se hunda para siempre su porvenir y vuelva a sumergirse en la nada de donde nació, Jenaro de Pereda no cometerá jamás la villanía de pagar el afecto de una mujer con la ingratitude y el menosprecio por complacer a una docena de imbéciles, y fundándose únicamente en las conveniencias que le pueda sugerir su egoísmo! ¡En amor todo se paga; y al llegar el momento de rendir cuentas es cuando se conoce el temple de los que presumen de caballeros!

XXVII

La resolución de Jenaro, decidido a permanecer junto a su amante en aquellos momentos tan difíciles, no impidió que las denuncias de Anselmo llegáranle hasta el fondo del alma, provocando en ella la mayor de las indignaciones contra el desconocido enemigo que se atrevía a pintarle cual tráfuga de las armas borbónicas.

Empeñado en saber el nombre del miserable para arrancarle la lengua delante de todo el mundo, aunque tal acto le costara el destierro y hasta la pérdida de la libertad, dirigióse aquella misma noche a casa del Duque de Veraguas, donde seguramente había de tratarse la historia del famoso complot y circular el nombre de su denunciante, quedando absorto ante la animación de la tertulia y la clase de componentes que la integraban.

Ya no eran los Aguilar y los Montalto, o los literatos y autores de costumbre, quienes rodeaban a Su Excelencia, comentando apasionadamente los sucesos del día, o repitiendo las sátiras y chismes circulantes por la Corte, sino los Grandes más calificados por su oposición al Gobierno del Embajador Amelot y la Princesa de los Ursinos, como Montellano, Lemos, Palma y, sobre todos, el Duque de Medinaceli, Don Luis Francisco de la Cerda, considerado con justicia como el personaje más apto en aquellas circunstancias para asumir la representación de las altas clases españolas y congregar a éstas en torno de los amenazados y vacilantes Borbones.

Desde su entrada en el primer salón pudo darse cuenta Jenaro de que la novedad que enardecía los ánimos en aquel Palacio, al igual de lo que sucedía en el obrador de Chipito, era el descubrimiento misterioso de la supuesta conjura, imaginada para deshacerse de la Familia Real, a fin de dejar expedito el Trono a las reivindicaciones del Duque de Orleáns.

Mucho más escépticos los grandes Señores que los corifeos de Puerta Cerrada sobre la verdad de un rumor tan inverosímil y tan diestramente difundido a efecto de impresionar la credulidad populachera, complacía sin embargo a los marrulleros magnates ver excluidos sus ilustres nombres de tan tenebrosa conspiración, y, debido a tal sentimiento, fingían aceptarla como verdadera o posible, abominando con frases huecas e hipócritas de la perversidad de los presuntos asesinos, y haciendo toda clase de elogios de la persona que la denunciara a la Princesa de los Ursinos, guiada por su patriotismo y amor a la dinastía reinante, aunque nadie conociera en concreto su nombre y calidad.

Formando pequeños grupos por los rincones, reunidos en conciliábulos, o manteniéndose en torno al extravagante Veraguas, que les consideraba malicioso y diabólico a través de las pobladas cejas, esforzándose cada cual en aprovechar el momento para encarecer su adhesión incondicional a la monarquía, declarando de paso sus pretensiones a tomar parte en el reparto futuro de prebendas y combatiendo las de sus émulos, sin importarles un ardite de la conveniencia del país ni de la suerte que corrían cuantos peleaban en el campo de batalla.

La próxima reunión de Cortes para establecer de un modo inatacable los derechos del Príncipe de Asturias a la Corona de España, ceremonia que haría poner una vez más de manifiesto la fastuosidad de la Corte madrileña, ofreciendo nueva ocasión a los ostentosos próceres de lucir carrozas y títulos, constituía, aparte del complot, otro motivo de conversación entre los agitados magnates, que se apresuraban a anunciar el modo con que pensaban concurrir cada cual al acto, inmortalizando su lustre y resonancia.

Y por si todo esto fuera poco, el rumor de que Su Eminencia el Cardenal Portocarrero mostrábase opuesto a la expulsión del Nuncio y a la ruptura de relaciones con Roma, proporcionaba oportunidad a los catolicísimos defensores del altar, y a los altivos descendientes de los cruzados, para exponer sus autorizadas opiniones en el asunto, inclicándose la mayoría a reconocer y acatar la indiscutible autoridad del Sumo Pontífice, de cuyo divino poder emanaba la facultad de ungir Emperadores y Reyes.

—¡Mejor que mejor!—prorrumpía la voz de Veraguas, elevándose satánica sobre las de sus demás congéneres—. ¡Lo que más le conviene a Felipe V y a España es que su abuelo le abandone de una

vez, que el Papa le desposea de los Reinos, incluso de las Américas, y que todo se lo lleve la trampa, porque ese será el único modo de cambiar las cosas del mundo, y obligarnos a un esfuerzo supremo para consolidar al Soberano que hemos elegido, o desaparecer del mapa de las grandes naciones si somos vencidos en la contienda!

Jenaro, que asistía suspenso al vano torneo, donde no veía reflejada una sola idea de las que tantas veces escuchara durante su cautividad en Barcelona, o entre sus compañeros de armas a través de las soledades de la Península, o junto a las personas que le enseñaran a vivir y amar, sintióse tan extraño a cuanto escuchaba, tan descorazonado sobre el futuro, tan persuadido de que nada podía reservar el destino a la gloria de su país, si continuaba en las mismas manos responsables de su abatimiento, que, decidido a eliminarse de la asamblea, dió algunos pasos hacia la puerta, seguro de que nadie le retendría allí.

Su nombre, pronunciado de lejos, por una voz dulce y femenina, demostróle lo contrario, y al volverse para comprobar de dónde venía el llamamiento, reconoció a la simpática Doña Catalina Ventura, la hija del Duque de Veraguas, que, desde un cuarto vecino, le hacía señas para que se acercase, indicándole que disimulara y guardara silencio.

Pereda había visto varias veces a la ilustre joven en casa de su padre, conversando con ella sobre la Duquesita de Sahagún, a quien Doña Catalina Ventura seguía profesando entrañable cariño, sin parecer sorprenderla demasiado el interés que por su suerte demostraba Jenaro.

Desgraciadamente, las noticias que hasta entonces le comunicara respecto de Barcelona no eran muchas ni seguras, ya que la Niña de Plata seguía

sin poder corresponder con su amiga, y ésta era de natural discretísimo y reservado. Por eso mismo, la iniciativa de la damita sorprendió más al joven, haciéndole presentir alguna novedad importante.

Obedeciendo, pues, las órdenes de Doña Catalina Ventura, y cerrando las puertas del aposento, a fin de que no llegaran hasta él los ecos de la conversación de la gran sala, aproximóse Jenaro a la hija de Veraguas, notando en seguida, por la preocupación de su rostro, que tenía algo muy importante que decirle, y que ello no debía ser agradable, a juzgar por las precauciones adoptadas para la conferencia.

En efecto, acomodados en sillas y sin perder tiempo en inútiles preámbulos, abordó la joven el tema, diciendo con voz triste:

—Tengo noticias de Barcelona, y, por desgracia, no son buenas ni para vos ni para mí.

—¡Serafina está enferma!—exclamó Jenaro alarmadísimo.

—No; tranquilizáos—repuso Doña Catalina Ventura—. La Duquesa de Sahagún goza de buena salud, o al menos así lo parece...

—¿Entonces?...

—Lo que yo tanto temía y nunca había querido comunicaros, para no haceros sufrir inútilmente, se ha convertido en realidad. Nuestra amiga, cansada sin duda de luchar con su familia, o influída quién sabe por qué consideraciones, acaba por fin de consentir en su enlace con el Conde de Ecija, causando por primera vez un júbilo universal entre los Enríquez y Villarubias.

—Pero ¿es seguro ese horror?—murmuró Pareda, sintiendo que el mundo se le venía encima.

—El Duque de Medinaceli—continuó Doña Catalina Ventura—ha recibido ya cartas de su tía, la

Marquesa vieja, comunicándole la fausta nueva, y, anunciándole que, como yo presumía, el casamiento se celebrará por poderes en Barcelona, y, una vez verificado con pompa extraordinaria, la nueva Condesa de Ecija saldrá de Cataluña con honores de Princesa y séquito casi real, para encontrar a su esposo y ratificar el matrimonio en Zaragoza, o donde disponga el feliz consorte, quien, a fin de activar los preparativos, acaba de salir de esta Corte.

La consternación que se reflejó en el semblante de Jenaro al escuchar los detalles de semejante catástrofe, fué tan profunda y tan conmovedora, que, apenada la hija de Veraguas, trató de consolar al afligido con todos los recursos de su bondad.

—¿Como es posible que Doña Serafina se haya dejado convencer?—repetía el joven, casi sollozando—. ¿Qué argumentos, qué suplicios se habrán empleado para decidirla a sacrificar así todas las ilusiones de su esforzado corazón?

—¡Quién sabe!—murmuraba resignadamente Doña Catalina Ventura—. ¡Se ven tantos casos como éste en las personas de nuestra clase!

—¡Serafina tiene un coraje superior a su condición y a sus años!—insistía Pereda, recordando la energía desplegada por *la Niña de Plata* en toda ocasión.

—¿Y quién nos dice que en este trance no ha sido forzada su voluntad acudiendo a medios que ignoramos?

—Si; eso ha de ser. ¡Pobre Serafina! ¡No estar yo a su lado para defenderla!—rugía furioso Jenaro.

—¡Ya lo estaréis cuando venga a Madrid, y eso nos servirá de consuelo a todos!

—¡Antes que verla desgraciada, como seguramente lo será—protestó el ardiente joven—, pre-

fiero permanecer alejado de ella toda mi vida!
¡Pobre Doña Serafina! ¡Pobre *Niña de Plata*...

Agobiado por la tremenda impresión que acababa de recibir y que trastornaba sus ideas, haciéndole saltar de una a otra sin poder detenerse en ninguna; decidido a intervenir de algún modo en el odioso suceso para evitar el holocausto; enardecido hasta el paroxismo contra Doña Leonisa y cuantos tiranos hubieran podido influir en la repugnante violencia, retiróse Jenaro del palacio de Veraguas, barajando mil planes, a cual más insensato, con objeto de salvar a su hermana e impedir la consumación del crimen.

El convencimiento de su impotencia ante la decisión de la nobleza española; conforme en ayudar y aplaudir los deseos de unas casas tan poderosas como las de Villarrubia y Ecija, exasperábale, sobre todo, haciéndole ver claramente la inutilidad de cuanto pudiera intentar para servir a la mayorazga.

¿De qué valdría, en efecto, trasladarse a Barcelona—como fué su primera idea—, sino de volver a caer en manos de la ricahembra y quebrantar la promesa hecha al Príncipe de Ornano? Y, aun admitiendo que pasara sobre esto y llegara hasta *la Niña de Plata*, ¿cómo conseguiría substraerla al poder de los suyos, más poderosos aún en Barcelona que en Madrid? ¿Dónde refugiarse, además, en caso de fuga, que no les alcanzaran en seguida? ¿Cómo explicar el motivo que justificaba aquel interés y aquella segunda escapatoria, sin hacer público el nacimiento de Jenaro, deshonorando para siempre el nombre de los padres de Serafina?

Deprimido por aquel batallar, melancólico y disgustado de sí mismo y de los demás, regresó el mancebo a su posada, encontrando allí a los inseparables Nardo y Anselmo, que le esperaban inquietos,

suscitándole la vista del primero un recurso en que hasta entonces no pensara su aturdimiento. El de despachar inmediatamente al catalán a Barcelona, a fin de que la Duquesita contara por lo menos con alguien a su lado que pudiera ayudarla en un instante de apuro y le proporcionase la ilusión de no encontrarse desamparada del todo.

Nardo poseía condiciones de sobra para forzar la entrada del Palacio de Cardona y ponerse al habla con Doña Serafina antes de que ésta pronunciase la palabra irrevocable que la uniría al Conde de Ecija; acaso su travesura y audacia sin límites encontrarán medio de solucionar el conflicto de un modo inesperado y satisfactorio; en todo caso, podría agregarse a la comitiva de *la Niña de Plata* y acompañar a ésta en sus jornadas, haciéndole llegar el mensaje de cariño de su hermano.

Sí, no era posible vacilar; pero la partida debía ser inmediata, secretísima. ¿Estaría dispuesto a emprenderla y desafiar todos los innumerables riesgos que suponía un muchacho tan picardeado como el catalán y tan seducido, además, por los atractivos de una mujer cual Almudena?

Las dudas de Jenaro tuvieron pronto fin, pues, a sus primeras palabras explicando el asunto, antes de declarar su proyecto, vióse interrumpido por Nardo, que, hosco y serio, pero decidido y leal, manifestó apremiante:

—Aquí lo primero que se necesita es que yo salga dentro de una hora para averiguar lo que sucede, y, en cuanto lo sepamos, veremos lo que puede intentarse para proteger a la Señora Duquesa. Anselmo se quedará con el Señor, y hará mis veces hasta el regreso. ¡Digo, si es que está conforme!

Semejantes palabras y las seguridades afectuosas del servicial Castillo, a quien la coyuntura venía de

perlas para satisfacer a Casilda y estar al tanto de los pasos de Pereda, indemnizaron a éste de muchas de las amarguras que acababa de pasar, haciéndole estrechar contra su pecho al inapreciable sirviente, con quien otra vez volvía a encontrarse identificado, mientras alargaba una mano agradecida al confidente de su insospechada protectora.

XXVIII

Cuando ya tarde, y Nardo en camino, otros pensamientos y otros temores bien distintos condujeron a Jenaro hasta las casas de Miranda, donde suponía esperaban su llegada con impaciencia, presa la Marquesa de toda clase de aprensiones, pudo comprobar el mozo, una vez más, su desconocimiento del genio de Adelaida, que le recibió recostada en el lecho, tranquila y hermosa como siempre, cual si nada sucediera por el mundo capaz de turbar la suave armonía de sus dichosos amores.

Deslumbrado al punto por aquel dominio tan perfecto de la voluntad, no tardó, sin embargo, Jenaro en percatarse, por algunos detalles accesibles únicamente a los amantes, que tal placidez representaba un esfuerzo colosal por parte de la dama, para evitarle recelos y desvanecer en su ánimo cualquier impresión que hubiera podido recibir hasta entonces. Acudiendo a sus mañas de mujer, y poniendo en juego las delicadezas de su talento, comenzó la bella su tarea conquistadora, procurando alejar de la mente de Pereda todas las preguntas próximas a manifestarse.

Mas la tempestad acumulada en el alma del joven no podía acallarse con solicitudes ni caricias, y, al cabo de múltiples e inútiles esfuerzos para no esta-

llar, fuéle imposible contenerla, rompiendo por primera vez el freno de sus ansias y declarando a la atónita francesa que ya no era tiempo de seguir fingiendo ignorancia, y procedía explicarse francamente, pues las circunstancias íbanse agravando a cada instante, y él, Jenaro, conocía todos los trabajos en que estaba empeñada su adhesión a Felipe de Orleáns, por habérselos revelado el mismo Duque antes de su partida.

Al oír Adelaida las primeras frases del amado, quiso hacer callar a éste, tapándole la boca con sus blancas manos. Cuando vió que aquello resultaba inútil y el imprudente seguía hablando, escondió la cabeza entre los almohadones para no escuchar. Pero indiferente Jenaro a todo, y decidido a desahogar de una vez cuanto callara hasta entonces, continuaba expresando sus recelos, su humillación, viéndose sistemáticamente excluído de todo lo que no fueran secretos de alcoba o confidencias de *boudoir*, tratado como un muñeco bonito e inofensivo, empleado como frágil máquina de placer de la gran Señora, que nunca le considerara digno de participar en sus demás pensamientos ni menos de compartir sus dolores presentes o pasados.

—¿Qué represento yo para ti, al fin y al cabo, sino el mayor, el único entretenimiento, la diversión que España te ofreció desde que pisaste su suelo?—repetía el vehemente mozo, a quien las últimas contrariedades privaban del equilibrio y el sentido de justicia, tan característicos en su modo de ser—. Dices que me quieres, y, efectivamente, me has dado pruebas de ello. Mas ¿puede subsistir el cariño sin la compenetración de las almas? ¡Los españoles, al menos, no lo pensamos así! Tú, desde que me conociste, lees en la mía como en un libro abierto. ¿Qué puedo decir yo, en cambio, sobre tu

verdadera manera de ver y juzgar el fondo de las cosas? ¿Conozco siquiera lo que realmente piensas de mí, de mi país, de los míos, y si nos estimas o nos desprecias cuando estamos lejos de ti? Te propusiste apartar todas las espinas de nuestros amores para que nunca brotara sangre de sus heridas, y lo conseguiste al punto de que hoy ignoro hasta si lo que por mí sientes es pasión o capricho; si lo que te mantiene unida a mi persona es ternura o deseo de terminar a tu gusto, y cuando te parezca oportuno, el capítulo más imprevisto de tu misteriosa existencia...

Adelaida, resignada ante lo inevitable, y tras de suspirar, como si allá en lo más recóndito de su ser quebrárase algo, contemplaba al mancebo en actitud estatuaría, sin interrumpirle ni quejarse.

Jenaro, al fin, arrepentido de su dureza y deseando hacérsela perdonar, comenzó a explicar a la dama los peligros que la cercaban, la necesidad de estar preparada a defenderse, ya que parecía indudable la existencia de un traidor en su partido; la conveniencia de armar a sus criados y de destruir cuanto pudiera comprometerla, terminando por ofrecerse para protegerla y salvarla contra todos y sin ninguna clase de reservas.

Al interrumpir el joven su discurso, todavía permaneció la Marquesa un espacio en silencio, como si siguiera el hilo de conceptos muy íntimos y reservados.

Al cabo, volviendo de su distracción, con un estremecimiento reprochó dulcemente a Jenaro su empeño en destruir el encanto que les rodeaba, y que para ella constituía un lazo mucho más fuerte de lo que el mozo pudiera imaginar.

—¡El amor sólo se alimenta de verdad!—replicó el español.

—¡Qué importan las demás verdades cuando la principal, la única, es el amor mismo! ¡La realidad sólo consigue bastardear, empequeñecer y agotar el cariño!

—¡Error! ¡Error!—protestó Jenaro—. Yo te querría mucho más si fuera dueño de tu pensamiento como lo soy de tu corazón.

—Y si tal ocurriera, ¿sacrificarías por mí tus compromisos, tus ideales, tu nacionalidad? ¿Abandonarías a los tuyos para seguirme por las regiones de la fantasía y la ambición que desde hace dos años me aprisionan, sin ofrecerme otra salida que la de seguir por el camino ya comenzado?

Jenaro vaciló, terminando por responder, menos seguro:

—Cuando los sacrificios son recíprocos, siempre puede llegarse, por el renunciamiento, al triunfo de un ideal común.

—Esa reciprocidad sólo existe en teoría, Jenaro. En la práctica, es uno solo de los amantes quien se suma al otro. ¿Podría yo realizar esto sin anularme a tus ojos, sin perder el prestigio que te atrajo a mis brazos, alejándote temporalmente de todos los demás afectos?

—¡Yo no hubiera exigido tanto!

—¿Hubieras llegado tú a confundirte en mí, hasta el punto de suprimirte, convirtiéndote en mi satélite?

—¡Si me querías, no lo habrías permitido nunca!

—¿Lo ves? ¿Ves cómo era mejor persistir en la situación inverosímil y enceguedora que mi habilidad había sabido crear? ¿Te quejas de que nada sabes de mí? ¡Vas a conocerlo todo, aunque con ello perdamos uno y otro más de lo que tu inexperiencia y tu curiosidad pueden suponer!

—¡No; calla, calla!—imploró Jenaro, temeroso de lo que iba a oír.

—¡Ya es tarde! ¡Desapareció el encanto y empezó la confidencia, que nunca puede quedar a medias si ha de producir algún efecto! Mis primeros pasos por el mundo y mi matrimonio francés, creo que te interesan poco: son la historia eterna de toda mujer noble y sin fortuna a quien el destino marca una ruta que debe seguir. Viuda y libre, rodeada de halagos y facilidades, fui querida muchas veces, llegando en alguna ocasión a imaginar que yo también correspondía al afecto que se me ofrendaba. Al venir a España en 1701, llena de ambiciones y deseando alcanzar una gran situación en el mundo, mi proyecto, y el de las personas que me aconsejaron la empresa, consistía en apoderarme de Felipe V y reinar por él. Quería conquistar a España, y fue España quien me conquistó por medio de tu persona, haciéndome olvidar todos mis planes y empujándome al casamiento con el Marqués de Teruel. Al regresar a París, creí haberte olvidado... ¡Ya ves si soy franca! Pero tu imagen y tu recuerdo persistieron, a pesar mío, con una fuerza desconocida e implacable que me impulsaba a seguir tus pasos y a soñar constantemente con tu presencia, con la reanudación de nuestros amores, tan breves como insubstituibles...

Jenaro se acercó solícito para socorrer a la penitente en su desfallecimiento, pero, rechazánzole, ésta continuó sin mirarle:

—Deseaba volver aquí, y ya tenía combinado mi regreso, que justificaría la boda de mi hermano Renato con Doña Serafina, cuando sobrevino la tragedia; caíste prisionero y desapareciste para siempre, causándome el primer gran dolor de mi vida, pues llegué a imaginar que habías muerto...

Las manos de los amantes se unieron en silencio, y, después de algunos segundos, la dama prosiguió su confesión:

—Entonces, para aturdirme, me dejé llevar por la corriente de mi instinto, que, como a muchas mujeres, me inclinaba a la política, y reanudé mis intimidades con la Casa de Orleans, donde siempre encontré apoyo y protección. Tú conoces mejor que la mayoría de tus compatriotas los secretos de la Corte de Francia, sus mil intrigas, el tortuoso camino que hay que seguir en ella para medrar y distinguirse. Sabes, o adivinas, que los azares de la guerra y las exigencias de las circunstancias han venido modificando los primitivos proyectos de Luis XIV, que quizá soñó algún día con amalgamar a nuestro país con el tuyo, pero que pronto se persuadió de la inutilidad de sus esfuerzos, contentándose con sostener a un Borbón en el Trono de Carlos II, consolidando así la supremacía de Francia en Europa. Lo que tal vez ignores es que, desde hace ya tiempo, esa misma pretensión hase tornado casi impracticable.

—Todo Madrid lo sabe—interrumpió Jenaro—, y de ahí proceden cuantas inquietudes conmueven hoy a los españoles ilustrados.

—Pues aun se preocuparían más si conociesen exactamente las condiciones que imponen hoy sus victoriosos enemigos a nuestro anciano Monarca, exigiéndole que sea él mismo quien se encargue de expulsar a Felipe V de esta tierra, aunque para ello sea preciso volver las armas francesas contra su propia sangre.

—¡Qué inhumanidad! ¡Jamás se someterá Su Majestad Cristianísima a tal afrenta!

—¡Quién es capaz de prever, Jenaro mío, lo que ocurrirá si los Aliados consiguen penetrar en Fran-

cia y llegar a París! Por eso, para evitar tamaño oprobio, es por lo que surgió la idea de substituir al apático Don Felipe por el arrojado Duque de Orleáns, caso de renunciar voluntariamente el primero la corona de Carlos V.

—¿Y Luis XIV consentiría la usurpación en perjuicio de su nieto?

—Felipe de Orleáns es su yerno y su sobrino. Y el Monarca francés, ni lo ayudaría ni lo combatiría en apariencia, limitándose a cruzarse de brazos ante los Aliados y dejar que la suerte decidiera el nombre del soberano que había de reinar en España.

—¡Quimeras, Adelaida! ¡Fantasías! Ni vuestro Rey, ni sus Ministros, ni tú misma conocéis a los españoles, e ignoráis en absoluto el procedimiento que hay que seguir para decidirles a la acción. ¡Nos desdeñáis demasiado para acabar de comprendernos!

—¡Esa es vuestra pesadilla, y de ahí procederá nuestra separación eterna! Tus compatriotas, Jenaro, sólo comprenden la alianza con Francia, como tú desearías la unión conmigo: absoluta, incondicional, eterna pero siendo nosotros los dominados y vosotros los dominadores, a pesar de todos los cambios producidos en nuestros valores respectivos. Os ofrecemos una situación intermedia, seductora, indefinible, y la rechazáis como una ofensa o un desprecio.

—¡Cuando se juega con los Reyes o con los hombres, se expone el jugador, por mucho que valga, a perder la partida!

—¿Y quién juega con Felipe V, ni obra de mala fe en este gravísimo negocio, del que depende todo vuestro porvenir? La política, como la vida, tiene sus exigencias, y el Duque de Anjou, educado para no obscurecer a un primogénito, hubiera aceptado

su vuelta a Versalles, o un Reino en Italia, a no ser por su esposa y, sobre todo, por la Princesa de los Ursinos, que se oponen tenazmente a cualquier proyecto que suponga el abandono de sus derechos a la herencia íntegra de Carlos II.

—*¡La Saboyana*, quizá, y esa es su gloria! Pero la Princesa, ¿cómo se atrevería a desafiar la cólera de Luis XIV y a perder la amistad de Madame de Maintenon, desacatando sus instrucciones?

—Si piensas así de la de los Ursinos es porque aún la desconoces. ¿Qué dirías si supieras que su rebelión contra Versalles es ya un hecho, y que Ana de la Trémoille está dispuesta a jugarse el todo por el todo con tal de que su Reina no tenga que cruzar los Pirineos?

—¿Y de qué medio se valdrá para conseguirlo?

—¿No lo estás viendo? De la ruptura oficial con Francia y su inclinación del lado de los españoles, llegando, si es preciso, hasta confiar el Gobierno al Duque de Medinaceli, sin perjuicio de derribarle o inutilizarle cuando no lo necesite más. El Embajador Amelot se retirará, y con él nos marcharemos todos los franceses, menos la Princesa, que ya se las arreglará para permanecer en su puesto. No contenta con esto, procurará conquistar a todo el mundo y rehacer un ambiente de entusiasmo en torno de la Familia Real; se atraerá al ejército, poniendo de nuevo a Felipe V al frente de sus tropas y sacándole de la obscuridad en que hoy vegeta; se ganará a la mayoría del clero, rompiendo con Roma y convirtiéndose en campeón de las regalías de la Corona; despertará los sentimientos de hidalguía en la nobleza con la jura del tierno Príncipe de Asturias en un simulacro de Cortes. Pero como conoce bien el terreno que pisa, y sabe que a pueblos como éste no les mueve el amor a una persona si no va

unido al odio contra otra, inventará la más negra de las conspiraciones para asesinar a los Soberanos y arrojará la mancha de tan falso proyecto sobre la cabeza de su mortal enemigo el Duque de Orleáns, segura de que así lo inutiliza como candidato a todas las Coronas.

—¡Eso ya es un hecho! ¡Por ello te aconsejaba antes que hicieras desaparecer cuanto pudiera comprometerte como cómplice del Generalísimo!

—Tranquilízate. Ninguna prueba existe de las negociaciones, pues desde que yo me encargué de la dirección de la empresa no se ha dejado cabo suelto que ahora, o en el porvenir, permita desenredar la maraña de este asunto. Aunque los sabuesos de Don Francisco Ronquillo registraran esta casa de arriba abajo, veríanse chasqueados en sus propósitos, pues no encontrarían papel ni indicio alguno que permitiera acusarme. Por otra parte, cuento con gente fiel, que me defendería de un ataque; soldados franceses aleccionados por Su Alteza, que visten librea de criados, pero que disponen de armas y municiones para sostener un sitio, si menester fuera.

—Todo eso resultaría admirable si la traición no hubiera puesto ya en conocimiento de la Princesa de los Ursinos todos vuestros planes, o al menos una buena parte de ellos, y no se estuviera buscando en la actualidad el medio de deshacerse de ti, ¡especialmente de ti!...

—¡Lo sé también! Me lo ha confiado esta tarde el Embajador de Francia. Hubo uno de los nuestros, uno de los que más me festejaron y adularon en los últimos tiempos, de los que más decididos y disgustados creíamos con la Camarera, que, tras de fingirse loco de amor por mí y fanático admirador de Felipe de Orleáns, pagó todas nuestras bondades con

la más siniestra de las ingratitudes, repitiendo en el Alcázar cuantos detalles le eran conocidos de la empresa, e inventando, de acuerdo con la Princesa, esa patraña ridícula del complot contra los Reyes.

—¿Quién es ese miserable? ¡Su nombre! ¡Dime su nombre!

—¿Para qué ocultártelo? ¡Es un grande que por tan vil medio espera conseguir su fortuna y un matrimonio prodigioso! ¡Un malvado a quien tú odias desde la infancia!

—¡El Conde de Ecija!—clamó triunfante Jenaro.

—Sí; ¡el Conde de Ecija! El rival de mi pobre hermano Renato, el perseguidor incansable de las riquezas de la Niña de Plata, cuya inocente mano será la recompensa de tanta felonía.

—¡Me lo figuraba!—rugió Pereda—. ¡Ese hombre estaba en mi pensamiento! ¡Es el hombre que yo buscaba, sin encontrarlo! Su sino es la falsedad, el engaño contra todo el mundo. No te preocupes, sin embargo. Tu venganza corre de mi cuenta. Está muy alto, es cierto, pero contra todos los poderes hay una justicia en este mundo, y ha llegado el momento de que el Conde de Ecija encuentre la suya. ¡Por mi madre, te juro que ese hombre purgará sus pecados a mis manos, y que nada ni nadie detendrá esta vez mi brazo vengador!

—Cálmate, amor mío. Por favor, no te exaltes así—imploró Adelaida—. Ya te he dicho que mi persona no corre ningún riesgo, y que las denuncias del Conde no influirán para nada en el curso de los acontecimientos, cuya solución es fatal.

—Sí, sí..., ya lo sé—repetía obcecado Jenaro—. Pero ahora no se trata de eso. Es otra cosa muy distinta. ¿Qué me importa la política? Lo único que me interesa es arrancar el corazón a ese bellaco, tenderle a mis pies, gozarme en su derrota, ver co-

rrer su sangre, proporcionarle una muerte lenta, muy lenta, lo suficientemente lenta para que yo pueda repetirle todo el odio y la repugnancia que me inspira...

—¡Yo no quiero que expongas tu vida por mi causa!—insistía ciega la enamorada—. ¡Bastante te ha perjudicado ya mi cariño, a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo. ¿Imaginas que ignoro las calumnias de que has sido víctima y el encarnizamiento con que te ha perseguido la maledicencia? Tu obstinación en rechazar cualquier ofrecimiento que viniera de mí, no ha impedido el considerarte como sospechoso y hasta como obligado a secundarme en cuanto te mandara. ¡Para no discutir esta situación, para no entristecer nuestros amores, para no mancharlos con la baba del mundo, fué por lo que preferí callarme y que me juzgaras mal, y que te alejaras de mí creyéndome liviana y desleal. ¿Comprendes ahora? Pues siendo así, ¿cómo voy a consentir que te maten, o te reduzcan a la nada, cuando eres lo único que me atrae y me liga a este país? No, Jenaro; lucharé hasta el último extremo; impediré tu duelo con esa hiena; te salvaré de ti mismo, como ya te salvé una vez, echándote al cuello la cadena de mis brazos... Ven... Ven... Dime que no intentarás nada..., que no me afligirás con un nuevo pesar..., que aún disfrutaremos de días felices...

Pero todas las gracias de Adelaida resultaron inútiles para distraer a Jenaro de la idea que cada vez se iba clavando en su mente con más fuerza. El canto de la sirena había perdido su virtud, y, por una reacción incontrastable, el protegido de Taurisano volvía a pensar como antes, como siempre, sin detenerle contemplaciones ni debilidades de ninguna especie.

¡Era menester libertar a Doña Serafina del monstruo antes de que se celebrara su boda en Barcelona, ya que, realizada ésta, aunque sólo fuera por poderes, aquel indigno personaje figuraría como hermano de Jenaro ante Dios, y veríase forzado, por tanto, el joven a respetar su existencia!

Urgía, por consiguiente, no perder un instante, buscarle y descubrirle dondequiera se escondiese su cobardía, y, pensando en el modo más rápido de llegar a su objeto, insensible a las apasionadas razones de Adelaida, frenético de impaciencia por comenzar cuanto antes su cruzada reparadora, desprendióse Jenaro de la tentación que procuraba detenerle; depositó un último beso en la boca que le ofrecía sus mieles, y abandonó sin vacilar aquella estancia donde tantas veces tuvo el placer cerrados sus ojos y dormida su alma a las sugestiones del deber y la conciencia.

XXIX

La febril angustia de Jenaro para buscar al Conde de Ecija tropezó con el obstáculo insalvable de la ausencia del magnate que ya le anunciara Doña Catalina Ventura, y que confirmaron los criados de su casa y las noticias de los amigos de Pereda, ignorantes todos de donde podría encontrarse aquel Señor tan singular y escurridizo.

El único que pudo darle algunas luces fué Don Isidro Niño de Guzmán, el Niño Malo, a quien acudió en última instancia el joven, y que no pareció alarmarse por el súbito interés que demostraba éste respecto del matador de Taurisano, contentándose con decir:

—¿Aun no te has olvidado de él? Cuidado con

lo que intentas, muchacho. Mira que hoy día, como en otras épocas, goza Su Excelencia de gran valimiento en el Alcázar.

—¿Usted sabe dónde se encuentra!—insistió Jenaro.

—Pues te equivocas—declaró el segundón, sin molestarse por el tono imperativo del Teniente—. Ya se lo dije a mi cuñada que me preguntó lo mismo. Ignoro su actual paradero, aunque supongo que le veremos pronto con motivo de la ceremonia de la jura del Príncipe en San Jerónimo.

—¿Se atreverá a concurrir, después de lo del complot y de comprometer a tanta gente?

—Claro que sí; ¿por que había de esconderse? ¿No comprendes que eso equivaldría a confirmar su fama de cobarde, y ahora le conviene demostrar lo contrario, encontrándose tan próximo su casamiento con la Duquesita de Sahagún?

—¿Qué bien informado está usted de cuanto pasa en el mundo!—murmuró con amargura Jenaro.

—Más de lo que crees. Y en prueba de ello voy a comunicarte una nueva que aun saben muy pocos, pero que no tardará en hacerse pública y asombrará al mundo. La Junta de Consejeros convocada por Su Majestad acaba de expedirse opinando a favor de la expulsión del Nuncio y el cierre de la Nunciatura.

—¿Felipe V se conformará con el dictamen?—interrogó, a pesar suyo, Jenaro.

—¿Pues no faltaba más!—repuso sarcástico el Niño Malo—. Los cortesanos y tú ignoráis aún de lo que es capaz Su Majestad cuando siente insultada su dignidad de Monarca. ¡Los únicos que le conocen en ese terreno son los catalanes! ¡Por eso pelean como pelean a favor de su Archiduque!

—Y la Camarera Mayor, ¿qué piensa del asunto?

—¡Qué ha de pensar si es ella quien le dirige, como todos los demás! ¡Y mira que se necesita ser valiente para meterse en nuestra tierra con los curas! Ahora parece que andan muy entretenidos en el Alcázar rebuscando papelotes, porque el caso urge y quieren que se haga todo como en tiempos de Felipe II, que fué el último Rey que se peleó con un Papa. ¡Lástima que no esté aquí mi hermano el Señor Marqués de Teruel, porque ése les sacaría de apuros sin necesidad de consultar Archivos! ¡Como que todas las cosas que sirven las lleva en la cabeza!

—¿Y dice usted, Don Isidro, que la Princesa...— interrumpió Jenaro, haciendo que no comprendía las groseras alusiones del segundón.

—¡La Princesa! ¡La Princesa!—repitió varias veces con sorna el degenerado—. ¡Es la mujer del día! ¡El personaje a quien se dirigen todas las miradas! ¡La preocupación de Reyes, Generales y Ministros! ¡De sus polleras depende la paz del mundo! Mira, ahora que no nos oye nadie, te voy a decir una cosa y después echas a correr detrás del Conde... ¡Esa mujer es el único hombre que tienen los Reyes a su lado en estos momentos!...

Aquella noticia tan grave, junta a la animación creciente que se notaba en Madrid con la llegada de Diputaciones de las Ciudades, incluso las de Valencia y Aragón, ante la inminencia de las Cortes, acontecimiento que hacía afluir toda clase de forasteros a la capital y aumentar la continua efervescencia de sus heterogéneos círculos, no fueron, sin embargo, bastantes para convencer a Jenaro de la necesidad de aplazar sus diligencias hasta el retorno de la calma y la vida de costumbre.

Encariñado, al contrario, con su idea de venganza, y satisfecho por las palabras del Niño Malo sobre

el regreso de Ecija, que a cada hora íbase acercando más, aun tuvo valor para volver a casa de Adelaida y disimular delante de ésta sus irrevocables propósitos, fingiendo solicitudes y ternuras, a fin de despistar a la francesa y evitar que interviniera de cualquier modo en la solución de sus negocios personales.

En estas circunstancias, fijada la fecha para la jura del Príncipe, y hecho público el Decreto sobre la expulsión del Nuncio, llegó a conocimiento de Jenaro la deseada noticia de que el Conde de Ecija acababa de regresar a la Corte, e inmediatamente abandonó todos sus quehaceres para seguir los pasos del noble y abordarle dondequiera que pudiese dirigirse.

La fatalidad privóle, empero, durante todo un día, del encuentro apetecido, por permanecer el Conde en sus casas de la Calle Ancha de San Bernardo, con achaque de una indisposición, verdadera o fingida, que le retenía en cama.

Decidido a esperar, sin descuidarse ni desmayar por aquel ni por ningún inconveniente, y en tanto Madrid entero vestía de gala para festejar al idolatrado Príncipe de Asturias, montó su guardia Jenaro, permaneciendo toda la tarde de plantón delante del Palacio, por cuyas blasonadas puertas entraban o salían multitud de personas, deseosos de saludar al recién llegado novio, hasta bien entrada la noche en que fué reemplazado por Anselmo del Castillo, convertido desde la partida de Nardo en el más admirable de los sirvientes, como si recordara sus mejores tiempos de privanza con Lord Ramsbockle.

Todas las actividades de Pereda resultaron sin embargo inútiles hasta la mañana siguiente, en que, tras presenciar a pie firme el jubileo de pro-

veedores y oficiales que invadían la mansión, vió descender pausadamente por la calle del Espíritu Santo la carroza condal, que se detuvo ante la entrada, signo inequívoco de que su propietario disponíase a salir a la calle.

Con el corazón palpitante de emoción presenció Jenaro, al cabo de un rato, cómo se abrían las puertas de la casa para dar paso a Su Excelencia, quien, protegido por tres o cuatro Gentileshombres, so color de comitiva, subió rápidamente al carruaje, no sin antes registrar con la mirada todas las vecindades, sospechoso acaso de que alguien acechara en la sombra.

Arrancando a escape las cuatro mulas, fustigadas desde su alto sitio por el cochero, perdiéronse pronto de vista, calle de San Bernardo arriba, dejando chasqueado al centinela, que, mohino y cabizbajo, al ver que se le escabullía la presa, desahogóse lanzando algunos sonoros reniegos, concluyendo por emprender a pie el mismo camino que tomara el vehículo, con esperanza de volver a encontrarle delante de alguna iglesia.

Así sucedió, en efecto, y el júbilo de Pereda no reconoció límite al toparse nuevamente con el coche, parado cerca del Buen Suceso, a tiempo que la gente salía de la última misa con el poco recogimiento de costumbre.

Atravesar la Puerta del Sol en tres brincos y colocarse frente al atrio, dispuesto a promover un escándalo, fué obra de poco para el ágil Guardia de Corps; mas como si alguna divinidad se empeñara en proteger la existencia de Ecija, apartando de su persona todos los riesgos, quiso la fortuna deparar en aquella sazón a Su Excelencia el encuentro con los Duques de Monteleón y de Populi, quienes, a vuelta de mil cortesías y cumplimientos, acabaron

por invitar al Conde a subir a otra carroza, cediéndole el puesto de honor en el testero y amparándole entre sus dos personas.

Jenaro, que no se apartaba de su enemigo, aguzando el oído con objeto de sorprender dónde se dirigía, oyó que uno de los lacayos recibía orden de conducirles a todos a las casas de Villena, en la Plazuela de las Descalzas, donde por entonces habitaba el Conde de San Esteban de Gormaz, primogénito de los Marqueses de aquel título, y, convencido de que almorzarían allí y de que, casi seguramente, podría hablar con Ecija cuando se retirase de tarde, decidió proveer a sus fuerzas, para estar bien dispuesto, metiéndose en un bodegón de la calle de la Misericordia, donde, indiferente a los gritos de la concurrencia que vitoreaba al Príncipe de Asturias y ponía al pobre Nuncio como ropa de pascua, solicitó pluma y papel, redactando un billete que decía así:

«Señor Conde: Si queréis saber noticias que os interesan de Barcelona y de algo muy grave que se prepara contra vuestra persona, acudid esta tarde, antes de anochecido, a los Pozos de la Nieve, donde estará el amigo que, a riesgo de su vida, os escribe estas líneas. La seña para hacerme conocer será Sahagún y Cea».

Satisfechísimo con su invención, que meditaba emplear en caso de que el precavido Ecija continuara acompañado, sólo echaba de menos Jenaro la presencia de Anselmo para utilizarle si era menester, cuando al atravesar la plazuela de las Descalzas con intento de preguntar en la casa de sacerdotes por el Capellán Cantor Don Francisco Piquer, tropezóse con el andaluz que jugaba al rentoy

en compañía de varios silleros y los lacayos de Monteleón y Ecija que esperaban a sus respectivos amos.

—No se moleste Don Jenaro en esperar ni haga advertir su presencia por esa sarta de gandules—murmuró muy obsequioso el astrólogo apenas pudo acercarse al Teniente—que ya sé dónde van sus Señores después del almuerzo, y si su merced me encuentra aquí es por haberme traído los criados de Ecija desde la calle de San Bernardo. En el camino les sonsaqué todo, y al Alcázar se dirigen ahora, donde parece que hay batifundio con la ida del Nuncio anunciada para hoy, y nadie que presume de adicto a Sus Majestades y a la Camarera Mayor puede faltar.

—Pues allá vamos nosotros también—repuso Jenaro echando a andar—, y cuidadito con apartarte de mí.

—Recuerde, Señor—atrevióse a decir el confiado Castillo a mitad de camino—, que en casa de los Reyes no se puede atacar a nadie bajo pena de muerte.

—Otro es mi intento, Anselmo—declaró Jenaro—. Y si te traigo conmigo es para que entregues este papel al Conde como Dios te dé a entender, mientras yo espero en la sala de Guardias que vuelvas con la respuesta. Ya ves que nada malo hay en ello. Pero mucho cuidado con entablar plática, y sobre todo con decir nada que pueda hacer sospechar quién te envía.

—Descuide, Don Jenaro, que para estas cosas me pinto solo, y caen más que ninguna dentro de mi jurisdicción.

Efectivamente, apenas traspuestas las puertas del Alcázar, donde hervía la multitud, ávida de saber detalles sobre la marcha del Nuncio, desapareció el andaluz de la vista de Pereda, dejando a

éste subir solo por la escalera principal, dominado por la impaciencia y la prisa de recibir cuanto antes el recado de Ecija.

Al fin, y cuando ya las horas empezaban a parecerle siglos, asomó Castillo la procaz fisonomía por las puertas del salón, donde el Teniente paseaba a grandes trancos, sin atender a la conversación ensordecedora de sus compañeros.

Saliendo a su encuentro, y llevándole por los corredores que conducían a la Capilla, pudo enterarse entonces el impaciente Jenaro de que el Conde, muy intrigado por el misterioso aviso, ofrecía esperarle en el paraje indicado antes de anochecer.

La satisfacción de Pereda al conocer esta respuesta fué tan grande, que, ante la seguridad de la presa, comenzó a explicar a Anselmo el plan que meditaba, comunicándole rápidamente las instrucciones del caso, por si la suerte le fuera adversa en el duelo.

—Sucedá lo que suceda—terminó diciendo—, tú no has de abandonar a la Señora Marquesa, y procurarás ponerla en salvo si algo le ocurriera. Y si yo llegara a morir...

—¡Señor!—protestó el andaluz.

—Si yo llegara a morir—continuó explicando Jenaro—, irás a casa del Duque de Veraguas para dar en seguida la noticia a su hija Doña Catalina Ventura, suplicándole que la escriba a Barcelona antes del casamiento que ella sabe..., añadiendo que mi última voluntad consiste en que no se celebre la boda. Después informarás del suceso a mi tío Don Juan Antonio, que se encargará de tus adelantos mucho mejor de lo que yo hubiera podido hacerlo. Ahora, querido Anselmo, déjame solo y espérame dentro de una hora a la entrada de los Pozos de la Nieve, donde iré en seguida.

Al desaparecer el asustado Castillo permaneció un espacio Jenaro en la vidriada galería, recapacitando sobre la trascendencia del acto que se preparaba a ejecutar, y de cuyo resultado dependería la suerte de su hermana.

El recuerdo de ésta, puro y evocador de sacrificios, unióse entonces ante el espíritu del joven con el de otras mujeres que habían influido en su vida de diversos modos, moldeando y aquilatando su alma de hombre. Doña Aldonza, Doña Leonisa, Adelaida..., todas pasaron un instante con sus semblantes atormentados o amorosos por la imaginación de Pereda, que al fin se detuvo, turbada e indecida, al recordar un nombre que nunca se apartara de su memoria, pero que sus labios pecadores apenas si se atrevían a murmurar, temerosos de profanarlo...: ¡Casilda!...

Decidido a cumplir su misión de muerte, alejábase el ingrato con aquel nombre y aquella memoria ante sus ojos, cuando al enfrentar el salón de Grandes sintióse llamado repetidas veces por su nombre, y volviéndose para ver quién era el importuno, encontróse nada menos que con su Capitán, el Excmo. Señor Conde de Aguilar, quien apenas le tuvo cerca, increpóle así:

—Pero ¿dónde diablo se esconde usted desde ayer que nadie puede echarle el guante? ¡Cuatro horas llevamos buscándole en balde! ¿Quién le dió permiso para desatender sus deberes? ¿No sabía que entraba a mediodía de guardia?

Jenaro masculló vagas excusas, alegando fantásticas indisposiciones que le habían obligado a cambiar el servicio con un compañero; mas sin dejarle acabar las disculpas, añadió Aguilar, perentorio:

—Sus Majestades esperan a usted en la *pieza*

grande, y tengo orden de conducirle ahora mismo hasta allí, sin admitir demora de ninguna especie.

Suspenso y alarmadísimo el joven por tan prodigiosa novedad, formando toda clase de conjeturas respecto del motivo que pudiera justificar aquella honra sin precedentes, cuadróse al escuchar el nombre de los Reyes y emprendió en silencio la marcha detrás de su jefe, quien, desandando el camino, y recorriendo los salones en que se apiñaba la grey cortesana, murmurante e inquieta, condújole de aposento en aposento hasta el cuarto de las Furias, donde se detuvo breves instantes para cambiar unas palabras con el Gentilhombre de servicio.

Al cabo de ellas, volviendo a dirigirse a Jenaro, manifestó secamente:

—Puede usted seguirme. Sus Majestades están prevenidas.

Y pasando por delante del subordinado, penetró Aguilar en la habitación donde Felipe V y María Luisa de Saboya acostumbraban a conceder audiencias en aquella época del año.

XXX

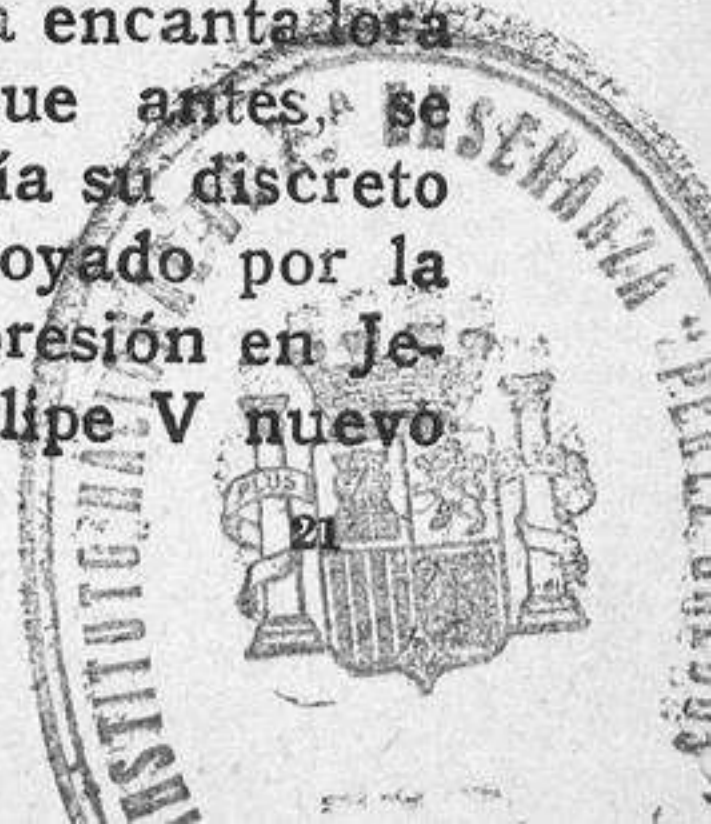
Nervioso, sintiendo crecer por momentos el temor de sufrir un arresto o algún castigo extraordinario, ya que no un interrogatorio en regla sobre sus relaciones con los partidarios del Duque de Orleans, y decidido a callar para no comprometer a Adelaida y sus amigos, avanzó Jenaro por la espaciosa cámara, que formaba esquina, dando por un lado a la plaza de Palacio y por otro al campo del Moro, sin fijarse en pinturas ni adornos, hasta detenerse varios pasos atrás de su Capitán, imitando la profunda reverencia con que el Conde de Aguilar

se inclinaba ante sus Señores, cuyas augustas manos besó después, dando prueba de profundísimo respeto.

Sentados en dos amplios sillones y con una mesa cerca en que se amontonaban papeles y legajos, Felipe V y su esposa parecieron al pronto no darse cuenta de la presencia del modesto Teniente, a quien cabía la honra inverosímil de penetrar hasta allí, e indicando con un gesto al Conde de Aguilar que ocupara uno de los taburetes más próximos y aguardase, continuaron hablando en voz baja con la Princesa de los Ursinos, acomodada cerca de Sus Majestades en otro asiento más bajo, mientras de rodillas, sobre un almohadón, y con un bufetillo portátil por delante, aguardaba el Secretario Don José Grimaldo, pluma en mano, que el Monarca tuviera a bien comunicarle nuevas instrucciones o encargos.

El ambiente de secular autoridad e insuperable tradición que se respiraba en aquella estancia, donde tantas leyes se dictaran al mundo; las maneras y estilo de conducirse la orgullosa Camarera Mayor en presencia del Soberano y de la Reina, tan diferentes del tono acostumbrado por Ana de la Trémoille para dirigirse al resto de los mortales; la humilde actitud del Secretario del Despacho; el silencioso deslizar de algún gran dignatario que aparecía un segundo para desvanecerse después como sombra; la conformidad con que el turbulento Conde de Aguilar soportaba la espera sin chistar; hasta la viveza y la gracia con que la encantadora Saboyana, más espigada y mujer que antes, se mezclaba en la conversación y exponía su discreto parecer, que inmediatamente era apoyado por la de los Ursinos, no hicieron tanta impresión en Jenaro como el espectáculo de un Felipe V nuevo

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.



y desconocido absolutamente para sus ojos y su memoria, activo, enérgico, vivaz, inteligente, con todo el fuego en sus maneras y rostro de los veinticinco años, y la juventud animosa y resuelta que debieron caracterizarle siempre para bien de sus vasallos y gloria de su pueblo.

Tratábase, como pudo a poco discernir Jenaro, de los postreros detalles de la partida del Nuncio Zondadari, cuyo destino ya no parecía ser Bayona, como al principio se pensara, sino Avignon, y el nieto de Luis XIV, hablando sin cesar, por extraño fenómeno, sonriendo a veces, cosa más rara aún, expresándose en términos verdaderamente dignos y regios, demostrando a veces sus conocimientos latinos con la traducción de algunos pasajes de bulas o cartas, ocupándose de todo, dignábase dictar con voz vibrante y en correcto español su voluntad soberana a Don José Grimaldo, que plumeaba rápido y complacido, aprobando con la cabeza, grande, rubia y encarnada, las decisiones inapelables de su resucitado Señor.

El Mayordomo que había de acompañar en la jornada al Arzobispo de Damasco y dirigir la misma, sería Don Gaspar Girón, una de las personas de mayor confianza de los Reyes, que ocuparía el primer coche con Su Ilustrísima. En otros carruajes de las Caballerizas Reales irían el Auditor, Abreviador, Fiscal y demás Ministros extranjeros de aquel Tribunal, no vasallos de Su Majestad. Quedaba rigurosamente prohibido, no sólo todo comercio y comunicación con Roma, excepto en aquello que pertenecía a la jurisdicción puramente espiritual, sino cualquier extracción de dinero para la Corte Pontificia, con orden a los Comandantes, Gobernadores y Cabos de las fronteras para que vigilaran no se introdujera en el Reino persona alguna, bula,

breve, carta u otro instrumento de Roma sin que se recogiera y remitiera de inmediato a Su Majestad.

Volviéndose al cabo hacia el Conde de Aguilar, que aguardaba estoico, y dejando que Don José Grimaldo se desentumeciera las rodillas, enderezando el rechoncho cuerpecillo, para registrar con sus azules ojos de flamenco lo que ocurría en la *Pieza grande*, preguntó el Rey al Capitán de sus Guardias Españolas:

—¿Es ése el Oficial de quien me hablasteis? ¡Ah, sí; ahora que le veo, le recuerdo bien! Es el Teniente Pereda, sobrino del Canónigo. ¿Sabe ya para qué le hemos llamado?

Y como el magnate contestara negativamente, agregó Felipe V, dirigiéndose a Jenaro, que escuchaba temblando, a pesar de su disciplinada actitud:

—Se trata de una misión algo delicada, para la que ha sido usted elegido, por haberse enfermado el Oficial a quien se había encomendado. Su objeto consiste en escoltar hasta la frontera de Francia y rendir cuantos honores sean posibles, dentro de las Ordenanzas, durante el trayecto, al Reverendísimo e Ilustrísimo Nuncio de Su Santidad y Arzobispo de Damasco, Monseñor Félix Zondadari, que sale de esta capital dentro de una hora, acompañado del personal de la Nunciatura, por ser tal nuestra suprema voluntad.

—El Señor Teniente—interrumpió la dulce vocecita de la Reina María Luisa—sabrà cumplir su cometido en esta ocasión con el mismo tacto que ha demostrado en otras.

Jenaro, que sentía clavadas en su persona las miradas de todos los presentes, y hasta creyó observar cierto doble sentido en la amable frase de *la Saboyana*, dirigió la vista a la Princesa de los Ursi-

*

nos, por cuyo noble semblante dibujábase una sonrisa enigmática y palaciega.

—Si le hemos hecho venir hasta aquí—prosiguió diciendo el meticoloso Monarca—, no ha sido porque dudemos que cumplirá su deber satisfactoriamente, cosa que no es difícil, sino para reiterarle de palabra nuestra voluntad de subordinar en todo sus actos a las disposiciones de Don Gaspar Girón, que es el verdadero jefe y responsable de la misión. Don Gaspar se encargará de resolver donde haya de detenerse la comitiva, y el Teniente de mi Guardia ha de limitarse a ordenar los alojamientos del piquete a su mando en las diversas etapas del viaje, procurando, sobre todo, que los soldados observen la mayor compostura, evitando el menor rozamiento con los dignísimos señores a quienes acompañarán, sin abandonarles un solo instante. Eso es todo. Su Excelencia, el señor Conde de Aguilar, dispondrá lo restante.

Haciendo de tripas corazón, y adivinando la curiosidad de que era objeto por parte de los picarescos ojos que le seguían observando, aun tuvo energía bastante Jenaro para adelantarse y rozar con sus labios las manos Reales, murmurando unas frases confusas de adhesión. Después, y caminando hacia atrás, retiróse de la estancia, penetrando en otro salón, y viniendo a parar, al fin, en el llamado «de espejos», donde el Conde de Aguilar colmó su ira con estas palabras:

—¡Ahora, vuestro tío y mi amigo, el señor Canónigo Urraca, no dirá que la Camarera Mayor se opone sistemáticamente a cuantas solicitudes le dirige Su Reverencia, pues bastó una sola palabra para obtener este efecto!

Desolado Jenaro al escuchar el nombre de Don Juan Antonio mezclado en aquel asunto, que para

él significaba un verdadero desastre, intentó excusarse tímidamente con Aguilar, suplicándole que le dispensara del cumplimiento de la orden, o le concediera al menos un plazo de dos horas para ponerse en condiciones de desempeñarla; mas a las primeras palabras interrumpióle el Conde, diciendo:

—¿Imagina usted que eso es posible después de lo que acaba de oír de boca de su propia Majestad? ¿Pretende usted perder la libertad y su carrera? ¿Está loco?

Sin apartársele un punto, y haciéndole subir a su misma carroza para acabar de explicarle cuanto se deseaba de su diligencia, condújole Aguilar hasta el cuartel, donde ya le esperaban montados los cincuenta hombres que había de mandar, y, una vez allí, lo único que Jenaro pudo obtener fué que le permitieran borrar dos esquelas, dirigida una a la Marquesa de Teruel y otra a Doña Catalina Ventura Colón de Portugal y Ayala, en que explicaba los motivos de su precipitada marcha y se despedía de ambas con frases pletóricas de sentimiento y desesperación.

Una vez hecho esto, y poniéndose al frente del piquete con manifiesto mal humor, tomó el camino más corto para dirigirse al Palacio de la Nunciatura, sin reparar siquiera en la expectación que producía el paso de sus guardias entre la muchedumbre, aglomerada por las calles, ni en los preparativos de luminarias y colgaduras que se disponían por todas partes en celebración de la jura del Príncipe de Asturias.

El convencimiento, cada vez más firme en su ánimo, de que todo cuanto acababa de suceder respondía a un plan combinado para sacarle de Madrid y evitar su encuentro con el Conde de Ecija, dominaba todas las ideas y los sentimientos del joven,

quien, a fuerza de pensar, llegó a la conclusión de que Urraca había sido informado por alguien de los planes de su sobrino, así como del peligro que se preparaba a afrontar, y que aquel alguien no podía ser otro que Adelaida, empeñada en proteger la vida de su amante, aun a costa de separarse para siempre de él.

Discurriendo así, y abriéndose paso entre los grupos, que cada vez iban siendo más numerosos, hasta formar una masa compacta frente a la morada del Representante de Clemente XI, fuése aproximando el escuadrón por las vecindades de las casas de Miranda, deteniéndose al fin junto a los coches de la Real Casa que aguardaban a las puertas de la Nunciatura, cuyo escudo se aprontaban a retirar varios obreros.

Como si únicamente se aguardara su llegada para iniciar la salida, el numeroso público, que apenas si bastaba a contener en sus puestos soldados y corchetes, vió abrirse las pesadas hojas y comenzar el desfile de clérigos y familiares, que, solos o acompañados, tristes o alegres, demostrando enojo o fingiendo indiferencia, iban acomodándose en distintos carruajes, no sin recibir antes alguna prueba manifiesta del afecto o la hostilidad de sus conocidos bajo forma de besamanos o pulla.

El revuelo de la concurrencia y los murmullos aumentaron en intensidad al aparecer finalmente en el zaguán el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Zondadari, acompañado del Mayordomo Don Gaspar Girón, que le cedía el paso y afectaba tratar a Su Ilustrísima con el mayor respeto, multiplicando cortesías y cumplimientos. La elevada estatura del Representante del Papa, su aristocrático porte y la serenidad y mansedumbre evangélica que afectaba aquel rostro fino de prelado romano, para quien la

desgracia significaba un paso más rápido en el camino del codiciado Capelo, impusieron a la multitud, siempre impresionable y teatral, moviendo a varios de los espectadores más próximos a doblar rodillas e inclinarse respetuosos para recibir la bendición, que, antes de subir a la carroza, les dispensó el diplomático Arzobispo.

Jenaro continuaba batallando durante aquellos minutos con sus sentimientos, y calculaba la hora que podría ser, presumiendo que, mientras él ocupaba su puesto al estribo derecho del coche y rendía de mala gana unos honores burlescos a la persona que encarnaba el poder más alto y pacífico de la tierra, el Conde de Ecija se encontraría ya en la cita, esperando su llegada y librándose una vez más, por casualidad maravillosa, del castigo a que sus innumerables canalladas le hacían acreedor.

—¡Viva Su Santidad!—gritó una voz imprudente, que no encontró eco en la muchedumbre.

—¡Viva el Rey!—chillaron varias, que inmediatamente fueron coreadas y respondidas con entusiasmo.

Don Gaspar Girón, cerciorado de que nada faltaba a su ilustre cautivo, asomó la cabeza por el vidrio y comunicó al Oficial la orden de ponerse en marcha.

Chasquearon los látigos de los aurigas, adelantaron los guardias de corps hasta colocarse cada cual en el sitio que le correspondía, y comenzaron a moverse lentamente los pesados vehículos, alejando de la Corte de Felipe V otra posibilidad más de amistad y de concordia.

En aquel momento, y como las oleadas del público trataran de aproximarse al cortejo, obligando a sus conductores a caminar al paso de caballos y mulas, Jenaro, que se esforzaba por impedir el

acceso a la carroza de varios exaltados, escuchó claramente estas palabras, pronunciadas en tono tribunicio por un hombretón de siniestra apariencia:

—¡Dejadle, amigos, que éste ya no nos estorbará más, y vamos a recorrer las calles para comprobar quién ordenó luminarias y hacerlas encender donde no las haya!

Recibida la anterior propuesta con risotadas y aplausos, Pereda vió descomponerse acto continuo los grupos, para encaminarse calle arriba, voceando amenazas contra los franceses y los presuntos asesinos del Príncipe y de *la Saboyana*.

Como si esto no fuera bastante, al desembocar en Puerta Cerrada tuvo que detenerse la comitiva para dejar paso a otra manifestación numerosísima, que, a los gritos de «¡Mueran los gabachos traidores!», «¡Viva el Príncipe de Asturias!», iba recorriendo las calles y engrosando sus filas, capitaneada por Isidora y Almudena, moradas ya de tanto gritar.

El temor de que aquellos locos, enardecidos por la indulgencia de las autoridades y ciegos de patriotismo inconsciente, pudieran dirigirse a las casas de Miranda, hizo vacilar en su silla al caballeroso Jenaro, inspirándole el deseo de atajar a la multitud, hacerla volver atrás, parlamentar con la novia de Nardo, y, si todo esto resultaba inútil, correr en defensa de su dama, salvarla y hasta morir a sus pies cual correspondía a un hidalgo y amante agradecido.

La voz autoritaria de Don Gaspar Girón interrumpió la incertidumbre del jinete, gritándole con la cabeza fuera del ventanillo:

—Pero ¿qué sucede, Señor Teniente? ¿Por qué no avanzamos? ¡Ya es tarde, y nuestro primer alojamiento queda a tres leguas! ¡Menos contemplacio-

nes con los peatones, y en marcha a toda prisa! ¡Es servicio de Su Majestad!

¡Servicio de Su Majestad! ¡Obedecer! ¡Obedecer siempre! Su destino consistía en abandonar cuanto le interesaba en el mundo para acudir a lo que una autoridad indiferente y absoluta disponía bajo pena de deshonor o de muerte. ¡Hermana, dama, desafío, todo quedaba atrás, entregado a su suerte ¡Todo!...

Jenaro, sin contestar al Mayordomo, apretó los dientes con gesto de impotencia, y, comunicando breves palabras a sus subordinados, arrancó a galope, haciendo prorrumpir en voces de espanto al Reverendísimo Nuncio y a los demás representantes de Dios en la tierra, que juzgaron llegada su última hora al experimentar los barquinazos y vaivenes de la insensata carrera.

XXXI

El pueblo, en tanto, desordenado y confuso, gozando de inmunidad para todos sus extravíos, deseoso de ejercitar su poder, un poder naciente que sólo empezaba a percibirse desde los últimos años de *el Hechizado*, pero que avanzaba rápido e impetuoso a medida que iba pesando más y más en los sucesos, entretenía las últimas horas del crepúsculo multiplicando su radio de acción, extendiéndose por los barrios centrales, haciendo surgir cabecillas y prohombres en cada esquina, como si la esclavitud y el hambre, tantos lustros soportados en silencio, le inspiraran un deseo de desquite e irracional violencia.

La opinión, esa fuerza incontrovertible y avasalladora que, desvinculándose de los círculos de la Grandeza, Clero, covachuelas y gente de pluma,

donde hasta entonces viviera encerrada, parecía refugiarse y cobrar nueva vida en *el popular*, denominativo condescendiente con que las clases altas distinguían a las humildes y a los desheredados de la fortuna, empujaba a las turbas, señalándoles en cada mansión desguarnecida o cada establecimiento extranjero una oportunidad para alardear de borbónicos intransigentes o proteger el comercio nacional a su manera, mediante la imposición y la fuerza.

Desprevenidos los mercaderes, asustados los timoratos y cundiendo la alarma por doquier se aproximaba el motín, cerrábanse puertas, huían gentes, atrancábanse balcones y desaparecía toda resistencia, enardeciendo con esto los entusiasmos de la plebe, triunffadora en sus designios.

Primero ueron vítores y maldiciones, alardes cada vez más ruidosos de idolatría monárquica, desahogos insultantes contra austriacos y papistas o traidores; más tarde, silbatinas horrísonas ante alguna casa que, por descuido o de intento, no ostentaba preparativos de homenaje; finalmente, atropellos, rupturas de cristales y efectos en determinadas tiendas explotadas por franceses, o donde se despachaban productos transpirenaicos.

En una de aquellas asonadas, cerca de Platerías, que reconoció por víctima a un infeliz vendedor de chafalonía, el órgano poderosísimo del caudillo que presidía la hecatombe insinuó pérfidamente:

—¿Por qué no vamos a darle serenata a la Madama que vive junto a las Carboneras a ver si se divierte un rato? ¡Así nos enteraremos si es cierto lo del *Orlián* y si ha ordenado iluminaciones para el Príncipe.

—Y como estén apagadas, las encenderemos nosotros—apoyó otro fanático.

Marcado el rumbo, y entre aclamaciones y amenazas, bajaron los alborotadores hasta las casas de Miranda, encontrándose con la grata sorpresa de que ya se encontraban acampadas en el mismo lugar las huestes de Isidora y Almudena, no tardando en fraternizar ambos ejércitos a la vista de capitanes tales como Laureano *el Tuerto*, Chipito, Plácido Fortuna y hasta el mismísimo Don Bertrán Buendía, que, despojado de la sotana para obrar más libremente, arengaba a la multitud con voces tribunicias.

El acaso o la voluntad de la Señora Marquesa había dispuesto que, a pesar de ostentar cada balcón un par de hachones, protegidos con sendas arandelas y pender multicolores y flamantes los cuarteles ilustres de Teruel en reposteros colgados de las barandillas, aun no se hubiera prendido la cera, permaneciendo cerradas las ventanas y obscura la plazuela, como si no habitara en ella una de las representaciones más conspicuas de la Grandeza española.

Ofendido el populacho en sus más santas convicciones al presenciar semejante desdén, cuando ya Madrid entero lucía por todas partes, inicióse la protesta, subiendo de tono al comprobar que nadie se daba por enterado desde dentro, ni respondía a los golpes descargados sobre la puerta, a puño limpio, en son de advertencia.

Percatarse de esto las masas y comenzar a llover piedras sobre la fachada, fué obra de un instante, arreciando los mueras y las invectivas de todo género, sostenidas y reforzadas por nuevos elementos que acudían sin cesar de las calles adyacentes, representando la flor y nata de las Vistillas, Embajadores, Cebada y demás localidades de rompe y rasga en la Corte.

Alguien sugirió la brutal idea de quemar una colgadura para ver qué efecto hacía el fuego en la francesa, y no tardó en ponerse en ejecución la salvajada, repitiéndose en seguida por uno y otro cuerpo del edificio, en vista del éxito y los alaridos de regocijo que provocaba cada llamarada en la multitud trepidante.

El riesgo de que se propagara el incendio y destruyera en pocas horas el vetusto caserón, abrasando a sus huéspedes, no detenía ni preocupaba en lo más mínimo a los manifestantes, que proseguían la tarea cada vez con mayor tesón, cuando un tiro, disparado desde las boardillas del Palacio, vino a sembrar el pánico y la subsiguiente indignación en los de abajo, haciendo subir sus alaridos hasta un grado increíble, y determinando en los jefes la resolución de penetrar en la casa a toda costa.

Traída de un lugar cercano una gruesa viga, que cien manos desconocidas agarraron al instante, y despejado el sitio necesario delante de las puertas para poder maniobrar sin embarazos, principiósese a trabajar concienzudamente, a fin de que cedieran las gruesas y claveteadas hojas, defensoras de la entrada.

Aunque nadie hubiera previsto el caso de un asalto, no tardaron en aparecer armas y multiplicarse proyectiles, cual si se tratara de un verdadero asedio, llegando el frenesí de los sitiadores a tal colmo, que, perdida ya toda esperanza de cansancio o de tregua en sus enemigos, los habitantes de las casas de Miranda viéronse en el caso de entreabrir postigos y celosías, mostrando sus medrosos rostros e implorando misericordia, mientras más arriba, junto a las tejas, disparaban al aire sus fusiles en demanda de auxilio los defensores de Adelaida de Vaureal.

Sorprendida ésta en un principio ante la algarada, pero sin que su aristocrática altanería se rebajase a concederle mayor trascendencia, y preocupadísima, además, por la ausencia de Jenaro de Pereda, a quien no veía desde hacía dos noches, habíase retirado la bella a sus habitaciones del jardín, donde no se escuchaban tan cerca las groserías del vulgo, ni se podía saber si estaban o no encendidas las luminarias de la fachada principal. De aquella melancolía vinieron a sacarla las precipitadas carreras de sus servidores y los ecos de la batalla que se desarrollaba en la plazuela, apenas rotos algunos vidrios e iniciadas seriamente las hostilidades por parte de la horda.

Doña Copla, que trabajaba en las Casas de Miranda y, desde la partida de Tita, poseía la confianza de la Marquesa, fué la primera en prevenir a Su Excelencia del aspecto amenazador que tomaban las cosas y del revuelo que en la servidumbre producía la vecindad del peligro, moviéndola a reunirse y discutir la conveniencia de rendirse y franquear las puertas antes de morir achicharrados dentro del Palacio.

—¡Es natural!—murmuró sarcástica la señora—. ¡Qué van a sentir por una señora forastera todos esos miserables asalariados! ¡Que abran! ¡Si Jenaro estuviera aquí, ya sabría él meterles en cintura y darles la lección que se merecen!

—¡Tienen miedo! ¡Son pocos!—limitóse a manifestar la esposa de Zorraquín—. ¡Y en este mundo, a nadie supo bien el perder!

El ruido del primer tiro hizo aproximarse a dama y beata, enmudeciéndolas un instante para escuchar los rugidos de la muchedumbre, que se sublevaba a lo lejos.

—¿Habrá ocurrido alguna desgracia? ¿Será...?

Y la imagen de Jenaro herido presentóse un segundo ante la aterrorizada Adelaida.

—Doña Copla, vaya usted a informarse de lo que ha sucedido. Diga de mi parte que no disparen. Y si no, será mejor que yo salga, que...

—¡Por la Virgen Santa de Constantinopla, no se mueva Vucencia de este cuarto, Señora Marquesa, porque cuando la gente teme por su vida, pierde el respeto a todo!—manifestó resuelta la partidaria del Archiduque—. Lo que debemos pensar es por dónde puede salirse y escapar de las turbas. ¿No oye la señora esos golpes? Pues eso significa que están derribando las puertas, y si nos encuentran aquí, estamos perdidas.

—Baje por la escalera del callejón, y allí tal vez no haya gente.

—Guardado está el escape por ese lado también, pues entre los grupos debe haber individuos que conocen la casa y saben sus costumbres.

—Entonces, déjeme, Doña Copla, y márchese como pueda, que usted tiene mucha familia por quien mirar. Yo afrontaré sola el populacho, y veremos si se atreven a tocarme.

—¡Se atreverán, Señora! ¡Están ciegos! Y por lo que a mí hace, no me muevo de aquí hasta que vengan. ¡La vida y la muerte sólo Dios las manda!

Apenas terminaba la beata de expresarse así, cuando se sintieron pasos en la pieza vecina, y una voz desconocida para Adelaida comenzó a llamar, apurada:

—¡Señora Marquesa! ¡Señora Marquesa! ¿Dónde está Vucencia? ¡Soy un amigo que vengo a sacarla de aquí!

Y ante los asombrados ojos de dueña y madama apareció un hombre, trémulo y acongojado, que hizo exclamar a Doña Copla:

—¡Anselmo del Castillo! ¿Su merced aquí?

—¡Sí! ¡Anselmo del Castillo!—confirmó precipitadamente éste—. A quien envía un ángel del cielo para librar a Su Excelencia de este trance. Síganme las dos, pues no hay un minuto que perder. ¡Por el jardín! ¡Por el jardín! ¡Antes de que nos sorprenda nadie!

Contagiadas por el espanto de aquel hombre, a quien el tiroteo, las voces y el estrépito de la calle privaban de su habitual lucidez, haciéndole casi temblar y olvidarse de todas las picardías, descendieron Adelaida y Doña Copla por una pequeña escalera hasta el vergel, que comenzaba a cubrirse de hojas, y, guiadas del atribulado buscón, atravesaron paseos y boscajes, deteniéndose al fin junto a la casa del indiano, en una de cuyas ventanas bajas encontrábase dispuesta entrada, cómoda y desmontable, como si ya se previera de antemano el accidente que obligaría a Adelaida a refugiarse allí.

Pareciéndole soñar, y mientras en las casas de Miranda desbordábanse los invasores, principiando a destrozar cuanto caía a su alcance, fueron conducidas después a un estrado, ni mezquino ni lujoso, en cuyo umbral adelantóse a recibirlas una mujer vestida de negro, que repitió varias veces, emocionada:

—¡Señora Marquesa! ¡Señora Marquesa! ¡Por fin!...

—Pero ¿qué milagro es éste?—interrumpió maravillada Doña Copla—. ¿Eres tú, Casilda? ¡Casildica! ¡Sí! ¡Sí! ¡Es ella! ¡Señora, es la persona de quien tanto he hablado a Vuecencia en los últimos tiempos y que tanto le interesaba conocer!

—¡Casilda de Solís!—murmuró lentamente Adelaida, contemplando de hito en hito a la doncella.

—¿Sabíais mi nombre?—preguntó ésta, confusa.

—¡Sé cuanto se refiere a vuestra vida antes del fallecimiento de Carlos II, y he pensado muchas veces en vos desde entonces!...

La voz febril de Castillo dejóse oír de nuevo en el silencio, manifestando alarmada:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Están saqueando el palacio! ¡Que cambie de vestido! ¡La silla está en el zaguán y toda la gente se encuentra dispuesta!

Pero la Marquesa de Teruel no parecía tener prisa, y continuaba mirando inexcrutable a la sobrina de Don Jaime.

—¿Es sólo humanidad lo que os anima a procurar mi salvación?—interrogó solemne.

—No, señora—repuso sencillamente Casilda—; con ello satisfago además una promesa y una deuda de gratitud a la memoria de vuestro hermano Renato. ¡Yo soy la desconocida de Almansa que recibió su último suspiro!

Ante aquella nueva revelación, que le hería en las cuerdas más sensibles del alma, pareció vacilar Adelaida de Vaureal, y sus ojos se nublaron con lágrimas.

El vocerío de la multitud se escuchó próximo, como si algunos exaltados registraran el jardín para buscar a la fugitiva.

—El tiempo apremia—manifestó Casilda con dulzura—; en el aposento próximo tenéis ropas, que os desfigurarán completamente, y dentro de esta casa, que es la vuestra, facilidad para ser conducida donde gustéis sin riesgo alguno.

—Todas esas prevenciones—expuso la sagaz francesa—demuestran vuestra nobleza sin límites, e indican, además, que estabais enterada de muchas circunstancias de mi vida, ¡quizá de las más principales, de las más íntimas!

Casilda bajó la cabeza como si le arrancaran una confesión. Su rival concluyó con voz casi imperceptible:

—¡Ahora es cuando lo comprendo todo, y verdaderamente os admiro! ¡Porque yo no hubiera sido capaz de tanta abnegación! ¡No! ¡Por favor, no habléis! ¡No disminuyáis vuestro heroísmo! ¡Dejadme añadir sólo una cosa, ya que, según todas las probabilidades, ésta será la primera y la última vez que nos encontremos en el mundo!... Si sois libre, como presumo, vivid tranquila de hoy en adelante, porque nadie, ¿me comprendéis bien?, ¡nadie volverá a interponerse en vuestro camino de luz...! Merecéis la felicidad de ser amada eternamente..., y os amarán..., ¡si es que alguna vez han dejado de hacerlo!... Por lo que a mí toca, dentro de poco partiré para Francia... y no regresaré sino con el Duque de Orleans como Rey. ¡Mi misión en España ha terminado. Sólo desearía, antes de marcharme, y no os alarméis por ello, poder alejar de una persona que conocéis todas las desgracias que le acechan, y acaso sean ignoradas de vos.

Casilda se sintió enrojecer, pero su lealtad ingénita pudo más que su modestia.

—Tranquilizaos, Señora Marquesa—dijo—. Nada ignoraba, y precisamente por eso es por lo que la persona de quien habláis no se encuentra ya en la Corte a estas horas, sino cumpliendo una misión extraordinaria que Su Majestad le ha confiado, muy contra su voluntad, pero que le retendrá fuera de Madrid bastante tiempo.

—¿Y esa misión?...

—Fué solicitada a la Princesa de los Ursinos por alguien de la familia, a quien yo acudí directamente en demanda de protección cuando sentí amenazada su vida.

—¡Sois perfecta!—declaró Adelaida sin reservas.

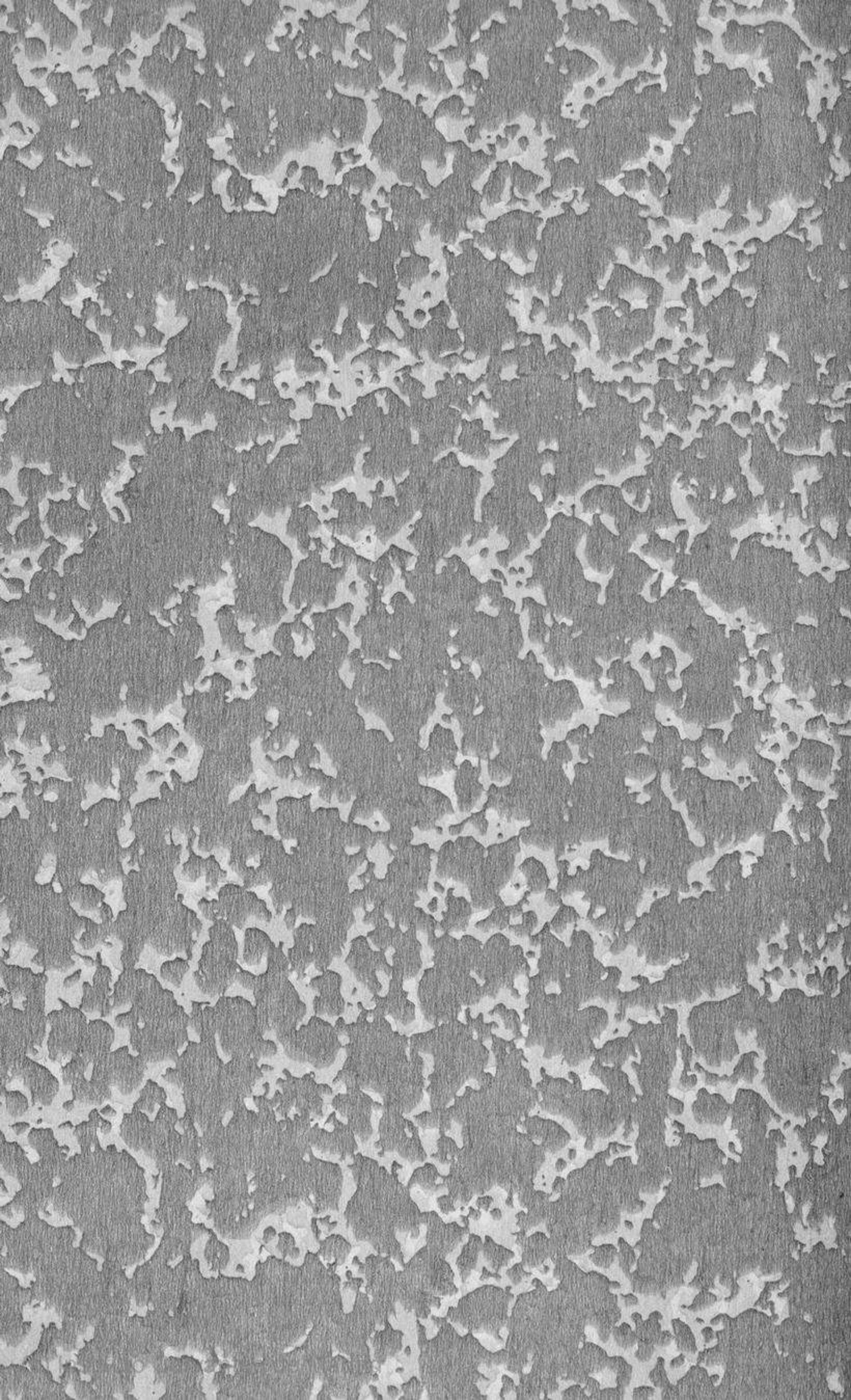
Y, añadiendo la acción a la palabra, extendió su diestra en señal de amistad.

Después, acompañada siempre por Casilda, sin separarse las manos de ambas, pasó al cuarto inmediato, mientras allá, en las casas de Miranda, continuaba delirante el desencadenamiento de pasiones bastardas que a veces envilecen los nobles despertares de los pueblos.

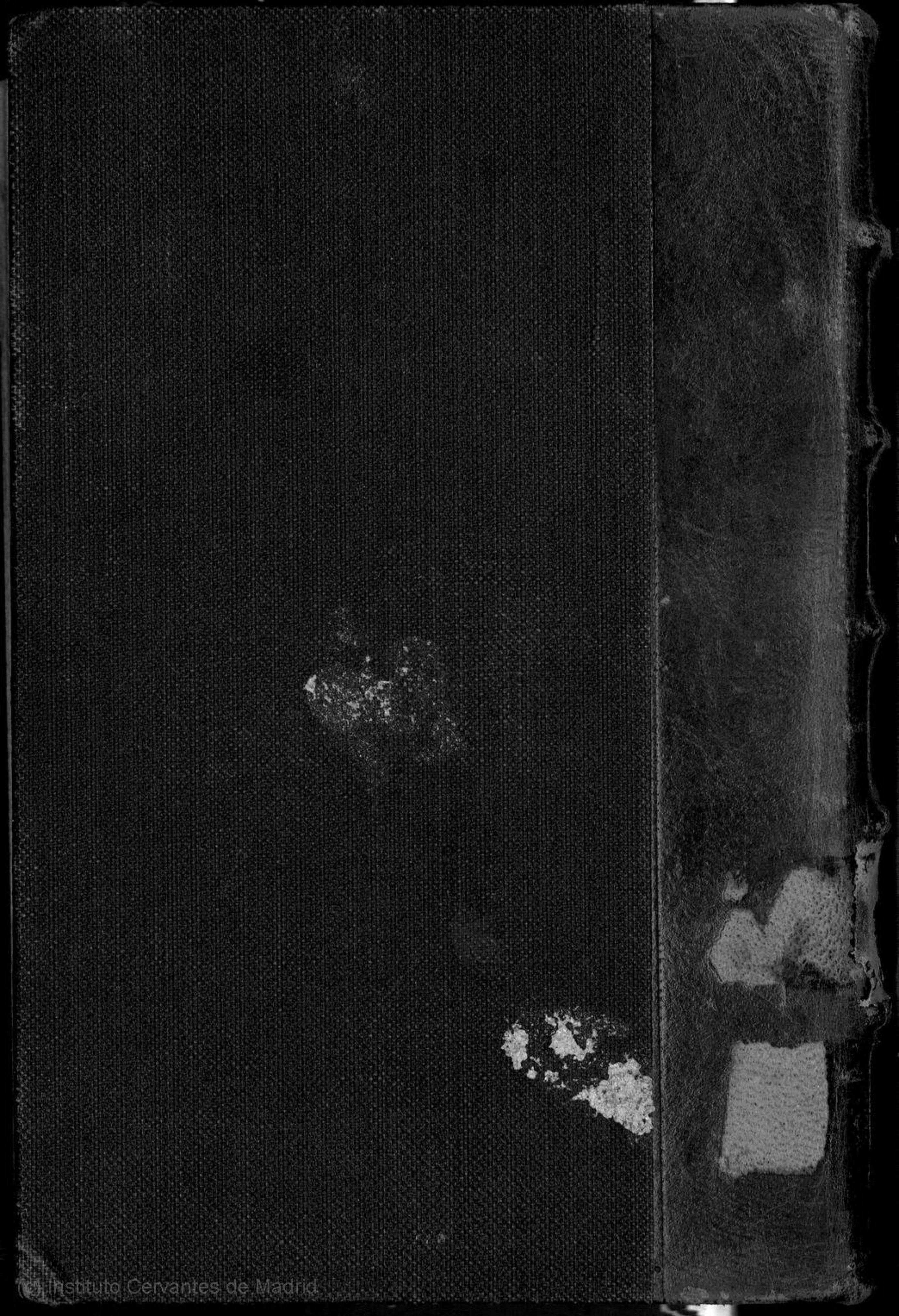
Buenos Aires, septiembre de 1926.

FIN









DANVILA

LAS LUCHAS
FRATRICIDAS
DE ESPAÑA

LA PRINCESA
DE LOS
URSINOS

